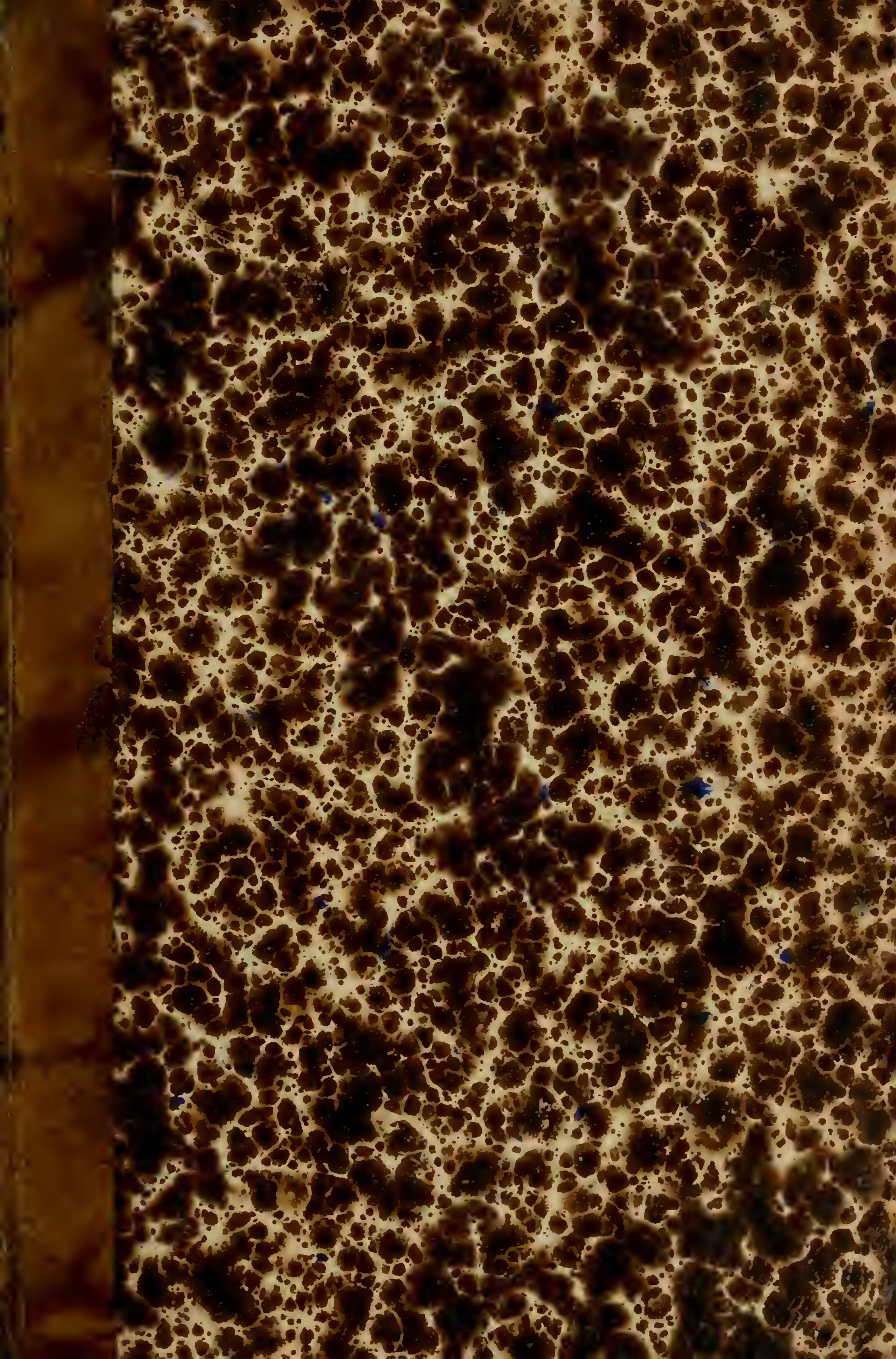






LA

LECTURA.

BIBLIOTECA DE OBRAS SELECTAS.

de historia, viajes, poesía, crónica, y cuento tradicional.

BAJO LA DIRECCION

DE D. GREGORIO URBANO DARGALLO.

HISTORIA

DEL

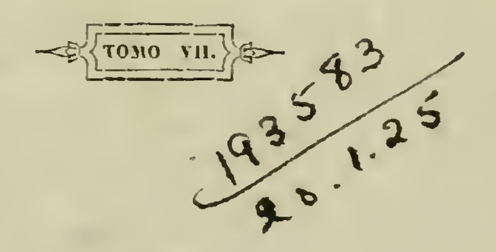
EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA;

escrita por el maestro

DON FRAY PRUDENCIO DE SANDOVAL,

OBISPO DE PAMPLONA.



MADRID:—1847.
LA ILUSTRACION: Est. Tipográfico-Literario-Universal.
Calle de la Madera baja núm. 8.



HISTORIA
DEL
EMPERADOR CARLOS V,
REY DE ESPAÑA.

LIBRO VEINTE Y CUATRO.

AÑO 1538.

I.

Dificultades invencibles que el Papa halló para que se avistasen el emperador y rey:—Treguas.

Paulo III pontífice romano, varon apostólico, y de sanas intenciones, haciendo el oficio de verdadero padre, por las vias y medios posibles humanos y divinos, procuró concordar los príncipes cristianos, principalmente á los dos competidores Cárlos y Francisco, que con sus pasiones tenian la república cristiana en estado peligroso, creciendo la potencia del turco y del herege, que como fieras silvestres deseaban asolar la viña del Señor. Asi veremos este año de 1538 en que comienzo este libro, algo favorable, quieto y pacífico, si bien es verdad fue descansar al-

gun tanto, como los que luchan, para volver con doblado furor á pelear

Deseó pues el Pontífice, para que la concordia tuviese efecto, que el emperador y rey Francisco se viesen, que sus intentos eran no solo pacificar la cristiandad, sino armarla contra el turco, y enfrenar la potencia de esta fiera. Tenia hecha ya liga su Santidad con el emperador y venecianos, enderezada á este fin, y faltaba para ser de todo punto poderosa que el rey Francisco entrase en ella. Ademas de esto queria el Pontífice engrandecer su casa, (que no hay carne tan sagrada y caduca, que no tenga resabios de ella) casando á su nieto Octavio Farnesio con madama Margarita duquesa viuda de Florencia, hija del emperador, y á su nieta Victoria Farnesio con Mr. de Vendoma. Para todo lo cual envió al cardenal Carpio, al emperador, y al cardenal Jacobacio, al rey de Francia. Los cuales acabaron con su buena diligencia, que el emperador y el rey se viesen con el Papa en Niza por ser aquella ciudad del duque Cárlos de Savoya, que deseaba infinito aquella junta, pensando cobrar en ella su perdido estado.

El emperador se puso en órden para la jornada, y escribió primero al condestable de Castilla, cuán importante era su viaje al bien de la cristiandad, y que ya no esperaba sino que llegasen las galeras del príncipe Doria para partir: esta carta tiene la fecha de 6 de abril. A 15 del mismo mes volvió á escribirle, que ya sabia el ayuntamiento y comunicacion, que los dias pasados hubo entre sus diputados y los del rey de Francia para tratar la paz entre ellos, por cuya causa ue su venida en aquella ciudad, deseando venir

á la conclusion por el beneficio que de ella se seguiria á la cristiandad, y porque no pudiéndose concertar los dichos tratados por las dificultades que se ofrecieron, no querer el rey que los dos se acercasen en sus fronteras para facilitarlas, que con la misma voluntad habia ofrecido acercarse con su Santidad y con el rey en la parte de Niza, para que con su medio é intencion se tratase y procurase venir al fin y conclusion de la paz: que queria que Dios y el mundo viesen, que por su parte no quedaba ni quedaria de hacer cosa de lo que conviniese á este efecto; que ya el Papa era partido de Roma y tambien el rey se acercaba, y que asi él habia determinado poner en ejecucion su partida, yendo en sus galeras sin otros navios ni armas, llevando solamente lo necesario, y dejando alli sus caballos y los impedimentos de la corte, á fin de que hecha la paz pudiese dar órden con el Papa en lo que se habia de hacer contra el turco.

Partió para esto el emperador de Barcelona, llevando en las galeras muchos caballeros españoles y hasta tres mil soldados. Pasando de Marsella hubieron una refriega las galeras que iban delante con diez galeras francesas que se pusieron en armas, no queriendo hacer salva.

Llegó el emperador á Villafranca de Niza, como estaba propuesto. El Papa vino por tierra, aunque viejo, desde Roma á Saona, y de alli hasta Niza por agua en las galeras que le envió el emperador, el cual le fue á besar el pie dos dias despues de llegado á San Francisco donde posaba. Estuvieron á solas hablando gran rato.

Entró despues en Niza el rey de Francia con

grandísima casa y corte, y con gran caballeria é infanteria armados: besó el pie al Papa, juntamente con sus hijos Enrique y Cárlos. Quedóse hablando con él á solas otro gran rato.

Estaban aposentados cada príncipe por sí: el Papa en Niza, el emperador en Villafranca, y el rey en Villanueva. Iban á dias á hablar con el Papa, ó enviaban. Entre tanto la reina Leonor fue á ver al emperador su hermano nobilísimamente acompañada de damas, señoras y caballeros, llevando consigo á su entenada, (si bien en amor hija), madama Margarita, para que la viese el emperador. Entrando, se hundió parte del ponton que habia de tierra á la galera, y cayeron algunas damas en la mar, que fue caso de mas espanto que daño.

Aconteció luego alli otra turbacion donosa, que puso en armas las galeras y soldados, y aun en cuidado al príncipe Andrea Doria, pensando que venia Barbaroja. Lo mismo hizo al marqués del Vasto, que armado fue á decir al emperador que se subiese á la sierra: pero S. M. estuvo quedo, burlando de aquel miedo y alteracion vana, tan cuerda como animosamente. La cual turbacion comenzaron ciertos marineros como livianos y medrosos, viendo muchas polvaredas y á su parecer ahumadas, que hacia un labrador en la era aventando habas. Hubo gran risa y pasatiempo entre soldados, que son decidores, despues que se supo el caso, si bien se corrieron los capitanes.

Tornando, pues á nuestro propósito, nunca pudo conseguir el Papa que se viesen el emperador y el rey de Francia, por mas cosas que dijo ni hizo, si bien para ello se habian alli juntado,

de lo cual se maravillaron todos: el Papa se agraviaba, sintiendo que lo dejaban por su causa; no digamos ambicion.

Acabó, pues con ellos, que alargasen la tregua por diez años, los cuales se publicaron en San Francisco de Niza, á 18 de junio, año 1538, en presencia del Papa, estando alli el cardenal de Lorena y el condestable Montmoransi, de parte del rey, y el marqués de Aguilar, don Juan Manrique, y don Francisco de los Cobos, y Granvela por el emperador. Luego tras esto se deshizo la junta, y el emperador dejando concertado de verse con el rey, antes de volver á España, acompañó al Papa hasta Génova, que fue por mar.

II.

Vistas en Niza del emperador y rey de Francia.

Quedaron de acuerdo el emperador y el rey de Francia, que se viesen y hablasen sin que el Papa interviniese en ello, por los respetos ó pundonores del mundo, que entre los príncipes se miran mas de lo justo y aun los hace vivir esquiva y estrañamente; y tambien por los casamientos que el Papa pedia, que por ahora no gustaban de ellos, si bien el emperador le dió presto la hija madama Margarita para Octavio Farnesio, que no tenia trece años cumplidos, negándola al duque de Florencia, Cosme de Médicis, por cumplir su palabra.

El rey de Francia despachó un caballero en una galera, rogando al emperador que se viesen

en Aguas-muertas, y que recibiria mucho gusto si entraba en Marsella de camino. El emperador partió luego, y llegó con mal tiempo á las pomas de Marsella, acompañado de veinte galeras francesas, y muchos de su flota entraron en la ciudad. Hubo tan espesa niebla el dia que partió de allí, siendo en julio, que corrieron peligro las galeras: una tocó en tierra, y otra quebró la espaldilla á la del emperador, el cual surgió en Aguas-muertas, habiendo venido el condestable Montmoransi á decirle, que luego seria el rey allí, y que si holgaba de ello entraria en la galera de S. M. católica. El emperador respondió con mucho amor y cortesía, y el condestable fue luego á decirlo al rey, y al punto se metió en un barco, llevando consigo al cardenal de Lorena, ál mismo condestable Montmoransi, á Francisco de Borbon, conde de San Pol, y al mariscal ó almirante Anibaldo. Asi caminaron derechos á la galera del emperador, que estaba dentro en el agua media legua de la villa.

No quisiera el emperador que el rey viniese á su galera, por no obligarse él á salir á tierra, por lo cual envió tras el condestable al duque de Alba, á Cobos y á Granvela, pidiendo al rey que no se tomase el trabajo de ir en barco por el peligro, sino en una galera, para que desde las popas se saludasen y hablasen: pero cuando estos mensajeros iban, venia el rey en el barco, y sin que nada le dijesen, subió en la galera, dándole la mano el emperador.

Abrazáronse alegremente con las gorras en las manos, y besándose, segun la costumbre de Francia, cuyo lenguaje hablaron. Sentáronse luego en

popa, y llegaron á besar las manos al rey todos los caballeros españoles é italianos.

Envió el emperador á decir con Granvela á Andrea Doria, que estaba detras del mástil, que viniese á besar la mano al rey: vino, é hincóse de rodillas con todo acatamiento. El rey le dijo: «¿Sois vos Andrea Doria?» Y como el emperador rogaba que le perdonase, dijo no sé qué, con muestras desabridas. Quiso Andrea Doria responder por sí, mas el emperador le hizo señas que callase. Dijo tambien el condestable al emperador, que pues habia venido el rey á la galera, S. M. saliese á tierra. Y como el emperador se demudase algo para responder, dijo el rey: «Dejaos de eso, condestable, que pensará en ello y hará lo que mandáre.

Despues porque se haria noche le despidieron habiendo estado una hora juntos.

Ido el rey, el emperador, quedó pensativo sobre si saldria, ó no á tierra; y por determinarse con razon, pidió consejo á los caballeros y secretarios que alli estaban, de los cuales unos dijeron, que no saliese, considerando los inconvenientes, otros no se determinaron cotejando el peligro con la honra; solo el duque de Alba, generosamente afirmó que debia salir, si quiera porque no le cargasen todas las culpas de la guerra y enemistades, rehusando confiarse del rey que tan llana, y sencillamente habia venido á su galera.

Determinó el emperador salir, y salió con los que cupieron, en tres esquifes de galera, mandando rigurosamente que no fuese á tierra otro alguno. Salió S. M. á fuera de marinero, con jubon, y zaragüelles de carmesi, y borceguies blancos, la camisa blanca, revueltas las bocas mangas á las

muñecas, la gorra de terciopelo negro con oro batido por las cuchilladas, y una saltambarca de carmesí ceñida, y en la cinta una daga bien guarnecida, aunque se puso una turqueta en tierra.

Cuando llegaron á recibirle el rey y la reina con el delfin, abrazáronlo con grandísimo amor y cortesia, no cabiendo la gente de placer, y maravillándose de la confianza que habia hecho el uno del otro, que sin duda fue grandísima, y en que estos príncipes mostraron grandes y generosos corazones: la cristiandad quedó tan gozosa que no sabré encarecerlo; llenos todos de una cierta esperanza de paz perpetua, y otras mil felicidades que se prometian, como las hubiera, si estos príncipes no volvieran á caer en sus pasiones, con el mismo rigor que hasta aqui las habian tenido.

No hablaron de negocios por ser tiempo de fiestas y banquetes, y por estar hablados ya en Niza, y porque ni la gravedad del emperador, ni la llaneza del rey lo llevaban. Sentáronse á comer: la reina tuvo la cabecera de la mesa, la duquesa de Estampes, que valia mucho con el rey, y madama Margarita, hija del rey, á sus lados; el emperador, y el rey, y el cardenal de Lorena: á la cena estuvieron los mismos, y ademas Catalina de Médicis con el delfin su marido, y madama Margarita hermana del rey, y el duque de Orleans.

Hubo ricas dádivas que los príncipes se dieron. El emperador dió á Margarita hija del rey preciosísimas piedras, que valian mas de cincuenta mil ducados, y perlas inestimables. El rey dió al emperador un anillo con diamante labrado en forma de ojo, en prenda de verdadero amor.

Otro dia, que fue á 16 de julio, se tornó el

emperador á su galera para venirse á España. Despidiéronse con el mismo amor y ceremonias con que se recibieron. Tales fueron las solemnes vistas de Niza, y el fruto que de ellas se sacó el que diremos.

III.

Capítulos de la tregüa.

Dije como el Pontífice habia puesto treguas por nueve años entre el emperador y rey de Francia. Los capítulos que en ella hubo fueron. Que las treguas comiencen desde 18 de junio de este año de 1538 y que duren diez años. Que los vasallos de uno y otro príncipe puedan libremente tratarse y entrar los unos en las tierras de los otros, y traer sus mercaderias, tratos y comercios por mar y por tierra. Que lo que al presente poseia cada uno quede con ello. Que se restituyan las heredades á los que se las hubieren tomado. Que á los desterrados se les alcen sus destierros, salvo á los del reino de Nápoles y Sicilia, que el emperador por aleves tenia desterrados y esceptuados. Que un príncipe no dé favor al enemigo del otro. Que se perdona á los que siendo de una parte, pelearon por otra, salvo á los rebeldes. Que se administre justicia llanamente. Que el duque de Savoya, el de Florencia, señoria de Génova, y todos los que quisieren entrar, sean admitidos en estas treguas. Que las que se hicieron en Bormes se guarden y cumplan. Otorgáronse en Niza á 18 de junio. Firmaron por el emperador don Juan Fernandez Manrique, marqués de Aguilar, don Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon,

Nicolao Perenoto, señor de Granvela: por el rey Francisco firmaron Juan, cardenal de Lorena, Ana Montmoransi, condestable de Francia. Y en el mes de octubre adelante despues de las dichas vistas se añadieron los capítulos siguientes: Que para restituir los bienes muebles que en los sacos y entradas de las tierras se han tomado, envie el rey á la tierra que es entre Francia y Flandes á Antonio Laneto que satisfaga á los flamencos y españoles, lo que se les hubiere tomado, con que prueben las partes lo que fue. Que la reina María ponga en Bruselas á Pedro Damiano, y en Bravancia que haga la misma satisfaccion á los franceses sin las largas de jueces, pleitos, y probanzas en que se acaban las vidas antes de alcanzár justicia. Que se restituyan al duque de Vendoma, y al príncipe de Orange los bienes y tierras que les hán sido tomados. Que al duque de Arisceti se le restituya el condado de Perci. Que el pleito sobre la prevision de la abadia, de monte de San Juan cerca de Terovana se determine por jueces, árbitros y componedores. Que á 7 de enero del año venidero de 1539 el rey y la reina María envien personas á Cambray que reformen la moneda, que está depravada por usar mal de ella. Firmaron las partes estos capítulos á 23 de octubre.

Por estas paces y vistas del emperador y rey de Francia se hicieron muchas alegrías en los reinos de España y Francia, dando muchas gracias á nuestro Señor con procesiones solemnes. Esperaban vivir unos siglos dorados, gozar años prósperos y felicísimos estando en paz, y gobernándoles con ella los dos mejores príncipes que habia tenido el mundo; mas por nuestros pecados no fue así.

IV.

Motin de españoles en Lombardía.

Estando el emperador en Aguas-muertas llegaron embajadores de Milan quejándose de unos soldados españoles que andaban amotinados robando y haciendo cien mil insultos, á título de que se les debian muchas pagas, y no les acudian con alguna. Fue tan furioso este motin, que llegaron los amotinados á ponerse en Galerita, y de alli destruian la tierra, y echaban repartimientos en los lugares de la comarca, y aun á los bien desviados, con tanto imperio y rigor, que quien no pagaba luego el repartimiento en dinero, lo pagaba con la vida.

Propusieron los milaneses esta embajada con alguna pasion y cólera, hasta venir á decir al emperador que lo remediase, si era servido, pagando lo que debia, sino que les diese licencia que ellos lo remédiarian, castigando aquella gente, como ellos merecian.

Mostró el emperador en el rostro desabrimiento grande, viendo la libertad con que los de Milan hablaban, y no quiso responderles mas, de que Granvela, les daria la respuesta. Fueron con esto á Granvela, y él, que ya estaba avisado, reprendiéndoles ásperamente, y afeando el mal término y libertad con que habian hablado al César, despues que les hubo dicho muy bien su parecer, respondió uno de ellos, que se decia Archinto: «Pues yo os prometo, señor, que si no lo remediais con tiempo, los de Milan se atreverán á hacer

mucho mas de lo que nosotros habemos osado decir: como que sea posible, que quiera S. M. que suframos una inhumanidad tan grande como con nosotros se usa.»

No valió á los pobres milaneses hacer estos sentimientos, porque lo mas que pudieron negociar fue una carta para el marqués del Vasto, en que se le decia que diese órden para que se apaciguase aquella gente, el cual lo hizo con la mejor maña que pudo, y contentó á los amotinados con ciento y veinte mil ducados que sacó por repartimiento de entre los pueblos; y los milaneses quedaron tan desabridos del emperador, que si entonces hubiera quien los alentara, sin duda se rebelaran.

Los soldados quedaron algo contentos y el marqués no muy en gracia del emperador, que quisiera que se hubiera con ellos ásperamente: mas ganó el marqués con la gente de guerra el amor que con el emperador habia perdido. Limpióse por entonces Lombardía de toda esta gente porque el marqués reformó las compañías y las dejó en ocho, que quedaron en el Piamonte; de las demas hizo capitanes nuevos y una parte envió á Hungria en servicio del rey don Fernando y por maestre de campo fue el capitan morales y la otra parte fue la vuelta de Génova á embarcarse para ir en la armada que se hacia en Sicilia y juntarse con la infantería española: dió el cargo de maestre de campo á Francisco Sarmiento.

Dicen que fueron cincuenta mil hombres los que el marqués distribuyó y de ellos fueron á Génova para la armada de la liga, que con mucha priesa se hacia contra el turco, como diremos. De esta manera quedó limpia Italia.

V.

Otro motin en la Goleta.

En los dias que en Lombardia pasaba el motin dicho, hubo otro entre los que estaban en la Goleta, tambien porque no les pagaban, y fue con tanta determinacion, que si no acudiera don Bernardino de Mendoza con las galeras, hicieran, segun se temió, alguna cosa muy fea. Tomólos á todos don Bernardino y llevólos á Sicilia prometiéndoles que don Hernando de Gonzaga virey de ella les pagaria y daria en que entender puestos en Sicilia. Como el virey no los pagaba, ni los sicilianos querian mantenerlos á discrecion, como se suele acostumbrar en Italia, comenzaron á alterarse los que habian venido de la Goleta y con ellos otros muchos de los que antes estaban en Sicilia y sin que su capitanes les pudiesen resistir, pusieron el negocio en términos, que se hubiera de destruir la isla. Tomaron y saquearon á Castañera, Montforte y Santa Cecilia, tres lugares bien ricos, aunque pequeños, é hicieran lo mismo de Castro, si pudieran.

Como don Hernando de Gonzaga vió el negocio tan estragado, envió contra ellos á don Alvaro de Sande, que como de aqui adelante veremos, fue muy esforzado caballero, de quien son los marqueses de la Piora y su solar en Galicia. Era en este tiempo su maestre de campo don Hernando: llevó consigo gran número de gente, pero rústica y bisoña. Pensó don Alvaro que tuvieran respeto á su persona y por poco le mataran, sino se pu

siera en cobro. Andaban entre ellos algunos soldados honrados y capitanes principales, que no quisieron perseverar en aquel motin, por no mancillar su fama, y como mejor pudieron, se pasaron al servicio del emperador: los demas como vieron idos á sus capitanes, hicieron su tribuno y capitan general, que ahora llaman electo, á un tal Heredia soldado viejo, fraile renegado y muy gran predicador sin obras, y diéronle por acompañados ciertos oficiales que llamaban ellos los electos. Durábales á estos el cargo no mas de tres dias y al mal fraile siempre, dándole por su consejero á un vizcaino que se decia Mondragon.

Ya que estaban tan ricos, que no podian traer lo mucho que habian robado; tomaron por asiento para su bagage, criados y mujeres, un lugar que se dice Rochela, y fueron á saquear á Randazo en las raices del monte Etna: saliéronles al camino los del lugar con un crucifijo en las manos llorando y pidiéndoles por amor de Dios que no los maltratasen. Cuando lo tenian conseguido, Heredia disparó desde los muros un arcabuz y mató un soldado de los de fuera. Fue tanta la ira de los demas, que pusieron fuego á las puertas y entraron y saquearon el lugar echando de él á todos los vecinos y se quedaron en él muy de asiento por más de tres meses, tan al seguro como si todos hubieran nacido allí.

Pudiera don Hernando de Gonzaga castigar por fuerza estos insultos, sino temiera las muchas muertes y daños, que se habian de seguir de pelear con gente tan valiente y desesperada, pero quiso guiar el negocio con maña y acordada prudencia. Rogó al maestre de campo don Alvaro de Sande, á San-

cho Alarcon, á Juan de Vargas y Alonso de Vives, todos capitanes y personas de mucha calidad y que tenian amigos entre los amotinados, que tomasen la mano en reducirlos con algun buen medio: prometióseles perdon general y ademas cuatro pagas.

Al fin ellos de consejo de su caudillo Heredia, que les hizo un elocuentísimo sermon, vinieron en lo que se les pedia y para seguridad de lo que el virey prometia, pidiéronle en rehenes el hijo mayor, pero despues se contentaron con que jurasen él y algunos de sus amigos, guardar y cumplir lo que tenia prometido, habiendo de jurar el virey y los demas sobre el Santísimo Sacramento y los soldados ni mas ni menos, de servir al emperador.

Escogiéronse con Heredia veinte y cuatro caporales, de cada bandera el suyo, que tantas eran las de los amotinados. Hízose el juramento en Linguagrosa, un lugarejo cerca de Rendazo. Vióse bien que el virey juraba de mala gana, porque cuando se hacia la solemnidad, que todos alzaban las manos al cielo, apenas las queria él alzar: por lo cual un tal Villalobos que alli estaba le dijo: «Jure vuestra señoria de buena gana, sino tampoco juraremos nosotros.» Hizo el virey que no habia mirado en ello, por asegurarlos y con esto se partieron muy contentos.

Poco despues con toda la disimulacion del mundo los repartieron de veinte en veinte y de treinta en treinta por las guarniciones.

De allí á dos ó tres meses, cuando mas descuidados estaban, escribió el virey á diversos capitanes que prendiesen á los veinte y cuatro dipu-

tados ó caporales. Juan de Vargas prendió á Heredia y á Carranza que estaban en Tauromino y dieron con ellos en Mecina. Cuando los tuvieron á todos veinte y cinco presos, una mañana sin que nadie supiese para qué, amanecieron en el puerto al largo de la costa veinte y cinco horcas: la una que estaba en medio, era mas alta que las otras, estando á cada lado doce bajas. Antes de mediodia sacaron á los veinte y cinco y pusieron á cada uno en la suya y á Heredia en la de en medio cortándole primero la mano derecha.

Despues de esto dio el virey una provision para toda la isla: mandando á los alcaldes y gobernadores, que ahorcasen á todos cuantos hallasen de los amotinados. Justiciáronse muchos por toda Sicilia y principalmente en Mecina. Despues de haber muerto gran parte de ellos á los demas que hallaron vivos, prendieron y metiéronlos en un navio y enviáronlos á España, que fue para ellos una gran vergüenza: hubo algunos que tomaran antes ser muertos como sus compañeros.

Con este castigo quedaron amedrentados los soldados y don Hernando de Gonzaga con opinion de poco amigo de españoles, y no le levantaron falso testimonio, segun decian los que le conocieron.

El emperador gustó mas de este rigor, que de la blandura del marques del Vasto á quien la nacion española debió siempre mucho amor y buenas obras como á su tio el gran marqués de Pescara, que ambos amaron los españoles como á verdaderos hermanos y gente de su sangre, solar y nacion, cual era el orígen de estos valerosos capitanes.

VI.

Batalla naval perdida por Andrea Doria

Supo Soliman la liga y confederacion que en Roma se habia hecho contra él y por buena diligencia que los príncipes cristianos se dieron para aprestar su armada, fue mayor la de Barbaroja, saliendo con gran presteza y armada de Constantinopla con ciento y treinta galeras y otras muchas fustas. Hízose esta liga á instancia de venecianos, que solicitaron al Papa y emperador, rey de Francia y otros príncipes, que porque ellos traian guerra con el turco en la Morea y Esclavonia desearon armarse de esa potencia. En ella el rey de Francia no quiso entrar por la amistad que siempre tuvo con el turco.

Fue el concierto de la liga, que se armasen doscientas galeras, sin las naves que fuesen menester, aunque no se armaron tantas. El Papa daba treinta y seis con el patriarca de Aquileya y á Marco Grimaldo por capitan y legado. Venecianos ochenta y dos, nombrando por general de ellas á Vicente Capelo. El emperador otras tantas con Andrea Doria, y mas las naos para la gente, municion y pertrechos, y el trigo que por sus dineros quisiesen de Sicilia.

Habia de ser capitan de toda la flota, el tiempo que durase la liga, Andrea Doria, y del ejército de tierra don Hernando de Gonzaga, sino pudiese ir Francisco Maria, duque de Urbino: eran para venecianos las tierras que se tomasen al turco en Esclavonia, y Grecia, ó en sus islas.

Publicóse esta liga en Roma delante del Papa, estando presentes don Juan Manrique marqués de Aguilar, embajador del emperador, y Marco Antonio Cantarino, embajador de Venecia, á 8 de febrero año de 1538; mas no pudo ir Andrea Doria, hasta poner al emperador en España desde Aguasmuertas.

Entretanto habia venido Barbaroja con la armada que dije á Candia. Saltaron en tierra muchos turcos desconcertadamente, pensando ganar á Candia, y aun se desmandaron á robar por las aldeas. Pero Andrés Griti que guardaba el lugar, les dañó mucho con la artilleria, y como reconociese su desórden, echó fuera dos compañias de italianos que los pusieron en huida; por lo cual, y por saber como iba el gobernador Juan Moro con ejército, tocó á recoger apriesa.

Barbaroja metióse en sus galeras por temor de los venecianos, dejó por embarcar mil y docientos hombres que andaban lejos robando, todos los cuales fueron muertos luego á manos de lós isleños. De Candia fue Barbaroja sobre Retino, y sin tentarlo, pues le pareció fuerte ciudad, y muy artillada, pasó á la Frasquia tres leguas de la ciudad de Candia, y de alli á Sicilia, que de miedo de él estaba sin gente, la cual quemó enojado. De alli caminó á Modon, y luego á la Prevísa, por estorbar á la flota del Papa y venecianos, que estaban en Corfu.

En tanto que Barbaroja estaba en Candia, quiso tomar de camino la Prevísa, con las galeras del Papa. El patriarca de Aquileya, que deseaba ganar honra, echó en tierra los italianos con algunos albaneses. El entró por la boca del golfo, si

bien le tiraban del castillo: comenzó á batir el lugar desde las galeras, y tambien de tierra con tres tiros que sacó: sobrevinieron empero tantos turcos á pié y á caballo, que matando algunos cristianos, los hicieron retirar. No pudo embarcar los dos tiros: mas aunque con daño todavia aprovechó aquel acometimiento, porque se supo que estaban las galeras turcas á la entrada del golfo

Poco despues de esto llegó á Corfu Andrea Dorio y con acuerdo del patriarca, y de Vicente Capelo, se fue á la Gomeniza, lugar de muchas aguas, para esperar alli las naos que atras dejaba. Tratóse entretanto que llegaban, donde, y como harian la guerra. Contaré el consejo que cada uno de los capitanes dió, aunque el fin fue malo. Dijo don Hernando de Gonzaga primeramente, que se debia tomar la Previsa, echando en tierra soldados, y tiros, para que desde allí estorbasen á Barbaroja la salida con la artilleria, pues era estrecha; que hundiesen á la boca una gran nao llena de cantos por mayor embarazo, y que no bastando aquella, pusiesen el galeon Oria, el veneciano, y la baracha, que tenian tanta artilleria, junto á la nao que hundiesen, y muy bien ancorados, para echar á fondo las galeras de Barbaroja, si huir quisiese, porque cerrándole el paso, y enseñoreando la marina con la infanteria, era luego perdida la flota contraria por falta de agua, ya que otro no fuese.

Contradijo esto, que fuera lo mejor, Andrea Doria con razones de buen marino, pareciéndole un manifiesto peligro sacar á tierra la gente, y artilleria, por dos causas: una, porque siendo en fin de setiembre, ó casi, podia venir un temporal que forzase á la flota á meterse en mar alto, no

dejando que comer á los soldados; otra, porque los turcos tenian muchos tiros con poder, que no solamente impedir, pero matar cuantos á tierra fuesen, y que seria gran vergüenza perder los hombres, ó los navios sin hacer otro daño al enemigo que tomarle la Previsa: mas que si Barbaroja no saliese á pelear por miedo, llegando á la Previsa, saldria por vergüenza, entrando ellos por entre los Dardanelos, ó castillos á tomar á Lepanto y otros lugares en el golfo de Patras, que segun los griegos afirmaban, no eran fuertes

Acordaron al parecer de Andrea Doria el patriarca, y Vicente Capelo temiendo la tormenta, mas que la batalla de mar, y aun por haber á Lepanto, que ya otro tiempo fuera de venecianos, de manera que determinaron hacer lo que dijo Andrea Doria. El cual como general de toda la flota ordenó allí en la Gomeniza muchas cosas de la armáda, de la guerra y de la navegacion á consejo de los otros generales: y porque habia setenta y dos naos de pelea repartiólas en dos partes, dando la una á Francisco Doria, que las llevaba todas; y la otra á Alejandro Bondomier, capitan del galeon veneciano.

Eran las galeras ciento y treinta y cuatro, que no se pudieron armar las doscientas, que prometieron las veinte y siete, del Papá, cuarenta y nueve del emperador: y las españolas no fueron allá; cincuenta y cinco de venecianos; si bien algunos cuentan mas: pero no estaban alli sino en guardia de Chipre y Nápoles de Romania, y Esclavonia. Habia sin esto doscientos y cincuenta bajeles de menos vaso, los cuales iban á su ventura. Los hombres de paga eran sin los de galera, cinco

mil italianos, once mil españoles soldados viejos de Lombardía y Africa.

Con este designio partieron de la Gomeniza, yendo delante Alejandro Bondomier con su galeon y naves, y con cinco galeras que descubriesen; las cuales en apareando, y aparejándose con el golfo del Arta vieron cuatro galeras con otras tantas galeotas turcas que atalayaban: siguiéronlas para saber las que dentro estaban. Surgió el galeon á la punta de la Previsa, y en diez y seis pies en hondo como le fue mandado, y luego toda la flota, que como las galeras se tendieron parecia grandísima, como sin duda lo era, y para hacer una gran suerte tuvieron trabajo aquella noche por andar la mar alta, pero sosegó con la venida del sol, con mostrar y dar bonanza.

Quiso al principio Andrea Doria echar gente y comida en la Previsa, mas luego mudó propósito, y por estár quedo Barbaroja y por ir á Lepanto, como se habia concertado, tomó el camino de Santa Maura, remolcando las naves con las galeras, fue á surgir á Sesola que asi llaman aquella roca. Quedaban en la rezaga los dos galeones, y la barca con otros veinte y cinco naos grandes. Estaba Barbaroja en el golfo del Arte con ochenta y siete galêras, treinta galeotas, treinta y cinco fustas y bergantines: armada, que si bien era grande, no era bastante para pelear con la cristiana, y por entenderlo él así no salia: puso las popas junto á tierra para salvar la gente y ropa, si la armada de la liga los acometiese, teniendo por menor pérdida la de los navios, que la de los hombres. Habia hecho baluartes en tierra, y puesto en ellos artilleria, y llamado los turcos y otras gentes del

despotado para defender sus galeras; y cuando vió y contó las naos y galeras de la liga tuvo gran temor, á lo que despues contaron los suyos, si bien es verdad que mofaba de la mezcla de los capitanes, diciendo que no sabrian vencerlo.

Un capado que llamaban Monuc, de la puerta del gran turco, que venia en la armada por acompañado de Barbaroja, lo reprendió motejándolo de cobarde porque no peleaba. Deciale que mostrase allí donde mas era menester su esfuerzo y ciencia de cosario: y que mirase cuyo pan comia: que lo ahogaria Soliman sino peleaba, al cual ni le faltaria madera para otra flota, ni tan buenos capitanes como él, aunque se perdiese la batalla. Hubo miedo entonces el turco Barbaroja, y dijo á Salac: «Vamos á pelear: si bien nos tengan ventaja nuestros contrarios, no nos acuse este medio mujer.»

Luego hizo señal de partida y de pelea. Como estuvo fuera en mar se puso en medio con un tercio de su flota, llevando muchas banderas en la galera por dar alegria á su gente: dió el otro tercio á Tabac con que fuese á la mano derecha: el otro dió á Salac que por la izquierda fuese á Rapatierra, para tenerla por suya, que importaba mucho habiendo batalla. Echó delante á Dragut con diez galeras y seis galeotas. Venian al remo á compas todas concertadas en que mostró bien su arte Barbaroja.

Como Andrea Doria entendió que Barbaroja venia con ánimo de pelear, lo que no pensara, volvió alegremente á él desde Sesola haciendo señal de batalla, la cual pedian con instancia Vicente Capelo y el patriarca. Envió á decir á los

capitanes de galeras con las fragatas, que luego se armasen poniendo sus pavesadas para pelear, al primer son de trompeta con que se pondria el estandarte mayor imperial; y á los de los navios de armada que se metiesen á tierra por ganarla al enemigo y por sacarlo á pelear en alto.

Nunca hombres estuvieron con mayor gana do pelear que los de la liga aquel dia, y asi era de ver la prisa y alegria que tenian armándose; muchos pensaban que Barbaroja huia. No queria pelear Andrea Doria sin las naves, y menos Barbaroja con ellas, porque llévaban muchos tiros y fuertes soldados, y por eso el uno rehusaba acercarse á ellas, y el otro las echaba delante esperando sazon para pelear y vencer. Asi hacia grandes puntas y vueltas con sus galeras, de lo cual se maravillaban sus compañeros que deseaban envestir, y sus enemigos tambien, sospechando algun engaño.

Calmó en esto el viento, que fue la perdicion de la armada cristiana, porque pararon las naos, y no se hallaron las galeras á tiempo. Barbaroja que al principio temia llegar á las naos, hizo de tres alas que llevaba dos, á manera de luna nueva, para dar batalla, y conocido el desatino de los de la liga, mandó á los suyos que arremetiesen á ellos antes que el sol se pusiese, pues era ya de mar benanza; si bien Dragut á este tiempo combatia recio, pero en vano, con el galeon Veneciano: porque Bondomier se defendió valentísimamente. Acometieren, pues, los turcos, y unos quemaron dos naos, una de Candia y otra de Venecia que llevaban bizcocho, habiéndose ya ido la gente por su miedo á otras naos de soldados con

las barcas. Otros combatieron tres naos en que iban españoles, y tomaron la del capitan Villegas de Figueroa, natural de Ocaña, que no le valió por bien que pelearon los suyos, y él se defendió al cual soltó de allí á tres años Soliman, en gracia de un hijo que se tornó turco: á las otras no pudieron tomar por la noche que les sobrevino, habiendo peleado maravillosamente todos con sus capitanes Bocanegra y Machin de Monguia, echando á fondo tres galeras turcas. Estuvieron sobre la de Monguia ochenta y cinco galeras y fustas que la quebraron el árbol, y las obras muertas, quemando las velas, cargaron en ella tantas por la grandísima resistencia y estrago que hacia.

No pasaban los tablones los tiros por estar escaldados con el mucho tirar. Murieron el alférez y otros veinte y siete: les demas, si bien casi todos heridos, escaparon con la mesana y trinquete, por refrescar el aire aquella noche antes que amaneciese.

Tomó asimismo Salac dos galeras venecianas de Francisco Mocinigo, y del abad Viviena, que por ir á los suyos, fue á los enemigos desatinados con la oscuridad ó con el miedo.

Anocheció en esto, y llovió con truenos y relámpagos, y por miedo de la tormenta hicieron vela, Barbaroja primero, y luego Andrea Doria; el cual sin concierto ni respeto echó la vuelta de Corfu hácia donde corria el viento, habiendo perdido aquel dia la honra y fama que de buen capitan tenia, por querer saber mucho, y aun apagó los faroles porque el enemigo no lo siguiese como le seguia.

Barbaroja dijo en español muchas veces, y todas riendo á carcajadas: «¡Oh, como Andrea Doria mata las linternas por no ver por donde huye!»

VII.

Fin de la liga contra Barbaroja.

Dieron los de la liga gracias al viento que los trajo á Corfu sin otra mayor pérdida, si bien afrentados por el ruin suceso de su armada sobre tanto consejo. Echaban la culpa unos á otros: decian los venecianos que Andrea Doria no habia peleado por envolverlos con el turco en mayores guerras; que asi convenia para el emperador, y por particular odio que les tenian. Los genoveses decian en disculpa de Andrea Doria, que dejó de dar batalla desconfiado de los venecianos porque iban á la cola (que tambien se dice á pique) habiendo de pelear, lo cual es llevar atadas con juncos las velas á las entenas, para que sin izar, suelten la vela picando un junco, y porque al principio no quisieron tomar españoles en sus galeras, pues asi cumplia para confiar de la victoria; siendo ellos los primeros que primero ciaron.

Estuvieron alli quince dias en esto, en rehacerse, y en consultar qué harian, porque Barbaroja estaba en Pachu, otra isla junto á Corfu, dándoles higas: el cual, como no salian, se fue al golfo del Arta, que venia tempestad, habiendo robado primero á Parga.

Don Hernando de Gonzaga reconcilió á Vicente Capelo y á Andrea Doria, y acabó que para pelear con Barbaroja, ó para tomar algun buen lu-

gar se metiesen cincuenta españoles arcabuceros en cada galera veneciana creyendo enmendar lo pasado.

Ido Barbaroja, se fueron ellos á Castilnovo, dando á don Hernando el cuarto de las galeras. Es Castilnovo un lugar en el golfo de Cataro ó Rizano, poco fuerte, aunque con un baluarte hácia la mar, y un castillo sobre peña que guardaban trescientos cincuenta turcos. Los naturales son esclavones, pero mahometanos, aunque algunos eran bautizados primero, y se acordaban que los ganó Mahomet. Habian fortificado á Castilnovo el año antes sabiendo la liga, con las demas fuerzas de sus dos costas, asi de la Grecia como de la Siria y de Europa y Asia. Desembarcaron primero los de la liga en Cataro, sacando trece piezas de artilleria.

Envió don Hernando cuatro compañias de españoles á descubrir, las cuales hicieron retirar los turcos de á caballo que venian al socorro, y prendieron algunos, aunque murieron seis. Echó los españoles á un cabo sobre Castilnovo que llevaron á brazos trece cañones treinta pasos: y por otros los italianos que llevaron dos sin trinchera. Comenzaron á batir el castillo y el baluarte con aquellos tiros, que se habia recogido allí toda la gente, y luego desde la mar, yendo las galeras de cuatro en cuatro á tirar: pero alcanzáronse unas á otras antes que pudiesen dar la vuelta, y asi dieron en tierra ocho, cuyos hombres entraron por los remos en el lugar, y luego los soldados de la otra parte por escalas, y entraron muriendo algunos, entre ellos un capitan italiano y otro español que fue Bocanegra, aunque otro dice que en

una escaramuza murió este capitan aqui bien nombrado.

Rindiéronse de alli á tres dias los del baluarte á Vicente Capelo, y los del castillo á don Hernando con condicion de que se pudiesen rescatar los turcos en Ragusa por cada cuarenta ducados, pero no se guardó el pacto.

El despojo fue mayor que rico. Cautiváronse mil y seiscientas personas y muchos decian ser cristianos. Andrea Doria, y don Fernando de Gonzaga metieron españoles, en los castillos contradiciendo Vicente Capelo, que los pedia por virtud del concierto, y nombraron á Francisco Sarmiento maestre de campo, que quedase alli en guarnicion con ciertas compañias, en las cuales habia hasta tres mil españoles, los mas arcabuceros. todos soldados viejos y lucidos, ó segun otros dos mil quinientos ochenta albaneses de á pie y veinte y cinco de á caballo con sus capitanes Lázaro, Andrea Pinto, y Jorge Copos. De manera que toda la guarnicion fue de españoles con sus capitanes Machin de Monguia, Luis de Haro, Juan Vizcaino, Mendoza Silva, Sancho de Fria, Cusan Zambrana, Zimbron, Arriaran, Pedro Ruiz Gallego, don Pedro de Sotomayor, que sucedió á Bocanegra y sobre todos Francisco Sarmiento.

Barbaroja fue á socorrer á Castilnovo sabiendo que los de la liga lo combatian. Dióle caminando para allá una tormenta en la isla de Saeno, en la cual perdió setenta navios y veinte mil hombres, segun se dijo por cierto, por lo cual Vicente Capelo, y aun don Hernando, quisieran ir tan á buen tiempo tras él para acabarlo: mas Andrea Doria lo estorbó por temor de otra tormen-

ta, porque ya era por Todos Santos, y aun porque hizo mal tiempo estuvieron detenidos allí diez ó doce dias, luego que aclaró se vinieron á tener el invierno á sus casas, desarmaron las galeras, porque habian trabajado mucho los galeones aquel verano, y cesó la liga y junta de las armas que tan poco valieron: lo que con ellas los capitanes cristianos ganaron se logró tan poco, y tan á costa de los españoles, que por sustentarlo padecieron increibles trabajos y muertes como en esta historia veremos.

VIII.

Cortes generales de Toledo.

Las cortes del año 1538 fueron tan célebres por el llamamiento general, que el emperador hizo de todos los grandes y señores de título de Castilla, que me obligan á decir de ellas mas particularidades que de otras. Temo mucho cansar en esta obra, poniendo escrituras y cartas originales; pero confieso que no está en mi mano otra cosa, no porque me falta estilo para sacarlas en relacion y sumariamente, ó para decir solo lo que es historia, que es lo mas apacible al comun de los lectores; sino que soy tan amigo de la verdad, y de que el que leyere mis trabajos, entienda que la trato y la busco, que por asegurarme y asegurar á todos he usado y usaré poner las cartas y escrituras que mas conviniere á la historia, sacándolas fielmente, como ellas se escribieron. Haré lo mismo para decir lo que hubo en estas córtes.

Juntáronse en ellas, y juraron el secreto de lo

que fuese perjudicial, para siempre guardarlo, y lo que no tanto cuanto durasen las cortes; á saber:

El condestable de Castilla, y de Leon, el conde de Oropesa, el conde de Palma, el marqués de Cuellar, el duque de Maqueda, el marqués de los Velez, el duque de Alburquerque, el conde de Urueña, don Hernando de Castro, el conde de Chinchon, don Francisco de Ribero, don Hernando de Toledo, el conde de Orgaz, el conde de Medinasidonia, el duque del Infantado, el conde de Benavente, don Pedro Enriquez, el duque de Nájera, el marqués de Villena, el conde de Luna, don Egas Venegas, Martin Ruiz de Avendaño, el conde de Siruela, el conde de Coruña, el marqués de Elche, Luis Mendez, el duque de Sesa, don Juan de Fonseca, el marqués de Comares, el conde de Nieva, el adelantado de Galicia, el conde de Teba, el marqués de Cerralbo, el adelantado de Castilla, el conde de Osorno, Juan de Vega, el conde de Cifuentes, el duque de Béjar, el duque de Alba, el conde de Buendia, don Juan de Ulloa, el marqués de Montemayor, don Hurtado de Mendoza, el conde de Melito, el conde de Saldaña, don Juan de Mendoza, don Juan Alonso de Mojica, el marqués de Gibraleon, el conde de Gelves, don Gonzalo Chacon, don Alonso Tellez, don Juan de Ayala, don Francisco de Monroy, Luis Carrillo, el conde de Bailen, el conde de Alcaudete, el mariscal de Fromesta, el marqués de Molina, el marqués de Berlanga, el marqués de las Navas, el conde de Aguilar, Juan de Saavedra, el conde de Olivares, don Juan de Venavides, el mariscal Hernan Diaz de Riba de Nei-

ra, el marqués de Tarifa, el conde de Medellin, don Pedro Pimentel, el conde de Monte Agudo, y el conde de Modica. Por este mismo órden estaban escritos: no he antepuesto ni pospuesto.

Halláronse otros muchos caballeros y prelados estrangeros, como fueron el cardenal Alejandro Farnesio legado á látere, Federico II, conde Palatino del Rhin, duque de Baviera, elector del imperio con su mujer Dorotea sobrina del emperador, hija de su hermana doña Isabel reina de Dinamarca, Noruega y Suecia.

El intento del emperador en esta gran junta fue que los tres estados de Castilla y Leon le hiciesen un gran servicio con que desempeñarse, y acudir á las cosas de la guerra y defensa de sus reinos. Hízose la junta en el convento de San Juan de los reyes en dos salas diferentes, una de prelados y otra de caballeros. En la de los prelados presidió el cardenal de Toledo despues de haber pasado muchos cumplimientos y cortesias entre él y don Francisco Garcia de Loaisa cardenal y arzobispo de Sevilla.

El estado eclesiástico sin muchas dificultades pasó y decretó lo siguiente:

«Atentas las necesidades de S. M. y de estos sus reinos que se les habian declarado, y el peligro que habria en no ser con tiempo socorridos y remediado, parece á los prelados que aqui estan juntos por mandado de S. M., es justo, que todos los del reino ayudén al socorro y remedio de ellos: Para este efecto han platicado en diversos medios generales de los que se han propuesto, y hayan que socorer la dicha necesidad por via de sisa, siendo temporal y moderada, y en cosas limitadas;

seria la mas fácil y mejor manera, y en que menos corrupcion, y estorsiones habria. Que porque para esto es menester licencia y mandato de su Santidad, suplican á S. M. mande tratar el despacho que para seguridad de sus conciencias se requiere, y asi son contentos de venir en el medio de la dicha sisa, como de suso se contiene.»

El jueves primero de noviembre se hizo la proposicion al estado de los grandes y señores, en una sala de palacio, que eran en las casas de don Diego Hurtado de Mendoza conde de Melitó, y se señaló para las demas juntas el convento de San Juan de los Reyes. No hallo quien fue el que habló lo que aqui dice, que fue lo siguiente:

»Señores, por la noticia que S. M., despues de su primera venida en estos reinos, ha mandado siempre dar, y por la notoriedad y evidencia de lo que en este tiempo se ha asegurado, teneis entendidas las cosas que en él se han ofrecido, y las guerras á las cuales S. M. sin poderlas escusar, y contra su voluntad, por defension y conservacion de sus reinos, y bien universal de la cristiandad, y cumplir con su dignidad, y autoridad ha sido necesitado, deseando siempre evitarlas con los príncipes cristianos, y estar en paz y quietud por servicio de nuestro Señor, y beneficio de sus reinos y estados de la república cristiana, y procurándola por su parte por todas las vias que parecian convenientes, poniéndose en toda justificacion y deber para conseguirlo. Y no es necesario referirlas aqui particularmente, ni menos traeros á la memoria las cosas en que no perdonando por las dichas causas á algun trabajo de su persona se ha ocupado, y empleado, porque de todos está

visto, y sabido; ni tampoco la importancia y necesidad de las ausencias que ha hecho de estos reinos, porque se persuade que cada uno de vosotros por su prudencia tiene conocido, que la primera que hizo el año de veinte, despues que por fallecimiento del emperador Maximiliano de gloriosa memoria fue elegido por rey de romanos · lo cual asi para su autoridad como para seguridad y defension de sus reinos y estados, fue tan conveniente y útil, que ninguna cosa pudiera ser mas, porque con allegarse aquella dignidad á la grandeza de estos reinos, ayudándose tambien de los otros que Dios les dió, se ha podido proveer y remediar lo que convenia en las cosas que se han ofrecido, lo cual sin ella se pudiera haber hecho con dificultad: y que la segunda fue mas que necesaria, y en ninguna manera se pudo ni debió dejar, de la cual se siguió la paz entre S. M., y el cristianísimo rey de Francia, y que se observó hasta el año de 1536, despues de las guerras que duraron desde su primera ausencia hasta entonces, y la pacificacion que por medio del papa Clemente puso y dejó en Italia, que la halló que estaba toda en armas, deshaciendo la liga que contra S. M. tenian, y asentándola para la conservacion y seguridad de ella, y la resistencia que el año de 532 S. M. con ayuda de sus reinos, y del imperio hizo contra el tirano turco enemigo de nuestra santa fe católica, y de la república cristiana, que pasando por todo el reino de Hungria llegó hasta la ciudad de Viena cabeza del archiducado de Austria, patrimonio antiguo de S. M., de donde por él fue espulso, y constreñido á volverse huyendo con pérdida de reputacion, y daño de sus ejércitos y

gentes, con lo que entonces mas trató con los estados del dicho imperio, para que las cosas de la fe (que con sus opiniones, y sectas que se han levantado en aquellas partes, estaban y estan en gran peligro) no viniesen en mayor inconveniente, pues la tercera ausencia cuann ecesaria fuese, y el beneficio que de ella se siguió para la defension, seguridad y reparo de estos reinos, y de los otros de S. M., para echar á Barbaroja capitan general de la armada, y fuerzas del dicho turco como se hizo deshaciendo aquellas del reino de Tunez, que lo habia ocupado con fin de molestar, y oprimir de alli las costas de los reinos de S. M., con lo que mas en aquella jornada, pendiente esta ausencia se hizo, todos lo teneis entendido, y á ninguno deja de ser notorio: tampoco es necesario referir la liga, que con negociacion y buenos medios de S. M., se acordó y asentó en el año pasado, entre su Santidad y S. M., y el ilustrísimo dominio de venecianos, para la defension de la cristiandad, y ofension contra el dicho turco, que sin duda segun su potestad y fuerzas, y la soberania, obstinacion y odio con que ha muchos años que estudia y procura oprimir la cristiandad, y los reinos y estados de S M., principalmente como lo ha hecho de la parte del reino de Hungria que ha podido, era, y es muy conveniente, y necesaria esta union y confederacion, para poder resistir, y reprimir sus fuerzas, y forzalle á contenerse en sus términos y proveer por este medio á la quietud, y reposo de la cristiandad, como se ha hecho este año con la armada que S. M. ha enviado, con el príncipe Andrea Doria, para juntarse con la de su Santidad, y de los dichos vene-

cianos, y se prepara, y da órden de hacer el venidero, y adelante con el ayuda de nuestro Señor. Tambien teneis entendido como siendo S. M. despues de las dichas últimas córtes de Valladolid, durando aun entonces la guerra con el dicho cristianísimo rey de Francia, ido á Monzon, para tener córtes de los reinos de Aragon, asi por dar órden en las cosas de ellas, como por hallarse mas cercano, para proveer lo que conviniese á la buena provision, y seguridad de las fronteras de ellos, especialmente de Perpiñan donde se dudaba que se podia ofrecer, y se juzgaba instar mayor necesidad, y habiéndose comenzado á platicar de paz entre S. M., y el dicho cristianísimo rey de Francia, á la cual S. M. siempre fue inclinado, y la deseó, y procuró por su parte, por consideracion del bien público de la cristiandad, suspendiendo las armas para esto por cierto tiempo, para poder mas convenientemente tratar, y venir á la conclusion, asentaron de enviar cada uno sus ministros y diputados al confin de Salsas, y que sus personas se allegasen tambien, S. M. á Barcelona, y el dicho cristianísimo rey á Montpeller, para estar mas cerca de los dichos sus ministros, y asentar, y consultar, y resolver mas brevemente las dificultades que se pudiesen ofrecer: para cuyo efecto habiendo venido un Nuncio de su Santidad á exortar la paz, envió S. M. á ofrecerle, que queriendo su Santidad tomar trabajo de venir á Lombardia ó á Niza, S. M. holgaria de ir á ella. Y venido S. M., acabadas las dichas córtes de Aragon, á Valladolid, donde á la sazon estaba la serenísima, muy alta, y muy poderosa emperatriz, el serenísimo príncipe, é infantes, y sus consejos; y tenien-

do aviso que los dichos diputados estaban juntos, volvió por la posta á Barcelona, y habiéndose como siempre antes lo habia hecho, puesto en toda razon y deber por su parte para conseguir lo demas de las otras justificaciones que se hicieron, ofreció de disponer en beneficio de un hijo del dicho cristianísimo rey del estado de Milan que por fallecimiento del último duque sin hijos, fue vuelto al imperio, y le pertenecia, y estába y está en su mano, naciendo dificultades entre los dichos ministros y diputados que estaban juntos, tratando de la dicha paz, S. M., ofreció por ellos y por los legados que su Santidad habiendo antes desde que se comenzó la dicha última guerra hechó por su parte el buen oficio que convenia á su dignidad, y oficio para enderezar la paz, envió entonces para procurarla y encaminar, uno á S. M., y otro al dicho cristianísimo rey, que para que se pudiesen mejor deshacer las dudas que se ofrecian se llegasen S. M. á Perpiñan, y el dicho rey cristianísimo á Narbona, porque estando el uno cerca del otro, y de sus ministros, se trabajase de quitar aquellas, guerrse y venir á la conclusion de la paz, y que cuando el dicho rey cristianísimo no se satisfaciesede esto por no dejar por su parte alguna cosa y que con honestidad pudiese y debiese, por hacer, que fuese posible, á la cristiandad el beneficio que se seguiria de ella. Tambien viniendo su Santidad á Lombardia, ó Niza, y queriendo el dicho rey cristianísimo acercarse, tomaria trabajo su Santidad, para que con su intervencion se trabajase de venir á la dicha paz, lo cual se concertó y pasó en efecto, y plugo á Dios que se siguió y asentó. Primeramente tregua por

diez años entre S. M., y el dicho cristianísimo rey, y los reinos súbditos, y mares de la una y de la otra parte, y despues la paz y amistad que con las vistas de Aguas-muertas en Francia se confirmó y continuó entre ambos, la cual S. M. confia que se observará, é irá en adelante en crecimiento, con lo que para este efecto se hará siempre de su parte, y la buena y entera voluntad que ha mostrado, y muestra el dicho cristianísimo rey. Y seria supérfluo declarar particularmente los grandes gastos y espensas que ademas de las que ordinariamente han sido necesarias para las cosas de S. M. y de la reina nuestra señora, consejos, gobernaciones, guardas, y provisiones de las fronteras de estos reinos, y de Africa, y en el entretenimiento y sostenimiento de las galeras, que contínuamente tiene, y trae armadas á su sueldo, que son necesarísimas, y no solo no se pueden escusar, mas segun la potencia del dicho enemigo, conviene aun armar, y entretener otras mas de las que ha sostenido en el dicho tiempo con las guerras que se han ofrecido, asi en la defensa de las fronteras de estos reinos de Guipúzcoa, Navarra, y Perpiñan, como en la recuperacion de Fuenterrabia, que pendiente la dicha primera ausencia de S. M., fue ocupada, con lo que se gastó, disipó, y consumió con las alteraciones que durante aquella hubo en estos reinos: en los cuales á todos es manifiesta la clemencia que S. M. usó, como siempre, antes y despues la ha usado, y lo que por esta causa perdió, y dejó de gozar de sus rentas reales, y ayudarse de los bienes que se pudieran confiscar, y en los ejércitos que ha entretenido para resistir á los enemigos, y defender,

y asegurar sus reinos, y estados, principalmente para tener la guerra lejos de estos, por escusar los daños y trabajos que aquella trae consigo, como se ha hecho siempre, despues que recuperó la dicha villa de Fuenterrabia, y en las armadas que tambien por mar ha sido necesario hacerse, para resistir á las del dicho turco, y otros infieles, que de seis ó siete años á esta parte haya enviado por tres ó cuatro veces contra la cristiandad, y los reinos de S. M., los cuales gastos han sido tan grandes y escesivos, que no sufren ni reciben alguna estimacion. Y para cumplirlos no bastando las rentas reales de estos, ni de los otros reinos, ni estados de S. M., ni las ayudas, ni socorros que le han hecho en todos ellos, que han sido pequeños, ni lo que se ha habido de las cruzadas, subsidios, y décimas que su Santidad le ha concedido, ha sido necesario vender, empeñar, y enagenar de su patrimonio y rentas, grandes sumas, y aun con esto no se ha podido cumplir lo pasado: porque se deben muy gruesas cantidades de dineros, que para los dichos gastos se buscaron, y tomaron á cambio, y por no haberse podido pagar corren muchos intereses, y crece siempre la deuda con gran detrimento de la hacienda, y aunque se venda y empeñe mucha parte de lo que de ella queda, no puede bastar para pagarse. Asi que por ser todo lo pasado notorio, y evidente, no solo á vosotros que lo habeis podido entender, y teneis bien entendido, pero á todos generalmente, seria demasiada particular narracion, y repeticion de ello: solamente es necesario entendais que el patrimonio y rentas reales de estos reinos, por los dichos gastos (los cua-

les han sido forzosos y necesarios, y no podrian escusar) han venido en tanta disminucion, y se han reducido á tal punto, que lo que de ellas queda (aun sin la obligacion del cumplimiento de lo que se debe de los dichos cambios) no basta, no solo para proveer á las necesidades, y cosas estraordinarias que contínua y necesariamente se ofrecen, y no se pueden dejar de ofrecer por defension, conservacion, seguridad, y beneficio de los reinos de S. M., mas ni aun para cumplir los gastos ordinarios de las casas de SS. MM., consejos, guardas, galeras, fronteras, y cosas necesarias de estos reinos. Para hacer entender lo cual hallándose el patrimonio y rentas reales en el término que se hallan, y las dichas deudas forzosas de que corren intereses, teniendo estos reinos por su grandeza, antigüedad, nobleza y fidelidad, como siempre ha tenido por fundamento y cabeza de los otros sus reinos, y estados, confiando enteramente, que asi como le han ayudado, y socorrido en las necesidades que hasta aqui se han ofrecido, lo harán de presente por la aficion que le tienen por su fidelidad, y por la estima en que los tiene, ha mandado convocar, y celebrar cortes generales del reino, para que en ellos se platique y mire en el remedio que conviene, y se debe dar en tan estrema necesidad, para que con parecer, resolucion, y otorgamiento del reino se dé tal órden que se puedan pagar las dichas deudas, y cumplir y sostener los dichos gastos ordinarios de estos reinos, y proveer en las necesidades, como á la conservacion, seguridad, reposo, y beneficio de ellos conviene. Para lo cual, siendo la necesidad tan grande y general, y conviniendo

que asi tambien sea el remedio, y órden que se ha de dar, confiando de la voluntad que teneis á su servicio, y bien universal de ellos, S. M. os ha mandado asimismo llamar, para que os halleis presentes á lo que se resolviere, otorgare, y ordenare, y practiqueis, é intervengais, y ayudeis en el remedio de ello, como os ruega y encarga que lo hagais.»

A la cual proposicion hecha á la congregacion de los grandes, respondió el condestable por todos.

«Habemos mirado en esto, que por parte de S. M. nos ha sido propuesto, y á lo que alcanzamos, las necesidades son tantas, y tan grandes, como S. M. nos significa, y las mas de ellas han sido forzosas, y las otras nacidas de motivos dignos de tan buen príncipe, y los inconvenientes que estas estremas necesidades nos podrian traer mucho mayores de lo que conviene decir, y por tanto nos parece lo que aqui diremos. Que visto por lo que aqui por muchos está apuntado ser la sisa muy odiosa, nos parece que no se debe aceptar, ni tampoco dejar de buscar remedio para las dichas necesidades, siendo como son forzosas. Para lo cual, si no bastaren las cosas apuntadas por los procuradores del reino, que se supla en otras que cumplan las dichas necesidades, y que de lo que hubiere de las dichas cosas se quite tanta parte de juro de lo que está vendido en menos precio de lo que S. M. y los reyes que ha largos tiempos despues sucedieren en estos reinos, tengan con qué cumplir los gastos ordinarios y necesarios, para conservacion del estado real de ellos. Al cual

remedio todos son obligados. Y que se acepten las condiciones por S M. ofrecidas, y juntamente con esto le suplicamos que de hoy en adelante no venda ni empeñe cosa alguna que sea de la corona real de estos reinos de Castilla, y de Leon, asi de lo que al presente está por vender y empeñar, como de lo que se quitare, y que de todo lo susodicho S. M. nos dé tales seguridades, y tan bastantes, cuales suplicamos que nos las mande dar.»

Dijeron mas los grandes; que teniendo todos tanto deseo de acertar en lo que mas convenia á su servicio y bien de estos reinos, les parecia, para que en esto mejor se pudiesen entender, suplicar á S. M. fuese servido mandar, que se supiese el estado de los negocios, mandando á los procuradores de las ciudades platicasen y confiriesen con ellos las veces que pareciese ser necesarias, para que mejor se pudiesen entender, é intervenir, y encaminar lo que fuese servicio de Dios y bien de estos reinos.

A esto respondió el emperador, que segun habian tenido tiempo despues que se les hizo la proposicion, creia habian tomado alguna buena resolucion, y que tenia por cierto el deseo, que decian tener á su servicio, y bien de estos reinos, que por estar de ello muy confiado se lo propuso. En lo que pedian de que los procuradores de las ciudades se juntasen con ellos, parecia, que en no haberse acabado de resolver, y no haber mas que saber de ellos de lo propuesto, no habia necesidad ni habia otra cosa con que poderse remediar la necesidad presente, mas que la sisa, por ser la cosa que menos se sentiria, y menos agraviaria:

que S. M. queria que esta fuese temporal, y que lo que de ella se sacase se convirtiese en las cosas ya dichas, y no en otras; y les rogaba y encargaba que con la voluntad y amor de que estaba cierto, se resolviesen en esto, y que si hubiese otros medios que satisfaciesen, se holgaria de oirlos.

Por ser tantos los grandes y caballeros que se juntaban, y no acabar de concertarse en cosa, gastando mucho tiempo sin resolverse, con voluntad del emperador, determinaron elegir doce de entre sí, que fuesen como consiliarios ó definidores de esta ilustrísima junta. Y habiendo hecho todos solemne juramento de que eligirian las personas que segun Dios y sus conciencias les pareciesen mas convenientes, sin pasion ni aficion, martes 6 de noviembre salieron nombrados por votos secretos el condestable de Castilla, duque de Alburquerque, marqués de los Velez, conde de Oropesa, duque de Nájera, marqués de Comares, marqués de Villena, conde de Benavente, duque de Alba, Juan de Vega y el adelantado de Castilla. Los cuales todos doce grandes y caballeros hicieron juramento de que entre sí mismos, y con todo secreto, tratarian el negocio para que fueron nombrados.

Estos doce caballeros volvieron á pedir al emperador, que para tratar de negocios tan graves era menester entender el estado presente de la república, y asi suplicaban los dejasen tratar y comunicar con los procuradores. Porfiaron en esto, mas no se les concedió. La comision que los doce tenian era, para que pudiesen hablar y conferir entre sí sobre la proposicion que el emperador mandó hacer á todos los que fueron llamados y no particularmente, y que no pudiesen comunicarlo

contra alguna persona, sino juntamente con todos los que fueron llamados.

Lo que por parte del emperador se propuso á los procuradores fue, que sostuviesen el estado de S. M., y buena conservacion de estos reinos, y que para ello S. M. daria al reino el servicio ordinario de ayuda, y que habian de sostener las galeras de España, y las de Andrea Doria, y la casa de S. M, consejos, y chancillerias, guardas, fuerzas, fronteras, y lugares de Africa, y que S. M., con las rentas ordinarias de Castilla, y lo que viene de las islas, é Indias, se desempeñaria de los cambios que pagaba.

No acababan los grandes de determinarse, y á 25 de noviembre vino á hablarles de parte del emperador don Juan Tabera, cardenal de Toledo, acompañado de don Francisco de los Cobos comendador mayor de Leon, don Garcia de Padilla comendador mayor de Calatrava, el doctor Guevara, y el licenciado Giron del consejo, y en sustancia les dijo la obligacion que habia de servir á S. M., y que no habia cosa que fuese mas conveniente que la sisa, ni menos dañosa en el reino. Pero por mas que por parte del emperador se apretaba este negocio, los grandes mas se detenian, y se lo negaban, y viendo que en estos señores habia esta libertad, porque juntos entre sí secretamente trataban y votaban esta causa, se les mandó que cada uno votase públicamente, en congregacion viva voce, todo á fin de aunque no tuviesen tanta libertad, porque vean las congregaciones cuanto importa los votos secretos, para hacer las cosas sin respetos humanos.

El condestable, que fue uno de los valerosos

caballeros de su tiempo, celosísimo del servicio de su rey, y de su patria, habló á toda la junta de los grandes de esta manera, sacada de su propia letra.

«Señores, pues S. M. nos manda que votemos públicamente en lo de la sisa, y que libremente diga cada uno su parecer, y dé sobre esto las razones que le pareciere, paréceme que de hacello asi cada una de vuestras señorias, siendo las personas que son, entenderán mejor que yo este negocio. Lo que, señores, entiendo de él es, que ninguna cosa puede haber mas contra el servicio de Dios y de S. M. y contra el bien de estos reinos de Castilla, de donde somos naturales, y contra nuestras honras, que es la sisa. Contra el servicio de Dios, porque ningun pecado deja de perdonar habiendo arrepentimiento de él, sino el de la restitucion que no se puede perdonar sin satisfacion. La cual no podriamos hacer, á mi parecer, de daño tan perjudicial como este para honra y hacienda de tanta manera de gente. Para S. M. ningun deservicio puede ser igual del que se le podria recreer de esto. Y aunque se podrian dar muchos ejemplos de levantamientos que en tiempos pasados hubo en estos reinos, con pequeñas causas, yo no quiero decir sino del que vi, y vimos todos de las comunidades pocos dias ha, que fue tan grande con muy liviana ocasion, que estuvo S. M. en punto de perder estos reinos, y los que le servimos las vidas, y las haciendas. No sé yo quien se atreva con razon á decir, que no podria agora suceder otro tanto, y la buena ventura que Dios nos dió á los que vencimos, y desbaratamos la comunidad; no se puede tener por cierto que la tendriamos, si otro

tal caso acaeciese: y los grandes príncipes se han de escusar de dar ocasion, para que sus vasallos les pierdan la vergüenza y acatamiento que les deben cuanto en ellos hay. Y demas de esto tengo por gran deservicio de S. M., que siendo de edad para gozar muchos años de estos reinos, se les pusiese una tan gran carga sobre él; asi que temen que en pocos años se acaben de gastar como se acabaron los indios, y el oro que hallaban en las primeras tierras que se descubrieron, asi se acabará los de estos reinos, si tanta priesa se les da. Y pues sabemos lo que S. M. lleva de otros reinos y señorios, muy á servicio suyo es conservar estos para gozallos muchos años S. M., y despues sus sucesores. Asi mismo tengo por gran servicio suyo que S. M. lleve adelante la buena manera de gobernacion que hasta aqui ha tenido, de no hacer alguna novedad notable en algunos de sus reinos y señorios. Y si á todos los otros ha guardado sus costumbres y libertades, mucho mas razon es que nos las guarde, á los castellanos que le habemos servido y seguido con mas lealtad y amor, que nunca príncipe fue servido. Y viniendo á lo del bien de estos reinos, no sé yo, señores, que cosa puede haber tan dañosa para ellos, como es la de la sisa, pues ha de alcanzar á todos; que si la hay en otras provincias fuera de España, será porque no habrá otra manera de rentas, ó porque las tierras donde la hay son tales, que la pueden sufrir, ó porque no lo tendran por trabajo. En Castilla ninguno puede haber mayor, porque como lo sabemos los que tenemos vasallos, todos estan tan necesitados con haber crecido tanto el servicio, y ser tan contínuo, que no acaba-

mos de cobrar nuestras rentas: ¿y que sucederia, pues, habiendo sobre esto sisa? Asi que todo lo que tenemos, con mucha parte de ello se nos iria en loque pagaban nuestros vasallos á S. M. y aunque viviendo S. M., como placerá á Dios que viva mas que nosotros se haya de creer que nos guardará lo que nos ofrece, que sea por tiempo limitado la sisa, ¿qué seguridad puede haber deque los reyes que despues hubiere lo cumplan asi con nuestros sucesores? que todos los mas creo que sabemos, que el servicio que agora hay, vino de las hermandades que los reyes Católicos pusieron al tiempo que comenzaron á reinar, y tras ellas vinieron las que se repartió para los chapines de las infantas, y cuando esto cesó, entró en su lugar el servicio, y al comienzo era muy poca cosa, y de tiempo á tiempo agora viene á ser contino, y pagarse en cada un año cien cuentos. Asi que estos grandes repartimientos en comenzándose van continuando, y creciendo, con mas facilidad se dejan de poner al principio que se quitan despues, y por esto me parece que para estos reinos ninguna cosa puede haber tan perjudiciable y dañosa como la sisa, y como es tan desacostumbrada que en estos reinos la lleven los reyes, no puede haber cosa que tanto sientan toda manera de personas, porque ademas de estas razones se quita á todos los lugares el remedio que tienen para sus necesidades particulares, que no se podria remediar como agora, dando la sisa, que en esto habia de emplear á S. M.: y no se ha de hacer poco fundamento de los alaridos y gemidos que entre toda la gente pobre habria sobre esto: y pues estos tales no pueden suplicar á S. M. nada sobre esto, nosotros que

podemos verle y hablarle, es muy gran razon que supliquemos por el remedio de semejantes cosas, que nos hizo Dios principales personas en el reino, que no vivimos para que fuésemos para solos nosotros, sino para que con toda humildad y acatamiento suplicásemos á S. M. lo que toca á la gente pobre como á rey y señor natural tan católico, que se puede llamar padre de todos. Y estas obras tales son las obras pias que los grandes y señores han de hacer. El perjuicio que de la sisa se sigue á nuestras honras conocido está, porque la diferencia que de hidalgos hay á villanos en Castilla, es pagar los pechos y servicios los labradores, y no los hidalgos: porque los hijosdalgo y caballeros y grandes de Castilla, nunca sirvieron á los reyes de ella, con dalles ninguna cosa, sino con aventurar sus personas y haciendas en su servicio, gastándolas en la guerra, y otras cosas, y á la hora que pagásemos otra cosa la menor del mundo, perderiamos la libertad que derramando la sangre en servicio de los reyes de Castilla ganaron aquellos de donde venimos. Asi que, si hubiésemos de pagar algun pecho, podriamos llamarnos ricos por tener villas y lugares, mas no caballeros, é hijosdalgo, pues perdiamos la libertad y la honra que nuestros pasados nos dejaron y si la comenzamos á perder en esto, asi perderiamos en otras muchas cosas, pues esta es de tan gran estimacion, y toda la fama y honra de nuestros pasados se convertiria en infamia y mengua, y deshonra de nuestras personas, si perdiésemos esta libertad ganada y conservada por tantos años, y perpetuamente quedaria en nuestro linage para todos nuestros descendientes, la mancilla

de habernos hecho pecheros, que ni bastaria riqueza, ni estado, ni contrato, ni firmezas de S. M., para quitarnos este nombre, si la otorgásemos, que siendo tan perjudicial para todos los hijosdalgo y caballeros de estos reinos sin ser llamados y oidos cada uno de por sí, no sé yo como nos determinamos nosotros á esto. Que si para condenacion de hacienda es necesario ser los hombres oidos, cuánto mas han de ser para condenacion de honra? y perdiendo esta que tenemos, no seria razon que S. M., siendo el mas escelente príncipe, y mas caballero de cuantos ha habido, se sirviese de nosotros, sino que á todos nos aborreciese como á personas que tan mal habíamos mirado por nuestra honra. Que si una vez la perdiésemos, no la podriamos en tal caso tornar á cobrar. Que aunque S. M. pueda hacer con favores y mercedes ricos á los hombres, al que nos hizo Dios caballero de linage, no le puede hacer S. M. hijodalgo, y como dije esta hidalguia está conocida en Castilla por no pagar pecho alguno de ninguna manera los hidalgos. Y por todas estas razones, y otras muchas que se podrian dar, digo que se suplique á S. M. mil veces, si tantas lo mandare que no haya sisa. Y que yo no la otorgo, ni soy en otorgalla, y que fuera de sisa á mi parecer será muy bien que se busquen todos los otros medios que fueren posibles, para que S. M. sea servido, porque siendo tan católico como es, habiéndonos hecho mil mercedes cada hora, es muy gran razon que tengamos por nuestras propias sus necesidades, y que aunque las haya tan grandes en estos reinos, que se busquen medios para que S. M. sea servido. Los cuales tengo por cierto que se hu-

bieran hallado, si nos hubiéramos comunicado con los procuradores y que asimismo se suplique á S. M. por la comunicacion de los procuradores, y que asimismo se suplique que trabaje de tener paz universal con todos por algun tiempo. Que aunque la guerra de infieles sea tan justa, muchas veces se tiene paz con ellos, como la tuvieron reyes de Castilla con reyes de guerra y si esto no pudiere ser, que haga la guerra por sus capitanes y que su real persona resida en estos reinos. Y que modere los gastos que tuviere demasiados con los que tuvieron los reyes Católicos, que nó aprovecharia algun servicio que á S. M. se hiciese, sino hace lo que es dicho: antes serian muy mayores cada dia sus necesidades, que por el camino que vino á tenellas, se han de ir desechando á mi parecer. Muchas cosas que tocan al bien del reino, y principalmente de nuestro estado, habia que decir á vuestras señorias, que es muy necesario se procuren agora, suplicándolas á S. M. para que sea servido de hacernos toda merced en ella.»

Siete horas estuvieron en esta junta, y como el condestable acabó de hablar, todos los grandes y caballeros fueron de un parecer y firmaron una cédula en que decian.

«Los grandes y caballeros, que por mandado de V. M. estan aqui juntos á córtes dicen, que vieron lo que últimamente les dijo el cardenal de Toledo de parte de V. M. sobre lo de la sisa, y todos juntos conformes suplican á V. M. con todo el acatamiento que pueden y deben, que no se hable ya mas en sisa, y asi lo han votado. La misma conformidad tienen en desear servir á V. M.: paréceles que será

muy bien que se comuniquen los procuradores de ciudades con ellos para que mejor se hallen otros medios, para que V. M. sea servido, y se le supliquen las cosas que les pareciere convenientes al servicio de Dios, y de V. M. y de estos reinos.»

Luego despues de esto dieron al emperador otro papel en que decian:

»Los grandes y caballeros que por mandado de V. M. somos juntos en córtes, han entendido con gran cuidado en buscar los medios que podria haber para que V. M. fuese servido de estos reinos para remedio de la mayor parte de las necesidades por V. M. propuestas, y parécenos el mas importante y mas debido á nuestra fidelidad suplicar á V. M. trabaje por tener suspension en guerras, y de residir por ahora en estos reinos, hasta que por algun tiempo se repare el cansancio y gastos de V. M. y de otros muchos que le han servido y servirán: pues es cosa notoria que las principales causas de las necesidades en que V. M. está, han nacido diez y ocho años que ha que V. M. está en armas por mar y por tierra, y los grandes gastos que á causa de esto se recrecen, asi á V. M. como particularmente muchos, universalmente á todos estos reinos, por las grandes sumas de dineros que se han sacado de ellos. El remedio de esto es el camino contrario, reparando estos daños con la residencia de V. M. y quietud es estos reinos, por obviar los inconvenientes que se podian recrecer, especialmente á la vida y salud de V. M. en la cual está asentado el bien y alma de estos reinos y naturales de ellos, porque seria imposible dejar

de sentirse tantos trabajos continuos, y para aquellos en que tan justamente V. M. se suele emplear adelante queda tiempo para ello. Suplicamos á V. M. con todo el acatamiento posible y amor natural que tenemos y debemos á V. M., se quiera inclinar á hacer merced y beneficio á todos estos reinos, en residir por ahora en ellos, y aunque para todo lo susodicho sea necesario, lo es para otros muchos buenos efectos, y para los grandes y caballeros de estos reinos, por remedio de muchas vejaciones y agravios que suelen causarse de las ausencias de los príncipes, y ayudando V. M. con esto al reino, con moderar sus gastos, en lo que moderacion sufriere, y en no acrecentar oficios de por vida, nos parece que siendo V. M. y viniendo los brazos en ello, se podrian ayudar estos reinos para ayuda al desempeño con menos daño suyo, con haber V. M. por bien que el reino tenga por algun tiempo algunos derechos en cosas que salen fuera de él, con las limitaciones que parecieren ser necesarias. Y si estos medios no lo fueren, nos parecia que á todos los brazos compete el cuidado de buscar como V. M. ser servido en el desempeño de su patrimonio, y deudas, y por creer que comunicados los brazos estarian en esto, y de comun consetimiento, V. M. podria ser mejor servido en el remedio de parte de las necesidades propuestas. Y porque todos los brazos que lo han asi de procurar habemos suplicado á V. M. que permitiese la comunicacion de ellos, porque de otra manera no nos parecia que justamente podrian venir en medios los unos sin los otros, por ser cosas nuevas, como parece que forzosamente han de ser las que se concediesen, y por escusar que los

medios en que los unos viniesen, no fuesen reprobados por los otros, y asi se haria mejor el servicio, y con mayor concordia, la cual los príncipes deben querer en sus súbditos, y para todo esto le suplicarán á V. M. en su tiempo las limitaciones, seguridades y gratificaciones que al servicio de V. M. y bien de todos convenga. Y suplicamos á V. M. sea servido considerar que el daño que en tantos años ha recibido el patrimonio real, no se puede remediar con brevedad, para la conservacion de estos reinos que V. M. goze muchos años tan prósperamente como se desea por ellos.»

Llevaron este papel escrito de letra del conde de Ureña, don Juan Tellez Giron como notario mayor de Castilla, el condestable, los duques de Béjar y Nájera, y el marqués de las Navas. El tercer dia de pascua de Navidad fue el cardenal de Toledo á la junta, y con él don Garcia de Padilla, el doctor Guevara, y el licenciado Giron, y dijo las palabras siguientes: «Su magestad oyó á los tres señores lo que le dijeron. Y él les agradece la voluntad que tienen y muestran como siempre han hecho, y espera que lo haran en esta necesidad. En lo demas porque algunos han dicho que no entendieron lo que se les ha dicho, de su parte lo traigo por escrito: véanlo y provean en ello lo que conviniere.»

En diciendo esto dió un papel al condestable, y saliose con su compañia. La sustancia era que el emperador se tenia por servido de su voluntad, y que les habia encargado mirasen el remedio de la sisa, y otros; que lo tratasen con brevedad.

Lúnes 28 de diciembre nombraron los caba-

lleros diez, que fueron: el condestable, los duques de Nájera, Bejar, y Alburquerque, marqués de Villena, conde de Benavente, marqués de Elche, marqués de los Velez, conde de Coruña, y Juan de Vega señor de Grajal para hablar en otros medios. Tornaron á tratar de que se suplicase al emperador diese licencia para comunicar con los procuradores de córtes, y fuéles respondido, que no era servido de ello como de su parte les habia dicho el cardenal. El dia de los Reyes del año treinta y nueve nombraron al condestable para que hablase al cardenal en lo de la comunicacion de los procuradores, y respondió con resolucion que no se habia de hacer.

Los nueve de los diez diputados para conferir sobre este negocio se resolvieron en que no hallaban medio de servir á S. M. con cosa que no fuese perjudicial al reino, sino era suplicarle procurase la paz universal y que residiese en estos reinos, como parece por lo que el condestable dijo. Este parecer fue aprobado por toda la congregacion, escepto por los duque del Infantado y Alba y por diez y siete señores que los siguieron.

Respondió el emperador, viendo la resolucion de los caballeros, que agradecia mucho su buena voluntad, y que aquellas no eran córtes: que pedia ayuda de presente, y no consejo para adelante: que buscasen medios, pues, que aquellos no lo eran.

Despues de esto propuso el condestable en la junta, que pues aquellas no eran córtes, ni los señores brazo, no podian tratar cosas generales sin oirlos á todos: por tanto, que seria bien se tratase de sus negocios particulares, y suplicar á S. M.

remediase algunas cosas que les tocaban. En esta junta el duque del Infantado, el de Alba y los diez y siete de su opinion trataron de que se llevase al emperador su voto, el cual fue que se cargase derechos sobre las mercaderias que se sacaban del reino, en lo cual no se tomó resolucion, y quedó para otro dia.

El primero de febrero vino el cardenal á la sala, y con él los que solian, menos don Garcia de Padilla, y les dijo: «Señores, S. M. dice que mandó juntar á vuestras señorias para comunicarles sus necesidades y las de estos reinos, pareciéndole que como eran generales, asi lo habia de ser el remedio para que todos entendiesen en darle; pero que viendo lo que está hecho le parece, que no hay para que detener aqui á vuestras señorias, sino que cada uno se vaya á su casa ó á donde por bien tuviere.»

Acabada esta plática dijo el cardenal á los que venian con él: «Se me ha olvidado algo?» Y respondieron: «No.» Entonces el condestable y el duque de Nájera á la par dijeron: «Vuestra señoria lo ha dicho tambien, que no se le ha olvidado cosa alguna.»

Luego se levantó el cardenal, y salieron siguiéndole todos los de la junta con lo cual se tuvo por disuelta, y se deshizo el llamamiento de grandes, títulos y señores de vasallos, en que tanto se ha hablado en España y en otras partes.

El emperador quedó enfadado por la resistencia que los grandes y caballeros hicieron en no querer otorgar la sisa que pedia, y del condestable se sintió mas que de otro alguno de los grandes. Oí decir á quien me crió, que se halló en es-

tas córtes, y que habia oido públicamente en la corte, que el emperador habia dicho al condestable algunas pesadumbres, á las cuales respondió el condestable con valor, cortesia, y discrecion: y que diciéndole el emperador que le echaria por un corredor donde estaban, respondió el condestable: «Mirarlo ha mejor V. M., que si bien soy pequeño, peso mucho.»

Con esto se disolvieron las cortes, quedando el emperador con poco gusto, y con propósito que hasta hoy dia se ha guárdado de no hacer semejantes llamamientos ó juntas de gente tan poderosa en estos reinos.

Ademas de esto escribió á las ciudades en fin de este año y principio del siguiente de 1539, y envió sus gentiles-hombres para que tratasen en los ayuntamientos de ella, y se les pidiese que á S. M. se hiciese algun servicio, sintiéndose de que no le acudieron como debian, siendo la necesidad tan urgente: asi envió á Búrgos, y escribió á Pedro de Melgosa, regidor de esta ciudad, que habiendo visto lo que le escribieron que esta ciudad habia votado en lo tocante á la consulta de cortes, que don Juan Manrique su procurador habia llevado, se maravillaba y sentia por las razones que al ayuntamiento y corregidor escribia, sobre lo cual volvia á escribir, y le encargaba y mandaba, que pues era persona tan principal, que tanto crédito, con razon, tenia en el ayuntamiento, trabajase como servidor suyo que con toda la brevedad se despachase don Juan Manrique con otorgamiento, de lo cual se pedia conforme á la consulta, como lo habian ya hecho otras ciudades y villas, cuyos procuradores eran vueltos,

y cuyas provincias tenian no menor necesidad que Búrgos, y que se acordasen que esta ciudad como cabeza de estos reinos en las córtes pasadas siempre se adelantó á todas en las cosas de su servicio, lo cual por el mucho amor que la tenia, deseara hubiera hecho en lo de presente, y que mirase que en hacerlo asi se tendria por servido, y de lo contrario con razon tendria sentimiento y enojo. Despachóse en Toledo á 7 de febrero de 1539.

Todos estos disgustos recibia el emperador; y sus vasallos no se los daban por mala voluntad que tuviesen, sino porque los gastos eran grandes y el reino estaba demasiadamente cargado, que los tesoros grandes que las guerras consumian, y el sustento del imperio de Cárlos y de sus estados y reinos, Castilla los pagaba casi, como lo hace ahora, y aun con todo no acabamos de tener gracia con todos, como si los castellanos por mil títulos no la merecieran.

XI.

Notable suceso.

Sucedió con esto otro caso que dió principio y ocasion á grandes pesadumbres, si la prudencia y espera del emperador no lo remediara. Fue, pues, que los caballeros cortesanos ordenaron unas fiestas en Toledo, en las cuales se hallaron el emperador y la emperatriz. Hiciéronse estas fiestas ó justas reales fuera de la ciudad en la vega, porque dentro de ella por ser poco llana, casi no hay lugar cómodo.

Salieron los reyes, acompañándolos todos los

grandes y caballeros de la corte. Iban les alguaciles en sus caballos apartando la gente, y dando indiscretamente, como suelen, con gruesas varas. Uno de ellos se metió entre los grandes apretándolos con el caballo al galope, diciendo que caminasen y diesen lugar al emperador.

Acertó, por su desgracia el alguacil, á dar con la vara en las ancas del caballo del duque del Infantado, pues á su persona no tocó. Sintiendo el duque la descortesia del alguacil, volvió á él y preguntóle: «Conocéisme?» Respondió el alguacil que sí, y que caminase, pues venia allí el emperador. Entonces echó el duque mano á la espada, y dió una cuchillada al alguacil en la cabeza. Los demas caballeros quisieron tambien herirle, y sin duda los lacayos le mataran, si el duque del Infantado no los detuviera. El alguacil herido y sangriento se fue á quejar al emperador.

Sintió mucho el emperador que en su presencia se atreviesen á herir á los ministros de su justicia.

Luégo acudió el alcalde Ronquillo á querer prender al duque, diciendo que el emperador lo mandaba, y se puso á su lado, como que lo queria llevar consigo. El condestable dijo al alcalde, que no tenia que ver en aquello, que él era justicia mayor y el que habia de prender al duque, y no otro. El duque del Infantado y todos los grandes se agraviaron mucho de que un alcalde quisiese atreverse á prender á un grande: y queriendo Ronquillo porfiar en ponerse al lado del duque el condestable le echó de allí.

Temiendo Ronquillo no le sucediese lo que al alguacil, cuerdamente se apartó, y el duque se

fue con el condestable, acompañándole casi todos los grandes y caballeros que dejaron al emperador con solos los de su casa, ó poco menos que solo.

El emperador disimuló prudentemente, y mandó en via ordinaria proceder contra el duque conforme á las leyes.

Curóse el alguacil á costa del duque, y dióle ademas quinientos ducados: con esto no se habló mas de ello.

Dicen que el emperador envió á decir al duque que si queria que se procediese contra el alguacil, él lo mandaria castigar, tanta era la clemencia de este príncipe, y lo que estimaba á sus caballeros. El duque estimó como merced muy grande la que el emperador le hacia, y aun le valió al alguacil para que el duque con ánimo generoso le favoreciese é hiciese merced, mostrándolo en esto el duque, como en todo, su grandeza.

Cuentan así esto Villoa en la historia que escribió en Toscano y Ponte Ileutero en latin.

Otro autor lo escribe algo diferente, y dice que por relacion de quien lo vió, sucedió en esta forma. Don Iñigo Lopez de Mendoza, cuarto duque del Infantado, salió de su posada, que era en San Andres en las casas de Francisco de Rojas y Ribera, señor de la villa de Larjos, y acompañado de muchos señores y caballeros llegó á la Vega, donde se hacia la fiesta en aquel gran llano, entre el convento de San Bartolomé, y las huertas, que estaba cercado de tablados muy altos: fue esta llegada á tiempo que entraban los del torneo de á caballo. Venia adelante al galope Francisco Sanchez, alguacil de corte con un palo, haciendo lugar á los torneadores. No pudo subir el duque

á su tablado, y púsose en frente del emperador á la parte de Toledo.

Estando allí, el alguacil acertó á dar un golpe en las camas del freno del caballo del duque, conque le hizo empinar. Dijo entonces el duque: «Ah traidor, ¿qué has hecho? Conócesme?» Respondió el alguacil: «Si señor: bien sé que vuestra señoria es el duque del Infantado.» Echó entonces el duque mano á la espada, y el alguacil echó á huir: mas alcanzóle el duque, y dióle una cuchillada en la cabeza. Volvió el alguacil con la espada desnuda, y dió al caballo del duque en la cabeza, y empinóse y volvió las ancas. El duque daba voces para que no hiciesen daño al alguacil.

Acudió luego el alcalde Rodrigo Ronquillo, y púsose al lado del duque para llevarle preso á su posada, que ya dije la que era. Salió de través el condestable de Castilla, y dijo al alcalde que se fuese, que á él le tocaba hacer aquella prision, y llevó al duque acompañándole todos los grandes y señores que allí se hallaron: de manera que solo el cardenal de Toledo quedó con el emperador, harto sentido de que asi lo hubiesen dejado.

Al otro dia el duque fue á ver al emperador, y recibióle diciendo, que no estaba ofendido de lo que en su presencia habia pasado: «¿Y es posible (dijo) duque, que se os atrevió aquel bellaco? Merecia que luego alli le ahorcaran.»

Dice mas este autor, que en el camino, cuando el duque iba á su posada preso echó de ver llegado á Santa Ursula, que llevaba gualdrapa, y dijo que se la quitasen, por si acaso hubiese menester el caballo; para esto se entró en el zaguan de la casa de Diego de San Pedro, y se la quitaron.

X.

Notables sucesos.

Despues de las córtes de Toledo el emperador vino á Madrid, y por desenfadarse como es costumbre de los príncipes, se fue al Pardo á caza, donde se perdió, aunque con mas seguridad que en la feria de Granada el año de 26.

Sucedióle un caso gracioso, y fue, que siguiendo á un venado se apartó mucho de los suyos, y vínole á matar en el camino real dos leguas de Madrid. Llegó allí á este punto un labrador viejo, que en un asnillo llevaba una carga de leña. El emperador le dijo, si queria descargar la leña, y llevar aquel venado á la villa, que lo pagaria mas de lo que la carga de leña le podia valer. Respondióle el labrador con donaire diciendo: «Por Dios, hermano, que sois muy necio!.. Veis que el ciervo pesa mas que el borrico y la leña, y quereis que le lleve á cuestas? Mejor hariais vos, que sois mozo y recio en tomarlos á entrambos á cuestas, y caminar con ellos.»

Gustó el emperador del labrador, y trabó pláticas con él, esperando alguno que le llevase el venado: pregúntole qué años habia y cuántos reyes habia conocido. El villano le dijo: «Soy muy viejo; cinco reyes he conocido. Conocí al rey don Juan el segundo siendo ya mozuelo de barba, á su hijo don Enrique, al rey don Fernando, al rey don Felipe, y á este Cárlos que ahora tenemos.» Díjole el emperador: Padre, decidme por vuestra vida; de esos cual fue el mejor

y cual es mas ruin?» Respondió el viejo: «Del mejor por Dios que hay poca duda: el rey don Fernando fue el mejor que ha habido en España, que con razon le llamaron el Católico. De quien es el mas ruin, no digo mas, sino que por mi fé, harto ruin es este que tenemos, y harto inquietos nos trae, y él lo anda, yéndose unas veces á Italia, otras á Alemania, y otras á Flandes dejando su mujer é hijos, y llevando todo el dinero de Espa-
a: y con llevar lo que montan sus rentas, y los
ñ andes tesoros que le vienen de las Indias, que
gr bastarian para conquistar mil mundos no se contenta, sino que echa nuevos pechos y tributos á los pobres labradores que los tiene destruidos. Pluguiera á Dios se contentara con solo ser rey de España, aunque fuera el rey mas poderoso del mundo.»

Viendo el emperador que la plática salia de veras, y que no era del todo rústico el villano, con la llaneza que este príncipe tuvo, le comenzó á contar las obligaciones que tenia de defender la cristiandad, y de hacer tantas guerras contra sus enemigos, donde se hacian inmensos gastos, para los cuales no bastaban las rentas ordinarias que contribuian los reinos; y díjole ademas (como si él no fuera) que el emperador era hombre que amaba mucho su mujer é hijos, y tambien la gloria de estar con ellos, sino le compelieran las necesidades comunes.

Estando en esto llegaron muchos de los suyos que venian en su busca, y como el labrador vió la reverencia que todos le hacian, dijo al emperador: «Aun si fuésedes vos el rey; por Dios que si lo supiera muchas mas cosas os dijera.»

Riéndose el emperador le agradeció los avisos que le habia dado y le rogó que se satisfaciese con las razones que en su descargo le habia dado de sus idas y gastos. Hízole las mercedes que el labrador le pidió para sí, y para casar una hija que tenia, aunque fue bien corto en pedirle.

Otro caso semejante á este le sucedió al emperador, aunque no he podido averiguar en que año, mas de que andando á caza se perdió y apartó de todos los suyos en una noche bien oscura y fria y pasado del hielo de ella siendo mas de la media noche llegó á una pequeña aldea, y no hallando posada preguntó por la casa del cura.

Llegando á ella á golpes que dió á la puerta hizo levantar al clérigo de la cama, y dijóle: «Padre, yo soy un hombre honrado que me he perdido esta noche, y vengo muerto de frio: ruegoos que me dejeis acostar en vuestra cama asi caliente como está, y que mandeis hacer lumbre, asarme una gallina, y traer buen vino que yo os lo pagaré.» El cura dijo que lo haria; que le diese dineros, porque él no los tenia. El emperador le respondió, que habia salido sin dineros de su posada, que los traia un criado suyo, y que á la mañana llegaria alli, y que seria bien pagado. El clérigo lo hizo con amor y voluntad, y el emperador se lo pagó despues muy bien, y propuso de nunca mas caminar sin traer dineros consigo.

Feneceré los cuentos de este año de 1538 con una temerosa tempestad que sucedió en el reino de Nápoles, el cual escribió un caballero de esta manera.

«En Nápoles domingo 30 de setiembre de 1538 á una hora de la noche, comenzó á revolverse el

cielo con grandes relámpagos, y dió un gran trueno, tal que causó admiracion, y á poco rato comenzó á llover tierra muy menuda de color de ceniza mojada. Visto que se continuaba esta cosa no acostumbrada, toda la ciudad estaba vigilante, encendidas candelas benditas, y comenzaron á andar procesiones. Otro dia lunes amanecieron los tejados y las calles, y árboles, y terreno, cubierto de dos dedos de tierra, y de aquella ceniza cernida, la cual cosa perseveró hasta mediodia. Queriendo investigar donde procedia esta novedad, vieron venia la via de Puzol multitud de gentes, hombres y mujeres desmandados lagrimando con alta voz, de ellos desnudos, de ellos descalzos, y medio vestidos como los tomó la tempestad, y estos contaron el caso acaecido, al cual yo mismo fui á ver entre los otros, y fue casi toda la ciudad, y fue de esta manera. Entre la villa de Puzol, y entre los baños, donde acostumbraban muchos enfermos ir á cobrar sanidad, yendo por la costa de la mar entre las montañas y el agua, estaba un campo muy llano y muy estendido, y á dos millas de Puzol se abrieron dos bocas, la una tanto como un tiro de piedra de la mar, y la otra dentro en la campaña á dos tiros de arcabuz. Por las cuales bocas, cuando por la una, cuando por la otra sale humo espantoso con grandísimo ímpetu y tras el humo comienzan á disparar tantos truenos y sonidos de artilleria tan furiosos, que se oyó diez millas en contorno, juntamente con equel sonido espantoso, veia salir uno como humo prieto, y grandísimo que con este sube hasta el cielo, el cual trae consigo multitud de agua, piedras, y viento en tanta cantidad, que en toda la campaña en torno de diez

y quince leguas, segun la fuerza del viento, no hay yerba verde, las heredades destruidas, y los árboles del peso de la tierra que caia en ellos, los unos desgajados y arrancados, y otros quebrados por medio. Las aves y animales muertas, por haber sido salteadas de noche, bestia ni ganado alguno se salvó. No sé que me diga de este negocio, sino que no puedo encarecer ni representar lo que es. Solamente digo que siendo esta boca en la campaña rasa, en solo lunes y martes, de la tierra que salió, de mas de lo que se esparció por tantos lugares como he dicho, de las piedras y tierra mas gruesa que ha caido en torno de las bocas, se han hecho montañas muy altas en gran manera. Y aconteció que el jueves siguiente muchas personas que lo iban á ver atreviéndose, pensando que aquella tempestad no iba con tanta fuerza, subieron en lo mas alto de las montañas por descubrir mejor la grandeza de aquellas bocas, de improviso mudóse el tiempo, y alzóse una tempestad mayor que la pasada: y vino sobre ellos, de manera que se dice haber alli perecido mas de treinta personas. Yo bien los vi subir, mas acordándome de la muerte de Plinio que se ahogó de esta manera, cuando ardia la montaña de Sodoma, nunca quise subir allá. Otra cosa muy admirable hay, que por cada boca de estas salen juntamente todos cuatro elementos, tierra, fuego, aire y agua. Rompe los aires, derriba los tejados y quiebra las vigas al traves, no pudiendo incomportar la pesadumbre. Con todo esto, lo que de ello cae en la mar se sostiene sobre el agua, de manera que en el mar se ha hecho mas de cuatro millas en largo de cuesta, y mas de una en tra-

ves, que está la tierra sobre el agua sin ir al hondo, y tanto, que yo pensara estar seco y mazizo, sino viera venir un barco con remos.

»Tornando á la tempestad del jueves, digo señor, que estando Nápoles dos leguas de aquellas bocas, y siendo el dia de sol muy claro, llegó allí el sonido de los truenos, y tras él un negror tan grande, que cubria toda la ciudad, que parecia ser anochecido, y sin quebrarse él y lo de su nacimiento, llegó á juntarse cerca de las nuves de la montaña de Soma, que es seis millas de la otra parte de la ciudad de Nápoles; é hizo tan gran oscuridad, que ninguna montaña de entorno se pudo ver por mucho espacio de tiempo. Todo esto pudo acaecer naturalmente sin que en ello haya otro prodigio ni cosa portentosa: porque como en toda aquella parte de tierra hay mucha piedra azufre, y ello de sí sea como fuego, y hay en las montañas tanta leña en lo alto, y tanta raiz en lo bajo, donde el fuego pueda bien obrar en tanto espacio de tiempo, como aquel mundo comenzó, no es cosa tan contra naturaleza ver semejantes alteraciones, las cuales en aquel lugar hay continuamente.»

AÑO 1539.

XI.

Muerte de la emperatriz.

Entraremos en este año de 1539 con la pérdida de Castilnovo, y otra mayor, de la serenísima emperatriz reina de España, nuestra señora.

Doce ó trece dias antes que falleciese la emperatriz, se vió en España un terrible eclipse de sol á 18 de abril, y luego un cometa crínito que por treinta dias estuvo encima del Occidente á la parte de Portugal, que segun suele suceder en las muertes de los grandes príncipes, lo uno y lo otro fue pronóstico de la muerte digna de lágrimas de la emperatriz.

A 21 de abril de este año de 1539, enfermó la emperatriz en Toledo estando preñada; y fatigándola los accidentes del mal, queriendo mudar la posada, salió de las casas de don Diego Hurtado de Mendoza, y lleváronla á las del conde de Fuensalida, el jueves primero de mayo, dia de San Felipe y Santiago, á las dos horas despues de mediodia, siendo de edad de treinta y ocho años, uno menos que su marido.

Parió un niño muerto, y con él dió el alma á Dios, con notable sentimiento del emperador y de toda la corte.

Otro dia viernes por la mañana el cardenal de Toledo don Juan Tabera, su cabildo, los capellanes de las tres capillas reales, don Gomez de Benavides, mariscal de Castilla, señor de Fromesta, corregidor que era de Toledo, y el ayuntamiento de la ciudad, fueron á la comendacion del alma.

A las tres de la tarde de este dia, el cardenal con su cabildo y la ciudad, fueron con el mismo órden que por la mañana a las casas del conde de Fuensalida. Entró el cardenal y el cabildo, y el corregidor y ayuntamiento quedó en la plaza de Santo Tomás esperando el cuerpo. Sacaronle treinta y dos grandes y señores, y los mayordo-

mos del emperedor y emperatriz, y entregáronle al corregidor y ayuntamiento, los cuales le recibieron y llevaron en hombros hasta la puente de Alcántara, en una litera cubierta de un paño de brocado negro con una cruz de terciopelo morado en esta forma.

Delante iban todas las cofradías de la ciudad y corte, los mayordomos y oficiales con cetros é insignias, y los cofrades con velas encendidas, la cruz de la santa Caridad y santa Iglesia, y de todas las parroquias. Seguíale luego el cabildo de la iglesia, y con él los capellanes de las tres capillas reales de Toledo, los del emperador y emperatriz, los curas y beneficiados, los capellanes muzárabes de San Pedro, y don Pedro Tenorio, y entre los unos y los otros, los religiosos de todos los conventos, dentro y fuera de la ciudad, menos los Gerónimos de la Sisla, porque estaba allí retirado el emperador.

Tras el cabildo iba la guardia del emperador, los pages del príncipe don Felipe con hachas encendidas, los maceros reales, las cruces de la capilla del emperador y la del cardenal Tabera. Aquí iba el cuerpo, y detras vestido de pontifical el obispo de Oviedo, electo de Leon, don Hernando de Valdes, presidente y capellan mayor de la emperatriz; luego el príncipe con loba y capirote sobre la cabeza: á su lado el cardenal Tabera, y allí junto el duque de Bejar, marqués de Villena, el conde de Cifuentes, mayordomo mayor de la emperatriz, el marqués de Lombay, don Francisco de Borja, el comendador mayor de Castilla, y muchos prelados y señores del reino: al cabo los consejos con sus oficiales y ministros.

Fue la procesion por delante de la iglesia de Santo Tomás á la de San Salvador por la Trinidad á la lonja y cuatro calles, hasta la puente de Alcántara donde estaban las marquesas de Lombay y Aguilar, la condesa de Faro, doña Beatriz Silveria, y otras señoras que recibieron el cuerpo imperial, y pusieron la litera sobre dos acémilas negras con sillas y guarniciones de tela de oro y carmesí pelo, y así caminó á Granada. Fuéronle acompañando el cardenal de Búrgos, don Iñigo Lopez de Mendoza y Zuñiga, los obispos de Leon y Coria, el marqués de Villena y el de Lombay, y otros señores, y muchos criados de la emperatriz.

Predicó á estas honras don Fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo.

Ya dije quien era esta princesa, y vuelvo á decir, que los que la conocieron dicen que era hermosísima, y en sus retratos que ahora vemos, se echa bien de ver, que lo son mucho con haber en ellos la diferencia que hay de lo vivo á lo pintado: si era hermosa en el cuerpo, mucho mas lo era en el alma

Fue muy llorada su muerte en España. en Paris el rey Francisco le hizo unas solemnísimas honras, que en todo era cumplido este gran príncipe. Parió muchas veces la emperatriz, mas no se lograron, sino fue el católico y prudentísimo rey don Felipe nuestro señor (que en este año tenia doce de edad) y doña Maria, mujer del emperador Maximiliano, que hoy dia vive S. M., y la del cielo la sustenta y guarda, porque quiere tener santos en la tierra: saben todos que es tal la vida de esta princesa en las descalzas de Madrid,

que sin adulacion puedo decir esto. La tercera que se logró fue la princesa doña Juana, reina de Portugal, madre del malogrado é infeliz rey don Sebastian, que tal fue el fruto que se logró en España.

Sintió mas que todos el emperador la muerte de su muy cara y amada mujer, pues estimaba mucho su muy dulce y santa compañía.

Llegaron á Granada, y al tiempo de hacer la entrega del cuerpo de la emperatriz, abrieron la caja de plomo en que iba, y descubrieron su rostro, el cual estaba tan feo y desfigurado, que causaba espanto y horror á los que lo miraban, y no habia alguno de los que antes la hubiesen conocido, que pudiese afirmar que aquella era la figura y cara de la emperatriz, antes el marqués de Lombay habiendo de consignar y entregar el cuerpo, y hacer el juramento en forma delante de testigos y escribano, que era aquel el cuerpo de la emperatriz, por verlo tan trocado y feo no se atrevió á jurarlo: lo que juró fue, que segun la diligencia y cuidado que se habia puesto en traer y guardar el cuerpo de la emperatriz, tenia por cierto que era aquel, y que no podia ser otro.

Apartáronse los demas de este espectáculo, porque les causaba espanto, lástima, y mal olor. Pero el marqués de Lombay por el particular amor y reverencia que siempre habia tenido á la emperatriz, no se podia apartar ni desviar los ojos de aquella señora, que poco antes era tan hermosa y estimada en el mundo. Hizo tanto efecto esta vista en el marqués, que causó en él una profunda imaginacion, y con ella una determina-

cion y mudanza de la diestra del Señor altísimo considerando el fin de lo mas precioso de esta vida; y viendo que era tal determinó servir á otro señor y á otra magestad que no parece.

Esta fue la ocasion como se escribe en la vida del P. Francisco Borja, para que él renunciando sus estados, y pompas del mundo se metiese en la compañia de Jesus, en la cual fue un varon ejemplar.

Siguióse luego desde el otoño de este año, hasta el de San Juan del año siguiente de cuarenta una de las mayores hambres que en grandes tiempos se habia visto, y juntamente con ella vino una terrible enfermedad de modorra, ó calenturas pestilenciales, que murieron muchas gentes por toda España. Por manera que este año y el siguiente nos hicieron guerra los cielos, ya que faltaban los enemigos en la tierra, si bien no todos.

XII.

Pérdida de Castilnovo.

Porque el gran turco quedó tan sentido de ver que con favor de los venecianos se le hubiese tomado Castilnovo, que si bien se holgó de que Barbaroja hubiese hecho retirar la armada de la liga, y á su parecer quedó victorioso, habiendo temido gravemente el poder de los cristianos, dió luego dineros y gente para rehacer su armada, que se habia perdido (como dije) gran parte de ella por sustentar á Barbaroja en el señorio del mar. Mandó hacer guerra á los venecianos en la Morea, y que á la primavera fuesen sobre Cas-

tilnovo, Barbaroja con la flota y Ulamen con ejército.

Era Ulamen persiano, que dejó al sofi por servir al turco; y tenia esperiencia en la guerra por lo cual le hizo el turco gobernador de Bosna. Este, pues, juntó para la empresa treinta mil infantes con la caballeria necesaria y con siete sansacos, y otro gran número de morlacos y cimerotes, y otras gentes salvages, y pobres mas para mucho trabajo: van descalzos, ó con alpargatas, son ligeros, y osados, como pareció cuando tentaron de matar al gran turco: traen comunmente arcos y ondas, ó chuzones: algunos usan segures; aunque todos aquellos sirvieron de gastadores. Armó Barbaroja otras tantas galeras como el año pasado, y aun quieren decir algunos que mas, y tres grandes mahonas, para llevar artilleria pelotas, pólvora, bizcocho y otras cosas de armada. Embarcó diez mil turcos, y cuatro mil genízaros, y con esta armada vino á Velona por junio de este año 1539.

Alli fue avisado de que Joanetin Doria habia pasado con veinte galeras, á proveer los de Castilnovo. Envió treinta galeotas con Zinan Judio ó segun otro Dragut, y Zefut para que se pusiesen á la entrada del golfo de Cataro, para que no saliesen hasta llegar él con toda la flota; pero no llegaron á tiempo, porque Joanetin se volvió dentro de tres á cuatro dias que llegó á Castinolvo temiéndose de esto. Saltaron en tierra á 12 de julio mil turcos á tomar agua, y á reconocer el pueblo y campo.

Salieron de Castilnovo veinte arcabuceros españoles á mirar qué gente, y cuanta era, y có-

mo la desbaratarian, y en volviendo fueron á ellos antes de comer, el capitan Machin de Monguia, y otros dos capitanes con sus compañias, y Lázaro de Coron, con sus caballos albaneses, que en la conquista de Tunez tanto se señalaron: trabando una escaramuza los metieron por fuerza en la mar, quedando muchos muertos. Los cosarios tornaron con mucha mas gente á la tarde que les faltaba el agua, y por coger algun español, para informarse como estaban, y cuan fuertes, acercáronse al lugar. Salieron Francisco Sarmiento, y los capitanes Alvaro de Mendoza y Olivera y Juan Vizcaino con seiscientos españoles, á pelear con ellos: pelearon de tal suerte, que muriendo solos doce, mataron trescientos turcos, y prendieron treinta, y si fuera en llano tornaran pocos á las galeotas. Parecia sangre el arroyo de los molinos, que como se defendian mucho era menester matarlos, y aun por atemorizarlos para que Barbaroja no osase cercarlos, el cual llegó á 18 de julio con mayor armada que se pensara, y comenzó luego á echar gente y artilleria en tierra.

Llegó luego Ulamen con el ejército: traia grande gana de vengarse de los españoles que habian muerto muchos turcos en Morat de Sebenigo tomándole seis piezas de artilleria, y por haber corrido veinte leguas á la redonda de su gobernacion. Asentaron pues el real á las faldas de unas cuestas donde estaba una ermita, sin mucho daño ni ruido, y en los primros cinco dias allanaron otras dos cuestas pedregosas, que habia entre Castilnovo y su real, sin que se les diese nada, porque los españoles los matasen, como mataron cerca de

mil turcos, si bien le pesó á Barbaroja de la muerte de Agi, capitan esforzado y amigo suyo el cual habia tiranizado á Tajora cerca de Tripol.

Hechas las trincheras y baluartes con arcas de madera, plantaron cuarenta y cuatro piezas de artilleria, en que habia siete culebrinas dobles, y cuatro cañones de Rodas, y cuatro basiliscos que tiraban pelotas de metal de cien libras, y habia algunos trabucos, ó morteros que arrojaban disformes piedras en alto con que hundian al caer las casas sobre los moradores. Puso Barbaroja su tienda con el pendon del gran turco en lo mas alto y público del real: dió la cuarta parte de la artilleria á Ulamen, para que batiese por su cuartel que caia hácia el Norte, y él con la demas batia por hácia Levante, y por tres cabos, teniendo cargo de los dos Tabac, y Hali español, batió por mar Saba con diez, en diez galeras que llevaban á dos y aun á tres cañones gruesos cada mañana, y cada tarde: hacíalo este Sabac con increible maña, cuidado, y destreza, fatigando demasiadamente en sus combates á los españoles, no menos animosos que diligentes, para hacer lo que á bonísimos soldados tocaba, y que en nada mostraban cobardia, por manifiesto que vieron su peligro. Todos tenian tanto concierto cuanto convenia á buenos cercadores y cercados. Los turcos traian bonetes colorados, y llegábanles hasta las orejas; los genízaros sendas cintas de fieltro, ó tiras colgando de la cabeza á las espaldas por ser conocidos, los cuales como presuntuosos decian, que un español bastaba para dos soldados turcos y un genízaro para dos españoles.

Asi quisieron un dia antes que se comenzasen

la bateria escaramuzar, llevando todos jacos, y cimatarras, y aun escopetas. Salieron á ellos ochocientos españoles, la mitad arcabuceros, y fue tal la escaramuza, que mataron mil, é hirieron otros tantos. Hicieron huir á los demas al mar, que al real no pudieron.

Recibió mucho enojo Barbaroja, asi por la honra y reputacion suya, que era grande, como por la pérdida, que fue no pequeña: porque mil genízaros eran de estimar tanto, cuanto en ellos suele el gran turco confiar, mas en cualquier ocasion de afrenta, y juntando mil muertos con los mil heridos (castigo digno de su digna osadia) era gran golpe, el cual sintió Barbaroja, como era razon. Conociendo, pues, Barbaroja, que los españoles no tenian par en la escaramuza, mandó que no escaramuzasen mas los genízaros, pues la cosa no habia de ir por aquella via. Comenzóse otra mañana la bateria, y continuóse nueve dias con tanta furia, que allanaron la cerca con sus reparos por hácia la ermita, igual del suelo, y derribaron muchas casas. Era tanta la presuncion y valentia de los españoles, que ciertamente habian mas deseado, que temido el cerco, si bien Francisco Sarmiento como capitan prudente siempre lo temió: sin duda era de temer, y asi procuró de fortalecerse desde el principio, trabajando con los soldados en hacer baluartes, abrir fosos y otros reparos, en los ocho meses, ó nueve que tuvo de espacio. Pero ni habia céspedes, ni buen suelo de cavar, que fue gran inconveniente. Envió asimismo por socorro al capitan Alcocer á España, y á don Pedro de Sotomayor, y á Zambrana, á Sicilia, y á Brindez donde estaba con

las galeras Andrea Doria, mas de ninguna parte se lo enviaron. No se podia defender segun la multitud de gente, fuerza y porfia que Barbaroja tuvo: y porque fue aquel cerco, combate, y pelea tan recia, y bien reñida, quiero poner en particular los españoles que habia dentro en Castilnovo al tiempo que los turcos lo sitiaron.

Eran quince banderas y capitanes, que se llamaban, Francisco Sarmiento, general, Machin de Monguia, Alvaro de Mendoza, don Pedro de Sotomayor, Juan Vizcaino, Luis Geron, Jaime de Masquefa, Luis de Haro, Sancho de Frias, Olivera, Silva, Cambrana, Alcocer, Cusan, Borgoñon, Lázaro Coron: eran menos de tres mil soldados, porque muchos se habian muerto, y otros dos, tenian obra de mil mozos, y mujeres. Habia cuarenta mercaderes, y clérigos con Geremias Genovés, que por ser capellan de Andrea Doria le hicieron obispo de allí. Habia tambien ciento y cincuenta capeletes de á caballo con el capitan Lázaro de Coron, y otros muchos griegos con el caballero Jorge, y con Andres Escrápula, y otros capitanes, todos gente que sentia honra.

XIII.

Heroicidades de españoles

Teniendo pues derribada la cerca, como dije, peleaban de dia, y trabajaban de noche, haciendo albarradas, y otras defensas: de lo cual se maravillaban mucho los turcos, que pensando hallar llana la entrada, cuando arremetian la hallaban alta y fuerte. Hubo muchos combates aquellos nue-

ve ó diez dias, y en ellos gana de vencer. Hubo gran matanza, porque los españoles andaban bravos como leones encerrados cuando los enojan, y una mañana salieron seiscientos con tanta furia, y denuedo, que por algunas partes hicieron huir los turcos, y genízaros, los cuales con el gran miedo derribaron muchas tiendas, y entre ellas la de Barbaroja: al cual con el estandarte llevaron por fuerza, y á prisa á la galera, porque no le tomasen, ó prendiesen en aquella revuelta.

Mataron los españoles aquel dia seis mil turcos, muriendo solos cincuenta de ellos, que parecerá increible, y si mas cargaran, como algunos querian, le ganaran el real con la artilleria: pero no quiso Francisco Sarmiento aventurarlo todo asi, antes les mandaba guardar los portillos, y que no saliesen fuera, porque se apocaban escaramuzando. Mas ellos á escusas de él salian juramentados de no dejar uno á otro, y asi hacian maravillosos hechos y azañas, tan duras de creer, como de acabar.

Blasfemaba Barbaroja, y no sabia que hacer contra la osadia y esfuerzo de los españoles, que no temian, ni hacian caso de la multitud de turcos, ni de la valentia de los genízaros, ni de la furia mas que infernal de la artilleria. Ofrecia dos pagas á los españoles, y navios en que se fuesen, si le daban el lugar, aunque algunos dicen que fue al principio esto. Entonces se pasó un judio de Nápoles ropavegero á decir á Barbaroja que no tomaria el lugar sin allanar primero el castillo alto: otros dicen que se lo dijo un artillero esclavon. Sea pues, ó por aviso que tuviese, ó por juicio suyo el saco de las galeras otras veinte piezas grue-

sas de artilleria, mudando las demas al castillo alto, que no habia mas de la caba en medio, de manera que batia con sesenta tiros á veinte pasos, y batió cinco dias sin parar las noches, hasta que no dejó piedra sobre piedra del castillo. Y como alli era la fuerza, y acudian todos los españoles á defenderla, murieron los mas, y mejores soldados coseletes que al principio eran mil, y en un dia lo perdieron tres veces, y lo cobraron otras tantas: los capitanes Munguia, Masquefa, Haro, y el alférez Galaz, con todos los mil heridos, se metieron en el castillo bajo.

Quedaron atónitos los turcos de ver la resistencia que con grandísima sangre habian hallado en un castillejo caido, y en tan pocos hombres, y que los tenian por vencidos. Cuentan que un Ocaña, y Cortinas, y otro portugués que llaman Vazquez, se pasaron á los enemigos, los cuales dijeron á Barbaroja que tuviese recio, porque ya los españoles eran pocos, y aquellos estaban tan mal heridos que durarian poco, si bien eran valerosos y esforzados, y que ademas de sus heridas estaban ya cansados de pelear; y aun destrozados muchos, de hacer reparos, y que casi no tenian pólvora, porque un soldado necio, que queria mal al contador Luis Lopez de Córdova, pegara fuego con su mecha á un barril do estaba sentado el contador que repartia las raciones, al cual con otros soldados lo abrasó encendiéndose mucha pólvora.

Barbaroja entonces tuvo por ganado á Castilnovo, y todo: medio riendo y alegre, que no cabia de gozo con tan buenas nuevas, cuales no pensó oir tan presto, mandó apercibir los genízaros, y los turcos de á caballo, para combatir á pie. Y

haciendo señal con sus trompetas arremetieron, y con aquella fuerza y furia increible, ganaron una torre, donde pusieron el pendon de la Luna por asombrar los españoles, de alli les tiraban flechas y pelotas.

Ordenó Francisco Sarmiento que se hiciese una mina para volarlos de alli, ó la tenia ya hecha, segun otros: pero no aprovechó, ó porque no prendió tan presto el fuego, el cual votando fuera quemó algunos, y en ellos al minador que se llamaba Miguel Fermin de Zaragoza. Aconteció sin esto que llovió mucho el seis de agosto por la mañana, que fue jueves, cuando los turcos habian determinado combatir hasta vencer: puso en los tristes y animosos cercados no poca cuita, en ver sus amigos los mas muertos y heridos, los sanos pocos y sus enemigos en apretar los contumaces. Dábales grande ánimo pensar, que peleaban contra infieles, paganos, turcos, y mas que bárbaros. No habia en tanta calamidad quien rehusase peligro, ni menos escusase salida, antes á porfia queria cada uno ser el primero en salir y acometer el peligro, que fue crueldad cierto dejar de socorrer á tan fuertes guerreros, que ya que no se escusara la pérdida de aquel lugar, que no importaba mucho, á lo menos hicieran los príncipes lo que debian en no dejar perder tal gente.

Ya los pobres españoles veian los mas de sus compañeros muertos, y ellos muy cerca de lo mismo, los castillos y muros rasos hechos cenizas de la pólvora humeando. Acrecentó su dolor ver la lluvia de aquella mañana, que fue causa que del todo se perdiesen, porque les mató las mechas de los arcabuces, los cuales hacian la guerra y la

matanza. Hubo con todo esto una sangrienta batalla, porque jugaron muy bien de pica, y mejor de espada, hiriendo como suelen á estocadas. Los turcos que no les impedia el agua, en especial los que traian cimitarras, hicieron gran estrago en los coseletes que peleaban á pie quedo.

Anduvo aquella mañana Francisco Sarmiento animando á todos á caballo, que á pie no podia por estar mortalmente herido. Esforzaba los suyos y peleaba como valiente. Y como viese muchos heridos se fue con ellos al castillo bajo para meterlos dentro.

Dijeron los que allá estaban, que tenian tapiada la puerta, y abestionada, y que no se podian tan presto abrir, mas que le echarian una soga para entrar por las ventanas. Respondió él entonces: «Nunca dios tal quiera, que yo me salve, y los compañeros se pierdan sin mí.»

Reprendiólos mucho, y aunque tenia tres saetadas en la cara y cabeza, volvió á pelear con ciertos genízaros que cerca estaban llamando ayuda.

Decíales el animoso capitan: «Mirad, amigos, hijos y compañeros como peleais con estos infieles, ya que la muerte cierre nuestros ojos no sin dar muestra de firmes cristianos, y valientes españoles, pues que pudiendo vivir sin pelear, nos guardamos para hacer tan honrado fin: mirad, no huya nadie: mirad como pelean aquellos sobre los cuerpos ya difuntos.»

Llamó al capitan Sancho de Frias, que buscaba por donde huir, y le afrentó teniéndolo del brazo. Acudieron muchos alli, como si comenzaran entonces peleando, donde todos murieron por la gran carga de enemigos. Cayeron muertos Fran-

cisco Sarmiento, Sancho de Frias y Juan Vizcaino, espaldas con espaldas, y rodeados de cuerpos que ellos habian muerto, y con tanto se acabó la pelea, y los que no podian pelear, ni tenian armas con qué, se rindieron, pidiendo (como algunos dicen) misericordia. Diéronse tambien lòs del castillo bajo, si bien se pudieran defender algo, porque no era valentia morir alli dentro.

Seis batallas valerosas tuvieron, y sangrientas sin poderlos entrar: la una á 24 de julio; la otra dia siguiente, que fue de Santiago; la tercera á 4 de agosto, cuando ya el castillo de arriba y casamata y traveses estaban deshechos: la cuarta el dia siguiente, á 5 de aquel mes; la quinta otro dia á 6 de agosto, cuando ya no habia muralla en Castilnovo, sino tan abierto lo de dentro como lo de fuera; y la última fue á 7 de agosto cuando fue entrado el pueblo, y muertos los capitanes. De esta manera pasó la pérdida de Castilnovo, que fue jueves á 7 de agosto, año de 1539. Fue batido y combatido, veinte y dos dias con con sus noches á la continua. Tiraron á solo el castillo nueve mil balas gruesas sin las de la cerca por cuatro partes abierta, y derribada, y sin las de las galeras.

Murieron casi todos los genízaros, y diez y seis mil turcos, y morlacos, aunque muchos cuentan, que fueron treinta y siete mil los muertos.

Afirman que cuando la grande agua de aquella mañana parecia llover sangre, segun corria de bermeja. Murieron todos los españoles: salváronse ochocientos de toda fuerza de gentes, contando las mujeres y mozos, á los cuales señaladamente los principales, quisieron degollar en venganza de sus compañeros, y porque no les matasen les dió Bar-

baroja quince mil ducados en sedas y paños. Prometió libertad y dineros á quien le trajese la cabeza de Francisco Sarmiento, para presentarla al turco: mas ni se pudo hallar, ni conocer entre tantos cuerpos muertos. Rogó á Machin de Monguia, que se tornase turco loándole mucho lo de la Previsa, y porque no lo quiso hacer, y lo respondió como valeroso vizcaino le mandó luego degollar en el espolon de su galera. Mandó degollar los clérigos, como en martirio y desprecio de la santa fe: y porque andaban absolviendo, y bendiciendo los soldados cuando peleaban, con cruces en las manos.

Es cosa de alabar que comulgasen todos los soldados que habia, diciendo el obispo cada dia misa. Echó Barbaroja á unos al remo, guardó á otros para triunfar en Constantinopla, en memoria de tan esclarecida victoria, si bien sangrienta y costosa al turco.

XIV.

Gante.

En el mes de mayo de este año comenzaron en Gante ciertos movimientos y sediciones, que la larga ausencia del emperador causó, y tambien por haber tantos soldados y hombres criados en la guerra que con Francia habian tenido por aquellas partes, que ya no se hallaban sino con la vida libre y suelta de la soldadesca.

Comenzaron primero los ciudadanos de Gante á conjurarse y traer malos tratos entre sí, y luego fue cundiendo por las demas ciudades y lu-

gares de Gante, como mala ponzoña. Lo cual no pudiéndose encubrir, fueron sentidos, y ellos con osadia salieron al descubierto temerariamente, y tomaron las armas echando de la ciudad los consejeros y justicias del emperador. Derribaron las casas de muchos, que parece desprendieron de lo que se habia hecho en Castilla, Valencia, Austria: rondaban la ciudad y pusieron guardas en las puertas y torres, como si de enemigos estuvieran cercados.

La causa principal de este levantamiento fue: que el año de 1536, cuando ardia la guerra contra Francia, la reina Maria gobernadora de Flandes, convocando los procuradores y oficiales de todas las ciudades y villas de aquellos estados, sacó de ellos para la guerra grandísima cantidad de dinero, que dicen fueron dos millones de florines de oro, de los cuales cabian á Flandes por su parte cuatrocientos mil, haciéndose el repartimiento segun la facultad y riqueza de cada ciudad y provincia. Contradijeron este repartimiento solo los de Gante, si bien todos los demas lugares lo consintieron y pagaron. Quiso la reina Maria proceder contra los rebeldes, no por rigor de armas, sino por moderada justicia. Mandó poner las principales cabezas de este levantamiento en honestas prisiones, dando cárcel á cada uno segun la calidad que tenia. Repartiéronse los presos en las ciudades de Malinas, Ambers, Bruselas y otras partes, hasta tanto que la ciudad pagase lo que habia repartido.

Sintiendo esto los de Gante, año de 1537, por el mes de agosto, enviaron á Bruselas un síndico de su ciudad, hombre inquieto y malo, que se

llamaba Lebuino Blommio, para que en nombre de la ciudad presentase ante la reina una peticion en que con humildad pedian soltasen los ciudadanos presos, alegando los privilegios y franquezas que la ciudad de Gante tenia, segun los cuales no podian ser apremiados á pagar tributos ni pedidos estraordinarios y graves.

El primer privilegio era del conde Guido, dado año 1296. Otro del conde Ludovico Neversio, su data año 1334. El tercero era del año de 1477, y que madama Maria duquesa de Borgoña, hija de Cárlos el Batallador les habia concedido favoreciéndolos mucho.

La reina Maria quiso que se viesen estos privilegios por el senado ó consejo de Malinas, y en Bruselas en el consejo de cámara que alli tenia el emperador, prometiendo la reina de guardar lo que cada uno de estos dos consejos determinase, pero con condicion que ante todas cosas diesen de contado lo cuatrocientos mil florines si querian que los presos fuesen sueltos.

Los de Gante enviaron correos á Bruselas, y á otras ciudades, pidiéndoles que se juntasen con ellos contradiciendo esta paga. Los pueblos no quisieron juntarse con ellos, ni ayudarlos en tal porfia, salvo algunos lugares pequeños.

A 24 de setiembre enviaron todas las ciudades de Flandes una peticion muy humilde suplicando á la reina, que mandase suspender la ejecucion hasta que enviasen al emperador sobre ello, para que informado de este negocio mandase lo que fuese servido. La reina le dió tres meses de término, ellos se contentaron con esto, escepto los de Gante, que siempre estuvieron pertinaces en su

porfia, y último dia de diciembre protestaron que el término era breve desmasiado para poder venir á España, á informar al emperador de un negocio de tanta calidad, y pidieron á un escribano, que les diese téstimonio de este pretesto y requerimiento que hacian, ofreciendo á la reina, segun una costumbre antigua, cierto número de soldados á costa de la ciudad contra los franceses por tiempo limitado, y que sino quisiese aceptar, que del daño, ó interés que en ello hubiese no les parase perjuicio, quedándose solos lós de Gante, todas las demas ciudades, y villas de Flandes, enviaron con voluntad de la reina á suplicar al emperador, que proveyese lo que fuese razon y justicia.

Habiendo visto el emperador la demanda de los flamencos, y leido las cartas de la reina su hermana, el año pasado 1538 por el mes de enero, escribió á los de Gante, y á las demas villas, y ciudades de Flandes, que obedeciesen á la reina Maria como á él mismo si presente estuviera, y que si en algo se sentian agraviados, acudiesen al consejo de Malinas, ó al consejo de cámara que estaba en Bruselas, para que lo determinasen, que se les haria justicia, y que pasasen por lo que alli se determinase; donde no, que procederia contra ellos, como contra rebeldes y sediciosos.

Partió de España con este despacho Luis Secorio consejero del emperador, y en particular trajo cartas del emperador, para los de Gante, en las cuales espresamente les mandaba, que hiciesen lo que la reina ordenadaba, y que diesen los cuatrocientos mil florines, sino querian que por otro camino muy rigoroso los compeliesen, y que

la reina habia hecho bien en echar presos á los de Gante, y tenerlos asi hasta que pagasen.

Escribió tambien al consejo, ó senado de Malinas, que es el supremo de Flandes, que procediesen contra los de Gante, y los ejecutasen en la dicha cuantia, y de la misma manera á todos los que no quisiesen pagar.

Entendiendo esto los de Gante endureciéronse mas, y despacharon luego con una peticion larga, si bien humilde, para el emperador, y otra para la reina Maria ofreciéndo segunda vez en lugar del dinero los soldados que dije que daban. Querian con estas cartas persuadir al emperador, que desde el tiempo que comenzó á reinar en Flandes hasta este año de 1539 habia recibido de solos los flamencos casi cincuenta veces novecientos mil florines de oro: pidiendo, que pues sus pasados habian hecho tan grandes servicios de dinero, y otros muchos de otra calidad; que les fuesen guardados los privilegios que por esta razon se les habian concedido, y que asi mandase que los presos fuesen sueltos, y no se les hiciese fuerza en mandarles pagar aquel dinero.

El emperador se enfadó de manera que determinó partir luego para Flandes, y poner la mano á los de Gante tan pesadamente, que quedasen muy llanos.

XV.

Amotinacion de Gante.

Viéndose los de Gante tan desfavorecidos del emperador, con desesperacion inclinados ya á la rebelion, como se hallasen solos, que las ciudades

de Flandes no querian entrar con ellos en estos ruidos, ni seguir su opinion, á que la reina María estaba firme en no soltar los ciudadanos, antes levantaba gente, y juntaba armas, que entendian eran contra ellos, y que el senado ó consejo de Malinas habia dado sentencia contra ellos, y los mandaba ejecutar, tomaron las armas; y echaron de la ciudad á los que andaban ejecutando cobrando el dinero. Hiciéronse señores de todas las plazas fuertes de la ciudad, y de las que habia en su contorno, y con despecho atemorizados soltaron algunos de los ciudadanos que estaban presos.

Nombraron justicias, hicieron capitanes, y oficiales, levantaron soldados con cajas y banderas, y enviaron con mucho secreto correos con cartas al rey de Francia, ofreciéndole que si los recibia debajo de su amparo, le entregarian la ciudad, y con ella á todo Flandes.

El rey no quiso oirlos, ni darles favor en traicion semejante, por el término de este príncipe; quitado de la pasion que tenia por Milan, fue siempre muy propio de quien él era: en este tiempo estaba firme en la amistad con el emperador, y con grandes esperanzas que le habia de dar el estado de Milan, que esto valió para que los de Gante no hallasen en él el favor que pedian, que si fuera en otra coyuntura de las muchas y muy apasionadas que hubo, este caso se pusiera en grandísimo riesgo y peligro.

Escribió luego el rey avisando al emperador de lo que pasaba en Gante, y juntamente le envió las cartas originales que los de Gante le habian escrito, que fue un hecho terrible.

No fueron en este levantamiento de Gante todos los de la ciudad, sino algùnos particulares inquietos, hombres sediciosos y malignos, amigos de novedades, con esperanzas de á rio revuelto ganar nombre y hacienda. Estos con mentiras y embustes quisieron llevar tras sí todo el pueblo.

Criminaban los grandes tributos y pechos que de tiempos atras les habian cargado. Quejábanse que el emperador y su hermana les quebraban sus libertades, que no hacian caso de sus privilegios, qùe habian sacado tanto dinero para las guerras pasadas, que pudiera comprarse Flandes con él, y levantar doscientos mil combatientes por muchos años, que no habian ahora tenido mas de treinta mil hombres de pelea, que apenas habian tomado un lugar, y que no habian querido tomar á Terobana, ciudad enemiga de Flandes, habiéndola tenido cercada, queriendo que siempre hubiese ocasion de guerras para con achaque de ellas consumirles las haciendas y las vidas con continuos tributos. Que la reina habia sacado gran suma de dinero de Flandes para enviar á su hermano don Hernando, y gastarlo en las guerras de Perona, y otras ciudades de Hungria, que no tocan á Flandes. Que habia enviado á su hermana el emperador mucho dinero para la jornada de Africa contra Barbaroja, y sustentaba aquella y otras guerras con el dinero de Flandes. Que á los soldados que tenia en Flandes aun no les pagaban el sueldo sacando tanto dinero para ellos, ni le hacian honra alguna. Que ya no se podia sufrir el imperio de una mujer, que no tenia manos para mas que robar, y que no se le habia de dar el dinero como ella queria, sino por órden de

las ciudades, nombrando personas que cobrasen el dinero, y lo pagasen con órden y razon, porque no tuviesen mas lugar los ministros del emperador de hartar su avaricia, empobreciendo la tierra. Decian estas cosas al pueblo con gran ardor y cólera, para poner en ella á la gente comun: y en lo que mas insistian, era en lo que dije, que la reina y sus ministros buscaban y procuraban nuevas guerras, para tener achaque con que sacarles las haciendas, cargándoles nuevas imposiciones y tributos.

Pero como vieron las treguas, que entre el emperador y rey de Francia se habian hecho, y las vistas y juntas que con tanto amor entre ellos habian pasado, y que en Flandes todos obedecian á la reina, sino ellos: que el rey de Francia no los habia admitido, antes habia enviado las cartas al emperador, y que ni aun toda la ciudad de Gante estaba de su parte, de contrario parecer estaban embelesados y con desesperacion suspensos, ni bien tomaban las armas, ni sabian que consejo tomar, suspensos y sin acuerdo, temiendo mucho, no sabiendo que haria de ellos el emperador, que sabian que estaba de camino y que habia de pasar por Francia, solo para castigarlos, resolviéronse á morir porfiando en su teson.

XVI.

Jornada peligrosa que el emperador hizo por Francia.

Antes de esto tenia el emperador ordenado partir de España para Italia, y de allí pasar á Alemania, para por fuerza ó por amor reducir la

religion cristiana á su antiguo ser, que los hereges la tenian estragada. Pero como supo el levantamiento de Gante, mudó de parecer, y tomó el camino para Flandes atreviéndose á pasar por medio de Francia, sin reparar en muchas cosas de consideracion que muchos prudentemente le advertian de lo poco que se podia fiar en el francés; siendo las pasiones viejas y graves, y la codicia de Milan la misma que siempre, y que aunque el rey era gran principe, y digno de que se creyesen sus palabras, al fin era hombre y sujeto á humores humanos, que son inconstantes, y con la codicia falsos.

Habíale ofrecido muchas veces el rey de Francia camino seguro por su tierra, y como viese que el emperador se recelaba, le ofreció en seguro los hijos ó las personas que él quisiese. De aqui toman ocasion los autores que escriben las cosas de Francia, para decir, que el emperador prometió al rey, porque le dejase pasar seguro por Francia, el título de Milan: mas la promesa era grande, y de cosa que tanto habia costado, por otra tan pequeña, y no forzosa, pues tenia el emperador tantos caminos sin el de Francia para pasar á Flandes.

Fueron los caballeros españoles con quien el emperador se aconsejó de parecer, que de ninguna manera convenia poner su persona á tanto riesgo, dando hartas razones. El emperador suspenso algun tanto consideraba lo que se le decia, mas su gran ánimo le hizo determinar á ir por Francia sin esperar seguro, fiado solo en la fé y palabra que el rey le habia dado, con la cual dijo que pleitearia con el rey cuando le faltase, que

Dios es el dueño de los corazones de los reyes, y los lleva donde y como quiere: que la ida con suma brevedad á Gante era forzosa, en la cual iba el servicio de Dios y de su Iglesia, y era causa suya aquella, para poner luego en ejecucion lo que por su divino juicio estaba ordenado, sino era que quisiese, que con los flamencos que estaban para perderse, él tambien se perdiese, que fueron palabras bien dignas del César.

Envió la reina Maria su hermana unos caballeros dándole el parabien de su venida. Por relacion que de ellos hube, digo que el emperador estaba tan puesto con Dios, que cada dia tenia tres horas de oracion hincado de rodillas en su retrete, sin quitárselo el trabajo del camino: por ella le libró Dios de mil peligros, porque en él solo puso su confianza. Dicen que fue esta costumbre santa de toda su vida, orando en todo lugar y ocasion que se hallase dos horas de noche y dos muy de mañana, y acabada la oracion oia misa y luego atendia á los negocios del reino.

Quedaron en el gobierno de Castilla, el cardenal arzobispo de Toledo, don Juan Tabera, y el comendador mayor don Francisco de los Cobos. Al cardenal dejó los mismos poderes que dejaba á la emperatriz, y órden á todos los consejeros que le consultasen como á él mismo, en todas las provisiones y negocios de gracia y justicia, y que le acompañase y guardase su guarda española, y se pasase á vivir en el palacio real con el príncipe don Felipe.

Por el mes de noviembre de este año de 1539, tornó la posta vestido de luto como viudo, y con moderado acompañamiento envió delante á Gran-

vela con cartas para el rey, avisándole de su camino.

El rey estaba en Compiegne convaleciendo de una enfermedad que le tenia muy flaco. Envió á su hijo Cárlos, duque de Orleans, que llegase á San Sebastian á recibir al emperador y al delfin con el condestable Ana Montmoransi, que le esperasen en San Juan de Lus, para que los dos príncipes le acompañasen, y el rey flaco y decaido por su mal camino en seguimiento de sus hijos, que en todo era cumplido el rey Francisco.

Dicen que cuando Cárlos, duque de Orleans, mozo brioso y gallardo topó con el emperador, que fue dentro de Francia, dijo á voces: «César, César, date por cautivo.» Y el emperador sin responderle con los ojos alegres y risueños le abrazó y acarició prosiguiendo su camino.

En el cual se le hizo por donde pasaba solemnes recibimientos con las demostraciones de fiestas y placeres que hicieran en Castilla.

AÑO 1540.

XVII.

Marcha del emperador.

En el mes de enero del año de 1540, llegó el emperador á Castellarao donde le esperaban el rey y la reina Leonor, de los cuales fue recibido con grandísima pompa.

De allí entraron en Amboisa siendo ya noche, y habia en el castillo, que está puesto en un collado, tantas luces de hachas y teas, que parecia

mediodia. Tiene esta fortaleza dos muy hermosas y fortísimas torres, en las cuales se hizo el aposento para el emperador.

En la una de ellas despues de recogido á dormir, uno con malicia ó sin mirar lo que hacia, pegó fuego con una de aquellas hachas á un tapiz. Fuéronse encendiendo los paños, y el humo era tanto, que el emperador y otros de su servicio se hubieran de ahogar. Mandó el rey hacer pesquisa y prendieron los que se hallaron culpados, y mandábalos el rey ahorcar, mas el emperador rogó por ellos, y fueron perdonados.

Acompañaron los reyes al emperador hasta Amboisa, Blois y Orleans. En esta ciudad se detuvieron algunos dias, y dicen que se trató de detener al emperador, y que hubo pareceres que se hiciese, y que una señora madama de Estampes que valia mucho con el rey, era de parecer que le detuviesen hasta sacarle á Milan; pero que el condestable Monmoransi lo contradijo pareciéndole que seria un hecho muy feo, indigno del rey de Francia.

Despues del incendio de Amboisa comenzó el emperador á dudar de la fé del rey, y así procuraba valerse de la duquesa de Estampes por la mano que tenia con el rey de Francia, y esta señora con mucha gracia y discrecion daba gusto al emperador que estaba triste y melancólico.

Sucedió, pues, que una tarde el emperador estaba á la lumbre, y la duquesa con él, procurándole alegrar, porque la mujer era por estremo discreta, y el emperador gustaba de oirle sus buenas razones. Tenia el emperador en el dedo un rico anillo con un diamante de gran precio: sa-

cóle del dedo, y trayéndole entre ellos (como suele hacer un hombre pensativo) cayósele de las manos: la duquesa se bajó por él, y con la cortesia debida dábale al emperador. El emperador sonriéndose díjole: «Ese es vuestro, duquesa, porque siempre fue costumbre de los reyes y emperadores, que lo que se les cae de las manos no le vuelvan á ellas.» Y como la duquesa llena de vergüenza dijese que ella no merecia joya tan preciosa, el emperador mandó que la guardase en memoria de aquella jornada que él habia hecho por aquella tierra, y de lo que entre los dos se habia hablado en Orleans. La duquesa dando muchas gracias prometió que siempre se acordaria de tan señalada merced, favor y honra como de S. M. habia recibido.

Valió tanto el anillo, y la duquesa de Estampes quedó tan obligada con él, que con lo mucho que ella podia con el rey de Francia alcanzó que no se tratase de detener al emperador.

Otros dicen que en un sarao dijo esta señora al emperador: «Mr., mira que te quieren prender.»

Tambien el condestable Montmoransi fue gran parte para lo mismo, y le costó (segun juicio de algunos) caro, como veremos adelante.

Resuelto el rey de Francia en hacer todo el buen hospedaje que pudiese al emperador, adelantóse de Orleans para hacerle recibir solemnísimamente en todos los lugares.

De Orleans fue el emperador á Fontainebleau, donde habia el rey edificado un insigne palacio, y tenia en él mucha caza de fieras y volateria. Detúvose el emperador aqui algunos dias con los grandes que con él iban, y de allí llegó á París.

XVIII.

Solemne recibimiento que el rey de Francia hizo al emperador en Paris.

El recibimiento que el rey mandó hacer al emperador en esta ciudad, fue tan grande, que es razon se diga con alguna particularidad, porque en él quiso el rey mostrar la grandeza de su ánimo, y reino, y buena voluntad. Díjose por cierto que al propio rey, la primera vez que entró en Paris á coronarse, no se habia hecho tal. solo faltó que el emperador por su modestia no quiso entrar en caballo blanco.

Salió la clerecía en procesion media legua de la ciudad, y eran tantos, que de solos frailes habia seiscientos Franciscos, cuatrocientos Dominicos, trescientos Agustinos, y otros de otras religiones que eran estudiantes.

Venian casi doscientas mil personas, con doscientos arcabuceros á caballo vestidos de librea de la ciudad, trescientos archeros, doscientos ballesteros de la misma librea, con recamos de plata: todos los oficiales comunes vestidos de escarlata; veinte y cuatro regidores, vestidos de morado con forro de varias pieles, cien mancebos ciudadanos de los mas nobles en muy hermosos caballos vestidos de terciopelo con guarniciones de oro, todos de una manera con doce banderas ricas de la ciudad. Luego doscientos y cincuenta oficiales de la corte á caballo con ropas largas.

Detras iba el preboste de Paris acompañado de los abogados, y del consejo y procuradores del

crimen. Luego venia el parlamento con doce vireyes en mulas, y vestidos de grana. Los presidentes con capuces de lo mismo forrados en armiños, acompañados de los consejos eclesiástico y seglar. Los cuatro generales de los confines de Francia; los señores de la cámara de las cuentas de Francia, con otra mucha nobleza y oficiales del reino. Venian despues los oficiales de la chancilleria, y sobre una acanea traian el sello real ricamente aderezados de seda y oro, y allí junto el gran chanciller de Francia vestido como los del parlamento. Seguíase luego el consejo real con muchos arcabuceros y piqueros con dos prebostes del consejo del rey. Luego la guarda ordinaria de suizos con doscientos gentiles hombres, y dos capitanes, y los caballeros de la órden del rey soberbiamente vestidos.

Luego iban el duque de Alba, Mr. de San Paulo y Granvela, despues de dos cardenales Tornon y Borbon, cerca de ellos iba el César en medio de los dos hijos del rey, el uno vestido de tela de oro, el otro de plata. Detras de ellos otros seis cardenales y el duque de Bandoma, y el de Lorena y otros señores, y cuatrocientos archeros de la guarda del rey con su librea.

El rey estaba á una ventana, y el cardenal Farnesio, y la reina á otra: con ella madama Margarita hija del rey, con otras muchas damas. Hízose una gran salva de artilleria. Fue recibido á la puerta de San Dionisio debajo del palio de brocado labrado de águilas.

Habia muchos arcos triunfales, y tanta gente, que dijo el emperador que serian seiscientas mil ersonas. Fueron de esta manera hasta la iglesia

mayor, y de alli á palacio donde cenaron juntos los reyes; y con ellos el cardenal Farnesio, y Margarita hija del rey.

El dia siguiente visitó el emperador las santas reliquias de la capilla Santa, donde oyó misa. Vió la corona de espinas y un pedazo de la cruz con gran devocion.

Estuvo siete dias en Paris haciéndole las fiestas y regalos posibles, sin querer el rey cristianísimo hacer el oficio de rey, porque todo lo dejó al emperador para que hiciese como si fuera rey de Francia.

Fue bien notado ver tan solo y triste, y humildemente vestido al emperador, porque no llevaba mas que un sayo de paño negro, y una caperuza de luto. Pero mayor admiracion ponia ver juntos, y en tanta concordia los dos émulos, que tantos años y con tanta porfia y sangre derramada habian cometido, teniendo al mundo alterado y en balanza y términos de perderse. Espantábanse unos de la confianza y seguridad con que el emperador se habia metido por las puertas de su enemigo, y otros encarecian la grandeza y ánimo leal y generoso del rey Francisco, que así guardaba su palabra, á quien tanto habia deseado destruir.

Quedó la cristiandad llena de grandes esperanzas que se prometia (si bien presto se helaron y perecieron) que de estas vistas habia de resultar una perpetua paz y quietud á la república: ya se prometian los hombres unos siglos dorados.

Los franceses tenian creido, que pues el emperador con ánimo tan seguro se habia metido en su reino, no dejaria de dar al rey lo que tanto

deseaba, que era el estado de Milan, siquiera en agradecimiento de la buena acogida que alli se le habia hecho. Confirmaban sus esperanzas con que ya sabian que habian enviado los dos príncipes sus embajadores á Venecia (como diré) para tratár con el Senado de una buena liga contra el turco.

Despues de los siete dias que el emperador estuvo en Paris llevó el condestable Montmoransi al emperador á una casa de recreacion que tenia, que se llama gentilli; donde le hizo las fiestas posibles. No se trató de negocios en todo este camino, y si bien el condestable lo apuntó algunas veces, el emperador lo desvió diciendo, que no era aquel tiempo ni lugar acomodado hasta que él se viese en su propia tierra, y queria ademas de esto, que se hallase presente su hermano el rey don Fernando, y aun al rey le pareció lo mismo.

Fueron acompañando al emperador el rey hasta San Quintin, y los hijos hasta Valencianes, donde entró á 21 de enero año 1540. En Valencianes estuvieron algunos dias los hijos del rey, y el condestable, y otros grandes caballeros de Francia, á los cuales todos la reina Maria regaló con grandísima ostentacion por su mucho valor y ánimo.

No entró el emperador en alguna ciudad de Francia, donde no saliesen todos en la forma que salen á recibir á su rey, el regimiento y nobleza con el palio, y colgando por las calles los mejores paños que tenian, y le daban las llaves, y besaban la mano, gastando francamente con él y con los que le acompañaban.

En Valencianes se despidieron del emperador los príncipes de Francia.

XIX.

Fallo contra los alborotadores de Gante.

Mandó luego el emperador ir á Gante una compañia de infantes tudescos, y tomando consigo los caballos flamencos que le estaban esperando en forma de ejército, caminó para Gante. Los de la ciudad como supieron que venia tan bien acompañado, y que ellos estaban mas llenos de miedo que de armas, entendieron bien que sus demasias no quedarian sin castigo. Por disimular mejor su culpa determinaron recibirle de paz, pues no tenian fuerzas para resistirle, y ordenaron un recibimiento mas triste que alegre.

Llegó á Flandes el rey don Fernando con doce mil alemanes, con los cuales acompañándole la reina Maria, y casi toda la nobleza de aquellos Paises Bajos, con mil y quinientos caballos entró en Gante á 24 de febrero del año 1540. Luego mandó poner guardas á todas las puertas de la ciudad, y tomar las torres, muros y puertas, porque no saliese alguno.

Hízose llamamiento de todas las ciudades, consejos, y chancillerias. Salió el fiscal del consejo supremo á la causa, acusando criminalmente á los de Gante, acumulando contra ellos todos los delitos que habian cometido, refiriendo sumariamente las peticiones descorteses, si bien humildes, que habian dado á la reina Maria, y respondiendo á ellas, particularmente á los privilegios de que Gante se queria favorecer. Salió tambien el procurador de la ciudad respondiendo por ellos.

Hecho y sustanciado el proceso, el emperador

con los de su consejo dieron y pronunciaron una rigurosa sentencia último de abril de este año, y el emperador en particular sentenció á cada uno de los alterados, y se deshizo la fortificacion que habian hecho, y con los despojos de ella, mandó el emperador edificar una fortaleza en el sitio donde estaba, un suntuoso monasterio de monges de San Benito, que se decia San Baubon, y las primeras piedras de los cimientos de esta fuerza se pusieron á doce de mayo del dicho año 1540; con tanta prisa hacia el emperador las cosas. Privó de oficios á todos los oficiales de Gante, justicia, y regidores: dió por nulos los privilegios que los condes pasados les habian concedido: quitóles las juntas, cofradias, romerias, oficiales, ó cabezas de ellas, que eran como capitanes de cada oficio, porque no tuviesen ocasion de hacer juntas y conventículos: dióles otras nuevas leyes, nuevo gobierno, y la forma en que habian de jurar á los condes de Flandes, y los condes les habian de hacer juramento, de manera que les ordenó una nueva república. Ajusticiaron veinte y seis de los mas culpados, y á otros condenaron en dinero, destierros y otras penas.

Notificáronles las sentencias á los reos, estando desnudos con solas unas túnicas de lienzo hasta los pies, sin llevar sobre si otra ropa, que fue un espectáculo lastimoso. A algunos dieron en pena que fuesen largas romerias donde acabaron las vidas. Otros descalzos con ropas largas de lienzo y sogas al cuello se echaron á los pies del emperador: otros huyeron y acabaron las vidas sin patria, sin hacienda y sin honra, que tales frutos da la desobediencia.

A los monges de San Benito que estaban en el monasterio de San Baubon, donde se edificó la fortaleza, trasladaron á la Iglesia mayor de Gante, y se resumieron en canónigos, y al abad se le dió titulo de arcediano, dándoles á todos de las rentas de la abadia sus cóngruas raciones en la manera que los canónigos la tenian, haciéndose esto con autoridad del Pontífice. Esta dignidad, ó arcedianato es la mas rica y principal prebenda de toda Flandes, y de ordinario se aplica y da al obispo de la misma Iglesia. La fortaleza que ahora se hizo, en el año de 1576 se desbarató por otro levantamiento que hubo en Gante, y allanados se volvió á reedificar, año de 1585, mucho mas fuerte. Edificóse ambas veces esta fortaleza con harto sentimiento de los de Gante, porque á una ciudad libre no hay cosa mas pesada que un castillo á cuestas, testigo de su infidelidad.

Estaba en la corte del emperador el duque de Cleves con salvo-conducto. Tratóse de concordia con él por la competencia que habia sobre el ducado de Gueldres. Importaba mucho hacer algun buen asiento por quitar al rey de Francia, que no tuviese donde sacar infanteria, como solia hacer: pero no hubo órden de concordarse, porque pedia por mujer á Christierna sobrina del emperador, hija del rey de Dinamarca, y viuda de Francisco Esforcia duque de Milan. Ademas de esto pedia cosas tan demasiadas, que no se le podian conceder, y asi se hubo de salir de la corte en la misma desgracia que antes estaba.

El rey de Inglaterra quisiera tambien volver á la amistad del emperador: pero no hubo lugar de oir sus ofrecimientos por el mal ejemplo que

habia dado, y por los delitos tan grandes que contra la Magestad Cesárea habia cometido, y fuera mucha mengua admitir su amistad sin haber hecho entera satisfaccion, si bien adelante veremos como hubo ocasion tan apretante, que se olvidaron estos buenos respetos.

XX.

Peticion á los venecianos, de los príncipes cristianos.

Estando el emperador en Francia fueron á Venecia por su parte el marqués del Vasto, y por parte del rey de Francia Annibaldo gobernador y capitan general de Piamonte, para tratar con el Senado, que de ninguna manera se concertasen con el turco, ni tratasen de paces con él, sino que se confederasen todos, y le hiciesen cruda guerra.

Deseaba el emperador grandemente hacer esta guerra, y tenia para ella en las islas y mares de Flandes muchos navios ancorados para esta jornada.

Tuvo el turco aviso de estos tratos, y dicen que se alteró tanto, que si Antonio Rincon español fugitivo, que servia allí de embajador del rey de Francia no le huyera la cara, le costara la vida. Mas presto se desengañó el enemigo, y se aseguró de la amistad del rey, porque si bien en lo público hizo la embajada que dijo Annibaldo, de secreto por el embajador antiguo que en Venecia estaba, trataban lo contrario para que se hiciesen paces con Soliman. Y siguiendo los venecianos su consejo, y dejando al emperador, hicieron una paz nada honrosa con el turco.

Es cierto que los venecianos no vinieron en la liga que se pedia por fiar poco de la firmeza, y amistad entre el emperador y rey, y viéronlo al ojo por lo que los embajadores franceses trataban, como he dicho.

El turco fue avisado de todo, y asi cúando llegó á su corte el embajador veneciano, viendo que el Senado pedia su amistad forzado, lo recibió muy mal, y les concedió la amistad con las condiciones que él quiso, y el emperador cuando lo supo en Flandes, mandó despedir y desarmar los navios que tenia aprestados.

XXI.

Demanda de Milan.

Estaban en Gante por parte del rey de Francia instando en la demanda de Milan, y en los demas tratos de la paz que el rey queria muy en su favor, el condestable Montmoransi, y el cardenal de Lorena: concluyendo el emperador con ellos les dijo:

«Ninguna cosa yo en esta vida tanto deseo ni quiero como la paz y quietud del mundo, y porque esto sea firme y verdadero, yo soy contento de conceder al rey mas de lo que nunca él pensó pedir, ni yo tampoco imaginé darle.

»De dos hijas que tengo, yo quiero dar al duque de Orleans la mayor, y darle con ella en dote los estados de Flandes, con título y nombre de rey. De esta manera tendrá el señor rey Francisco dos hijos, entrambos reyes, y tan vecinos y comarcanos que se podran cada dia ver, y comunicar como

verdaderos y buenos hermanos. Y como quiera que todos somos mortales, ya podrá ser (lo que Dios no permita) que muera el delfin su hijo mayor, y que falte tambien el príncipe don Felipe mi hijo, y entonces vendran el duque de Orleans, y mi hija á ser los mayores señores del mundo, pues serán reyes de España, Francia y Flandes, y de los demas mis reinos y señoríos: de manera que se puede decir que doy en dote un reino muy principal, que es el de Flandes, y una muy ancha esperanza, y no imposible de venir á conseguir otros muchos mayores. En lo que toca al estado de Milan, no se trata de pedírmelo, porque en alguna manera entiendo darle á nadie: porque dar á Milan, no seria otra cosa sino descabezar todos mis estados. No le pese al rey, ni á quien bien le quiere de que yo tenga en mi poder á Milan, que no la tomé á nadie por fuerza, sino antes la hube por buena y legítima sucesion, y la poseo como cosa propia del imperio. Quitadme á Milan, y quitaréisme el paso para tomar mis tierras de Flandes, España, Italia y Sicilia y para visitar los estados de Alemania. Esto es lo que tengo que deciros, y si esto no os contenta, no hay para que se trate mas de este negocio.»

Enviaron luego el cardenal y el condestable al rey el aviso de lo que el emperador decia. Fue grandísima (segun dijo) la alteracion que el rey sintió, y como quien hace escarnio, y disimula su pasion, dijo: «Téngoselo en merced al emperador por cierto, y agradézcole mucho, que me quiera tanto, que haga por mí, mas de lo que yo nunca supe desear. No quiera Dios que yo sea tan descomedido, que le quiera quitar sus bienes, y lo que de

sus padres heredó: buen provecho le hagan, los estados de Flandes que son suyos, que yo no quiero ni deseo quitárselos. Y pues ni quiere darme á Milan, que tan conocidamente es mia, ni vendérmela cuando mas no sea, no curemos de tratar ya mas de paz.»

Andaban con tanto secreto estos negocios que con estar en Gante dias habia el cardenal Farnesio, no á otra cosa, sino á dar calor á la paz, jamas se comunicó con él cosa alguna, ni la entendió, de que no poco se corrió el cardenal. Y cómo por vias ocultas viniese á saber lo que allá en secreto se trataba, solia decir á Granvela por via de donaire: «Cómo va de negocios, señor Granvela? Bien me parece lo que S. M. propone y lo que los franceses dicen.» Con esto Granvela no sabia que decirse, viendo que el cardenal sabia lo que él pensaba que nadie lo entendia.

Despues como el emperador publicó dieta para Bormes, para tratar en ella del negocio de la religion, enfadóse Farnesio de veras pareciéndole que se perdia el respeto á la Sede Apostólica, querer entremeterse el emperador en disputar los negocios de la fé cuyo conocimiento pertenece al Sumo Pontífice. Y tan grande fue la indignacion que de ésto sintió, que sin despedirse del emperador se salió de la corte dejando en ella por legado al cardenal Marcelo Cervino, su familiar, que despues fue papa Marcelo II año 1555.

Con la partida de Farnesio y con la desabrida respuesta del rey de Francia, se vió luego que los corazones de los príncipes quedaban harto desconformes y que necesariamente se habia de romper presto una guerra mas cruel que alguna de las

pasadas. Lo cual se confirmó mas despues que se supo cuan mal se habia negociado la paz en Venecia á que fueron, como dije, el marqués del Vasto y Claudio Annibaldo.

XXII.

Permanencia y hechos del emperador en Gante.

Estuvo el emperador tres meses en Gante asistiendo á la administracion de la justicia y acudiendo á los consejos, como si fuera un consejero ó presidente de ellos. Condenó en perdimiento de la vida y de los bienes á Reinero, señor de Bredorada, por haber servido en las guerras pasadas al rey de Francia y haber intentado levantarse con Holanda y Zelanda, llamándose conde de estas islas, pretendiendo ser suyas por ser descendiente de los que antiguamente lo fueron: mas domados los de Gante (entre los cuales fue este caballero condenado) moderó el emperador la sentencia, y estando de rodillas mas de una hora ante el emperador y Senado ó parlamento de Flandes, y el presidente de Holanda y principales señores de los estados, el emperador le mandó levantar y sentar, y le habló y otorgó la vida y poco tiempo despues intercediendo por él todos los grandes de Flandes jurando no seguir mas al rey de Francia, ni ayudar ni ser con Roberto de la Marca, el emperador le mandó restituir sus bienes.

Tambien acudieron aqui á Gante los protestantes con el atrevimiento y desenvoltura ordinaria. El emperador no les quiso dar audiencia y mandóles decir por Cornelio Sceppero, que el em-

perador ni los aseguraba con la paz, ni los amenazaba con guerra. Que pedian una libertad absoluta en la religion y que con rodeos y malicia huian de sujetarse á la determinacion de la cámara imperial y asimismo al concilio de los católicos, antes parecia que con disimulacion y cautela querian que el emperador y todo el imperio siguiesen sus opiniones. Que pensaba tener dieta en Bormes, que acudiesen allí y se veria lo que debian hacer y guardar.

A 13 de mayo el rey don Fernando volvió para Austria, porque las cosas de Hungria andaban con mucho peligro.

Partió el emperador de Gante y fue á Bruselas y de allí á visitar las islas de Holanda y Zelanda, y habiendo estado en las villas y ciudades principales, donde fue con grandes fiestas recibido y servido, acompañándole los doce mil alemanes que metió en Gante, volvió á Bruselas.

Pasó el emperador en Flandes todo este año sin guerras, oyendo embajadas de diversas partes, particularmente de los protestantes, que con mucha osadía escribian y hablaban, y aunque unas veces decian bien de la religion católica romana, y potestad del Papa, era fingida y falsamente como despues pareció que es condicion de herejes y por eso los llama la Iglesia raposas.

El rey de Francia ya andaba maquinando males contra el emperador y mordiéndose (como dicen) las manos por haberlo dejado salir de su reino hasta que le entregara á Milan.

XXIII.

Veda el emperador los libros hereges.

Estando el emperador en Gante era molestado con embajadas y atrevidas demandas de los hereges y nó habia cosa que mas lejos estuviese del pecho católico de este gran príncipe, que hacer lo que estos pedian; así volvió el duque de Julies y Gueldres ó Cleves muy descontento, y los demas protestantes luteranos. Y para acabarlos de desengañar mandó promulgar un edicto imperial en todos los estados bajos de Alemania, que ninguno fuese osado so pena de la vida, de tener, ni usar ni leer libros de los hereges, así de Lutero, como de otros cualesquier secuaces de las nuevas doctrinas.

Sintieron gravemente esto los innovadores y los que á ellos se iban llegando, pareciéndoles novedad y que era demasiada violencia quitarles que libremente leyesen cualesquier libros y escrituras como si fuera nuevo en la Iglesia y entre los católicos mandarse esto, sino que ha mas de mil años en el concilio Niceno se mandó, no solo quemar los libros de Arrio y sus secuaces, mas el cristianísimo emperador Constantino puso pena de muerte contra los que los ocultasen y no los quemasen luego, y el apóstol San Pablo escribiendo á Tito, dice que despues de una y dos veces amonestado el herege, que se guarden de él y de comunicarle; porque sus palabras enconan y cunden mas que el cáncer. Son astutos los hereges, cavilosos y falsos; tienen finalmente la astucia de la raposa y no

todos saben discernir y juzgar entre lo verdadero y falso, y por esto es peligrosa la lectura del libro que no es católico.

Asi dice Ireneo autor santo y del tiempo de los Apóstoles, que ni aun hablar con los hereges no es seguro, que adulteran y depravan la verdad. Y no sé si habia leido esta doctrina el católico emperador, porque estando en el monasterio de Yuste retirado, dijo á unos padres tratando de los hereges, que cuando se vió en Alemania apretado de ellos y en Lantzgrave con tan poderoso ejército, le ofrecieron que si les oia, le servirian con todo aquel campo, hasta ponerse con él sobre Constantinopla y el emperador no quiso, porque sabia de ellos que cuanto trataban eran cautelas y que no habia cosa mas lejos de ellos que quererse sujetar á la verdad que tiene la Iglesia católica.

Tambien Gelasio, Sumo Pontífice y santo, que ha mas de mil años que pasó, condenó los libros de los hereges y prohibió el tratar con ellos. De suerte que lo que el emperador hacia era lo que los santos desde el tiempo de los Apóstoles habian hecho y usado.

XXIV.

Milagro del Santísimo Sacramento en Madrid.

Pues escribimos los hechos de los hombres sea bien que digamos algo de las maravillas de Dios, para consuelo nuestro, confirmacion de nuestra fé y confusion grande de los enemigos de ella. Es cierto lo que digo, como se vió en Castilla y el príncipe don Felipe que la gobernaba, lo escribió á muchos: fue, pues, el caso.

El Jueves Santo de la cena del Señor, en la villa de Madrid, estando allí la corte, un caballero mancebo natural de este lugar, que se llamaba don Francisco Ramirez, se llegó al altar para recibir el Santísimo Sacramento. Dábale un sacerdote asqueroso en la cara y manos, con opinion de que eran bubas, porque ténia el rostro abubado y lleno de postillas y con las señales que causa este mal. Hubo el don Francisco asco de recibir de su mano el Santísimo Sacramento y pasóse á comulgar en otro altar y á la hora se sintió mal dispuesto, y se fue á casa de su madre, la cual como le vió le dijo. «Qué es esto, hijo? cómo venis asi que pareceis en la cara á Parraga el cura?» (que asi se llamaba aquel sacerdote.)

Tomó don Francisco Ramirez un espejo y miróse, vióse con aquellas bubas y postillas que él habia visto en Parraga. Espantóse tanto, que luego le sobrevino una calentura; y dentro de ocho dias murió.

Díjose que antes que muriese llamó al dicho Parraga, y se confesó con él, y recibió de su mano el Sacramento, y acabó con grandísima devocion su vida.

Sucedió asimismo otro caso notable en Madrid este mismo año. Habia edificado una muy buena casa el licenciado Francisco Vargas, persona muy señalada y del consejo real, que ya le he nombrado: ademas de ser la casa nueva, grande y hermosa, era casi toda de canteria. Posaba en ella el cardenal de Sevilla don fray Garcia de Loaisa, confesor que habia sido del emperador, y fraile Dominico, y una noche en el mes de setiembre, se pegó una candela á una estera de pared, y lue-

go se levantó un incendio tan grande y furioso, que parecia fuego del infierno, y dentro de un breve espacio ardia la casa por todas partes con tanta furia, que si al cardenal no le guindiaran por unas ventanas á la calle, sin duda pereciera, como pereció mucha hacienda suya y de la casa, que no quedó ni una estaca.

Afirmaron los que lo vieron, que ardian los pilares de piedra como si fueran vigas de tea, y que entrando el fuego en los cimientos de piedra brevemente los volvia en ceniza. Son juicios de Dios: los de los hombres entonces, de ellos cargaron sobre el dueño que habia edificado la casa, y otros sobre el cardenal arzobispo de Sevilla, que habia sido confesor, y debia de tener quejosos, que no es posible aplacer á todos, y consúmense asi las haciendas, que por malos medios crecen sin tasa ni medida.

Fue este un año muy enfermo de fiebres pestilenciales con modorra, que murieron casi en toda España la undécima parte de las gentes, y en algunos lugares mas de la mitad. Duró la hambre mortal desde el otoño del año pasado, hasta el San Juan de este, y comenzó luego la mortandad por los pobres, que de la hambre que habian pasado quedaron flacos; despues dió en los ricos.

No tenia remedio este mal con huir de un lugar á otro, porque á ninguno se podia ir que no estuviese peor, ó tan malo, particularmente en lugares pequeños, donde no habia médicos ni medicinas. Pensarón que con el frio del invierno se remediara, y no fue asi, porque de la misma manera murieron que con el calor: y el mismo mal

dicen que fue general en Francia, Flandes, Alemania, Italia, y en Roma murieron personas muy señaladas.

XXV.

Institucion de la compañia de Jesus.

Siendo el intento de este libro decir con la vida de nuestro príncipe los hechos de sus españoles, debo (pues son dignos de eterna memoria, y se escriben como tales en el cielo) decir los que tocan al espíritu, como digo los que fueron del corazon y virtud corporal. Saben todos los católicos el cuidado que Dios tiene con su Iglesia, como con esposa sumamente querida, á quien acude con divinos favores cuando la ve con las tempestades fatigada, y despierta en ella nuevos espíritus y valerosos soldados, y diestros marineros que la saquen en salvo, porque no ha perecer ni anegarse.

En los tiempos muy antiguos crió en ella á un San Benito, y la multitud de santos que en su religion ha habido, que como un Aminadab con los carros armados fue de los primeros que con aprobacion del Pontífice abrieron caminos y sendas en el mar Bermejo, para que su pueblo pasase.

Muchos años despues de estos, sucediendo los hijos en lugar de los padres, levantó en el mundo á nuestro glorioso español Santo Domingo, y el bienaventurado San Francisco de Asis, caballeros de Cristo, hermanos en armas, para que socorriesen y ayudasen á la Iglesia, como valientes capitanes en esta milicia. Y de ahí á mas de doscientos años, cuando en las partes septentriona-

les de Europa se levantaban Martin Lutero, y otros bestiales hereges, que como fieras silvestres querian asolar la viña del Señor, levantó en el Poniente al glorioso Ignacio, sacándole de la milicia y armas de la tierra, para ponerle en otras mas santas y de hechos mas heróicos, y que él y los que por su mano se armasen, sucediesen en el mismo oficio de los Apóstoles de la primitiva Iglesia, y por ellos se acabase de cumplir la profecia que dice, que en la redondez toda de la tierra, sonó la voz de su predicacion. Lo cual ven nuestros ojos cumplido, pues los padres de esta sagrada compañía han rodeado al mundo todo, predicando la palabra de Dios, y llegando donde los Apóstoles no llegaron, porque quiso Dios guardar los nuevos mundos en las Indias Orientales y Occidentales, ó á lo menos la mayor parte de ellos, para que esta bendita gente hiciese en ellos el oficio de ministros y coadjutores de los Apóstoles, y guiándolo la providencia divina, cuando el desventurado Lutero pública y desvergonzadamente con sus secuaces, deshacian la religion, las iglesias, la composicion y armonia verdaderamente celestial y maravillosa de la Iglesia Católica Romana, los de la compañía de Jesus (que con error el vulgo llama teatinos) la reedificaban y reparaban en la manera que brevemente aqui diré, pues hay de ello particulares historias.

Las tierras que los romanos llamaron en España Cantabria, se dividen en cuatro provincias que son: Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, en las cuales se habló y habla en la mayor parte la lengua vascongada, y son á mi parecer las gentes mas antiguas de España, y que menos se han

mezclado con estrangeros, y han tenido clarísimos varones en santidad y en armas: en las cuales, con ser pocos, es notoria la ventaja que en todas ocasiones hacen á muchos.

Año de 1492 nació en la provincia de Guipúzcoa el bienaventurado Ignacio, ó Iñigo de Loyola. Su padre se llamó Beltran de Loyola, señor de la misma casa de Loyola, y su madre doña María de Sonre, de gente ilustre y generosa. En la flor de su juventud siguió Ignacio las armas, y en el año de 1521 estando los franceses sobre el castillo de Pamplona, cuando, como dije, entraron en Navarra, y apretando el cerco cada dia mas, mostró Ignacio el valor de su persona, y poniéndose en el mayor peligro al tiempo que los enemigos le combatian, fue herido de un balazo en la pierna derecha, de manera que se la desjarretó, y casi le desmenuzó los huesos de la canilla, y una piedra del mismo muro, que con la fuerza de la pelota resurtió, tambien le hirió malamente en la pierna izquierda, de suerte que cayó Ignacio; mas fue para levantarse con mayor virtud y fortaleza, como dice San Pablo, porque librándose de los franceses, se fue á su casa no bien sano, y puesto en cura, padeciendo crueles tormentos, que los cirujanos por curarle le daban.

Viéndose en peligro se volvió muy de veras á Dios, confesando y comulgando víspera de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, cuyo devoto él era, y luego sintió mejoria, y aun se entiende que el bienaventurado San Pedro se le apareció la misma noche de su mayor peligro, y de aqui adelante comenzó á trocar sus cuidados, mudando la vida y pensamientos vanos del mundo, y convir-

tiéndolos en los del cielo. Usó mucho de la leccion de libros espirituales y devotos y vidas de los santos. Tocóle Dios abriéndole el pecho de su misericordia; visitóle la reina del cielo, y quedó como un San Pablo aborreciendo la vida pasada, y con firme propósito de seguir otra. Y estando ya sano de sus heridas, herido de esta saeta, como el ciervo que busca las aguas, determinó de ir en romeria á nuestra Señora de Monserrat, el cual camino quiso hacer con tanta pobreza y desnudez, que sus hermanos y parientes se afrentaban de ello.

Año de 1522 hizo esta santa jornada, y en el monasterio se confesó generalmente, y de todo punto se resolvió y determinó en los buenos propósitos que traia. Dejó al monasterio la cabalgadura, y la espada y daga, de que antes se habia preciado, y con que habia servido al mundo, hizo colgar delante del altar de nuestra Señora. Desnudóse de sus vestidos, dándoles á un pobre por los rotos y andrajosos que traia. Vistióse un saco de sayal ó estopa gruesa, con que cubrió sus carnes, y ciñóse con una soga de esparto. Armado de esta manera se presentó con grandísima devocion ante la preciosa imágen de nuestra Señora, y veló toda una noche sus rotas armas. Retiróse á Manresa, que es un lugar hácia la montaña tres leguas de Monserrat, donde habia un gran hospital, y aqui con el mayor fervor, devocion, y humildad que sabré decir, servia á los enfermos.

Fue reciamente tentado del demonio, tuvo socorros y favores celestiales, con divinos consuelos, visiones superiores á nuestros sentidos. Año de 1523 fue á visitar la tierra Santa, en el cual

viaje padeció los peligros y trabajos, que el espíritu que le llevaba era poderoso á soportar.

El año de 1524 siendo ya de edad de treinta y tres años, comenzó á estudiar en Barcelona, y en el año de 1526 acabó el estudio de la gramatica, y se pasó á la universidad de Alcalá, que comenzaba á florecer en este tiempo.

Aqui fue preso, y perseguido y maltratado, aunque Dios le libró de sus enemigos, y de los que ciegamente le perseguian. De Alcalá pasó á Salamanca, donde tuvo las mismas dificultades, contradiciones, y los mismos socorros y victorias de ellas, dando su vida por santa y ejemplar, sus santos ejercicios y doctrina provechosos, y de probada virtud.

De Salamanca partió para Paris año de 1528 cuando andaba viva la guerra entre Francia y España como dije: y por esto le aconsejaban muchos de sus devotos, que dejase esta jornada, por el peligro que en ella habia: mas él no hizo caso de él, y llegó á Paris sin pesadumbre ni embarazo de consideracion. No faltaron en Paris sus dificultades, ni persecuciones cuales suele tener la virtud: todas las venció el bendito Ignacio, confortado en la que del cielo le ayudaba y favorecia.

Aprovechó en Paris en las letras, y en grangear varones muy doctos, y de encenderlos en su espíritu, para que con el mismo fervor siguiesen el camino que él llevaba. Ganó al doctor Gavea, y á Pedro Fabro, Francisco Javier, Diego Lainez, Alfonso Salmeron, Simon Rodriguez, Nicolas de Bobadilla, los cuales todos acabado el curso de filosofia, y recibido el grado de maestros, y estudian-

do ya teologia, año de 1534 dia de la Asuncion de nuestra Señora se fueron á la iglesia de la misma Reina de los Angeles llamada *Mons Martirum,* que quiere decir, Monte de los Mártires, que está una legua de Paris, y allí despues de haber confesado y comulgado, todos hicieron voto de dejar para un dia que señalaron, todo cuanto tenian, sin reservar mas que el viático necesario para el camino hasta Venecia.

Tambien hicieron voto de emplearse en el aprovechamiento espiritual de los prógimos, y de ir en romería á Jerusalen hallando pasaje dentro de un año, y quedarse á vivir y morir en aquellos santos lugares: y este fue el primer voto que estos padres hicieron.

Partió primero Ignacio para Venecia, donde pensaba esperar los compañeros, los cuales anticiparon su jornada por la tribulacion de la guerra y entrada poderosa que el emperador hizo por la parte de la Provenza y Francia, y así partieron de Paris á 15 de noviembre de 1536.

Ordenaron el camino de esta manera. Iban todos á pie vestidos pobremente, cada uno cargado de los cartapacios y escritos de sus estudios, los tres que solos eran sacerdotes, esto es, Pedro Fabro, Claudio Yayo, y Pascasio Broet decian cada dia misa, y otros seis que eran recibian el Santísimo Sacramento. Iban pidiendo limosna, y tratábanse pobre y ásperamente. Fue notable el dicho de un rústico el dia que salieron de Paris, porque maravillados algunos de ver el nuevo trage, el número y el modo de caminar de estos benditos padres, preguntaron á un labrador que con suspension de ánimo los miraba, si sabia qué gente

era aquella, y él movido con no sé qué espíritu, respondió en francés: «*Monsieur, les reformateurs, qui vont reformer quelque pais.*» Que es decir: son los señores reformadores que van á reformar alguna tierra.

Llegaron en fin á Venecia á 8 de enero del año de 1537, y alli hallaron á su padre Ignacio con otro sacerdote que se le habia juntado, y con singular gozo se recibieron los unos á los otros. Mediada cuaresma partieron para Roma quedando Ignacio en Venecia, solo por parecer que asi convenia al divino servicio.

Hallábase en Roma, cuando alli llegaron el doctor Pedro Ortiz, que por mandado del emperador trataba delante del Papa la causa matrimonial de la reina de Inglaterra doña Catalina su tia. Era este doctor Ortiz muy docto, y de gran reputacion, y en Paris habia mostrado á Ignacio muy poca voluntad: pero con la noticia que ya tenia de estos santos, los acogió con grandes muestras de amor y los llevó al Pontífice, encomendándole su virtud, letras é intencion de servir á Dios en cosas grandes. Recibió luego como los vió Paulo III una estraña alegria, dióles licencia para ir á Jerusalen, y su bendicion, y una limosna de sesenta ducados, y facultad para que los que no eran ordenados se ordenasen á título de pobreza voluntaria, y de aprobada doctrina, y otros españoles y romanos ayudaron con sus limosnas, aunque ellos no quisieron aprovecharse de ellas ni tomarlas en sus manos, y asi con una misma pobreza y desnudez se tornaron pidiendo por amor de Dios á Venecia, á donde llegados se repartieron por sus hospitales como antes habian hecho.

Poco despues todos juntos hicieron voto de castidad y pobreza delante de Gerónimo Veralo, legado del Papa en Venecia , que entonces era arzobispo de Rosano, y despues fue cardenal de la santa Iglesia Romana. Ordenáronse de misa Ignacio, y los otros compañeros, el dia de San Juan Bautista, dándoles este alto sacramento el obispo Arbense con maravillosa consolacion y gusto espiritual, asi de los que recibian aquella sacra dignidad , como del prelado que á ella los promovia. El cual decia, que en los dias de su vida no habia recibido tan grande y tan estraordiñaria alegria , en órdenes que hubiese dado , como aquel dia : atribuyéndolo todo al particular concurso y gracia de Dios con que favorecia á estos benditos padres

No pudieron hacer la jornada ó peregrinacion santa de Jerusalen , y asi se repartieron por las universidades y lugares de Italia predicando la palabra de Dios, y enseñando su santa doctrina, y procurando ganar almas para su compañia.

Yendo Ignacio para Roma, se recogió en una ermita desierta que estaba en el camino . aqui dicen se le apareció Jesucristo, y le dijo: «*Ego vobis Romæ propitius ero.*» Yo os seré en Roma propicio y favorable : favor verdaderamente del cielo, y palabras con que quedaron armados y fuertes para resistir las dificultades y enemigos que habian de tener en el mundo.

Determinados ya de instituir y fundar religion y tratando entre sí del nombre que se le habia de poner para representarle á su Santidad, y suplicarle que la confirmase , Ignacio pidió á sus compañeros que le dejasen á él poner el nombre , y habiéndolo concedido muy de voluntad, dijo él

que se habia de llamar la Compañia de Jesus, cuyo nombre le era dulce y amable, como á San Pablo, por los favores que de él habia recibido, y este es el nombre y blason de esta religion, y no el de Teatinos, que es muy diferente, y de unos clérigos á quien favoreció mucho Juan Pedro Garrafa, que despues fue papa Paulo III y antes arzobispo de Chete, y dejándole se acompañó con Cayetano de Vicencia, y Bonifacio Piamontes, y Paulo Romano, hombres nobles y de buena vida, y del arzobispo de Chete, (que en latin se dice Teatino), les quedó á estos varones, y á los que los siguieron el nombre de Teatinos, y de ellos como he dicho, ignorando la verdad, lo aplica el vulgo á los de la Compañia de Jesus.

Año de 1538 todos los padres se vinieron á Roma, donde Ignacio estaba, y juntáronse en una casa y viña de un hombre honrado y devoto, llamado Quirino Garzonio, cerca del monasterio de la Trinidad, que es de frailes mínimos. Aqui pasaron harta pobreza, porque vivian de limosnas y estas eran muy limitadas hasta que fueron conocidos, lo cual fue presto por la continua predicacion que hacian por las parroquias, y lugares públicos de Roma, con que se cogió gran fruto, y se ganaron muchas almas, y el Papa vino á tener noticia de la virtud de esta compañia de Jesus, aunque no faltaron émulos y contradiciones, pero no fueron bastantes para deshacer la obra, que como ya vemos era de Dios. Y asi el papa Paulo III que á la sazon era sumo Pontífice, estando en Tibuli á 3 de setiembre, año de 1539 recibió los memoriales, en que Ignacio y sus compañeros se ofrecian á la obediencia de su Santidad y de

sus sucesores por voto especial que para esto habian hecho, y en que dedicaban todos sus trabajos y vida, para beneficio de sus prógimos.

El Papa leyó los capítulos y túvolos por buenos y los remitió á tres cardenales, y aunque entre ellos hubo algunas dudas y contradiccion, pero no bastaron y movió Dios el corazon del que mas contradecia, de suerte que con grande eficacia alabó el instituto de la compañia y el Papa le leyó y quedó tan admirado, que con espíritu de Pontífice Sumo dijo en leyéndole «*Digitus Dei est hic*» que quiere decir, este es el dedo de Dios; y afirmó que de tan pequeños y flacos principios no esperaba él pequeño fruto, ni poco provecho para la Iglesia de Dios.

De esta manera quedó confirmada la compañia el año de 1540 á los 27 de setiembre, aunque fue con cierta limitacion, la cual se alzó por su Santidad año de 1543 á 14 de marzo y desde este tiempo comenzó esta religion á ir creciendo con notable aumento cada dia mas.

En el año de 1550 el Papa Julio III de este nombre la volvió á confirmar, concediéndole muchas gracias y privilegios.

El instituto y manera de gobierno de esta sagrada compañia que el bienaventurado Ignacio les dejó y ellos han guardado y perfeccionado, es uno de los mas altos y prudentes y llenos de caridad que se sabe haber habido en alguna república del mundo y allí se vé en el acrecentamiento grande que en toda la redondez del orbe, en tan breve tiempo ha habido los millares de monasterios y colegios que tienen los hombres que sin encarecimiento podemos llamar doctísimos, que han criado

las provincias, que han convertido, el sudor, la sangre que tantos mártires han derramado en la viña del Señor, los libros tan llenos de sabiduria y doctrina sólida que han impreso y otras mil buenas obras que han hecho y cada dia hacen que por no ser de esta que aqui escribo, y aun por no ser yo para ello dejo de decir como merecen.

Tales, pües, fueron los principios del varon de Dios, Ignacio y conforme á ellos su progreso y fin. Murió el bendito Ignacio año de 1556 último dia de julio á los sesenta y cinco años de su edad y treinta y cinco de su conversion: seria su muerte preciosa como lo fue la vida delante de Dios. Fue de estatura mediana ó por mejor decir algo pequeña y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y muy bien dispuestos. Tenia el rostro autorizado la frente ancha y sin arrugas, los ojos hundidos, encogidos los párpados y arrugados por las muchas lágrimas que continuamente derramaba. Las orejas medianas, la nariz alta y combada, el color vivo y templado y con la calva de muy venerable aspecto: el semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre, de manera que con su serenidad alegraba á los que le miraban y con su gravedad los componia. Cojeaba un poco de la una pierna, pero sin fealdad y de manera que con la moderacion que él guardaba en el andar, no se echaba de ver. Tenia los pies llenos de callos y muy ásperos, de haberlos traido tanto tiempo descalzos y hecho tantos caminos. La una pierna le quedó siempre tan flaca de la herida que conté al principio y tan sensible, que por ligeramente que la tocasen sentia dolor: por lo cual es mas de

maravillar que pudiese andar tantas y tan largas jornadas á pie.

Al principio fue de grandes fuerzas, y de muy entera salud: mas gastóse con los ayunos y escesivas penitencias, de donde vino á padecer muchas enfermedades, y gravísimos dolores de estómago, causados de la gran abstinencia que hizo á los principios, y de lo poco que despues comió, porque era de poquísimo comer, y lo que comia eran cosas muy comunes y groseras. Sufria tanto la hambre, que alguna vez por una semana entera no gustó ni un bocado de pan, ni una gota de agua. Habia perdido de tal manera el sentido del manjar, que casi ningun gusto le daba lo que comia. Asi escelentes médicos que le conocieron afirmaban, que no era posible que hubiese vivido tanto tiempo sin virtud mas que natural, un cuerpo gastado, y consumido. Su vestido fue siempre pobre, y sin curiosidad, mas limpio y aseado: porque aunque amaba la pobreza, nunca le agradó la poca limpieza, lo cual tambien se cuenta de los santísimos varones San Nicolas, y San Bernardo en sus historias, y otros muy virtuosos han tenido y tienen en esta condicion.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA.

LIBRO XXV.

AÑO 1541.

I.

Muerte de Rincon y Fregoso.

Ya nos llaman las pasiones de los reyes, y suenan los aparatos de sus armas, que con tanto engaño pensaron los hombres que en sus dias no se vieran.

Para darles principio en este año de 1541, sucedió un caso de harta pesadumbre, y fue la muerte de Antonio Rincon, español tránsfuga natural de Medina del Campo, que ausente por sus culpas de España, servia al rey Francisco.

Era Rincon hombre de muchos negocios, y que sabia bien cualquiera cosa, y por no ser para usar las armas por el gran impedimento y carga que

tenia de muchas carnes, ocupábale siempre el rey en negocios y legacias, y lo mas del tiempo residia en Constantinopla. Cuando en Flandes, como ya dije, se trataba de la paz, alteróse Soliman y quiso matar á Rincon; pero él se puso en cobro, salvo viniéndose á Francia.

Despues como de los tratos de la paz nació mayor pasion y gana de guerra, tornó el rey á enviar á Rincon á Constantinopla con cartas y dineros, y otros despachos para Soliman. Partió de Francia en principio de mayo de este año de 1541, y llegando á Turin, comunicó su viaje con César Fregoso, natural de Génova, y rogóle que le acompañase con una banda de caballos hasta Venecia, donde se habia de embarcar para Constantinopla. Holgó Fregoso de hacerlo, y al tiempo que habia de partir sucedióle á Rincon un mal de corrimientos ó rehumas, á cuya causa dijo que no queria caminar por tierra, sino irse por el Tesin al Pó, y por el Pó á Venecia, por agua. Fregoso se recelaba de los españoles, y tuvo por peligroso este camino, y decia que lo mejor era volver atras á los Alpes, y tomar el camino por tierra de venecianos, ó á lo menos correr la posta hasta Plasencia, y de alli caminar por tierra de amigos: pero por mas que lo porfió no pudo persuadir á Rincon que lo llamaba con fuerza su desdichado hado.

Embarcóse en el Tesin en dos barcas; en la una se metieron él y Fregoso con algunos criados, y en la otra pusieron las cartas y despachos, con una gran suma de dineros. No se pudo hacer este viaje tan secreto, que no lo sintiesen amigos y enemigos. Jamás se pudo averiguar quienes fue-

sen los que quisieron atajar los malos pasos que Rincon llevaba contra Dios y contra su rey y señor natural.

Los que fueron, ordenaron una emboscada de barcas, al entrar del Pó, donde se junta con el Tesin. Salieron á envestir las barcas de Rincon algunos enmascarados, sin que alguno pudiese ser conocido, y dieron con tanta furia en una de las barcas en que iban Rincon y Fregoso, que sin poder huir los mataron y á cuantos iban con ellos. Los de la otra barca donde iban los recados y dineros, escaparon huyendo, y ni ellos pudieron ser habidos, ni supieron decir lo que habia sido de sus amos.

Los matadores tomaron los cuerpos de Fregoso y Rincon, y desviáronlos del camino de tal manera, que por dos meses no se pudo saber si eran vivos ó muertos; hasta que ya vinieron á parecer comidos de perros, que apenas se conocian: á Fregoso faltaba un dedo de la mano, y por aquel le sacaron. Esta mano dicen que le mandó cortar su mujer para enviar al rey de Francia pidiendo la venganza de quien con tanta crueldad le habia muerto el marido.

Túvose luego por cierto que el marqués del Vasto habia sido causa de estas muertes, y que se habian hecho con su industria, pero él lo negó siempre muy de veras, y aun puso carteles en diversas partes. El emperador ni mas ni ménos afirmó siempre, que ni lo habia mandado, ni sabia quien lo hubiese hecho. Hubo en este negocio como en todos los demás, diversos juicios en el mundo, mas ya hasta que venga el general no se sabrá la verdad del hecho.

En la manera dicha cuenta la muerte de Rincon y de su compañero César Fregoso, Paulo Jobio, y su secuaz Illescas. La verdad es que el Rincon foragido fue hombre que con el turco alcanzó mucha gracia, y el rey de Francia hizo grandes confianzas de él. Cada vez que venia de la corte de Soliman, avisaba desde Venecia, y le enviaban los gobernadores del rey Francisco, gente que le acompañase y guardase, y de ordinario era el capitan César Fregoso, aunque hartas veces Rincon pasaba disimulado por tierras del emperador, hasta hacerse barbero, y haciendo las barbas, y otras veces fraile, y de otras diferentes maneras. mudaba el trage: pero cuando iba por tierra de esguízaros siempre le cabia al Fregoso el cargo de acompañarlo hásta Francia.

Ahora habia como seis meses que era venido á comunicar ciertos negocios de su delegacion con el rey, y no huyendo del turco, como la pontifical dice, sino muy favorecido de él, y aun aprovechado con un muy rico diamante y un sanjaco de oro, no macizo, que aquel bárbaro le dió, y trajo consigo otro embajador del turco, pero italiano, el cual fue despachado brevemente. El Rincon se quedó el tiempo que dijo, porque iba mas de propósito que nunca fue á Turquia, y tan de arrancada, que llevaba toda su casa, mujer, hijos y suegra, que de todo iba cargado; y llegando á Turin y hecho alli alto, le hizo dejar el camino de los Alpes y la aspereza de ellos, no pudiendo sin alguna lastima y dolor ir á caballo: si se determinó hacer el camino por agua hasta Venecia, por ir con mas descanso (que le fatigaba mucho la pesadumbre grande de sus carnes)

pero contra el parecer de Fregoso, y para esto dejando su mujer y casa en Turin, por no ir tan conocidos, y enviando primero los despachos que llevaba para el turco, y todos sus papeles con una posta, para que se los guardase el embajador de Francia, que residia en Venecia, se metieron César Fregoso y Rincon en los barcos, y sucedió lo que dije.

II.

Alianza del duque de Cleves y del rey de Francia.

Estaba el emperador en Bormes principio de este año de 1541 y aqui hubo una gran disputa, entre Juan Echio varon doctísimo, y muy católico, como de sus libros y sermones parece, y Felipe Melanton herege, sobre las nuevas doctrinas, que se habian comenzado en Alemania. Halláronse presentes los principales del imperio, mas no bastó á rendir los secuaces de la mala doctrina, lo mucho que Juan Echio hizo confundiéndolos con evidentes argumentos.

De Bormes salió el emperador y fue á Belgio, Merun, Espiray, y de alli á Ratisbona, para donde se habia señalado la dieta, ó junta de los príncipes de las ciudades de Alemania, mandando que se hallasen los protestantes. En el principio de marzo comenzaron á venir algunos.

En el mes de mayo cuando ya andaban los tratos enconados entre los príncipes cristianos y sucedieron las muertes de Rincon y Fregoso, Guillermo de la Marca duque de Cleves, el que salió de Gante en desgracia del emperador (como dije) echando fama que iba á la junta de Ratisbona,

por camino secreto y desviado, y echando los suyos por diferentes partes fue á Amboisa donde estaba el rey de Francia. El cual lo recibió muy bien, porque pensaba valerse de él, para comenzar la guerra contra el emperador.

Trató el rey de casar este duque, con Juana hija del rey de Navarra, niña de poca edad, y si bien los padres de la doncella no gustaban de ello, antes contradecian, hubo de ser, porque lo quiso el rey; y á 12 y 13 de junio se desposaron con gran solemnidad, y el rey los honró mucho, llevando la esposa de la mano al tálamo y haciéndoles un banquete real.

Halláronse presentes los embajadores de Inglaterra, Portugal y Venecia, y del duque de Sajonia: el del emperador se ausentó de la ciudad, por no hallarse en la fiesta que bien sintió era en perjuicio de su dueño.

De alli á pocos dias el duque se confederó é hizo sus capitulaciones con el rey de Francia en deservicio del emperador, y sin tocar á la esposa, por ser niña, volvió á su tierra dejándola en poder de sus padres.

De todo tuvo aviso el emperador, y se quejó del duque de Cleves, y del rey Francisco en la dieta ante los príncipes, y procuradores de las ciudades del imperio, que en ellas estaban alli en Ratisbona, y mostró el derecho que tenia Gueldres, y Zutfania, por muerte del duque Cárlos Egmondo. Queriendo responder á esto los embajadores del duque de Cleves, y disculpar á su amo, rogando con humildad perdonase el César el yerro en que habia caido, no los quiso oir, antes mostrando enojo se levantó, por donde to-

dos entendieron que la indignacion del César habia de ser dañosa al duque, como adelante veremos que lo fue.

III.

Dieta de Ratisbona.

A 29 de julio viernes de este año de 1541 se concluyó la dieta celebrada en Ratisbona, y fueron los puntos principales, que en el recesu quedaron acordados, y conclusos: Que las cosas tocantes á Alemania, y nuevas opiniones de ella, tocantes á la fe, quedasen en el estado en que al presente estaban hasta el futuro concilio general, ó nacional, donde se habian de determinar: y no se celebrando el uno, u otro concilio, se remitieron á la dieta que próximamente se celebrase en Alemania, la cual quedó acordada desde este dia del recesu en diez y ocho meses. Insistieron los estados, en que el concilio general fuese en la Germania, y que el emperador tuviese en él la mano juntamente con el pontífice, y que si los dichos concilios general, ó nacional no se tuviesen, su Santidad enviase á la dieta un legado con poder suficiente. Que los luteranos, que se decian protestantes, guardarian los artículos en que sus teólogos se habian acordado, sin predicar, ni enseñar lo contrario, y que no inducirian, ni atraerian á sí algunos, ni los recibirian en su proteccion y amparo, alguno de la antigua fe y religion. Que los prelados entenderian en la reformacion de las iglesias, asi en general, como en lo que á cada uno tocase, en tanto que el sumo Pontífice,

provèyéndose lo tocante á la entera reformacion lo cual los prelados espresamente aceptaron, y prometieron inviolablemente guardar. Que la paz hecha nueve años antes en Norimberga se observaria, y quedarian todas las partes pacíficas, y cesarian las violencias, fuerzas, y vias de hecho, como ampliamente se especificó en el dicho recesu, so pena de contravenir á la paz del imperio. Que las iglesias, que estaban en las tierras de los protestantes, quedarian en su entero ser, sin demolir alguna cosa de ellas hasta despues del dicho concilio, ó dieta. Que las personas de la Iglesia gozásen de sus bienes eclesiásticos, que tenian en las tierras de los protestantes. Que el emperador disputaria comisarios, para determinar las causas y procesos donde hubiese controversia, si era de la religion, ó no, y cuanto á los que se hallasen ser de la religion, los comisarios concordarian las partes, si lo pudiesen hacer, y no pudiendo enviarian lo que hubiese hecho á S. M., para que declarase en los dichos estados hasta la próxima dieta. Que todas las otras causas profanas irian á la cámara, y justicia soberana, imperial, y á las otras justicias segun su calidad. Que en la cámara imperial se acabaria, y trataria por personas que S. M. diputase, y si se hallase falta se reformaria, y daria en ello órden, á fin que la justicia se administrase derechamente, y sin parcialidad. Que todos los dichos estados, asi católicos como protestantes entreternian la dicha cámara imperial por tres años si antes los dichos estados no hallasen otro remedio para satisfacerla.

Reservóse al César la declaracion de las diferencias en las cosas que podian concerner al tra-

tado de Norimberga, y las demas tocantes á la religion y cámara imperial.

Acordaron los estados de servir á S. M., para ayudar al rey de romanos, con diez mil infantes, y dos mil caballos, puestos en Hungria, pagados por cuatro meses, y luego se comenzó á hacer la gente. Ademas de esto ofrecieron veinte mil infantes, y cuatro mil caballos pagados por tres años, para que el César hiciese guerra al turco, y que S. M. eligiese el capitan general que quisiese para esta gente. Que el emperador pudiese libremente seguir el derecho que tenia contra el duque de Cleves Guillermo, en el estado de Gueldres y Zulfania. Que Cárlos duque de Savoya despojado por el rey de Francia, quedase en la proteccion y amparo del imperio romano. Que ningun tudesco pudiese haber sueldo, ni servir en la guerra á algun príncipe estrangero del imperio, so pena de ser habido por traidor. Prohibióse con grandes penas la impresion de los libelos disfamatorios é injuriosos.

Diputó el emperador, y señaló personas que pacificasen algunas diferencias particulares, que habia entre algunos príncipes de la Germania, y personas eclesiásticas, asi de la antigua religion, como de los protestantes. Nombró comisarios, para conocer amigablemente las diferencias de Maestrich.

Hízose ó concertóse una liga, entre el Papa, emperador y rey de romanos, con el cardenal de Maguncia, arzobispo de Salzburz, y otros prelados, y los duques de Baviera, y de Branzvith, y otros príncipes, y estados, por la defensa, sustento, y amparo de la antigua y católica religion, y cosas

dependientes de ella, y se consignó para ella una buena suma de dineros y gente: se nombraron capitanes generales, por parte de la Germania el duque Luis de Baviera, y por la otra el duque de Brantzvith; y se nombraron capitanes con órden, de que siempre estuviesen á punto, para lo que se ofreciese, si bien es verdad que todos aquellos estados quedaron tan satisfechos y contentos del modo de proceder del emperador, y de lo que en la dieta se habia ordenado, que prometian mucha paz en todo, y sujecion á lo que se habia asentado, y asi lo prometian y aseguraban en general, y en particular todos.

Entraron en esta liga los paises bajos de Flandes espresa y especificadamente y el condado de Borgoña. Escribieron los estados con eficacia en favor del duque de Savoya, al rey de Francia, mostrando la sinrazon que se le hacia y que si no se le satisfacia el agravio, el imperio tomaria la causa de Savoya por propia. Sintieron mal de las liviandades del duque de Gueldres; y oyendo las justas quejas que el emperador de él tenia, le declararon por enemigo y el emperador ofreció que conociendo Guillermo su culpa, benignamente le perdonaria y daria la investidura de Cleves y Julies.

Con esto se dió conclusion á la dieta.

IV.

Empeño del rey de Francia en adquirir el estado de Avilan

El emperador con los príncipes y estado del imperio, dieron audiencia al embajador del rey de Francia: el cual con una elegante y prolija ora-

cion que por escrito, no fiando de su memoria refirió, justificó cuanto pudo la parte y pretension de su dueño, hablando hinchada y afectadamente por presumir demasiado de retórico, con que cansó y provocó mas á dormir los oyentes, que á tenerle atencion; de tal manera, que cuando acabó su arenga los mas de los oyentes no se acordaban de lo que les habia dicho.

En este tiempo llegó al emperador un correo con despachos del rey de Francia pidiendo que le diese el ducado de Milan, que decia haberle prometido en Francia, para su hijo Cárlos duque de Orleans, dándole el título y privilegio firmado y sellado con las armas y sellos del imperio. Sabia bien el rey de Francia, que se cansaba en balde pidiendo lo que el César jamas le habia de dar. Tuvo siempre este asidero, para mover y levantar la guerra, que con tanta pertinacia siguió. Respondió luego el emperador sin poder diferir la respuesta, y manifiestamente dijo, que por muchas razones él no podia dar el ducado de Milan, que él daria su hija doña Maria á Cárlos con los estados de Flandes.

Sintiéndose el rey Francisco (como decia) engañado y viendo que ya no tenia que esperar en Italia por bien, determinó romper la paz y hacer la guerra que pudiese descubiertamente al emperador y comenzó á solicitar los ánimos de los príncipes: para lo cual enviaba su embajador Rincon (como dije) al turco. Procuró hacer una estrecha amistad con el inglés, aunque hallaba dificultad. Los suizos de los cantones respondieron, que se estarian á la mira sin querer ayudar á alguna de las partes.

Comenzó á dar color y justificar su causa con la muerte de Rincon y Fregoso, diciendo que por órden del emperador habian sido muertos contra toda razon y leyes de las gentes. Que el emperador habia quebrado las treguas. Que él no podia sin perjuicio de su honra pasar por tal hecho, ni dejar de vengarlo. Que sino le satisfacian de estas muertes, él habia de tomar la satisfaccion y venganza que pudiese.

Escribió largo sobre esto Guillermo Belayo, capitan general en el Piamonte por el rey de Francia, al marqués del Vasto; pero no bastaran las satisfacciones posibles que el marqués hizo.

Resuelto, pues, el rey en el rompimiento prendió á Jorge de Austria hijo bastardo del emperador Maximiliano, arzobispo de Valencia que de España iba por Francia, sin cuidado de estos encuentros, para Flandes, y mandóle retener en Leon: y queriendo el emperador pagar al rey de Francia el disgusto que le habia dado, con el desposorio de Juana hija del rey de Navarra, con el duque de Cleves, fue en la misma moneda, porque en estos dias casó á su sobrina Christierna hija del rey de Dinamarca, viuda de Francisco Esforcia, con Francisco Antonio, hijo del duque de Lorena, cosa que le escoció tanto al rey ó mas que le dió gusto lo que hizo del duque Cleves, con Juana de Vendóma.

V.

Vistas del emperador y el Papa.

Acabada la dieta, hallando el emperador, que para dar órden en el concilio y para otros negocios de importancia le convenia bajar á Italia y verse con el Papa, despachó un correo pidiéndole que tuviese por bien de llegarse hasta Luca, para que allí se viesen.

Muchos juicios se echaron sobre estas vistas, mas yo no estoy obligado á decir lo que los hombres adivinaban, sino lo que hicieron.

El Pontífice aceptó las vistas: partió el emperador de Ratisbona con doce mil tudescos y mil caballos que para la guerra que queria hacer en Africa, habia levantado. Salióle á recibir en las montañas de Trento el duque Octavio Farnesio su yerno, hijo de Pedro Luis y nieto del Papa: y antes de llegar á Verona salió el marqués del Vasto, con los mas principales de Milan y soldados viejos españoles. Tambien salieron á recibirle los venecianos ofreciéndole y sirviéndole con paso seguro y muchos refrescos, con que le regalaron.

A 3 de agosto estaba el emperador en Munion, camino de Milan, donde pensaba estar mediado este mes y al fin de él en Génova, y al principio de setiembre no lejos de Galera, porque iba con prisa y resuelto á verse con el Papa por los grandes calores que hacia en Lombardia, y cuando hubiese de ser que seria cerca de Génova y no se detendria, sino cinco ó seis dias por hacer la jornada de Argel, la cual pensaba concluir en cuarenta ó cin-

cuenta dias á lo mas largo, sin estar acordado donde se habia de desembarcar y tenian por mas cierto que en la Andalucia.

Entró en Cremona y en Lodi y de alli con gran recibimiento y fiesta fue á Milan, donde se admiraron todos de verlo vestido de luto, que pensaron que habia de entrar en hábito imperial.

Venia el emperador triste, como viudo y porque tenia ruines nuevas de la guerra de Hungria, que andaba muy caliente sobre Buda. Hízole la marquesa del Vasto muchas fiestas y regalos por alegrarlo y acertó á parir alli un niño, antes que el emperador se fuese y por contemplacion suya y porque fue su padrino se llamó Cárlos.

Partió de Milan para Génova, donde tuvo cartas del rey don Fernando su hermano, en que le decia la pérdida de Rocandulfo y muerte de muchos alemanes y húngaros y que se temia que el turco pasaria á Viena; por esto le aconsejaban Andrea Doria y el marqués del Vasto, que dejase la jornada de Argel y se quedase en Italia, á lo menos por aquel invierno, que bastaria esto para detener á Soliman y para quebrar las alas á los franceses que no deseaban sino verse lejos, para comenzar guerra en Lombardia, mayormente que ya era tarde para pasar la mar y necesariamente se habia de temer alguna fortuna. Era sano este consejo por estas y otras muchas razones, pero no bastó alguna, para mudarle de su propósito, que nuestra desgracia la llevaba á perder los que veremos

En sabiendo el Papa que el emperador estaba en Génova aunque era por agosto, que suele ser peligroso caminar en aquella tierra, partió luego para Luca y el emperador hizo lo mismo de Géno-

va en las galeras y tomó tierra en el puerto de Luca, donde ya estaba el cardenal Farnesio esperando para llevarle á la ciudad. Salieron todos los cardenales, y muchos obispos hasta fuera de la ciudad, con grande acompañamiento y debajo de un rico palio, llevaron á S. M. á posar en las casas de la república, porque el Papa posaba en las del obispo. Estuvieron alli ocho ó diez dias y en ellos visitó tres veces el emperador al pontífice y Paulo le visitó á él una sola: siempre que se hablaban estaba presente el embajador de Francia que venia á pedir al emperador que le diese á Rincon y á Fregoso que aun no eran parecidos sus cuerpos, ni se sabia que se habian hecho, y tenian todos creido que no eran muertos, sino presos. No bastaban juramentos, ni satisfacciones, y decia muy bien el emperador, que del mal sucedido á Rincon, él se tenia la culpa, pues siendo enemigo de su patria se habia metido, donde no habia nadie que no pensase que hacia servicio á Dios, y á su patria y rey en matarle: que si el rey queria entender, que la tregua era quebrada por aquello, que mucho en buen hora; de otra manera, que por él no quedaria de guardarla fielmente.

El Pontífice á todas estas palabras callaba; solo decia que no queria meterse en determinar, si la tregua se habia rompido, ó no: pero por otra parte, como persona tan prudente no cesaba de traer á la memoria del emperador los grandes males, que de sus disensiones se seguian en el mundo, como se veia en las guerras de Hunguia, y en lo que los herejes hacian en Alemania: pediale con encarecimiento, y lágrimas, que diese al rey de Francia el estado de Milan, y que el rey restituiria al duque

lo de Savoya. Respondió el emperador, que se agraviaba mucho, de que el rey de Francia porfiase tanto en pedir lo de Milan, que con tantos títulos él poseye, y que habiendo sido tantas veces vencido por la pretension del mismo estado quisiese mas porfiar, y alterar el mundo, y quitarle las armas de los enemigos, interrumpirle sus victorias, y hacer otros escesos, indignos de un rey cristiano; que si él pensase, que con dar al rey lo de Milan acabaria con él, y que quedaria quieto y contento, que por acabar cosas se lo daria: pero que conocia muy bien la condicion del rey, que no andaba sino tras poner una vez los pies en Italia, para despues pedirle á Nápoles, y quitarle á Sicilia, y que pues la paz que le pedian habia de ser motivo de mayores males y guerras, y como la brasa, ó semilla de ellas, y piedra del escándalo, no habia para que hablar mas en ella, porque de tal paz no se habia de sacar guerra contra los infieles; sino pérdida, y disminucion de su patrimonio.

Viendo el Papa la resolucion que en esto tenia el emperador, no quiso tratar mas, sino de persuadirle que dejase la jornada de Argel por este año, y se estuviese en Italia, pues para toda la cristiandad importaba tanto: mas tampoco bastaron razones.

En lo del concilio el Papa quiso todo lo que el emperador pedia, porque sus deseos eran buenos, y miraba como verdadero vicario de Jesu-Cristo, por el bien de la Iglesia. Y diciendo al emperador muchas razones de cuanto importaba la paz, para que el concilio tuviese buen fin, y de él se sacase el fruto que deseaba en la cristiandad, para suplicar á nuestro Señor por ello, y porque al em-

perador diese próspero viaje en la jornada de Argel, su Santidad dijo una solemne misa y una letania, hallándose presentes, el emperador y cardenales, y otro dia el emperador partió á Génova y el Papa á Roma.

VI.

Desventurada espedicion de Argel.

La inclinacion y deseos santos del emperador fueron de siempre hacer guerra á los enemigos de la fé, y muy contra su voluntad (si bien amigo de las armas) á los católicos. Y se verá ser esto asi, porque por mas irritado que fue del rey de Francia, y de otros príncipes cristianos, jamás se le pidió la paz, que la negase, ni movió la guerra, sin que primero se la hiciesen.

Despues que salió de España hemos visto, como allanó á Gante, pasó á Ratisbona, donde trató de la religion con mejor ánimo que suceso, ordenó las cosas del rey don Fernando su hermano contra el turco, aunque tambien tuvieron mal fin; volvió á Italia, y como acabo de decir, se vió con el Papa y supo en Génova por cartas del rey de romanos, que Soliman se habia apoderado de Buda, por lo cual le persuadian, y ponian en reputacion, que no se apartase de Italia para socorrer de allí al rey, ó volver allá si necesario fuese: y al parecer del marqués del Vasto, lo mismo convenia, para la seguridad de Lombardia, pues el rey de Francia amenazaba, por la muerte de Rincon, y de César Fregoso, que poco antes aconteciera. Hizo con el rey Francisco el emperador su cumpli-

miento, enviándole á don Francisco Manrique obispo de Orense, por embajador: dándole cuenta de esta jornada, y ofreciéndole muy buenos partidos cerca de lo que el rey pretendia, si bien no los que él deseaba.

Mumuraban algunos alemanes, en especial Felipe Lantzgrave y el de Sajonia, y otros hereges diciendo, que dejaba S. M. á Hungria, y su casa y solar, en las fieras manos del turco, por irse contra Azan Aga, y otros murillos de Africa. Mas el emperador, por el grande amor que tenia á los reinos de España, y doliéndose de los males que los de estos reinos padecian, por los continuos asaltos y robos que los cosarios en las costas hacian, quiso aventurar su persona, é ir á quitarles la ciudad de Argel, que ya otras dos veces, como dejo dicho, se intentó conquistar, y hubo mal suceso.

De Luca, despedido del Papa, cargado de bendiciones, y no de dineros, fue el emperador á embarcarse á Luni en treinta y cinco galeras, ó mas, que puestas estában á punto. Mandó que las naos de armada fuesen con los italianos y alemanes, á Mallorca. Corrióle viento contrario, y recio, que derramando la flota lo detuvo mas de dos dias: al fin entró en Bonifacio de Córcega, y de allí con buen tiempo fue al Alguer ciudad de Cerdeña, donde una labradora presentó á S. M. un becerrillo con dos cabezas recien nacido. Desde allí fue á Mahon, y tardó dos dias, y llegaron las galeras á fuerza de brazos, y sudor de los remos, por andar ábrego, y aun se rompieron algunas velas de galera quebrándose las entenas.

Partió de allí, y fue á Mallorca, cabeza de

aquella isla. Aquí estaban para esta jornada, sin la casa y corte del emperador, seis mil españoles que llevaba don Hernando de Gonzaga, de los que estaban en Sicilia, cuyo virey él era, y de Nápoles, y de Bona, que aquel año se asolara, ciento y cincuenta naves, y cuatrocientos caballos ligeros. Habia otros seis mil alemanes, con Jorge Frontispero, y obra de cinco mil italianos, con Camilo Colona y con Agustin Espiñola, en mas de cien naos. Eran las galeras hasta cincuenta, sin las que despues diré: cuatro de Malta, otras cuatro de Sicilia con don Berenguel de Roquesenes, seis de Antonio Doria, cinco de Nápoles con don Garcia de Toledo, dos del señor de Monaco, otras dos del vizconde Cigala, dos del marqués, que ahora es duque de Terranova, siciliano, cuatro del conde Anguilara, las demas eran de Génova, y de Antonio Doria capitan general de toda la flota.

Era mucha y buena la artilleria, que con abundancia de pólvora y de pelotas, y toda municion, habia muchas armas de toda suerte, escalas y hachas, picos y azadas, y otras cosas tales, muchas calabazas, redomas, y botijas para agua, grandísima cantidad de bizcocho, tocino, cecina, queso, habas, garbanzos, y otras legumbres, vino, vinagre, aceite, manteca, higos, pasas, almendras, y semejantes frutas secas: todo lo cual venia de Sicilia, y Nápoles, y que segun decia don Hernando de Gonzaga bastaba para mucho tiempo á tanta gente como iba.

VII.

Prosigue la misma materia.

Mandó tambien el emperador hacer otra flota en España, no tan armada de gente, como la de Italia, en la cual hubo sobre doscientos navios, los medios escorchapines, tafurcas, y otros asi pequeños, las demas naos vizcainas, y hurcas de Flandes, con mucho bastimento y artilleria.

La gente de guerra que llevaban, fueron cuatrocientos hombres de armas de la guarnicion ordinaria, y setecientos ginetes. No hubo infanteria á sueldo, pero hubo tantos aventureros, asi oficiales y labradores, como caballeros é hidalgos, que fue maravilla, y tan bien armados y vestidos como suelen andar en la guerra los soldados aventajados que llamaban Guzmanes.

Fueron asi mismo tantos caballeros sin paga, ni llamamiento, que seria largo y pesado contarlos, y con tantos criados, y libreas, jaeces y atavios de sus personas, como nunca en naos hombres entraron para guerra.

Los señores de título que allá pasaron, fueron don Fernando Alvarez de Toledo duque de Alba y capitan general de la flota, don Gonzalo Hernandez de Córdoba duque de Sesa, don Pedro Fernandez de Córdoba y Figueroa conde de Feria, con dos hermanos, don Fernan Ruiz de Castro marqués de Sarria, don Hernando Cortés marqués del Valle de Huaxaca, con sus hijos, don Martin, y don Luis, don Luis de Leyba principe de Ascoli, don Francisco de la Cueva marqués de Cuellar

Juan de Vega señor de Grajal, don Claudio de Quiñones conde de Luna, don Martin de Córdoba conde de Alcaudete, que tenia á Oran, don Pedro Hernandez de Bobadilla conde de Chinchon, don Pedro de Guevara conde de Oñate, don Josepe de Guevara señor de Escalante, don Pedro de la Cueva comendador mayor de Alcántara y general de la artilleria, y don Fadrique de Toledo Clavero de Alcantara.

Iban estos señores en quince galeras de don Bernardino de Mendoza, y llevaban sus caballos, criados, armas, y aderezos en naves, y en ellas mucha comida, especial el conde de Feria. Cuento aqui esto, aunque ni llegó á Mallorca la flota, ni con el emperador á Argel, por no cortar el hilo de la historia de lo que pasó alla, y por acabar de decir todo el aparato y armada de esta guerra, el cual en suma fue. Sesenta y cuatro galeras, doscientas naos de gavia, y cien navios chicos que no la tenian, si bien otros contaban mas entonces. Veinte mil soldados, los seis mil españoles, seis mil alemanes, cinco mil italianos, tres mil aventureros de todas naciones, dos mil de á caballo, á entrambas filas, sin los de la casa real.

No cuento los soldados de galera, que á no llevar cada una mas de cincuenta eran tres mil, ni los mozos ni otras personas que suelen seguir el real.

VIII.

Continua el mismo asunto.

Argel es lugar nuevo, á lo que dicen los moros y hecho de los edificios caidos de Metafuz, que los de alli nombran Tamendifusi, y que fue Rusenrio,

ó Rusconia, pueblo de romanos, y aun por el nombre Rusconia, parece cosa de España, donde en los tiempos pasados hubo lugares que se llamaron Ruconia.

No es Argel Tipasia, ni Tampoiol cesárea, morada del rey Juba; ciudades que caen más hácia el estrecho: ni menos Arsenaria, como piensan otros, que segun Plinio estaba del mar casi una legua. Está puesto Argel en una punta; por hácia el norte se mete á la mar, y edificado cuesta arriba, como en tres rincones. Me han dicho los que le han visto, que es casi como Simancas, villa á la ribera del Pisuerga, dos leguas de Valladolid.

Tiene Argel en lo alto, donde hay una puerta, un castillo mas vistoso que fuerte, aunque despues de esta jornada lo han ensanchado y fortificado. Las casas como estan en ladera, gozan todas de la vista de la mar, el peñon que ya fue de Castilla, y que llaman ellos Gezir, que suena isla, causa que haya puerto, si bien pequeño y no seguro de cierzo, porque Haradin Barbaroja hizo, despues que lo ganó, un gentil muelle de él á tierra con piedras de Metafuz que trageron españoles cautivos. La ensenada que va en arco de Argel á Metafuz que le cae á Levante rodea cinco leguas, aunque no hay sino tres de punta á punta. Tiene ruin surgidero, sino es en Metafuz, y aun se muda la arena segun pareció cuando se vieron despues cubiertas las galeras y los otros navios que dieron al través: de que diesen, tuvieron alguna culpa Andrea Doria y los pilotos, que no sabian aquella costa, puesto que la tormenta fue muy recia.

Lo llano de la tierra tiene dos rios, dichos Al-

caraz y Sesaja: luego comienza la sierra, la cual tiene algunas quebradas, ó barrancos, especialmente cerca de Argel, y por ser grandes lo hacen fuerte. Tiene por la parte de poniente mas agria cuesta y peor mar.

Es Argel de cinco mil vecinos, y aun casas, de buenos edificios, y de gran policia, porque cada oficio está por sí en su calle, ó barrio. Es rico por los robos que cosarios hacen y llevan de España, y otras costas del mar, y de Italia. Fué mucho tiempo sujeto á los reyes de Tremezen, y últimamente á los de Bugia cuando el rey don Fernando lo hizo su tributario. Encomendóse luego á Tumi Jeque de Metafuz, y de ahí á poco á Horruch Barbaroja, el cual se alzó con él, matando al Jeque. Despues lo poseyeron los Barbarojas con gran reputacion, asi por la pérdida de Diego de Vera, y de don Hugo de Moncada, como por el poderio y señorio grande que han tenido en la mar: y cuando alla pasó el emperador lo gobernaba. Azan Aga, capado, natural de Cerdeña, renegado, y hombre para mucho: el cual viendo que sentia demasiadamente el pueblo la pérdida y vencimiento de Caramani, y Hali Hamet sacó á la plaza ciertos zurrones de moneda diciendo que con ella haria otra tal flota. Y sabiendo de la armada y voluntad del emperador se apercibió á la defensa fortificando la ciudad.

La gente que dentro tenian cargo de las armas por su mandado, eran ochocientos turcos los mas á caballo, que los otros murieron en la de Aboran, ó estaban con el Jerife en la guerra de Portugal. Tenia casi cinco mil moros, los mas naturales de allí, que los otros eran mallorquines renegados, de mucho tiempo, y granadinos, y aun muchos mo-

riscos de España, que todos tenian escopetas, y buenas ballestas de acero, arma escelente para con agua. Llamó y pagó gruesas compañias de alarbes, que son los que hacen la guerra con sus caballos en Berberia. Mandó so graves penas, que ninguno sacase ropa de Argel, ni mujeres, ni hijos, porque lo defendiesen con mayor esfuerzo, y aun castigó algunos que andaban tristes y ronceros. Y por entretener los suyos, ó por desanimar los nuestros, si á sus oidos llegase, hablaba mucho con una vieja hechicera, que habiendo adivinado la perdicion de Diego de Vera, y de don Hugo de Moncada, agoraba tambien la del emperador, y en ella no la engañó el demonio, si bien padre de mentiras, la fama de la cual anduvo entre los españoles, y campo imperial, mayormente cuando comenzó y anduvo la tormenta.

IX.

Prosigue el mismo asunto.

Esperando, pues, el emperador en Mallorca (por volver donde le dejamos) la flota de España, llegó alli una galera de las de don Bernardino con aviso de que toda la flota que daba en la Ibiza, y en la Formentera.

El emperador entonces mandó que se fuese á Argel, envió su recámara en ciertas galeras á Barcelona por ir mas desembarazado, y partióse luego que hizo buen tiempo, y en dos dias llegó á la playa de Argel. El dia siguiente, y otro despues dieron fondo las naos donde les era mandado, como dió el galeon de Andrea Doria su capitan, si

bien algunos que se rezagaron en Mallorca pasaron á Oran sin poder aferrar allí por los recios aires que comenzaron á soplar, á cuya causa estuvo el emperador con las de Sarza detras de Metafuz, tres ó cuatro noches, y con Bernardino de Mendoza en las Caginas, tres leguas al poniente de Argel.

Venian dos fustas de Levante sin saber lo que pasaba, ó como dijeron, de saber del emperador: la una entró en Argel á fuerza y ligereza de remos, y á la otra hundió la galera de Cigala por tomarla.

Amaneció, pues, mansa la mar, octava de Todos Santos, que fue de este año 1541 por lo cual mandó desembarcar los españoles en los bateles y esquifes de la flota, con sus arcabuces y comida para dos ó tres dias.

Iba el emperador en la popa de su galera que le veian todos. Era su estandarte un crucifijo, y las banderas llenas de cruces. Fue cosa muy vistosa ver ir las galeras á tierra todas, igualmente al remo con hermosas banderas, con muchos sones, y tirando los barcos llenos de hombres armados. Comenzaron, pues, los españoles á tomar tierra con poca resistencia de los naturales, si bien habia muchos por la marina á pie y á caballo, á causa que las galeras tiraban su artilleria.

Aquel dia, y lunes y martes desembarcaron todos los soldados, y algunos caballos y nueve tiros de artilleria de campo con sus municiones, y no mucho bastimento.

Como el emperador saltó en tierra envió luego á Azan Aga pidiéndole que se diese, sino queria guerra, y que se debia dar por volver á ser

cristiano, pues era hijo de padres cristianos, y porque los Barbarojas tenian usurpado aquel lugar y reino tiranamente, y porque se lo pedia y rogaba el emperador de cristianos, y rey de las Españas, cuyo vasallo él nació, y que tan poderosa flota y ejército traia: y porque dándose le haria crecidas mercedes, con mucha honra y libertad, y los turcos irian libres por do quisiesen, y que asi mismo los moros quedarian libres y con sus haciendas y en su secta; pero que en no dándose pagaria en lo que paró en Tunez Haradin Barbaroja su amo, y quien lo capó, y aun peor, porque los soldados no le darian libertad, ni aun vida en pena de sus pecados, ni él usaria de clemencia en castigo de su rebeldia.

Azan Aga respondió que no queria mas honra de cumplir su pleito homenage, y defenderse de tan grande armada, ó morir á manos y fuerza de tan escelente emperador: cuanto mas que nadie libró bien siguiendo el consejo de su enemigo, ni él aun habia visto por qué darse. Y que si S. M. llevaba buenos soldados, tiros y caballos, que tambien él se los tenia buenos, y en lugar fuerte, y en mar brava, por lo cual esperaba en Mahoma, que Argel que tan esclarecido era con las pérdidas de Diego de Vera, y de don Hugo de Moncada, famosos capitanes españoles, seria mucho mas famoso con la nueva tormenta, y desventura del emperador Cárlos V.

Tal respuesta dicen que dió aquel capon, ó creyendo las adivinanzas de la hechicera, ó sabiendo que aquel mar suele embravecerse mucho por este tiempo.

Durmió el emperador aquel domingo en la no-

che en una casilla, que estaba en lo llano. Hizo luego tres haces de su campo, dió á cada una tres tiros de campo, con que atemorizar los enemigos, porqué no para hombre de á caballo en sintiendo tirar. Iban los españoles delante hácia la montaña, con don Hernando de Gonzaga, porque les alarbes havian sus arremetidas por aquella parte. Los alemanes que regia el emperador, caminaban en medio, y los italianos con Camilo Colona, y entre ellos los comendadores de Malta, que serian hasta ciento y cincuenta, tenian la marina.

Caminando pues asi en órden tuvieron algunos sobresaltos con los alarbes, porque llegaban haciendo ginetadas, y tirando flechas y escopetas con pelotas de estaño, y aun de noche tiraban encarando á los fuegos, que por el frio encendian, por lo cual subieron tres compañias de españoles arcabuceros á la montaña para ojear, ó arredrar los enemigos: mas acudieron tantos de ellos aquella noche, que la pasaron los españoles, y aun los demas sin dormir, y con harto trabajo, y se hubieron de volver al escuadron faltándoles pólvora.

Mandó ir el emperador á don Alvaro de Sandi con todos los españoles, que ganasen la cuesta y llegasen hasta junto á Argel. Ellos subieron, pero no sin trabajo y fatiga. Echaban mal juicio, porque porfiaban que no, peleando los alarbes de alli, si bien eran infinitos asentaron sus tiendas, donde les fue mandado. Caminaron los escuadrones con el concierto que digo, llevando la caballeria delante, y en la refaguardia el fardage, o bagage, y pararon cerca de Argel á poner real entre dos grandes barrancos que servian de foso

y vallado, donde no podian llegar cuanto mas entrar los enemigos sin puente.

De lo alto donde estaban los españoles, se señoreaba el lugar con la artilleria: la tienda imperial con las de la corte se armaron, entre alemanes y tudescos. De esta manera cercó el emperador á Argel, habiendo él mismo trazado el real, y guiado el ejército con grandísima diligencia y cuidado. Pensaba ganar el lugar con poca dificultad, si bien hubiese dentro muchos defensores, que de los alarbes no se hacia caso siendo tan fuerte el sitio del real: por no ser recia la cerca y estar cuesta arriba y mala de guardar, y porque al tiempo de las arremetidas, ó por la bateria, ó por escalas tirarian tanto las naos y galeras, jugando su artilleria de junto al muelle, que ocupasen muchos moros alli, por lo cual habian mandado á don Pedro de la Cueva, y á Luis Pizaño sacar los cañones dobles, y las culebrinas, y otras piezas que fuesen de batir, y á Francisco Duarte proveedor de la armada, que desembarcase armas, escalas, palas, azadas, picos, y cuanto mas vino, pan, carne, queso, y cosas de comer pudiese, y al príncipe Andrea Doria, que se llegase al muelle con las galeras y navios de armada.

X.

Continua la misma jornada.

Puesto pues asi el ejército, y haciendo cada uno lo que le mandaba el emperador, comenzó á llover réciamente de cierzo el martes en la tarde, con un granizo y frio, que traspasaban los hom-

bres como tenian poca ropa, y con tan furioso aire, que derrocó las mas tiendas del real, y como duró toda la noche, pasáronla todos con trabajo. Amaneció el miércoles con mas rigor, y asi los soldados apenas podian estar en pie, que los grandes lodos del pisar, y la humedad, no los sufrian echados.

Conociendo esto en Argel, salieron muy de mañana, y muy callando un gran tropel de turcos á caballo, y otro de moros y moriscos, mancebos escogidos, ligeros, de pies. Mataron las centinelas, dieron luego en tres compañias de italianos que guardaban una puente, con grandes alaridos y grita, y como estaban desvelados, luego los pusieron en huida, matando á unos, é hiriendo á otros. Despedazaron una bandera, y pasando una hoya llegaron á las primeras tiendas.

Envió luego el emperador allá en sabiendo lo que pasaba, y certificado del ruido, á Camilo Colona, para que refrenase los enemigos. El cual pasó una puente que entraba entre aquel tercio, y la ciudad con muchas banderas de los italianos, que tenian sus estancias alli donde se peleaba: llegado Colona y peleando animosamente detuvo los enemigos. Llegó don Hernando de Gonzaga, que habiendo reprendido los italianos con grande enojo, pasion é ira, les hizo que siguiesen los turcos por cobrar su honra, contradiciéndolo mucho el Camilo.

Arremetió entonces Agustin Espinola con sus compañias de genoveses, y por fuerza hizo que los turcos mostrasen las espaldas, el cual los persiguió hasta tocar muchos de los suyos en las puertas de Argel, que de miedo se acercaron, por lo cual

algunos moros no pudieron entrar, y se salvaron por otra parte. Haciánles mucho daño desde los muros, con piedras, saetas y pelotas, pero por ellos no se retiraron con tiempo, esperando por ventura socorro, y cuando se retiraron no tuvieron compañeros en que hacer incapié.

Salieron de refresco otros de á caballo y de á pie que los apretaron recio, y sobrevino Azan Aga muy lúcido con muchos caballeros y peones que les forzó á huir. Resistieron un rato los caballeros de San Juan que llevaban celadas y coseletes, y algunos otros caballeros y buenos soldados, los cuales al fin se hicieron fuertes en un puente de madera que cerca de Argel estaba hasta irles á ayudar. Pelearon desigualmente, porque eran pocos y estaban cansados y hambrientos, y les daba de cara el viento y lluvia, y los enemigos siendo muchos estaban holgados, y aprovechábanse bien de las escopetas y mejor de las ballestas, que no les impedia el agua y tenian sin todo esto caballos que á los imperiales faltaban.

Causó este rebato desde su principio grande alboroto y arma en todo el ejército como duró mucho, y porque los españoles no pudieron bajar al ruido, ni cumplia por andar tegiendo delante de ellos infinitos alarbes que siempre amagaban. Mas el emperador, que luego se puso á caballo armado, acudió con todo el ejército y tercio de alemanes, que pelean bien á pie quedo, para reparar y recoger los italianos.

Envió corriendo tres compañias de ellos adelante, los cuales se volvieron feamente sin calar las picas ni desenvainar sus espadas despuntadas, ó por temor de los muchos turcos de á

caballo, que con sus turbantes parecian doblados, ó por ver cuán determinadamente huian los italianos.

Entonces el emperador dió de espuelas al caballo y con la espada desnuda en la mano los detenia y afrentaba, y á gran andar aguijando con los demas, les decia en tudesco con grandísima majestad y semblante, que anduviesen solamente á ver huir los moros, y si algo se detuviesen como victoriosos, que los mostrasen los dientes peleando, como alemanes con él, por ensalzar la fé, por honra de su emperador, y por gloria de su nacion.

Apresuraron con esto el paso, y alegres de ver delante de sí á su emperador, que tan animosamente los esforzaba y acaudillaba, comenzaron á pelear hablando recio entre si mismos. No los esperaron mucho los turcos, aunque estaba alli Azan Aga, por guardar sus caballos de las picas, ni los moros que venian desarmados, todos huyeron muy contentos de la victoria pasada.

Con esto cesó la contienda aquel dia; en la cual murieron trescientos soldados de la parte imperial, y en ellos tres ó cuatro capitanes y ocho caballeros de Malta. Salieron heridos mas de doscientos y hasta treinta caballeros de Malta, que tenian cruz blanca. Salió tambien herido don Felipe Lanoy, príncipe de Salmona.

Anduvo el emperador este dia escelentísimo capitan á dicho de todos, asi en el esfuerzo como en prudencia, y estando mojado, que le corria agua la camisa, y fatigado del mucho trabajo que habia tenido desde que desembarcó, principalmente aquel dia, no quiso ir á su tienda, rogando

humanamente á todos los caballeros que no se fuesen á descansar hasta poner en recaudo los heridos, que fue grande humanidad.

XI.

Continua esta desgraciada jornada.

Comenzaron á correr grandes ondas de mar, como mensageras de la tempestad, que luego vino al mejor tiempo que se andaban sacando los caballos, los tiros, y pertrechos, el pan y vino con todo el bastimento que habia de comer el ejército, por cuyo inconveniente, casi no hubo tiempo de sacar nada, que fue causa de no tomarse Argel. Sobrevino como poco antes dije un valiente cierzo que propiamente llaman Nordeste, con tanta revuelta, fuerza, frio y aguaceros, que puso toda la flota en términos de perderse, porque se arrancaban las áncoras y se quebraban los cables, y asi envestian las naves unas con otras, bambaleábanse tanto que parecian tomar agua con las gavias, y se habrian del mucho ludir despidiendo las estopas calafateadas: por lo cual estaban los hombres desvanecidos y desatinados, y asi algunos que pudieran pasar la tormenta, si tuvieran sufrimiento, dieron al través diciendo que por no enloquecer.

Llegaba en tan fuerte tiempo la flota de España, y asi se hundió casi toda, escepto los navios grandes y recios.

En conclusion, se perdieron brevemente obra de ciento cincuenta navios menores y mayores con cuanto iba dentro, salvo algunos caballos y

los hombres, aunque algunos se ahogaron, y otros alcanzaron los alarbes.

La noche de la tempestad, estando el emperador con harta congoja, mandó llamar algunos marineros y pilotos, y preguntóles cuanto tiempo se podrian defender y sustentar los bajeles en el agua no cesando la tormenta: respondiéronle que á lo mas dos horas. Preguntó que hora era, dijeron que las once y media. Dijo luego con semblante alegre: «Pues no desmayeis, que en España se levantan á las doce los frailes y monjas á encomendarnos á Dios.» Dicho por cierto en que este príncipe mostró la fe que en la oracion tenia.

La misma fortuna pasaron las galeras, porque contrastaron con el viento sosteniéndose al remo desde media noche hasta muy alto el dia, con gran diligencia de los capitanes y comitres, y maestria de los pilotos. En fin, no pudiendo mas, y por no perecer ahogados ó se volcasen tanto dentro en mar, izaron vela y envistieron en tierra algunas galeras. Fue gran lástima que los llantos no se oian con el ruido de las olas que bramando quebraban en la costa, y navios trastumbados, ver como los alarbes alanceaban los cristianos que salian hechos agua sin armas, y las manos juntas pidiendo misericordia, sin que les aprovechase cosa. Encomendábanse unos á los esclavos de galera, que con ageno mal se rescataban, otros se tornaban á la furiosa mar por miedo de las lanzas ginetas, y otros no sabiendo nadar se ahogaban, ni pudiendo antes de conocer el mortal peligro de tierra, por medio del cual se sufrieron algunas galeras haciendo mil votos los marineros

y soldados, que consideraban, entre la tormenta de agua, la desventura de tierra.

Cuando la galera de Juanitin Doria dió al través con otras, envió el emperador á don Antonio de Aragon, que le socorriese con tres compañias italianas, que fué causa de venirse otras á perder, y que los capitanes de muchas estorbasen á cuchilladas que no se viniesen, tanta gana tenian todos, asi soldados y marineros, como galeotes y esclavos. Lo mismo aconteciera en las naos por ir seis ó siete compañias de españoles á recoger la gente, lo cual aunque fue bien proveido, no fue bien acertado, segun á muchos pareció. Perdiéronse catorce ó quince galeras con su artilleria y con mucha ropa y plata labrada, una de las cuales era de don Enrique Enriquez, que otra suya toda la tormenta pasó sobre las áncoras: las demas se fueron todas en pudiendo al cabo de Metafuz, con Andrea Doria, que muy bravo estuvo con los que fueron á dar en tierra, y con los que querian que tambien él fuese, y muy enojado consigo mismo por no haber acertado el surgidero, y con el emperador que porfió á ir tan tarde.

Hubo gran tristeza en el ejército por la pérdida de tantos navios que les hacian falta para volver á sus tierras, y por la muerte que dieron á tantos, sin volverse á misericordia los alarbes, no queriéndolos tomar por esclavos, aunque fuesen mujeres hermosas, y por quedar desproveidos para poder ganar á Argel, que tanto á todos tocaba: asi tuvo sobre ello el emperador que pensar.

AÑO 1541.

XII.

Alzase el emperador de Argel.

Determinó el emperador alzarse de Argel, tomando el parecer de los del consejo de guerra, si bien lo mas que se hacia era por su cabeza, porque no viniese otra tempestad, y acabase la flota, y quedasen todos perdidos, y porque no habia artilleria para derribar la cerca, ni comida para sustentar el cerco, la cual era el todo de aquella guerra, que los lodos del real, ó se secaron, ó los agotaran, aunque muchos y pegajosos eran, y el frio se remediara con la leña de muchas viñas que alli habia. La falta de vestidos era tambien grande, porque ninguno habia sacado mas de lo que á cuestas traia cuando se desembarcó.

Tambien Andrea Doria le dió priesa que se fuese con todos á Metafuz, donde llevaba las naos, por ser buen embarcadero, y seguro de los alarbes, que no podian llegar con sus caballos á la lengua del agua por haber allí un gran desbazadero.

Acordada, pues, la partida, partieron entre soldados los caballos de la artilleria, que con tiempo salieran por no haber otra comida, y despues otros muchos de los hombres de armas, y ginetes españoles que escaparon, ó se sacaron de los escochapines y tafurcas.

El emperador estando fuera de su tienda, viendo como se recogia el campo, cubierto con un

fieltro blanco preso á la garganta, y lloviznando, paseábase cercado de los señores de título, y otros caballeros, sin hablar otra palabra mas que *Fiat voluntas tua*, conformándose como católico, con la voluntad de Dios.

Comenzó á retirarse jueves por la mañana todo el ejército por la órden y camino, que fue, llevando en medio los enfermos y heridos. Los de Argel hacian alegria, segun desde las almenas, y ventanas mostraban, asi por la grande artillería, y despojos de las galeras y naves que habian de gozar, como por la retirada del emperador. Salieron muchos de á caballo á picar en el ejército, mas que á pelear, y lo mismo hicieron los alarbes, que andaban infinitos en lo alto de la montaña, aunque algunos llegaban haciendo halaracas, pero en sintiendo algun tiro huian á rienda suelta.

Aconteció cerca del que escribió esta relacion, bajando por una quebrada, y entre viñas, que arremetió un moro de á caballo á un arcabucero español, que se habia desmandado mucho: el soldado que debia ser mañoso y artero, echó pólvora en medio del arcabuz y encendióla por engañar al moro: el cual como vió fuego, y no sintió trueno, corrió á él, pensando que de húmedo no cebaba; entonces el español puso de veras la mecha, y apretó la llave encarando, y derribóle.

Durmió el emperador aquella noche no lejos de una gentil fuente que llaman de la Palma, y que proveyó al ejército. Estaba el real en fuerte sitio, entre la mar y Alcaraz, que venia crecido. Mas los enemigos estuvieron quedos aquella noche. Iba muy crecido Alcaraz de la lluvia pasada

y por rebosar mucho la mar: si bien á la ida se pudo vadear á pié, á la vuelta arrebataba los que intentaban de quererlo pasar, y por esto se hizo de presto una puente con antenas, mástiles, y otra madera de las galeras y naves, que allí cerca se perdieron, por la cual pasaron los alemanes, y los italianos, y la corte y enfermos. Los españoles y los que tenian caballos, pasaron el rio á pié por bien arriba de la puente escaramuzando con los enemigos que anduvieron aquel viernes atravesando mucho y amagando: y un tal de ellos hubo que se allegó á picar con la lanza, si bien le costó la vida.

En pasando aquel rio se volvieron los turcos á Argel, y no parecieron mas.

No habia pan, y comian caballos, y palmitos con sus majuelas, aunque duros y ruines, que hay muchos allí: otros comian galápagos y caracoles: los tudescos comian cebollas albarranas que juntamente con beber agua (que para ellos es ponzoña), y dormir desnudos en hoyos, que parecian sepulturas, enflaquecieron malamente, por lo cual se rezagaban mucho, con otros italianos dolientes, que como la necesidad de todos no daba mas lugar, murieron algunos alanceados.

Otro dia se pasó Sef Soia el agua hasta los pechos, que lo sufria el suelo. Durmióse esta noche en Metafuz, donde se aposentó el ejército con placer de todos.

Fue Metafuz, como dicen, hablando de Argel Rusconia de Octaviano, ó de Claudio, si bien otros piensan que Tipasa, y á la verdad todos estos lugares estaban en la Mauritania Cesariense, como en Plinio y otros autores se vé. Pero Tipasa caia mas hácia la otra Mauritania. Fue Metafuz anti-

guamente grande y noble pueblo segun se vé del rastro que aun dura de templos, termas, ó baños, arcos, bóvedas, y piedras labradas con arte. Dicen los moros que lo destruyeron godos, y que de alli se pobló Argel, aunque pudo despoblarse por falta de agua que no la tienen, sino que la traen de lejos por canales, ó acueductos, los cuales hoy dia están aunque á pedazos, altos y recios. Hace la mar alli un recodo que no es mal puerto por estar abrigado de Nordeste, con la punta de tierra que de alto se lanza en la mar cara Noroeste, y Argel no tiene otro mejor alli cerca, y si la flota surgiera en él, no se perdieran las naves con aquela tormenta, segun pilotos despues decian, y Argel se tomara.

Comenzaron, pues, á sacar de las naves, que ya estaban alli, bizcochos, vino, queso, y carnes saladas, y dieron primeramente á los alemanes, y luego á todos abastada y cumplidamente, y no tardó de haber bodegones, y tiendas de frutas secas y agrias, y de cosas dulces, que pareció maravilla. De agua se proveian en laguuillas y carreos que habia cerca.

Comenzó la gente á recrearse mejorando de comida, bien que algunos no dejaban de comer carne de caballos, si bien desabrida, dulce, y muelle: el hígado es lo mejor del caballo á gusto de todos los que lo comian. Hubo disputa sobre qué era mejor, embarcar, ó volver sobre Argel; sobre lo cual hubo muchos pareceres. Unos temian que se revolviese sobre Argel, pues que la victoria era tan cierta desembarcando ahora con cuidado lo que convenia, y que á falta de no haberlo hecho se perdiera el primer acometimien-

to. y esto parte, porque no se acertó el surgidero lo uno, y porque se tuvo gran descuido no temiendo tempestad, cual vino, en echar luego á tierra caballos, municiones y comida. Lo cual hecho ahora prometíase á los que eran de este parecer una ciertísima victoria, que por conseguir habia S. M., y el ejército, pasado por tantos trabajos, peligros y gastos, y aun parecia cosa vergonzosa retirarse sin hacer mas daño al enemigo.

Pero estaba el emperador tan lastimado de ver el estrago que por su armada habia pasado, que ni negaba lo uno, ni se resolvia en lo otro. Quisiera recoger las reliquias de sus gentes por no perderlo todo, y retornar sobre sus enemigos, pero temia la braveza del mar. Otros hubo que dijeron que lo mejor era embarcar aunque ya no lo quisieran los soldados españoles, ni muchos caballeros, y señaladamente, Hernando Cortés, marqués del Valle, que sabia de semejantes trabajos, y hambres, y últimos aprietos, y fue el que mas perdió despues del emperador, porquese le cayeron en un cenagal tres esmeraldas riquísimas, que se apreciaban en cien mil ducados, y nunca se pudieron hallar; pero era tal su ánimo, que no sintió tanto esta pérdida, como el poco caso que de él se hizo en esta jornada, porque con haber sido tan valeroso como era, y es notorio, no le metieron en consejo de guerra, ni le dieron parte de cosa que en ella se hiciese, y aun despues de pasada la tormenta, porque decia él que se viniese el emperador, y le dejase con la gente que alli tenia, que se obligaba á ganar con ella á Argel, no le quisieron oir, y aun dicen que hubo algunos que hicieron burla de él.

Ningun discreto habrá que no entienda la causa de esto, y mas si conoce y sabe la soberbia del español, como si la virtud y nobleza propia no valiese tanto, y segun algunos, mas que la heredada.

A lo mismo que Hernando Cortés, dicen, que se ofrecia don Martin de Córdoba conde de Alcaudete, y capitan general de Oran: ó el emperador no lo supo, ó sus consejeros le quitaron de ello.

Mandó, pues, el emperador resolviéndose en la vuelta, embarcar á cada uno en el navio que vino, si lo hubiese; porque de las naos de Italia pocas faltaban: mandó echar los caballos de todas á la mar, que fue gran lástima, porque cupiesen los hombres. Las naos se llenaron mucho, porque faltaban pocos, y muy menos que al principio creyeran; de lo cual se quejaban sus dueños, haciendo gran sentimiento por ello, como de daño particular é injurioso, pensando con lo tal amansar al emperador que estaba, y con razon, puesto en efectuarlo: mas el emperador, como cristiano piadoso antepuso la vida de un hombre, y de muchos, á la de un caballo, y caballos sin cuento que fueran. Fue muchas veces él mismo de nave en nave á haberlos echar, ó desjarretar, que por lindos los escondian.

Hubo gran trabajo, y estrechura en repartir, y embarcar la gente, por lo cual anduvo el emperador con mucho cuidado, entrando y saliendo á menudo en la mar, á que recibiesen á todos en los navios sin quedar alguno, y fue bien menester.

Finalmente, el autor de esta relacion (que no fue á pelear, sino que era un sacerdote docto, y curioso) dice que fue en la galera de don Hernan-

do Lobos, embajador de Portugal, y que se embarcó de los postreros de todos, y notó mucho al emperador, como lo habia notado todos aquellos dias, y sin lisonja dice: «El estuvo en todo sabio á gobernar, esforzado á pelear, humano al mal ageno, y fuerte al propio: y si Dios asi no lo dispusiera, era digno de acabar gloriosamente aquella empresa.»

El doctor Illescas, dice por relacion de un caballero que se halló en esta jornada, que habiendo el emperador sabido, que Andrea Doria era desembarcado, salió de una tendezuela de lienzo que tenia por posada, para irle á visitar, luego que se alzaron de Argel, y acaso pasó por medio de un escuadron de infanteria, y como le vieron ir hácia donde estaba Andrea Doria, pensaron que se queria embarcar, y dejarlos; de lo cual comenzaron á murmurar y afligirse, entendiendo quedar sin él. Entendiólo el emperador, y volvió á ellos el rostro alegre y lleno de amor, y dijóles: «No temais, amigos, que no me voy; yo os prometo que el primero que aqui ha de quedar seré yo, y de no salir de estos trabajos hasta teneros á todos fuera de ellos.» Palabras con que les puso mil corazones.

Embarcáronse pues todos, italianos primero, alemanes luego, y despues los españoles, y antes que acabasen se revolvió el tiempo, y el mar con otros aires, que se hubieron de partir cada uno cuando pudo, y como pudo.

XIII.

Peligrosa vuelta de los imperiales á su patria.

Cada piloto, y cada hombre quisieron volver donde partió; mas los aires derramaron la flóta de tal suerte, que ninguno tuvo derecha su navegacion, y queriéndolo asi su fortuna. Las naos que habian de ir á España, fueron ó á Bugia ó á Cerdeña, y aun á Italia, y muchas de las que habian de ir á Italia, vinieron á España, y á Oran, partiendo todas de un puesto, aunque no á un mismo punto, cosa de contar para los siglos venideros, y que causó grandes y muchas romerias, devociones, y votos.

Algunas naos de soldados españoles, como fueron los postreros á embarcar, y estaban ellas cascadas de la tormenta, se hundieron en Metafuz con los torbellinos, antes que pudiesen salir en alta mar; pero no se ahogó toda la gente. Dos fueron á dar en tierra cerca de Argel, y los españoles, segun despues se supo, rogaron á los alarbes, que como perros á cuerpos muertos cargaron luego á ellos, que los tomasen por esclavos, y no los matasen, pues en ello usarian humanidad, y gentileza como hombres de guerra; y visto que siendo pobres aquellos berberiscos, no los querian por cautivos, y que como crueles decian los tenian de matar, blandiendo sus lanzas por encima de las adargas, tomaron las armas, é hiciéronse todos un ovillo, y peleando en cerco caminaron hácia la ciudad: pelearon tan diestramente, que sin morir hirieron muchos, y aun mataron algunos.

Llegaron en esto muchos turcos, que bien se conocian en el trage y tocado, á los cuales dijeron los españoles que se rendirian por esclavos si Hazan Aga viniese; por tanto que le fuesen á llamar, y entretanto los guardasen. Llamaron á Hazan Aga, y vino luego, y llevólos cautivos, y asi salvaron las vidas, ya que no pudieron la libertad.

Los alemanes tuvieron muy mala navegacion, porque mas de cuatrocientos que iban en una nao, nunca pudieron tomar puerto, aunque llegaron muchos, en cincuenta dias, y cuando lo tomaron estaban tan debilitados, y pasados de frio y hambre, que se murieron no pudiendo digerir la vianda.

Las galeras corrieron tambien fortuna, y algunas perdieron la palazon rompiendo la vela, por la cual fortuna hubieron de ir á Bugia siguiendo la costa, que asi lo porfió Andrea Doria, por menor daño, aunque no lo quisiera el emperador, sino que hicieran fuerza la via de España: pero como allá se vió con todas las galeras, y con otras muchas naos, mandó que todos ayunasen tres dias rogando á Dios por buen tiempo, que les perdonase sus pecados, y que se confesasen, que asi lo hizo él despues de haber hecho tres procesiones, porque cesase la tormenta, que verdaderamente parecia que se andaba tras ellos, la cual anduvo tal, que dentro del puerto arrojó un esquife sobre una galera que mató dos remeros, y á unas galeras quebró los remos, á otras las narices, y á otras el castillo de popa: hizo tambien daño en las naves, porque la carraca Firnara de Génova dió en tierra cascándose por la fuerza del viento, y mal suelo para las áncoras, la cual suplió la grandísi-

ma falta de comida que habia, porque era del bastimento, aunque no la cumplió del todo, y como eran muchos, y estuvieron cerca de veinte dias, hubo gran falta y carestia, y asi llegó á valer una gallina una dobla, y una cabra mil maravedis, y un puerco doce ducados, y aun diez y ocho.

Los moros traian algunas aves, y vaquillas á vender, que no era mal manjar, para quien las podia comprar, y venia hecho á comer caballo.

Cuan grande pueblo de moros fue Bugia, y cuan noble y famoso, lo dije ya cuando fue sobre ella y la ganó el conde Pedro Navarro: ya en este tiempo no era de ver, si bien era de temer, para las cosas de Berberia: y asi el emperador trazó, y mandó labrar un castillo por mas fuerza y seguridad.

En dando señal el cielo de seguridad y templanza despachó á don Hernando de Gonzaga con sus galeras de Sicilia y de Malta para que se fuese á su gobernacion, y las naos de Italia con Agustin Palabicino, y al conde de Oñate á España, por capitan de las naos que alli estaban, y de la gente que no podia caber en las galeras, el cual fue á Callar de Cerdeña forzándolo el viento á hacer tan contraria navegacion.

Llegando á Callar les hicieron los naturales las fiestas posibles dándoles el parabien, y á Dios infinitas gracias por haberlos escapado de tan peligrosa tormenta. Tuvo alli las fiestas de la Navidad gastando muchos dias, antes que á España venir pudiese.

Duraba el mal tiempo, y crecia la falta de los bastimentos, y asi habia bien que pensar sobre tan árduos negocios como estos dos eran: el uno cons-

triñia á partir, el otro forzaba estar quedos, y ambos amenazaban muerte. Mandaba la hambre salir, y el tiempo quedar: y en el consejo de mar unos decian que fuesen á Trípol costeando siempre, y otros á Cerdeña forcejando al remo, ó á Sicilia, navegacion larga, dificil, y para perecer de sed.

Quiso Dios que en esto se levantó Sudoeste, con el cual partió el emperador de Bugia, y fue á Mallorca, y de allí á Cartagena donde fue bien recibido, como muy deseado que era, porque segun las nuevas que habian tenido, y la gran tardanza que habia hecho, todos, así en Italia, como en España, temian su vida; y á sus enemigos no les pesaba: y este es el fin y suceso de la jornada de Argel tercera vez acontecida, contando la de Diego de Vera, y la de don Hugo de Moncada.

XIV.

Batalla de Carruan.

Despues de esta triste y desdichada jornada de Argel corriendo Andrea Doria con don Hernando de Gonzaga la costa de Africa, tomó á Caramini, Monasterio, los Esfaques, Susa, y la Mahometa; y dejando en Monasterio á don Alvaro de Sandi, con el tercio de Sicilia, le dejó órden que diese favor al rey Muley Hacen de Tunez contra Cidearsa, que se le habia alzado con la ciudad de Carruan, y se llamaba rey de ella.

Estaba Cidearsa puesto en una lengua de tierra que se hace entre dos mares junto á Monasterio, y para pasar Muley Hacen á su tierra habia

de romper por fuerza al enemigo, que tenia veinte y dos mil caballos y quince mil infantes, y seiscientos escopeteros turcos, cuyo capitan era Baalij renegado español, natural de Málaga, hijo de un carnicero llamado Cachorro. El rey de Tunez tenia hasta siete ú ocho mil caballos, y los españoles eran como dos mil y quinientos infantes. Tenia puesto su campo Cidearsa una legua de Monasterio.

Los españoles determinaron darle batalla, porque de otra manera no tenian paso. Don Alvaro dió noticia al rey de Tunez de su determinacion, y ordenó su gente en un escuadron á manera de luna, y por vanguardia una manga de cuatrocientos arcabuceros españoles, y los demas por guarnicion al lado derecho de la batalla.

Comenzóse á pelear con tan buen órden, y con tanto ánimo, que los de Cidearsa fueron bien presto desbaratados, y los cuatrocientos españoles rompieron á los seiscientos turcos, que venian tambien por vanguardia en el campo contrario.

Siguiendo los españoles el alcance desordenados con el calor de la victoria, no recelándose de cosa alguna, salieron de través de entre unos olivares hasta catorce mil caballos que estaban emboscados por Cidearsa, y envistieron en los vencedores con tanta furia, que los moros del rey de Tunez volvieron las espaldas la via de Susa bácia Tunez.

Estaba tan adelante á esta sazon la manga de los arcabuceros españoles, que cuando quiso retirarse á su escuadron, que aun estaba entero, no lo pudo hacer, y asi le cercaron los caballos de

Cidearsa, y mataron como veinte ó treinta soldados antes que pudiesen ser socorridos de sus amigos.

Estando el escuadron de los españoles á la mira, y no sabiendo qué determinacion tomarian viendo huir al rey de Tunez, y á sus españoles en tan conocido peligro, salió de entre todos el capitan Luis Bravo de Lagunas, hijo de Sancho Bravo (el que en Valladolid no quiso seguir la comunidad, por ser leal á su rey) mancebo valiente y animoso, y dijo como esforzado español estas palabras: «Señor don Alvaro, socórramos á nuestros hermanos, no sea que por la manga perdamos el sayo.» Y presto caló su pica diciendo en alta voz: «Ea, soldados, todos como yo socorramos á los nuestros.»

Fueron de tanta eficacia estas palabras, que luego todos á una dijeron: «Bien dice, señores, como caballero: vamos todos tras él.» Y de tal manera cerraron con los enemigos, que recogieron en sí á los suyos, y en muy buen órden se comenzaron á retirar á Monasterio, á donde habia quedado con mucha parte del bagaje el capitan Gaspar Muñoz, herido de un arcabuzazo en una pierna.

Habiendo, pues, caminado los españoles con tan gallarda retirada, bien, legua y media, dieron vuelta sobre ellos los enemigos con gran número de caballos, y envistieron en la retaguardia donde iban muchos capitanes y personas de oficio. En los primeros golpes, atropellaron algunos, y rompieron tres hileras del escuadron: en la cuarta iba Cristóbal de la Fuente, de la compañia del capitan Juan del Rio, y Pedro Bernardo de Quiros,

asturiano de los nobles de este apellido, de la compañia de Luis Bravo. Estos dos dieron voces á los que marchaban delante, diciendo: «¿Dónde vais, señores; qué caballos llevais para huir, ó qué castillo en que os acoger?» Con estas palabras echaron mano á las espadas, que por la espesura de los caballos no se podian aprovechar de las picas, y el escuadron todo dió la vuelta, y con tanto ánimo pelearon, que hicieron que los enemigos volviesen las espaldas, y cobraron algunos de los capitanes, que habian sido presos en el primer acontecimiento. De esta manera se fueron retirando hasta Monasterio por una vega llana de poco menos de cuatro leguas, sin perder nada del bagaje, ni pieza de artilleria de seis que llevaban de campaña, y sin perder reputacion.

Hecho digno de memoria, aunque algunos por descuido, ó mala voluntad á la nacion española, no la hicieron de él ni de otra hazaña que este dia hizo una mujer que se llamaba Maria de Montano, la cual juntó de pronto trescientos mozos de soldados, y los armó dándoles las picas que llevaban en los camellos, y defendió varonilmente el bagaje á quinientos caballos moros, que le asaltaron haciendo ella el oficio de capitan con su pica delante de todos, y diciendo: «Ea, hijos, defendamos lo que nos encomendaron; no ganen honra con nosotros estos perros.

Por esta hazaña de alli adelante tiró paga esta mujer como soldado, y merece tal memoria por ella.

AÑO 1542.

XV.

Vuelve el francés á las armas contra el emperador.

Agradecer podemos al francés, pues dió lugar al César, para hacer la desdichada jornada de Argel, y á mí para escribirla breve y sumariamente, porque no hallé relaciones mas cumplidas de quien fiarme.

La razon pedia que los príncipes cristianos y pechos generosos, se condolieran de la rota y pérdida que el emperador con tanta caballeria padecieron, segun dejo dicho, peleando, no con turcos ni moros africanos, sino con los elementos sumamente alterados en tierras de enemigos infieles é inhumanos; pero piérdense los estribos donde reina pasion. Esta atormentaba tanto al rey de Francia, por la negra pretension de Milan, en que tanto habia porfiado, que sin reparar en treguas, ni en otros buenos respetos con achaque de la muerte de sus embajadores, pareciéndole la ocasion buena por haber vuelto el emperador tan mal tratado de la tormenta de Argel, juntándose con el rey de Dinamarca, enviaron á dar los principios de buen año con sus reyes de armas desafiando al emperador con soberbias y arrogantes palabras.

Despachó sus embajadores al turco, á Alemania, á Portugal, á los venecianos é ingleses, procurando levantarlos á todos, aunque en Venecia é Inglaterra les dieron malas respuestas, diciendo

que era cosa indigna oir á un rey que trataba con turcos, y lo habia metido en la cristiandad: los demas con el francés mandaron pregonar la guerra á fuego y á sangre por todas las fronteras de sus reinos. Tal fue el pésame que estos reyes siendo cristianos, le dieron del destrozo que habia padecido en Argel, por donde habia ido con tan buen celo, y tan en favor y bien de la cristiandad.

El emperador respondió á sus desafios como merecian, y á los pregones de su guerra con otros semejantes en Flandes á 24 de mayo, y viose cuan represada estaba la ira del rey de Francia, que como un mar detenido, rota la presa revienta: asi hizo este príncipe acometiendo las tierras del emperador por diversas partes, mandó continuar á volver á la del Piamonte, envió por Artoes y Teruana á Antonio de Borbon, por Bravante, á Martin Van Rosem, con ayuda del duque de Cleves; por Lucemburg, á su hijo Cárlos, duque de Orleans, y per Cataluña, sobre Perpiñan, al delfin Enrique.

Amenazaba tambien por Navarra, y no contento con esto procuraba la venida del turco, á cuyo fin le envió un gran presente de seiscientos marcos de plata maravillosamente labrada, y quinientas ropas de seda, grana, y otras telillas ricas, para dar á los criados del turco; esto todo contra un príncipe desapercibido y roto, no de enemigos, sino de la furia infernal del mar y vientos, sin dolor ni miramiento de la cristiandad, pasion estraña, indigna sumamente de quien la hacia.

Hay bien que decir de estos cuentos. Lo primero que el rey Francisco procuró antes de comenzar esta guerra, fue pedir á Soliman que enviase contra el emperador su armada.

Llevó esta embajada un caballero francés, llamado Polino, persona de harta inteligencia y buenas partes. Halló en el turco muy buena entrada y en sus basas y ministros, ofreciendo la guerra como el rey la podia desear. Mandáronle volver á Francia por el órden que el rey queria que huviese, y hallándole que andaba á caza con mucho contento de las ofertas de Soliman, dentro de tres dias volvió á despachar á Polino, mandándole que fuese por Venecia donde el turco habia prometido de enviar á Junusbeyo por su embajador, para que la señoria hiciese guerra al emperador, y los dos juntos trataron con el senado, de la guerra, formando el francés mil quejas, y diciendo palabras muy descompuestas contra el emperador. Mas por mucho que el francés y él turco hicieron, los venecianos no quisieron intentar la guerra.

Partieron á Constantinopla, donde ya estaban harto mudadas las voluntades del turco, y de los basas, de manera que porque Polino trabajó, no pudo acabar, que por este año de 1542 saliese Barbaroja con las galeras del turco, aunque envió el rey otro segundo embajador, que fue Desio comendador de San Juan.

En estas embajadas gastó el rey casi un año, y en él sucedió al emperador la desdichada jornada de Argel, de la cual muchos de los príncipes cristianos se dolieron lo que era razon, solo el de Francia, si bien con nombre y obligacion de cristianísimo, se holgó pareciéndole que de aquella vez quedaba el emperador tan quebrantado y deshecho, que no se podria defender de él, y cuando el rey Francisco pensó que tenia el favor del turco, y que no le faltaria el de venecianos, qui-

so, segun dicen, comenzar la guerra contra su condestable Mr. Ana Montmoransi, con quien estaba indignado y quejoso, haciéndole cargos de que era amigo del emperador, y que le habia estorbado de prenderlo cuando estuvo en Francia, que por amor de él no le habia dado á Milan: finalmente, él acriminó tanto la cosa, que estuvo á pique de cortarle la cabeza, y ya que no fue, le quitó cuanto tenia, y le hizo vivir pobremente y sin honra en una granja, que en esto paran de ordinario los mas llegados á los reyes, y hasta ahora no sé quien se haya escapado.

XVI.

Caida de la privanza del condestable de Francia.

Asi cuentan la caida del condestable, Illescas y Jovio algo mejor, y fue cierto el caso de esta manera.

Mr. Ana Montmoransi fue desde su mocedad gran privado de Francisco, y en el mismo grado ó poco menos, lo era Mr. de Brion, y conforme á la privanza de ambos el rey su amo andando los tiempos hizo al uno almirante y al otro condestable, pero siempre se trataron cada uno de estos dos por su privanza, con emulacion del otro (costumbre de privados ordinaria) hasta que sucedió la guerra que se comenzó el año 36, en el cual pasaron palabras bien ácedas, y mas de lo que se sufria en semejante lugar, que era delante del rey, y su consejo de guerra entre el condestable que disuadia aquella guerra, y la reprovaba, y

maldecia, y el almirante, que la persuadia y aprobaba. Conforme á esto su parecer se comenzó y pasó gente los montes con el almirante, y tomaron en el Piamonte los lugares del duque de Savoya, que ya atras quedan dichos, y como despues el emperador cargó sobre Francia, y apretó aquel reino con grandísimo miedo, toda la salud de aquella provincia, y la defensa de ella puso el rey en manos del condestable, dándole el cargo de aquella guerra, y asi lo hizo muy bien, y acertadamente, hasta que el emperador se retiró y salió de Francia, estando á todo esto el almirante competidor de Monmoransi, no poco desfavorecido, á causa de haberse habido flojamente en lo del Piamonte, y dado lugar con su remision, á que se recobrase Fosan, y otras cosas que le imputaban, que le causó andar abatido y retirado de la corte, y estando en un lugar suyo, durando la guerra del año 1537, quieren decir malas lenguas, que por comision del emperador ó de la reina María, gobernadora de Flandes, le enviaron una persona secretamente ofreciéndole partidos convenientes para sacarle del servicio del rey.

De todo lo cual, asi de lo del Piamonte, como de haber dado oidos á otro negocio, y no ser avisado de ello, fue despues acusado, y estuvo preso harto tiempo alrededor de la corte francesa, hasta que el año de 40 ó 41 se determinó su negocio, teniendo ya él tramado otro que fue haber tomado deudo con la de Estampis, persona grandemente acepta al rey, casando hermano del uno con hermano de la otra, y la causa se determinó un poco rigurosamente contra el almirante, pero acabado de sentenciar le remitió el rey todas las

penas, y volvió á su oficio y privanza como de primero, puesto caso que habia muy gran diferencia, entre la bondad de Montmoransi, y la condicion del Brion, porque el condestable amaba la paz, si bien era escelente en las armas, y todo su intento y privanza la gastaba en persuadir esto á su amo, y por el contrario Brion era amigo de novedades, y que su rey siempre las buscase, y que sin embargo de cualesquier juramentos y concordias tornase á la guerra siempre que hallase aparejo para ello, y á este atribuyen la invencion de acometer las tierras del duque de Savoya, para cobrarlas con la guerra que virtualmente se hacia al emperador; y aun tambien por esta via dar molestia á su contrario el condestable, cuya mujer era de aquella casa de Savoya, hija de renato, hermano del duque, que por otro nombre llamaban el bastardo de Savoya.

Pero tornando al propósito, como vió el condestable á su contrario enterado en su primera privanza, y que mediante mujeres la llevaba cimentada, parecióle, como dice Jobio, dejar la corte y retirarse, no pudiendo sufrir á su émulo puesto en la privanza antigua. Y asi, estando la corte en Chatelerao, acabado el duque de Cleves de volverse de Francia á su estado, pidió el condestable la licencia que digo, y se retiró á su villa de Ceutilia, con grande pesar del delfin Enrique, que le queria bien, y le pesaba grandemente de los disfavores que su padre le hacia. De manera, que resumiendo este artículo, la causa de la caida de Montmoransi, fue la caida de su émulo, y no de que sospechase el rey que ocultamente favorecia las cosas del emperador, ni

tampoco corrió el riesgo de cortalle la cabeza, como cuenta Illescas, ni le quitó lo que tenia, ni el oficio, ni le hizo venir pobre, ni en granja alguna, ni la madre del rey tenia enemistad con él, que ya en este tiempo era muerta hacia diez años, porque murió año 1541 á 14 de octubre. De manera que el condestable dejó de su voluntad la corte y lo que tenia en ella.

XVII.

Varios encuentros de armas.

Despues de esto envió el rey á mandar á Guillermo Belayo, que era capitan general en el Piamonte, que comenzase á dar principio á la guerra con alguna ocasion la mejor que él hallase. Estos tratos no fueron tan secretos, que el marqués del Vasto no los entendiese, por cierta traicion que descubrió en Alejandria de la Paya. Estaban por el rey en el Piamonte cinco pueblos principales: Turin, Monte Calerie, Sabiñano, Peñoralo, y Varulengo, sin otros de menor calidad. Por el emperador estaban Aste, Vercelle, Ulpian, Fosan, Quier, Quierasco ó Carasco, y Alba. Antes que se acabase bien de descubrir la guerra, una noche acomodada, saltearon los franceses á Clarasco, y escalando por tres partes, lo entraron y mataron la mitad de los soldados que estaban de presidio, y lanzó fuera los demas, y se apoderaron del lugar que es muy fuerte, y de ahí á poco estando la fortaleza con falta de bastimentos, el capitan Sangrio se dio á partido, y la entregó, y lo

mismo intentaron hacer en Alba y en Vercelli; mas no les valió, porque Francisco Landriano se la defendió valerosamente, y el escelente poeta Gerónimo Vidal Verones, obispo de Alba, con su buena diligencia, industria y consejo.

El marques del Vasto juntó luego su gente, ayudando con gente y dineros los milaneses, y antes que los franceses se entendiesen, les ganó doce lugares, pero de poca importancia, que todos ellos juntos no eran tanto como Clarasco. Entonces comenzó á declararle la guerra, y salir á luz la intencion dañada del rey de Francia, y Mr. de Vandoma se puso en campo junto á Teruaña, y desbarató una banda de caballos flamencos, y por otra parte el duque de Orleans tomó á Luxemburgo, sin que la reina Maria se lo pudiese estorbar, y ganó en aquella comarca otros muchos lugares, porque donde quiera que llegaba le abrian las puertas.

Quiso el rey hacer otro ejército para sí, y envió á Nicolao Bosum Mr. de Longavilla, que fuese á Gillermo duque de Cleves, y Juliers, con seiscientos caballos, y que juntase la gente que pudiese de pie, y de á caballo, y acometiesen á Bravante, é hiciesen allí cruel y sangrienta guerra, para embarazar á la reina María echándole la guerra en casa, para que no pudiese socorrer á Luxemburgo. Juntó el duque de Orleans doce mil alemanes, seis mil franceses, y tres mil caballos, entre los cuales habia quinientos del rey de Dinamarca que habia enviado, con muchos nobles de Francia en armas, y en sangre, y por el mes de julio fueron contra Luxemburgo, y arruinaron á Dam Villerio: pusieron fuego á Ibosio habiéndole

combatido algunos dias, de manera que se hubo de rendir, y pusieron en él guarnicion de soldados, armas, y seis tiros gruesos.

Juntáronsele aquí al duque otras diez banderas de alemanes, y dos mil caballos que los trajeron de Bravante, que como se dirá la habian asolado, Longavilla y Martin Van Rosem. Rindióseles luego Antonio; y contra lo que habia prometido lo arruinó, y pegó fuego, de lo cual le pesó despues, y mandó matar el fuego. De ahí fué contra la ciudad de Luxemburgo, y habiéndola tenido cercada pocos dias se dió á partido, dejando salir libremente con sus armas y ropa á los soldados que estaban de presidio, y dando que los naturales quedasen libremente con las haciendas y gobierno como lo tenian, con las cuales condiciones se le entregó.

Lo mismo hicieron Mommedio, con que quedó por los franceses el ducado de Bravante, quedando solo por el emperador Thionbilla.

Habiendo acabado tan prósperamente el duque de Orleans esta jornada, puso por gobernador y capitan de Luxemburgo al duque de Guisa, y despidiendo la gente volviose á su padre: mas apenas pudieron padre y hijo solemnizar la victoria, porque aun no era bien llegado el duque de Orleans á su padre, cuando le vino nueva que el príncipe de Orange Reinerio Nasau con su ejército habia acometido á Luxemburgo, y la habia tomado con todos los lugares que franceses habian ocupado, escepto Jubosio, y los habia reducido al emperador, y que tenia cercado el duque de Guisa en Jubosio. Detúvose el principe de Orange en recobrar á Bravante, hasta el mes de octubre,

y acabada esta empresa fué contra Julia para vengar en Cleves el daño que Bravante habia recibido y pagarla con la misma pena.

XVIII.

El duque de Guèldria se pone en ármas contra el emperador.

Fue el caso, que cuando el duque de Orleans hacia guerra á Luxemburgo, el duque de Cleves juntó doce mil hombres, y mil y quinientos caballos, á los cuales dió por capitan á Martin de Rosem, soldado principal de Gueldria, y muy escogido capitan, y echó fama que juntaba esta gente para socorrer al rey de romanos contra el turco: y como su pensamiento era de seguir al francés, y juntarse con él, y para esto habia de pasar el rio Mosa, y por el condado de Hornes, tomó achaque de que enviaba á Francia por su esposa.

Pidió Rosem paso á los de Liege, mas sabiendo el obispo de Cebembergue, que el camino que estos llevaban era contra el emperador, avisólos para que de ninguna manera los dejasen pasar, y asi los de Liege puestos en armas les negaron y resistieron el paso, saliendo todos los labradores y gente de la tierra á la resistencia. Entendiendo los de Ambers esto, temieron que la jornada de Rosem no era para Hungria, ni otra parte, sino contra ellos y su ciudad, que en aquel tiempo era una de las mas ricas de Europa, y luego con licencia de la reina María, levantaron algunas compañias de gente, y enviáronlas en socorro de los

labradores que estaban armados para embarazar aquel paso en Pelandia.

Esta gente de Ambers con otra de los dichos labradores fueron contra unas banderas de Rosem, que ya habian pasado el Mosa, y dieron en ellos, de manera que volvieron por donde habian venido donde estaba su capitan Rosem, y no fiándose los de Ambers de Rosem, ni del embarazo que le hacian para que no pasase, pusieron guardia en la ciudad, la fortificaron, é hicieron que todos los estrangeros, principalmente los que eran naturales de Cleves, jurasen de defenderla, y á los que no querian jurar, los echaron fuera, y se puso todo el pueblo en armas nombrando capitanes: enarboló banderas, ordenó las compañias, y armó los soldados, reparó los muros, limpió los fosos, puso artilleria en las torres, y lugares mas convenientes. Hicieron capitan general á Cornelio Espanga, por cuyo consejo quemaron todos los arrabales que tenian una gran poblacion. Pasó Rosem con toda su gente el rio Mosa, apartándose de los enemigos, que les quitaban el paso, caminó sin hacer daño para Bravancia, no mostrándose enemigo, porque los de Ambers, y otros se quitasen, y no le hiciesen resistencia, hasta dar en ellos descuidados: lo otro porque muchos de los soldados que llevaba no sabian que iban contra el emperador, y si lo supieran antes de entrar en Bravancia lo dejaran, y desampararan las banderas.

Por lo que luego hizo este capitan se echó bien de ver, que su camino era contra Ambers, no con esperanzas de entrar la ciudad por solas sus fuerzas, que era dificultoso, sino llamado por al-

gunos traidores, que le habian prometido de pegarla fuego por algunas partes, y que tomarian las armas cuando el pueblo estuviese alterado con el incendio, y se harian señores de una puerta, y se la darian abierta, para que entrase con su gente, y saquearian aquella opulenta y riquísima ciudad de Ambers.

Eran cónsules ó alcaldes de ella este año 1542, Lanzelote Ursulo, y Nicolao Schemero, que con los demas ministros de justicia, con suma diligencia andaban fortificando, y reparándola.

De allí á poco se supo en Ambers, que Rosem habia tomado el camino, declarándose por enemigo, haciendo guerra y daño en las tierras por donde pasaba, que eran del emperador: porque como hasta allí los soldados de Rosem anduviesen sin hacer daño entre los labradores alojados por las aldeas, comiendo y bebiendo, tomando lo que les daban graciosamente, y por sus dineros, perdiendo ya con esto el miedo, los que se habian puesto en armas las habia dejado volviéndose á sus casas y labranza, pasó Rosem sin contradicion el rio Mosa: luego cada soldado prendió su huésped, y porque no los matasen les daban cuanto tenian. Robaron el ganado, y quemaron los campos, derribaban los edificios é iglesias, y quemaban lugares, llegando ya á ser tan bárbaros y crueles, que mataban á quien no les hacia mal compraban los que podian las vidas con dinero.

Finalmente, los soldados de Rosem se hicieron tan insolentes, que ya no tenian respeto á Dios, ni al emperador.

Tuvieron aviso los de Ambers, que haciendo estos daños habia ido Rosem contra Berlam, y

Hoochstrate, y que rindiéndosele los lugares, y aldeas habia tomado la fortaleza que era de mucha importancia, y habia sacado de ella mucha artilleria y municion: por lo cual los de Ambers vieron que no se engañaban en pensar que este enemigo iba sobre su ciudad, y mas viendo que trayendo tanta gente no se embarazaba en algun lugar cerrado con haber algunos ricos que pudiera tomar y sacar de ellos grandes bienes. Como Rosem se detuviese algunos dias en Hoochstrate, lugar cerca de Bruselas el príncipe de Orange con quinientos caballos, y tres mil infantes, que Ambers, y Buscoducanos le habian dado, á 24 de julio salió de Breda, y á grandes jornadas llegó á Ambers, para defender la de Breda, y Hoochstrate. Partieron para Ambers los de Rosem: júntanse los caminos por donde venian el príncipe y Rosem, en el campo Brescoto Ekera, por lo cual estaba el buen suceso en la brevedad, y llegar primero el príncipe á meterse en la ciudad, ó llegar Rosem y cercarla, y asi procuraron darse priesa para ganar el uno al otro la delantera; por esto caminaron con tanta furia para Brescoto.

Caminó Rosem con mayor diligencia, y ocupó á Brescoto, y con una nueva invencion armó una celada al de Orange en un campo raso y llano, que en todo él no habia donde poderse encubrir un soldado, sino eran unos árboles pocos, que en un bosquecillo estaban alli cerca, y para engañar al de Orange usó de esta estratagema Rosem. Mandó poner cuatrocientos caballos de los que el rey de Dinamarca habia enviado con armas negras, que por eso los llamaron los caballos negros. Estos se tendieron en ala cerca de Brescoto: detras de ellos

puso toda la infanteria de rodillas, tendidas las picas, banderas y armas, ó bajas al suelo, de tal manera, que estando los cuatrocientos caballos, como dije en ala, cubrian la infanteria, para que el príncipe no la viese.

Llegó el de Orange, y por falta ó negligencia de los descubridores no tuvo aviso de la emboscada, que Rosem le tenia gentilmente armada en el campo abierto y claro, y como no descubrió más que la caballeria pareciéndole poca gente, no hizo caso de ella, pensando que no estaban alli para mas que embarazarle el camino. Mandó el de Orange á Lubberto Turca capitan de la caballeria que se adelantase, y los acometiese, y él con la infanteria caminó á su paso en órden. El Turca con los caballos y lanzas que llevaba, dispararon los pistoletes que cada uno llevaba, dió en los cuatrocientos, los cuales se fueron retirando hasta el bosquecillo, ó árboles y zarzas, donde se defendian con las escopetas.

Apresuróse á este punto el de Orange con la infanteria, y apenas habian comenzado á escaramuzar, cuando de una y otra parte se levantaron los soldados de Rosem, y cercaron al de Orange, acudiendo al mismo punto la demas caballeria, y gente de Rosem de diversos escondrijos, donde estaban metidos y emboscados, é hirieron fuertemente en los del príncipe, el cual viéndose tan apretado, y salteado sin pensar, recogió la caballeria á toda priesa, y tomó el camino de Ambers, retirándose, y perdiendo muchos de los suyos: fue harta ventura escaparse. Rindiéronse dos mil infantes arrojando las armas sin pelear, por ser bisoños y poco usados en ellas.

Entró el principe de Orange con muy poca compañia en Ambers á las siete de la tarde. Turbáronse mucho los ciudadanos con esta pérdida: animólos el príncipe, porque era mozo de gran valor, y la mala ventura no habia quebrantado su ánimo brioso: dió órden en poner la ciudad como convenia para esperar al enemigo, y luego fue á visitar á la reina Maria, que tenia un valor varonil, muy semejante al de César su hermano.

De ahí á poco despues del príncipe de Orange, llegó á las puertas de la ciudad, que tambien habian escapado, Lubberto Turca con algunos caballeros, aunque Jobio con engaño dice que fue preso, libro 41. c. 5. Hubo pareceres en la ciudad si lo admitirian en ella, porque aunque este capitan habia siempre servido al emperador, era natural de Gueldria, á quien servia Rosem, y recelábanse de él.

Gozóse Rosem con la victoria, volvió á regocijarla en Briscoto. Otro dio asentó su real en los arrabales de Ambers: estuvieron ambas partes aquella noche con grandísimo cuidado y guarda sin dormir sueño, porque los de Ambers se temian alguna traicion ó fuego, que de los que dentro estaban, no se fiaban: tambien temian de que los enemigos con la oscuridad de la noche acometiesen á la ciudad por la parte del muro antiguo, que era muy flaco. Rosem y Longavilla tambien se recelaban y temian no saliesen de la ciudad por diversas partes, y los salteasen en el real; por manera que el miedo que los unos y los otros tenian, hizo que esta noche pasasen con harto cuidado guardas, y espias.

El mayor peligro que la ciudad tenia era en-

tre Kipdorpian, y la puerta colorada: aqui pusieron los ciudadanos personas de mayor confianza. Estando en Ambers las cosas tan miradas y prevenidas para esperar al enemigo, llegó un rey de armas de parte de Rosem, y como si Rosem fuera un rey, les dijo que rindiesen al rey de Francia y al rey de Dinamarca aquella ciudad, porque Rosem capitan esclarecido con muchas victorias hacia aquella guerra en su nombre, y que solamente pedia á los ciudadanos que hiciesen juramento á aquellos reyes, porque sus fueros, privilegios y libertades, no solamente se los dejarian perpetuamente, sino tambien se los acrecentarian: y que supiesen, que si quisiesen mas probar sus fuerzas, que obedecer sus sanos consejos, él procuraria plantando su artilleria, y echándoles encima sus soldados viejos invencibles, que su pertinacia hubiese tan desdichado fin, que tuviesen bien que llorar.

Los de Ambers respondieron, que no conocian otro señor sino al emperador Cárlos V y que sin su mandado á ninguno que trajese armas abririan. Dijo el rey de armas, que al emperador Cárlos ya lo habian comido los peces del mar. Los de Ambers respondieron graciosamente, que verian como dentro de tres dias saldria del vientre de la ballena como un Jonas, y lo tendrian mas presto sobre sí, de lo que sus reyes quisieran.

Fue ardid que los enemigos del César usaron, que luego que se supo la pérdida de su armada en Argel, quisieron hacer creer á todos, que el emperador se habia anegado, le habian comido los peces, y que sus gentes no traian sino una estatua, con que querian entretener, y engañar al mun-

do. Dijeron mas los de Ambers, que ellos no tenian á Rosem por capitan de tan grandes reyes, sino por caudillo de ladrones salteadores, y que le avisaban, que si tocaba á los muros de la ciudad se le daria la pena que las maldades merecian; con esta respuesta enviaron al trompeta, echándolo por la puerta Kipdorpia.

Sintió tanto Rosem la respuesta, que rabioso mandó luego deshacer todos los molinos de viento que estaban fuera de la ciudad, y andaban los suyos en cuadrillas por los campos y sembrados de Ubillibordiano, quemando los panes que estaban para segar. Contra los cuales los de Ambers dispararon la artilleria, y mataron algunos. Otro dia entraron en la ciudad mil y doscientos soldados, mozos robustos, que vinieron de la provincia de Wasiana, que es una parte de Flandes, que llega hasta Gante, en la otra ribera del rio Scaldis, y los gobernadores los armaron muy bien, y pusieron en los puestos que mas guarda requerian: y en el mismo dia salieron fuera de la ciudad los de Ambers, y quemaron y derribaron cuantas casas, y quintas habia alrededor de la ciudad, viéndolo y llorándolo sus dueños, porque el enemigo no se favoreciese de ello para ofenderlos, ó armarles celadas.

Señaláronse muchísimo en defensa de la ciudad, harto mas que los naturales, los valentísimos portugueses, y algunos mercaderes italianos, alemanes, ingleses, que no como mercaderes, sino como escogidos capitanes se pusieron en arma con sus banderas unos en competencia de otros.

Como vió Rosem el buen órden que en la ciudad se tenia, y que no le habian dejado lugar para

poderles armar alguna emboscada, ni dentro habia que esperar traicion, sino que todos con suma fidelidad conformes se defendia, y le ofendian, levantó su campo á 27 de julio al amanecer, haciendo que la noche antes caminase la artilleria y bagage, y con el ruido que en el campo de Rosem se hacia al levantarse, los de Ambers pensaron que se acercaban mas á la ciudad para combatirla, que esto temieron siempre: y luego se pusieron en órden con muy buen ánimo para defenderla.

Echaron fama algunos traidores de la ciudad, que el enemigo habia tomado una parte de ella, y todos con gran alboroto acudieron alli donde se decia que el enemigo habia llegado; y oyendo que era falso llevaron la artilleria á aquel lugar fuera de la ciudad donde se oyó el estruendo y alboroto, pensando que por alli querian acometer. De esta manera pasaron la noche toda: y entrado el dia vieron que el enemigo se iba, y que ardian todos los molinos de viento, huertos y casas de placer, pero levantó el cerco sin batir á la ciudad Rosem contra el parecer de sus capitanes, y asi se dijo que le corrompieron los de Ambers con mucho dinero, porque si se pusiera en batirla, y combatirla, créese, que al primer asalto la entrara, porque la gente que la defendia eran mercaderes, y otros no ejercitados ni usados en las armas, ni aun tenian acabadas las trincheras en mas de una parte, y tenia Rosem en su ejército pasados de doce mil soldados, y dos mil caballos bien armados, toda gente valentísima, y envejecida en las armas, tanto, que decia Rosem, que para vencer dos tantos en campaña, no queria mayor número de gente.

Comenzó á caminar hácia Lobaina, que en tiempo antiguo fue ciudad famosísima de los Crudios. Hizo por el camino el mal que pudo: saqueó á Ranesto y Dusula, pero no osó tentar á Lira, porque los ciudadanos lo hicieron apartar ojeándole con su artilleria. Asimismo le resistieron en Lobaina, porque los naturales eran muchos, y la ciudad fuerte, y estaban dentro gallardos mancebos estudiantes.

Tambien habia enviado la reina Maria para defender á Lobaina á Jorge Rollino señor de Aimeria con la gente de á caballo de su guarda, a Conrado conde de Warne Bugij, con trescientos soldados, y á Felipe Dorlano vailio de Bravante con doscientos. Mas desconfiados de poder defender con tan poca gente una ciudad tan grande por ser sus muros muy estendidos, que aun para solas las escuelas no bastaban los que dentro para tomar armas habia, atemorizados se salieron estos capitanes con su gente, que causó harto temor en los ciudadanos.

Habíase puesto Rosem con su campo á la puerta de Bruselas, y cuando supo la huida de aquellos cobardes soldados y el miedo que habia en la ciudad, envióles un trompeta requiriéndoles que se rindiesen al rey de Francia. Fueron tan honrados y valientes los de Lobaina, que le dieron la respuesta que habian dado los de Ambers.

Pusiéronse treguas por pocos dias procurándoles algunos traidores que estaban en la ciudad, y sobornados con dineros que Rosem les dió, andaban atemorizando el pueblo, diciendo, que era imposible defenderse, que Rosem traia un ejército invencible y gruesa artilleria, que pues la-

ciudad se habia de entrar por fuerza y con notable daño, que mejor era darla con notables condiciones. Comenzaron á tratar de ellas, y cautelosamente dijo Rosem, que si lo pagaban bien, él levantaria el campo, y se iria sin entrar en la ciudad. Queria descuidarlos con esto, y al mejor tiempo dar sobre ellos. Pidió que antes de alzarse le diesen bastimentos para el ejército, y la artilleria, mas gruesa que tenia la ciudad, y mas ciertas vasijas de pólvora, y ochenta mil florines. Los de Lobaina no cayendo en la traicion que se les armaba ofrecian cincuenta mil florines, vino, y otras vituallas. Admitió esto Rosem, y habiendo traido el vino en cabalgaduras hasta la puerta de la ciudad para entregarlo á los enemigos, los estudiantes de aquella universidad cortaron las sogas con que venian atadas las cargas, y no consintieron que pasasen adelante con ello, receländose discretamente, y adivinando lo que se les urdia, que era embarazar las puertas con las cargas del vino, y arremeter los enemigos, y meterse por ellas en la ciudad. No consintieron que se abriesen las puertas y derramaron el vino, rompieron los vasos en que venia, y fueron luego los estudiantes, que Dios los llevaba, á la artilleria, y dispararonla en los enemigos.

Estaban á esta sazon con ellos Meyero Blehemio capitan general de la ciudad, y Damian Gonsio, que en nombre del senado y pueblo, habian ido á tratar de los conciertos con Rosem, los cuales fueron luego detenidos, y los echaron en prisiones, diciendo, que habian en la ciudad quebrantado las treguas disparando la artilleria, y que les querian hacer alguna traicion: hubieron

con esto de dar dos mil florines por su rescate.

Perdió Rosem la esperanza que tuvo de tomar la ciudad, y despidiéndose de las musas de Lobaina, alzó su campo contra Corbeco: de ahí fue por otros muchos lugares saqueando, robando y abrasando cuanto podia, porque ellos no trataban de otra cosa, ni fueron para tomar un lugar cercado; por eso dijeron que este Rosem era capitan mas de ladrones que de soldados.

Hiciéronse fuertes en un castillo ochocientos ladrones: rindiéronlos, y los degollaron sin perdonar á uno. Llegaron á Flovanio, y á una abadia, que alli habia, que se rescató con mucho dinero que dieron á Rosem. De esta manera corrieron y maltrataron todo el condado de Namur. Pasaron el rio Sombresabis: los labradores de la tierra cortaron los caminos con hondos vallados, y atravesaron grandes árboles para embarazarles el paso.

Con todas estas dificultades y peligrosos caminos iban derechos para juntarse con el ejército del duque de Orleans, cuando estaba sobre Luxemburg, y dábanse gran prisa, porque sabian que el príncipe de Orange, y el conde de Bura con poderoso ejército, iban en su seguimiento apresuradamente, por lo cual pasando otra vez el rio Mosa cerca de Masier lugar de Flandes, asentado el real en sitio fuerte, descansaron algunos dias. Y tratando aqui de repartir lo que habian robado llegaron á desavenirse malamente Rosem y Mr. de Longavilla, y estuvieron asi muy encontrados hasta que el duque de Orleans los compuso, é hizo amigos, y como el duque ganada Luxemburg, se quiso volver para su padre, despidió la gente de Rosem, y á él mandó volver á su tierra.

Tal fin tuvo la jornada que la gente del duque de Cleves hizo este año, que cierto puso en gran cuidado al ducado de Bravante, á Flandes, y á la reina Maria, si bien su ánimo era mas que de mujer.

Por otra parte andaba la guerra entre franceses y flamencos, porque Antonio duque de Vendoma, gobernador de Picardia, con razonable ejército tomó á Teruana, y al lugar Lilersio, y echó las fuerzas por el suelo, y asoló otros lugares y castillos de aquella comarca: quemó y saqueó los campos de San Audemaro, y otros lugares, hizo retirar al conde Rheusio, y cargado de una gran presa volvió á Picardia, y puso los soldados en los presidios. De suerte que con dos ejércitos hizo el rey Francisco este año guerra á los de Flandes, y de la misma manera se trataban en el mar franceses y flamencos, siendo los sucesos varios, unas veces favorables á unos, y otras á otros.

XIX.

Guerra en Perpiñan que hizo el delfin.

Tratándose las cosas de Flandes con tanto rigor, que no eran menos de tres ejércitos los que por aquella parte andaban contra el emperador en tanto que el duque de Orleans estaba en Luxemburgo, el delfin Henricó juntó en Aviñon un ejército de cuarenta mil infantes, de los cuales los catorce mil eran suizos, y cuatro mil caballos. Partió con esta gente para Narbona derecho contra Perpiñan cabeza del condado de Rosellon. El buen suceso que de esta jornada podia esperar el

delfin estaba en la brevedad de su camino para echarse sobre Perpiñan ántes que los españoles se metiesen en ella. Mas el emperador tuvo aviso con tiempo del marqués del Vasto, que con cuidado y gastos de espias sabia los intentos del francés.

Poco caso hizo el emperador de esta jornada del enemigo, pero con todo se puso en armas toda España con tanto aparato, como si hubieran de ir á conquistar á Francia. Habia falta de caballos, porque en la jornada de Argel se perdieron muchos. Dije como se habia prohibido el uso de las mulas, para que en el reino hubiese mas caballos: algunos por vejez, otros por enfermedad deseaban las mulas, y así el emperador dió licencia, que pudiesen andar á mula los que diesen caballos para los hombres de armas, y estando en Monzon á veinte y cinco de julio pidió á los grandes, títulos, y caballeros del reino, que le acudiesen con la gente de armas pagada por cuatro meses, representándoles las sinrazones del rey de Francia, y los demasiados cumplimientos que con él habia hecho para atraerle á la paz; y como el rey soberbio con las fuerzas que esperaba del turco hacia tales acometimientos. A estos queria él en persona resistir, para lo cual estaba en Monzon esperando la gente que habia de salir de Castilla en socorro de Perpiñan. A lo cual acudieron todos los señores de Castilla con grandísima voluntad, procurando cada uno mostrar la grandeza de su estado y amor entrañable que á su príncipe tenia. Seria largo contar la gente que cada uno levantó, y los gastos escesivos que hicieron en armas y lucidas libreas.

De esta manera acudieron los castellanos á la

defensa de Perpiñan, y todos se dieron tan buena maña, que el francés avisado del aparato de guerra, y de qué en Perpiñan se habian metido muchas gentes y municiones, venia con menos calor que habia comenzado.

Tambien esperaba las galeras de Barbarroja, que tenia creido que Polino las habia de traer, que aun no sabia lo que en Constantinopla pasaba. Con el espacio del delfin, tuvieron los españoles lugar para fortalecer á Perpiñan, porque el duque de Alba estuvo allí algunos dias, y la reparó, y ordenó, como aquel gran capitan lo sabia bien hacer. Puso en ella mucha, y muy buena artillería, soldados escogidos, y bastimentos: encomendola á los capitanes Cerbellon, y Machicao, y porque su gran corazon no podia vivir encerrado, salió de ella, y púsose en Girona, para recoger allí los hombres de armas que iban de Castilla, y de las galeras de don Bernardino.

Llegó el delfin á cercar la ciudad, y estuvo algunos dias esperando á Barbaroja: como vió que no venia, y que los caballeros se le morian de hambre, y supo que el emperador en persona venia al socorro de la ciudad, y en ella le trataron mal con algunas salidas, rociadas de artilleria; perdidas las esperanzas aconsejado de sus capitanes levantó el campo, y volvióse para Montpellier, donde estaba el rey su padre.

XX.

Defensa de Navarra.

Antes de esto, con los temores que habia de la guerra que el francés quería hacer por todas partes, mandó el emperador visitar, y proveer las fronteras, y costas del reino, y entendiendo, que el principal acometimiento seria sobre Navarra, donde era virey y capitan general el marques de Cañete, el duque de Alba fué á Pamplona para dar órden en su fortificacion y defensa, y estando en la ciudad á cinco de febrero de este año de 1542, ordenó así para la fortificacion de la ciudad, y castillo, como para que se proveyese de bastimentos y municiones, que sabiendo que el enemigo la venia á sitiar, el marques metiese en ella seis mil infantes y quinientos caballos. Que para el sustento de esta gente recogiese treinta y siete mil y setecientos robos de trigo, para cuatro meses. Que para otros mil y quinientos criados, que habrá de mas de la gente de guerra, encierre otras provisiones de trigo y vino, mas de las dichas, hasta quince mil robos, todo sin costa ni molestia de los naturales. Que se encerrasen setenta y cinco mil cántaros de vino, que haya tasa en la ciudad. Que se proveyese de diez, ó doce mil carneros, para que con otros tantos que la ciudad ofrecia de meter en tiempo de necesidad, con vacas, bueyes, y lechones, hubiese bastante provision. Que encierre veinte mil robos de cebada, para los quinientos caballos. Que haga esta provision el virey cada año, repartiéndola en tres, ó

cuatro partes del reino, y avise siempre á su magestad, como la tiene hecha. Que mande á los alcaldes y justicias de los consejos, donde se hallare trigo ó cebada, que sepan á quién, y dónde lo venden los dueños, para que habiendo necesidad se pueda ir por ello. Que habiéndose de volver el trigo, ó cebada en grano, á los dueños de quien se tomó, sea sin molestia, ni costa suya. Que los bastimentos que se distribuyeren á la gente de guerra se les cuenten como costaren al rey. Que se haga cala en el reino del pan, vino, y carne, y se comience luego á traer. Que se ejecute luego el órden dado, para que la gente de la tierra venga á abrir los fosos de la ciudad, que era lo que mas importaba. Que luego se aderecen las tahonas del rey que hay en la ciudad, y que esten muy en orden siempre. Que en el castillo de Estella se metan tres mil seiscientos y diez robos de trigo para sesenta hombres que en él se habian de poner para su defensa. Que siga y guarde dos memoriales que hizo el capitan Luis Pizaño firmados de su nombre para la fortificacion de la ciudad y castillo, y luego comience á hacer todo lo demas que pudiere. Que se meta la artilleria en el castillo, y se ponga encima de las plataformas hechas debajo de los cobertizos, y mande hacer á los artilleros, cargadores y cestufadores y cuñas y manuelas que los tuviesen á par de las picas, y pusiesen en carros, y metiesen á caballo. Que soterrasen la pólvora en el patio del castillo. Que los coseletes, arcabuces, picas, y otras armas se pusiesen muy en órden. Que la basura y tierra que se sacare de la ciudad se eche en la parte de las tenerias. Que se meta luego en

la ciudad la infanteria que hay en el reino, y los mas que pudiere en el castillo, y los otros se alojen en la ciudad donde menos pesadumbres se dé á los vecinos. Que el virey prometa á los pueblos donde los soldados deben á sus huéspedes, que se les pagará á la primera paga. Que entrada la gente en la ciudad se haga guardia de dia en las puertas, para saber quien entra, ó quien sale, y si viniere algun estrangero, el virey le mande venir ante sí, y le examine de dónde es, y á que viene. Que personas estrangeras ni sospechosas anden ni paseen la muralla de la ciudad ni del castillo, lo cual se haga con moderacion y templanza, de manera que nadie pueda formar queja. Que se cierren las puertas de noche con tiempo en presencia de la guardia con su tambor, y se ponga guardia y centinelas en la muralla: y si pareciere ser menester ronda de noche, la mande el virey hacer, y al alba cuando se abrieren las puertas se abran en presencia de la guardia y con su tambor. Que el virey mande cerrar luégo las puertas de la ciudad, que en el memorial de la fortificacion se mandan cerrar, porque no se ocupe tanta gente en el hacer de las guardias. Tal fué la instruccion que el duque de Alba dejó al virey, la cual he querido referir por la memoria de tan señalado capitan, y para que los que lo son vean, con que reglas enseñaba el duque á guardar y defender las ciudades.

XXI.

Armase España contra el francés.

Tan alterada andaba España, y tan puesta en armas con las nuevas que cada dia venian de los ejércitos de Francia, y venida de Barbaroja, que cada hora habia mil novedades. El emperador estaba en Monzon, para acudir por aquella parte, porque lo que mas se temia, era lo de Perpiñan. A 17 de agosto teniendo aviso de que el rey de Francia queria dar sobre Navarra, entrando por Fuenterrabia á San Sebastian, escribió al condestable de Castilla, diciéndole que segun la nueva que tenia de todas las partes, parecia que venian dos ejércitos contra estos reinos de Castilla, el uno á la parte de Perpiñan, y el otro á la de Navarra, y provincia de Guipúzcoa, y que tenia aviso, que habian tomado el paso de Beobie, y que hacian poner en órden muchos bajeles y zabras, para venir por mar y por tierra á cercar á San Sebastian, ó Fuenterrabia. Y porque para la resistencia y socorro que se habia de hacer en Perpiñan, habia ya proveido de capitan general, y para lo de Navarra y Guipúzcoa era necesario nombrar persona de calidad y estado, y afecta al mismo emperador, concurriendo estas cualidades en el condestable de Castilla, le dió el cargo y patente de general para el reino de Navarra, y provincia de Guipúzcoa: y le mandó poner luego en órden apercibiendo su casa y deudos, y que con la diligencia posible se fuese á poner en victoria donde se habia de recoger el ejército, por

estar mas á propósito asi para lo de Navarra, como para la provincia de Guipúzcoa, y le dió cartas para las provincias de Guipúzcoa, y Alava, y condado de Vizcaya, corregidores y cabezas de ellas, y para los grandes y caballeros cercanos á la frontera de Navarra, para que acudiesen é hiciesen lo que el condestable les mandase como capitan general. Y porque si los enemigos viniesen á cercar las villas de Fuenterrabia, ó San Sebastian, el principal, y mas presto socorro que se podia hacer habia de ser por mar, mandó el emperador, que pues en Vizcaya y Guipúzcoa habia buen recaudo de navios, que se tomase para el socorro los que eran menester, y se aprestasen y armasen con todo cuidado, de manera que fuesen bien armados, artillados y proveidos de municiones, y que se ayudasen de un navio que habia hecho la religion que estaba en el puerto de San Sebastian muy bien artillado.

Mandó ademas de esto que se entrasen en San Sebastian trescientos soldados viejos, y porque el capitan Billaturiel estaba enfermo y con gota, que mirase el condestable, si era bien que se pusiese alli el conde de Oñate, ú otra persona de respeto.

Mandó á Juan de Vega, que era virey de Navarra, que enviase pólvora, municiones y bastimentos, y cuatro mil ducados, y apercibió todo el reino de Navarra, del cual esperaba sacar seis mil infantes útiles, de los cuales entrando los enemigos en aquel reino tenia ordenado de echar los cuatro mil á las montañas con el marques de Córtes, mariscal de aquel reino, y capitan general de esta gente, los otros dos mil se reservaron para

en caso que los franceses entrasen por la puente de la reina, con otro capitan de los veamonteses, y defendiesen que no le viniesen vituallas, y les hiciesen el daño que pudiesen.

El reino de Navarra se mostró tan leal, que los que quedaban en sus casas sustentaban á los que iban á la guerra, dando á cada soldado dos ducados cada mes, y el condestable de Navarra nombró el capitan para los dos mil hombres. Y habiendo de ir el enemigo sobre Pamplona, se habia él de meter dentro con estos dos mil, y con todos sus parientes y amigos, y no yendo habian de acudir en favor de Fuenterrabia, y San Sebastian, siguiendo el órden que el condestable de Castilla diese. Esto todo contiene la carta que el emperador escribió, como dije, al condestable, estando en Monzon á diez y siete de agosto.

Con este bullicio y estruendo de armas estaban estos reinos de España por este tiempo inquietos. El condestable, si bien falto de salud, hallándose recogido en la casa de la reina (que es suya) acudió á todas estas cosas con el valor y ánimo que su generosa sangre pedia.

Vinieron asimismo don Alvaro de Mendoza, y el diputado de Alava, y el alcalde de Vitoria, y el conde de Oñate, don Prudencio de Abendaño hijo de Martin Ruiz de Abendaño, señalado caballero, don Juan Alonso de Mujica, y don Juan de Artiaga, todos ilustres señores de los solares muy antiguos de aquellas montañas, y las juntas y corregidores de Vizcaya con toda la nobleza de estas partes, mostrando su antigua lealtad nacida de la sangre noble y antiquísima española en los solares de aquellas montañas, donde segun mi opinion se

han conservado los españoles, que primeros, desde los tiempos de Tubal poblaron á España.

A 27 de agosto determinó el emperador ponerse en Zaragoza, para poder acudir á todo, igualmente que así se lo suplicó el condestable, diciendo, que era de tanta importancia lo de Navarra, como Perpiñan, y que S. M. mandase acudir á lo uno, como á lo otro. Todos estos apercibimientos cesaron por aquesta parte por haber dado el francés, segun queda dicho, sobre Perpiñan, y alzádose con la ganancia dicha.

XXII.

Suspension de hostilidades:--Continuacion de la guerra en el Piamonte.

Así cesó por este año la guerra: despidió el rey los suizos, y por descargar á Francia de gente de guerra, mandó el capitan Annibaldo, que pasase con todos los italianos al Piamonte, y que cercase á Cunio, villa asentada en las raices de los Alpes, junto Fosano y Montevico. Hízolo Annibaldo: pero no salió con ello, porque los de Cunio pidieron guarnicion al marqués, y se defendieron con ella valerosamente, y mataron á Guillermo Blandrato, é hicieron mucho mal á otros dos capitanes Juan Turino y San Pedro Corso.

Fueron los franceses una noche, y cercaron por tres partes á Centallo: tomaron el lugar por fuerza, y la fortaleza se dió á partido. De ahi fueron contra Cariñano, y pusiéronse en un sitio fuerte, temiendo que el marqués del Vasto habia de venir á socorrerlo, lo cual entendió el marqués,

y fué contra Quier, porque supo que el capitan francés habia dividido su ejército, enviando parte de la caballeria tras el Pado, y que en Carignan habian apretado de tal manera, que habia entregado con ciertas condiciones la villa, y se habian metido en ella antes que pudiesen ser socorridos por los imperiales.

Despues de esto el capitan francés llamado Bellayo, (que era sagaz y valeroso) con dádivas y promesas ganó la voluntad del capitan de Bargesio, de manera que le entregó el pueblo y se pasó como traidor á servir al rey de Francia, y con la misma maña ganó tambien la fortaleza de Montaltio ó Montcalvo cerca de Montferrat. El arte del capitan francés estaba en que sin reparar en gasto sabia el humor de que pecaban los alcaides y capitanes, que por aquellos lugares tenia el emperador, y donde le pedian el oro, acudia con él, y si habia otra pasion por allí, entraba discretísimamente, que es la astucia que el demonio tiene para conquistar pecadores.

El marqués del Vasto, si bien era bueno, liberal y generoso, estaba tan pobre y mal proveido, que no tenia fuerzas contra estas fuerzas, que sin duda son las mas poderosas del suelo, pues dicen que quebrantan duras peñas. Debia el marqués el sueldo de muchos meses; estaban los soldados grandemente pobres, y las promesas y seguros de mercedes donde aprieta la hambre, y ejecuta la necesidad, pueden y valen nada.

No piensen los reyes, ni príncipes, que no premiando á sus soldados haran jamas suerte buena. Y sabe Dios, si en estos dias hay harta quiebra, y no permita él que la lloremos.

Con semejantes mañas ganó el capitan francés mas lugares para su rey, que otros derramando mucha sangre, por lo cual en Francia tienen á Bellayo por uno de los capitanes dignos de memoria de su tiempo, siendo ademas de los grandes hechos con que sirvió á su rey en la guerra muchos años, de muy noble gente, y docto en todas artes, virtud rara entre los nobles, y peregrina entre la gente de guerra, que no trata de mas que matar y robar, y aquel es mejor que mas mata y hurta.

Era el capitan Bellayo ya viejo y enfermo, que es consecuente á la vejez, por lo cual estaba algo impedido para seguir la guerra. Pidió al rey le diese licencia queriendo retirarse al descanso de su casa. Envió el rey en su lugar, como dije, á Annibaldo con parte del ejército del delfin, y yendo Bellayo (á quien Illescas llama Langeo) á besar la mano al rey, murió en el camino, que no fue pequeña pérdida para el rey Francisco: el marqués del Vasto y otros le reconocian por el mejor capitan que tenia Francia.

Juntó Annibaldo los bisoños, que llevaba con los soldados viejos de Bellayo, y fue sobre la fortaleza de San Bouij, y tomola matando los que estaban en ella. Dióscle el lugar de Chatillovio saliendo los que en él estaban de su presidio con su ropa y armas. De la misma manera ganó á San Rafael, y otros lugares y fuerzas, las cuales escepto Chatillovio, echó por el suelo por el daño que habian hecho á Turin. Volvió contra Como y tomó por partido á Moncaller. En el interin mandó batir á Como con la artilleria gruesa, seis dias sin parar.

El marqués del Vasto viendo que la ciudad no tenia mas fortaleza que la lealtad de los que dentro estaban, enviòles á Pedro Porcio Vicentino con ciento veinte soldados viejos de á pié y de á caballo, y otros ciento con Blasio Summaro. Con este socorro y la firmeza de los ciudadanos, las veces que los franceses acometiéron el lugar fuéron rebatidos con harta pérdida: finalmente, huviéron de dejar el cerco, y volverse á Carmagnola. De esta manera se trataba la guerra en el Piamonte estando el marqués del Vasto mas quedo de lo que él quisiera por la gran falta de dinero, que es el alma de la guerra.

XXIII.

Envia la reina María contra el duque de Cleves.

Quiso la reina María pagar al duque de Cleves la jornada y buenas obras que su capitan Rosem habia hecho, y envió contra él al príncipe de Orange con muy gran poder. Partió el príncipe por el mes de octubre de este año, y fue haciendo en las tierras del duque los daños, muertes, robos y quemas, que Rosem habia hecho en Bravante, pagándole (como dicen) en la misma moneda. Tomó á Zitardo, Juliaco, Hensberga y Suster. Derribó sus muros, allanó las cavas, corrió y saqueó los campos de Dura: y contentándose con esto porque ya el invierno no daba lugar para andar en campaña, volvióse.

Quiso vengarse el de Cleves, y con ayudas del duque de Sajonia, y otros príncipes de Alemania, casi en fin de diciembre fue contra las tierras del

emperador, y cobró todos los lugares que el de Orange habia ganado, salvo Hensberga. Fortificó la ciudad de Dura, y puso en ella un grande y firme presidio, y guarnicion de escogidos soldados. Proveyóla de bastimentos y artilleria abundantemente adivinando la calamidad que fue sobre el vino el año siguiente, segun diré.

De allí fue contra Hensberga, porfiando en tomarla; mas acudió el de Orange á socorrerla, y el duque desamparó el cerco recibiendo en la vuelta daño, y metióse en Julia, que poco antes habia fortalecido.

XXIII.

Ordenanza sobre los indios:-- Jura del príncipe:-- Muerte del marqués de Cañete.

En este año hubo el Consejo de Indias una rigurosa visita, y de cuatro oidores que habia, privaron los dos, y se hicieron las ordenanzas que causaron hartas alteraciones en el Perú. Mandó al emperador castigar rigurosamente á unos que se les probó haber puesto unos carteles, dándoles las penas que se dan á los que ponen libelos infamatorios.

Fray Bartolomé de las Casas, fraile de la órden de Santo Domingo, que fue obispo de Chiapa, dió memoriales al emperador, diciendo que los indios eran muy mal tratados de los españoles, que les quitaban las haciendas y las vidas cruelmente. Que los ponian en minas, pesquerias y trabajos, donde perecian, y las tierras se asolaban, como lo estaban ya grandes islas. Apretaba fray Bartolomé de tal manera, que si se hiciera lo que él queria,

no fuera España señora de las Indias. Opúsosele el doctor Juan Gines de Sepúlveda, coronista del emperador, y su capellan, hombre grave y doctísimo, y sobre todo gran latino. Tuvieron disputas y conclusiones, y el emperador por el celo santo que en todo tenia, mandó que ningun indio se pudiese echar en las minas, ni á la pesqueria de las perlas, ni se cargasen, salvo en las partes que no pudiese escusar, y pagándoles su trabajo. Que se tasasen los tributos que habian de dar á los españoles. Que todos los indios que vacasen por muerte de los que ahora los tenian los pusiesen en la corona real. Que se quitasen las encomiendas, y repartimientos de indios que tenia los obispos, monasterios y hospitales, y otros oficiales del reino, y particularmente se quitasen en el Perú á todos los que hubiesen sido parte y culpados en las pasiones entre don Francisco Pizarro, y don Diego de Almagro, y estos indios y rentas se pusiesen en cabeza de S. M.

Esta ordenanza se llevó muy mal, y la ejecucion de ella levantó las gentes del Perú, como se dirá adelante.

Habia ya llegado á Rosas, puerto de Cataluña, el príncipe Doria con sus galeras á seis de octubre, y el emperador se resolvió ir á Barcelona, para comunicar con él cosas de importancia; y así partió de Monzon lunes ó martes, despues de seis de octubre, para entrar en Barcelona el sábado ó domingo adelante. Aviso de su jornada al príncipe Doria para que acudiese allí, y mandó que el príncipe de España su hijo viniese á Zaragoza á ser jurado en aquella ciudad, y que de allí fuese á Barcelona, para lo mismo.

Este año murió en Barcelona don Diego Hurta-

do de Mendoza, hijo segundo de Honorato de Mendoza, y hermano de Juan Hurtado de Mendoza, señalado caballero, que como tal murió en la Vega de Granada, peleando con los moros en presencia, del rey Católico, por cuya muerte sucedió en la casa don Diego Hurtado, que fue primer marqués de Cañete, que desde niño sirvió en la casa real. Fue montero mayor del rey, y guarda mayor de la ciudad de Cuenca, con otros oficios que en aquella ciudad tiene el marqués: fue del consejo del emperador y le sirvió en la primera jornada que de Castilla hizo á Flandes: fue virey de Navarra ocho años, y caballero de quien el emperador hizo gran confianza, por la satisfaccion que de su persona tenia. Murió como digo en Barcelona, yendo con gente de guerra á su costa á meter en Perpiñan, cuando el frances venia contra ella.

Acabaremos con esto los cuentos del año de 1542 en que el rey de Francia tanto apretó la guerra y alteró á España:

AÑO 1543.

XXV.

Determina el emperador marchar á Italia y Alemania.

Fueron los principios tan malos como los pasados, por la guerra con que el rey Francisco amenazaba, que si bien se retiró en el pasado con mas pérdida que ganancia, no se cansaba de probar su fortuna, vencido del deseo de venganza. Dejó sus guarniciones en la frontera de Rosellon y

Cerdania, Fuenterrabia, y San Sebastian, y una banda de alemanes, que entretuvo en la parte de Burdeos. Gastó el invierno en hacer vituallas y otras municiones de guerra, para tornar á tentar y probar si podria hacer algun efecto en daño de estos reinos, y de su enemigo el emperador: el cual avisado de esto, tenia proveidas sus fronteras, y señaladamente á Fuenterrabia, Perpiñan, y Salsas, con la gente y demas cosas para su guarda y defensa necesarias, poniendo siempre el ojo con cuidado y vigilancia en los pensamientos del francés, que con espias procuraba saber, como diestro y prudente capitan.

Estando en Madrid á 23 de enero de este año, escribió á las ciudades, grandes y caballeros de España, y prelados de ella, el estado en que las cosas estaban, apercibiéndolos, para que, como buenos y leales, acudiesen al tiempo que la necesidad lo pidiese, con la voluntad y amor que siempre lo habian hecho en su servicio y defension y amparo de estos reinos, y acrecentamiento de las coronas de ellos. Y asi les pide, que pues la presente ocasion y necesidad no es menor que la del año pasado, previniesen sus armas, deudos, amigos, y vasallos, para que en caso de salir su persona, le sirviesen y acompañasen, que cuando fuese tiempo él avisaria.

A primero de mayo, estando ya en Barcelona volvió á escribir á las ciudades y señores de Castilla, que el rey Francisco con suma contumacia se preparaba para hacer la guerra, y habia despertado al turco para que entráse en Hungria, y por mar enviase su armada contra la cristiandad, y que asi le era forzoso pasar á Italia y Alema-

nia para proveer la defensa contra un enemigo tan poderoso, ó procurar algun medio de paz, que era lo que él mas deseaba en la cristiandad, por su bien y descanso: que aunque sus deseos eran de estar en España, tiraban de él estas cosas, y el peligro tan evidente de la cristiandad: pero prometia, que con toda brevedad él volveria, y que en el ínterin gobernaria estos reinos el príncipe don Felipe su hijo, con otros que adelante diré.

En la misma ciudad de Barcelona á primero de marzo, y en este año, dió el emperador su poder y patente de capitan general á don Fernando de Toledo, duque de Alba, mayordomo mayor, y del consejo de estado; diciendo, que sabia el estado en que se hallaban las cosas entre él y el rey de Francia, y como habia ido á aquella ciudad por estar mas á propósito para proveer en el remedio de lo que se podria ofrecer, atendiendo á las preparaciones de guerra que el rey de Francia hacia, ayudándose de todos los medios que podia, y que el turco, comun enemigo de la cristiandad, con su inteligencia y solicitud, venia en persona con grueso ejército por tierra contra la cristiandad por la parte de Hungría, y enviaba su armada de mar, para ofenderla por todos cabos, y especialmente á todos estos sus reinos, señorios y estados, y que considerando la necesidad de la cosa, y el peligro que se ofrecia, y lo que importaba la buena provision y remedio dejando el que convenia para defension y seguridad de las fronteras de estos reinos de las coronas de Castilla y Aragon en España; tenia deliberado, y estaba resuelto á pasar á Italia y Alemania, para mirar, dar órden, y proveer mejor

con su persona en lo que se debia hacer en la resistencia de tales adversarios, y tambien para si podia hallar camino para tener paz en la cristiandad, y para que durante su ausencia convenia para la defension de todo dejar una persona de mucha autoridad, prudencia, esperiencia y calidad, y acepta á todos que tuviese especial cargo de hacerlo.

Nombraba al duque de Alba, en quien concurrian todas estas partes, y le daba su poder durante su ausencia de capitan general de todos estos reinos de Castilla y Aragon, y de sus fronteras marítimas y de tierra, y de toda la gente de guerra.

XXVI.

Situacion del Papa con el emperador y el rey.—Concilio de Trento.

En el fin del año pasado cuando ya era el solsticio brûmal, Claudio Annibaldo, gobernador general en el Piamonte por el rey de Francia, despidiendo parte de la gente de guerra que tenia, y dejando buen recado en los presidios, partió para Francia el primer dia de enero de este año 1543.

En los Alpes en un paso del monte Senis al Novalesio, dió en él una tempestad de nieves y vientos, que hacian torbellinos de la misma nieve como del polvo, que es la tormenta mas peligrosa que hay en los puertos, porque ciega y hace perder el sentido y camino. Perecieran Annibaldo y los que con él iban de frio, si los naturales de la tierra no los socorrieran, que pasados del frio los llevaron á sus casas, é hicieron el regalo

que pudieron: mas con todo quedaron tales, que Annibaldo anduvo toda su vida enfermo, y otros tardaron gran tiempo en convalecer, y algunos se ahogaron allí en la nieve: otros perdieron ó los ojos ó las manos: finalmente, ninguno de cuantos se hallaron en esta tormenta tuvo entera salud los dias que vivió; tanta fue la malicia del aire y rigor del frio.

Como los españoles vieron que faltaban los principales capitanes de los franceses, pensaron apoderarse de Turin usando de un ardid, que fue una emboscada de ciertos soldados metidos en unos carros de heno. Llegaron con toda disimulacion hasta entrar por la puerta de la ciudad, y fue su desgracia que al entrar de la ciudad se le cayó á uno la espada, y con el ruido fueron sentidos, y de seis que iban en aquel carro, mataron los franceses los cinco, y del otro supieron lo que intentaban y pusiéronse á tan buen recaudo, que de alli adelante estaban muy sobre aviso. Fue uno de los muertos el capitan Lezcano, que iba con la gente que habia de entrar tras los carros: el capitan Mendoza se retiró con ella, y la puso en salvo.

Dióse el rey de Francia tanta prisa el año pasado, que parecia que el emperador estaba demasiadamente quedo, y que tardaba mas de lo que debia en salir á satisfacerse de tantos agravios, perdiendo la reputacion imperial mucho.

Quiso mostrar que no le habian tanto quebrantado el ánimo las bravas y furiosas ondas del mar de Argel, que no hubiese corazon y corage para satisfacerse del rey de Francia, y domar la soberbia de los alemanes, hereges y rebeldes. Para esto quiso ganar la voluntad del Papa, y hacerse

su amigo, porque ya que no le ayudase como debiera, á lo menos no estorbase, sino que se estuviese á la mira. Comenzó á tratar con él, muy de veras, por sus embajadores que se confederasen en uno contra el rey Francisco, pues con tanto escándalo y daño de la cristiandad tenia amistad con el turco, y lo procuraba traer contra ella. Escribióle las muchas razones que de muy atras tenia para estar quejosísimo del rey, los juramentos á que le habia faltado, y los que otros de Francia siempre habian hecho con sus padres y abuelos, sin reparar en palabras, casamientos, ni treguas, y afeando mucho la inhumanidad del rey Francisco, con que le habia querido destituir el año pasado, haciéndole cruel guerra cuando se habia de doler de él por el infortunio y destrozo que habia padecido en defensa de la religion cristiana, gastando su salud y hacienda, y aventurando la vida por castigar cosarios, y quitar enemigos de la Iglesia. Finalmente, con un largo discurso de muchas y elegantes razones concluia, cuán digno era de que todos se volviesen contra un rey, que teniendo nombre de cristianísimo, habia en él obras tan contrarias.

Esta carta del emperador, fue tan pública y sabida en Roma, que se envió una copia de ella á la cual respondió con otra tan poco cortés y bien apasionada, que entre gente muy ordinaria no se sufriera. mas la pasion envejecida que en el rey habia, le hacia perder los estribos y freno de la razon. De aqui se levantaban juicios (y no mal fundados) de la cruel guerra que estos príncipes se habian de hacer muy en daño de toda la república cristiana.

El Pontífice con su mucha prudencia de tan largos años, deseaba, que el mundo entendiese que él, como padre y cabeza de esta república, deseaba y procuraba la paz y conformidad entre los príncipes de ella. Y así propuso una y muchas veces en consistorio pública y secretamente á los cardenales el negocio de la discordia de los reyes, para entender de ellos lo que debia hacer, porque él quisiera no ofender á uno ni ayudar á otro.

Hallaba siempre en los cardenales los pareceres segun tenian la aficion, todos tan banderizados y apasionados, como lo estaban los reyes. Los de la parte del emperador eran mas y mas obligados por las mercedes que de él habian recibido, como de príncipe mas rico y poderoso y las que esperaban haber; y así habia mas libertad y poder en el consistorio para defender la causa del César, tanto, que muchas veces se propuso, que debian declarar al rey de Francia por enemigo comun, y privarle del nombre de cristianísimo, pues contra todo derecho divino y humano tenia paz y amistad con el enemigo capital de la cruz y nombre de Cristo, y se queria valer de él en una causa de suyo injusta contra el protector y defensor de la Iglesia y de la dignidad pontifical; por consiguiente, que debia el Papa confederarse con el emperador y juntar con él sus fuerzas, para la defensa de la república. El Pontífice que con su discrecion deseaba templar estas pasiones, no quiso determinarse á romper con el rey temiendo (y con razon) no le sucediese lo que á Clemente con el rey de Inglaterra que le negase la obediencia y diese oidos á los desatinos de Lutero.

Desabrido el emperador del poco agradecimien-

to del Pontífice á quien habia dado su hija Margarita para su nieto, y con ella á Novara y otras tierras, hizo una ley pragmática harto importante en el reino y á pedimento de todo él que ningun estrangero pudiese tener beneficio, ni pension en España, ni nadie la pagase, aunque la debiese. De lo cual no poco se alteró Paulo; pero no por eso mudó de parecer, ni quiso confederarse con el emperador.

Visto esto por S. M., comenzó á apretar la plática del concilio, porque con él se aseguraria, que á lo menos el Pontífice estaria de por medio. Dejando aparte, que las cosas de Lutero y sus secuaces estaban en tan malos términos, que ya no se podia disimular con ellas: porque los protestantes eran muchos y muy poderosos, y Lutero decia, y escribia con mas libertad que nunca, cosas intolerables y de gravísimo escándalo.

El Pontífice por muchas razones vino de buena gana en que se celebrase el concilio y señaló por lugar conveniente el que los luteranos querian, para convencer su malicia y que, sin achaque, todos y su maestro Lutero, pudiesen venir seguramente á él. El lugar del concilio fue Trento, ciudad de Austria. Señaló luego despues de haber dado su breve los legados á Reginaldo Polo, inglés y de la sangre real, cardenal gravísimo y muy católico y santo, que por serlo habia padecido muchos trabajos y gravísimas persecuciones del rey su tio, y á Paulo Parisio singular jurista, á Juan Moron doctísimo cardenal y ejercitado en negocios y con gran reputacion y crédito de virtud. Con estos, envió otras cien personas doctas, escojidas en Italia y Francia.

Luego que se publicó el decreto del Papa, comenzaron á ponerse en órden todos los prelados de la cristiandad. Dejo otras particularidades, porque no tocan á esta historia.

XXVII.

Reconciliase el emperador con el inglés.—Partida del emperador.

Estas causas y otras muy atrevidas del duque de Cleves (que luego diré) obligaban al emperador á pasar á Italia y de allí á Alemania y hacer cruel guerra á sus enemigos. Para esto quiso asegurarse de todas partes y como el rey de Francia le habia echado al turco, echarle á él á cuestas un herege y su antiguo y capital enemigo.

Halló bien dispuesta la voluntad de Henrico, que grandemente deseaba vengarse del francés, por ciertas injurias que le habia hecho salteándole, como dicen, un casamiento y paz con el rey Jacobo V de Escocia, su gran enemigo, con el cual hizo Francisco liga, y por morir Jacobo mozo, sucedió en el reino de Escocia una su hija. Esta paz del emperador con el rey Henrico, fue para el papa Paulo sospechosísima y no poco murmurada en la cristiandad no reparando el Papa ni los demas murmuradores en lo que Francisco habia hecho con el turco, trayendo sus armadas á robar y cautivar todas las costas de Italia y España, metiéndole por Hungria y alentando y dando dineros á los luteranos en Alemania y otras cosas tan graves y perniciosas, que la menor igualaba con esta en que tanto quisieron cargar al César.

Es cierto, que si el Papa hiciera lo que debia favoreciendo al emperador ó deteniendo al rey para que no se desmandara tanto, nunca se hiciera esta amistad. Mas un ánimo irritado, cuanto mas noble y generoso, tanto mas se arroja, que la virtud de Cárlos V, y el celo de su honra no ha tenido par en el mundo. No digo mas, que esta historia lo dice que procuro con suma rectitud y sin pasion de castellano y de criado de mi rey y señor natural escribirla, sin hacerme parte, sino fiel relator de la verdad.

Del rey de Francia y de los franceses siento yo tambien como si entre ellos naciera, porque merece mucho aquel reino cristianísimo y les debe mucho España, por casamientos de los reyes y de otros particulares y porque en el tiempo de la cautividad y pérdida de estos reinos, ayudaron valerosa y cristianamente los caballeros de Francia y por acá se quedaron gran parte de ellos casando y naturalizandose en la tierra y son nuestros vecinos y muy buenos hermanos. Entre hermanos la ambicion y codicia de reinar y de la hacienda causan pasiones mortales, cuales las habia entre los dos príncipes, por querernos Dios castigar con nuestras propias manos.

Determinó, pues, el emperador su partida para Italia, dejando al príncipe don Felipe su hijo jurado por rey natural y gobernador de estos reinos, dando los negocios á Francisco de los Cobos y la guerra al duque de Alba don Fernando de Toledo, con título de capitan general, el cual se despachó en Barcelona á primero de mayo, año 1545.

Pidió el servicio ordinario y estraordinario y los castellanos diéronle cuatrocientos mil ducados.

Tomó prestada grandísima suma de dinero del rey don Juan de Portugal, sobre la conquista de las Molucas y habiendo primero enviado lo necesario á don Martin de Córdoba, conde de Alcaudete, para que defendiese á Oran del rey de Tremecen que estaba rebelado, mediado abril de este año, partió de Castilla para Barcelona, donde Andrea Doria le esperaba con las galeras.

Acompañaron al emperador cuarenta y siete galeras y mas de cuarenta naos con mil soldados de Perpiñan: iban con él el duque de Nájera y el marqués de Aguilar, el conde de Feria, el duque de Alburquerque y no el de Alba como dice Illescas; don Gaspar Dábalos arzobispo de Santiago, y los obispos de Jaen y Huesca, Juan de Vega y otros muchos caballeros. Llevó de España setecientos caballos españoles y ocho mil infantes soldados viejos escojidos.

Llegó á Génova con esta armada en fin de junio; fue hospedado en la casa de Andrea Doria con mucha grandeza y regalo. Vinieron á visitarlo el marqués del Vasto y don Fernando de Gonzaga, Cosme de Médicis, duque de Florencia, y Pedro Luis Farnesio, padre de Octavio Farnesio, que desde la jornada de Argel acompañó siempre al emperador y volvia con S. M. en la misma galera con deseo de ver á su mujer.

Hizo el emperador una cosa, que si bien se la pagaron, dió mucho contento á Italia, y fue, dar á Cosme de Médicis duque de Florencia, las fortalezas de Florencia y Liorna, que son dos importantísimas fuerzas, que suelen llamar los grillos de Italia. Dió el duque al César ciento y cincuenta mil ducados.

Estaba el emperador con tanta necesidad de dinero, que le obligó á sacarlo de esta manera, y el duque se mostró tan agradecido, que la guarnicion que puso en ellas, fue de españoles y tudescos, con que dió mucho gusto al emperador, y poco á los italianos.

XXVIII.

Visitas del emperador y del Papa.

En cuidado puso á Italia, y con temor, la venida del César con ejército: fue mayor el miedo cuando supieron que Soliman bajaba otra vez contra Hungria, y que enviaba sus galeras con Barbaroja por el mar inferior, la via de Francia.

Acrecentaron estos temores algunos prodigios y señales del cielo y de la tierra, que en aquella sazon acontecieron, principalmente un terremoto terrible que hubo en tierra de Florencia, en el cual se hundió la villa de Escarperia casi toda, y se cayeron mas de quinientas casas de placer, con muertes de dos ó tres mil personas, y mucho ganado y bestias, que pensaron todos que el mundo se acababa. Sin esto salieron de la parte de Hungria muchas y nunca vistas langostas bermejas, y pestilenciales, que decian venir de Turquia, y pasaron por Esclavonia, Croacia, y Austria, hasta entrar por Italia, y llegar á España, con tanta furia, que por donde pasaban roian y talaban los campos, sin dejar cosa verde, ni árbol, ni prado. Por venir estas langostas de la parte que digo, y ser de tal color, las gentes echaban juicios diciendo, que significaba que los

turcos habian de pasar hasta Italia destruyendo y arruinando las tierras por donde habian de venir.

Creian esto facilmente; porque ya se sabia que Soliman era salido de Constantinopla, y que entraria por Hungria muy poderoso. Todas estas cosas tenian al mundo suspenso y atemorizado. Volvianse los hombres á Dios pidiendo misericordia, y el Pontífice mandó hacer plegarias en toda la Iglesia.

Como supo la venida del emperador quiso salir á verse con él antes que pasase á Alemania, y temiendo la venida de los turcos encomendó la ciudad de Roma, por si acaso pasasen por allí, al cardenal Rodulfo Pio de Carpi, persona de grandísimo valor, y grande estima, y muy aficionado al emperador. Mandó á Vitelio que tuviese cuidado de fortalecer y reparar la fortificacion que Nicolao V dejó comenzada.

Pocos dias despues que el Pontífice llegó á Bolonia, entró el emperador en Génova. Ya dije como habia salido á recibirle Pedro Luis Farnesio hijo del Papa, y fue porque su padre le envió para tratar negocios de importancia de su parte, porque ya sus pensamientos estaban muy fuera de lo que debia tener un viejo de ochenta años, como diré. Como el emperador estaba tan desabrido por la resistencia que habia hecho en no querer juntarse con él contra el rey de Francia, casi en ninguna cosa daba á Farnesio buena respuesta, y principalmente, siempre que trataba de las vistas, diciéndole que no habia para qué, porque él no habia de dejar la jornada, ni hacer paz con sus enemigos hasta verse satisfecho de ellos por sus propias manos.

Por hacer perder al Papa la esperanza de verle envió á mandar á su hija madama Margarita que pasase á Pavia, porque de paso la queria ver alli.

Sintió mucho Paulo estos desvios, y luego envió á Génova al cardenal Farnesio su nieto, cuyas buenas mañas y autoridad bastaron á acabar con el César, que se viese con el Papa en Bujeto, lugar puesto en el camino entre Plasencia y Cremona. Si bien el papa solicitó las vistas con el emperador; y por el interés que diré, despues que la tuvo alcanzada con la palabra del César, llegó la presuncion del buen viejo á quererse tantear con él diciendo, que no le tenia de ver con gente de guerra sin él tener otra tanta: algunos maliciosos lo achacaban é que traia muchos dineros, y que temia no se los cogiesen para gastos de guerra.

Sobre conciertos despues de muchas demandas y respuestas se vieron en el lugar de Bujeto; porque es de dos señores, con cada quinientos soldados, y sus guardas de pie y de caballo; que los unos guardaban la una puerta, y los otros la otra del castillo, donde posaron entrambos, y se hablaron tres veces sin las primeras vistas, en cinco dias que alli estuvieron, las dos yendo el emperador al Papa, y la otra yendo él al emperador.

XXIX.

Procura el Papa comprar al emperador el estado de Milan.—No lo consigue.

La voz que el papa echó para estas vistas fue al parecer santísima, y con que se acreditó entre muchos que no veian mas de las cortesias

y era de pacificar al emperador con el rey Francisco, y dar calor al concilio; mas á la verdad no era sino con codicia de comprar el estado de Milan para su nieto, obra por cierto pia para ganar el cielo comprando á Milan con la sangre de Cristo, no contentándose con ver sus nietos deudos de un tan gran príncipe y de unos caballeros honrados, hechos duques de Parma y otras ciudades.

Pensaba el Papa que el emperador apretado con la grandísima necesidad en que estaba, daria facilmente á Milan por dineros, de suerte, que ya tenemos otro codicioso por este ducado que tanto costó al mundo.

Pedia el emperador luego el dinero, y el Papa como matrero viejo, y sagaz, y que se las entendia, deteníase, no osando desembolsar, por que no le dejasen burlado. Queria ademas de esto el emperador retener en sí los castillos de Milan y Cremona, y otras fuerzas de aquel estado, y el Papa decia que no habia de comprar lo uno sin lo otro.

El negocio, finalmente, se apretó tanto, y la necesidad del emperador era tal, y el dinero de Paulo tan sabroso, que tuvo por acabado este negocio.

Muchos que deseaban el servicio del emperador no sentian bien de esta compra: don Diego de Mendoza gobernador de Sena, caballero sabio y discreto de los mas que hubo en su tiempo, le dió un papel con tan vivas y elegantes razones de estado y buen gobierno, que por lo que aprovechó para que esta venta no se hiciese, y por lo que puede aprovechar para que jamás se haga,

ni ello ni otra cosa se desmiembre de la corona real, la pondré aqui como se dió al emperador, quitando lo superfluo y mal sonante, que con libertad de aquel tiempo dijo.

XXX.

S. C. C. M.

«Bien veo cuan gran osadia es dar consejo á algun príncipe, especialmente á vuestra magéstad, que asi por su divino juicio, como por la gran esperiencia de las cosas, tiene mas prudencia para deliberar, y mas ánimo que nadie para ejecutar; pero viendo tanto peligro de la república cristiana, es justo que cada uno socorra en lo que puede, y sino tiene caudal para ayudar en las cosas altas y de importancia, ayude en las menores, y mas bajas, y haciéndolo de esta manera, despues á toda la necesidad y obligacion comun. Asi acordándome que soy cristiano, y vuestro vasallo, satisfaré en lo que pudiere á mi obligacion, ya que en otra cosa no aprovechare, á lo menos haré á mi vèr lo que debo. Y si la obligacion escediere, la intencion quedará salva, que es, ser bien encaminadas las cosas de Dios, y por el consiguiente las vuestras, porque por esperiencia de lo pasado se puede justamente decir, quc siempre habeis obrado por su mano, y asi confiado ahora en esta buena intencion, digo, invictísimo príncipe, que considerado el progreso de todos los príncipes, y señores del mundo, la esperiencia ha dado á conocer cuanto mas vale la reputacion, y opinion en las cosas de estado y guerra, que en otra cosa. Mas

cosas hizo con ella Alejandro Magno, Cesar, y Annibal, que con las lanzas: mas gentes trajo á la obediencia del imperio romano la reputacion de Augusto, que las obras de los Scipiones, de los Metelos, de los Camilos, y de otros invictísimos capitanes, donde ha nacido aquel proverbio; bella fame constante. Y lo mismo ha acaecido á vuestra magestad, porque sin dinero, sin hombres, sin otras provisiones, con la gran opinion que vuestros enemigos han tenido de vos, los habeis vencido y sujetado. Esta sola resistió al turco en Viena, esta sola defendió á Nápoles de Lautrech, esta sola ganó á Milan en contradicion de todo el mundo: y últimamente esta ha defendido á Perpiñan, y por ella sola sois tenido por inmortal entre los hombres. Cesar hablando de ello decia, que mas dificil era bajar del primer escalon al segundo, que del segundo al ínfimo. Luego que un príncipe baja un solo grado de la reputacion, los amigos desconfian, los enemigos se animan, y la natura de las cosas por su curso ordinario le trae al ínfimo grado. Siendo esto asi, tened, invictísimo príncipe, grande cuidado de conservaros en aquella buena opinion y crédito que teneis, porque á mi ver ninguna otra cosa os sustenta. Creed señor que todo el mundo sabe, que teneis empeñado vuestro estado, consumido vuestro patrimonio, y vuestros vasallos acabados, y con sola la anchura de la reputacion se sustenta vuestro estado, el cual, no solamente en estos tiempos podeis sustentar y mantener, pero acrecentarlo, porque á mi ver jamás estuvisteis en mejor punto que ahora. Hasta aquí todo el mundo estaba en duda de lo que valiades, y todos vuestros buenos suce-

sos antes los atribuian al favor de la fortuna, que á alguna provision de vuestra magestad; antes á la poquedad de los enemigos, que al valor ni potencia vuestra. Ahora que el rey de Francia una cosa tan pensada, tan proveida, y tan asegurada, y con tanto consejo y prudencia tentada, y por persuasion de Clemente y Paulo gobernada, y guiada no hizo nada, y en lugar de ganar perdió, todo el mundo juzga lo poco que valen los dineros, y las otras provisiones, y lo mucho que vale la reputacion, pues con sola ella le vencisteis, y finalmente pusisteis las cosas en tan buen punto, que todo el mundo conoce lo mucho que valeis, y lo poco que vuestro enemigo puede. Con esta jornada habeis asegurado los amigos, y puesto terror y espanto á los enemigos, y habeis quedado con tanta reputacion, que ninguna cosa intentareis en esta ocasion, que no salgais con ella. No vé vuestra magestad la poca cuenta que el Papa, y todos los otros príncipes de la cristiandad hicieron de vos, cuando el rey de Francia os acometió y vieron la cosa en duda? No veis que despues que lo vieron vencido el mucho respeto que os tienen? Todos miden sus fuerzas con las del francés, y viendo que siendo aquellas las mayores, no pudo nada contra vos, ninguno fia en las que tiene para ofenderos. Por tanto, pues teneis tantas armas de ventaja, sabed husar de ellas, mayormente en esta ocasion, y no bajeis algun escalon mas de la reputacion, para cuya conservacion no hallo alguna cosa mas á propósito que es, no hacer vuestra magestad de Milan, y Sena, lo que hicisteis de Florencia: porque yo os certifico, que en esta ocasion ningun error pudiérales

hacer mayor, que dejar aquellas fortalezas al duque, asi que por estar en vuestro poder, él estaba mas seguro, y vos le entreteniais con respeto, y temor, y temiéndole, era forzoso andar á vuestro gusto, y no al suyo, ni de nadie. Como porque estando aquella provincia en medio de Italia, desde allí podíades poner freno al Papa, y venecianos, y proveer en todas las otras cosas que se podrian ofrecer. Siendo aquella ciudad república, metia á barato toda Italia, siendo el señorio de tantos reducido á uno solo, y siendo vos el señor podíades hacerla una de las mas fuertes provincias de Italia, asi por razon del sitio, como por las muchas y grandes fuerzas que hay en la tierra, que de una sola batalla no se puede sujetar, porque palmo á palmo es menester ganarse, porque hasta aquí viviendo el duque con aquella sospecha era forzado á serviros aunque no quisiese, teniendo ahora en sus manos las fuerzas de los estados, siendo tan grande príncipe, que se puede defender de cualquiera necesidad, y no faltando quien le ayude. Tened, señor, por cierto, que antes husara de las buenas ocasiones para asegurarse y acrecentarse, que de la gratitud que os debe, en haberle hecho duque, de duque de burlas duque de veras, como ordinariamente lo hacen hombres de su nacion, que no miden mas el honor ni la fé, que por solos sus intereses, y necesidades. Y creed, señor, que no será de mejor ni mas constante condicion que su padre Joanitin de Médicis, que mudó mas formas que Proteo: especialmente teniendo mas aparejo que el padre para salir con lo que intentare. Y del florentin en ningun caso de interes se puede ni debe

confiar, mayormente pretendiendo, que la merced que le habeis hecho, no ha sido graciosa, sino una muy pura venta. Teniendo, pues, vuestra magestad aquellas fortalezas, que pudiérales querer de gente, ó dineros que no alcanzáredes? Ahora que está en sus manos, de sujeto se ha hecho libre. Y pudiendo vos absolutamente mandar, os habeis necesitado á rogarlo, y lo que pudiera hacer en aquel estado el menor soldado vuestro, no sé si podreis vos alcanzarlo. He dicho todo esto para que vuestra magestad vea, cuan grande error hicisteis en esto, y cuanto mayor lo hareis si dais al Papa á Milan, y á Sena, porque viendo todos los príncipes de Italia, que sin violencia os desposeeis de lo vuestro, presumirán de quitaros lo que os queda, por fuerza, porque nadie podrá pensar, que por justificar vuestras cosas con el mundo, lo haceis, sino por no tener ánimo ni fuerzas para defenderlo. Mire V. M. que toda la seguridad que teneis en Italia, pende de la retencion de Milan, asi por ser aquella provincia riquísima y tener tan conveniente sitio para meter ejército forastero por tierra, y armadas por mar, por la vecindad de Génova, la cual en ninguna manera podreis sustentar dejando á Milan, como por ser ese estado la cosa sobre que se contiene, y tal, que con él solo se podria adquirir lo demas: y dejada de cualquier manera la presa, es confesar que no podeis mas, y os dais por vencido, y entrándose asi en esta opinion, no solo bajais muchos grados de la reputacion, pero venis á poneros en el último. Y asi de esta manera ninguna cosa segura teneis en Italia, asi por la natura de esta provincia, inconstancia y poca fé de los natu-

rales de ella, como por la poca satisfaccion que hay de vuestro gobierno. Allende de esto, teniendo todo el mundo por cierto, que solo el Papa os puso en los peligros pasados, y trabajos presentes, moviendo al francés, y por consiguiente al turco contra vos, por solo necesitaros, y traeros á este punto en que estais, viendo agora que en lugar de vengaros, le gratificais, y en lugar de ofenderle os meteis á bajezas y poquedades, quién estimará vuestra potencia? ni quién temerá dañaros, pues de el daño nace provecho, ó de la ofensa gratificacion? Y por este ejemplo todo el mundo trabajará de poneros en la misma necesidad para traeros á su propósito, y hacer su hecho: como acaeció en Castilla al rey don Enrique IV. Lo cual cuanto daño traiga á un príncipe, aquellos tiempos lo dieron bien á conocer, y V. M. lo ha sentido mejor, pues por aquella via os privó del patrimonio, que agora está en poder de los grandes de Castilla. Dejando, pues, á Milan, vengamos á Sena. En qué conciencia, invictísimo príncipe, en qué razon, en qué gratitud, ni en qué humanidad puede caber quitar á aquella república la libertad y darla á vuestro enemigo? Acuérdese V. M. de la grande fe y verdaderos ánimos de aquellos ciudadanos: mirad que habiéndose conjurado todo el mundo contra vos, en solos ellos quedó la fé. Que oficio de leales vasayos, qué demostracion de leales amigos, y finalmente, qué obra de escelentísimos servidores, pues luego en satisfaccion de la fé pagarla, ahora con infidelidad del servicio? con el daño, ni bondad, ni razon, ni virtud, ni religion lo permite: mayormente teniendo tanta causa y razon para negar al Papa lo que os pide. Qué

príncipe, ni hombre os ha ofendido mas? ninguno por cierto: porque si queremos considerar las tales cosas, los ciegos han visto que todo el daño que os procuró el francés, fue por su persuasion y traza, y por consiguiente, todo el mal que esperais del turco, nace y nacerá de esta causa. Si queremos mirar los particulares, quién no sabe las ofensas que os ha hecho? Dejando menudencias á parte, qué injuria jamas habeis recibido de nadie, que la que hizo en destruir la casa Colina, estando asegurada sobre vuestra fé, y estando fundada sobre mucha sangre en vuestro servicio y de vuestros pasados derramada? qué mayor afrenta, ó por mejor decír, bofetada, dada delante de los ojos del mundo, que la que os dió, cuando contra la palabra dada, no solo de sustentarla, pero de restituir el estado á Ascanio, derribó á Palomo, porque presentó vuestros poderes en concilio? y finalmente, qué obra buena jamás os hizo por voluntad, sino por sola su necesidad é intereses? Tened, señor, por muy cierto, que si el rey de Francia tiene tres flores de lis en sus armas, él trae seis en las suyas, y seis mil en el ánimo, que jamás hallará segura ocasion para demostrarlo, que no lo haga. Mucho mas podreis asegurar del rey de Francia en vuestras cosas que no en él, porque el rey es nacido príncipe, y procederá como príncipe, y ese otro de hombre no tal, ha venido á la grandeza en que está, y jamás dejará de obrar como quien es. Quereislo ver? qué mayor desacato en el mundo se puede hallar, que habiéndoos ofendido como os ha ofendido, y sabiendo que vos lo sabeis, no solamente no tiene vergüenza de parecer ante vos, pero os demanda cosas, que no seria justo pedirlas, habiéndoos redi-

mido de turcos? Tiéneos por hombre de poco, usa mal de vuestra paciencia, tiéneos tan poco crédito, que le parece está en su mano mudaros al subyecto que él quisiere. Y pues esto es asi, y tan verdad como la misma verdad, estad, señor, sobre vos, conservad lo que teneis, trabajad por adquirir lo demas, y manteneros en vuestra reputacion, porque yo certifico á V. M. que en esa coyuntura, con solo hallaros fuerte de palabras, le podeis vencer sin otras armas: porque el estado de la Iglesia, es mas vuestro que suyo: cuanto á la aficion, no ve en la hora que entender vuestra voluntad, para desechar el yugo que tiene? No hay príncipe en toda Italia que no esté ofendido, no hay hombre que no esté mal contento de él: usad en esta ocasion del hierro, y no del ensalmo: porque sin duda conócereis el provecho muy manifiesto. Y que esto sea asi, la esperiencia lo ha dado á conocer despues que comenzasteis á tratarle con un poco de respeto, y negociar con autoridad. No podreis creer el grande miedo que tuvo, cuando supo el mal recibimiento que hicisteis al legado que fue á España, y el que sintió, cuando enviasteis a Granvela al concilio, y últimamente el que ha concebido de vuestra venida á Italia, sin haber hecho ceremonia, ni cumplimiento con él. El temor de veros venir agora con gente, no escede la mala conciencia, perversa y dañada intencion, que contra vos tiene: en nada se asegura, de todo se teme: y pues le teneis en estos términos otra vez exhorto á V. M. que sepa usar de la ocasion. Haced poco caso de él: tratadle como á hombre, cuya seguridad y grandeza pende de vuestra voluntad, y pues os hallais en Italia, y teneis, como dicen, las pie-

dras, y la cuesta, no os dejeis engañar mas. Tomad de veras la espada en la mano, y dad fin á tantas miserias, como padece la cristiandad, y no vengais de ninguna manera de concordia, porque no durará mas de cuanto le estuviere bien, y ya que dure, será para seis dias, que seran segun la edad, y ningun Pontífice sucederá, que no impugne lo que él ha hecho: porque para remediarse á sí, é á los suyos, será menester deshacer estos, como ellos han hecho á los pasados. Y no os mueva á pensar, que lo dais á Madama, pues Milan es pieza que aunque otra cosa no dejásedes al príncipe, le dejábades bien heredado: pues dar á un hija natural lo que seria gran dádiva á vuestro hijo único heredero, no lo sufre la razon, mayormente siendo él varon en casa, Octavio Farnesio. Dirá pues, V. M. que es cosa difícil proveer á tantas cosas; antes á mi ver es fácil: porque los venecianos viéndose tan gravemente ofendidos del francés, dándoles seguridad de no ofenderlos, y mantenerlos, facilmente los podreis tener pacíficos: teniéndolos quietos en un mismo tiempo podeis mover contra Roma y las tierras comarcanas, á Nápoles, los vecinos, y coloneses ofendidos, porque ellos darán buenos recados de aquello contra la comarca de Romania, etc. duque de Florencia, Sena, y lo que es: cuánto á lo de Lombardia vuestra persona lo podrá acabar. Conoced cuanto al rey de Francia debeis con el mismo ímpetu y tiempo acometerlo por las partes que él os acometió con dos ejércitos, cada uno de trece mil hombres, y dos mil caballos con artilleria solamente de campo sin ningun impedimento, y hacer que dejando todas las fronteras, que son fuertes, se me-

tan en las entrañas de Francia, que es bellísima tierra, y por todas partes comienzan todos estos ejércitos á entrar, y con un órden caminar, hasta que se junten: juntos los cuales, asi por el número de la gente, como por la flaqueza de la tierra, y fertilidad del pais, facilmente se podran sustentar y fortificarse, donde puedan seguramente estar, y oprimir de tal suerte al enemigo, que será forzado perderlo todo, especialmente refrescando V. M. la empresa el año siguiente, y teniendo siempre en las fronteras sospecha: lo cual todo podeis muy facilmente hacer asi por la virtud de vuestros soldados, como por el temor y miedo que las gentes han concebido de vos, y de los vuestros. Abajada así por una via, ó por otra, al francés y al Papa la furia las cosas del turco, las hallareis fáciles, y por ahora, aunque él venga potentísimo, no queriendo otra cosa, sino defender, facilmente lo podreis hacer, asi por la gran fortaleza de Viena, como por necesidad en que está la gente alemana, la cual no podrá dejar de defender su casa, viéndose en peligro de perdella, ó ya que estuviese en este peligro, yo ternia por tan justamente ganado lo de casa, como bien conservado lo de ella: pues el Papa y el francés olvidándose de la obligacion de cristianos, porque el interes y pasiones particulares os han necesitado á desampararlo y perderlo.»

Otras cosas contiene esta carta que por ser mal sonantes las dejo.

Pudo ser que por lo que don Diego dijo, el emperador no dió oidos á los tratos de la venta de Milan.

XXXI.

Palabra del emperador: --Su partida á Alemania, donde se le creia muerto.

Procuró cuanto pudo el Papa que el emperador dejase la guerra que queria hacer al rey de Francia y duque de Cleves; pero no lo pudo acabar por mas que dijo.

Pidióle audiencia pare los cardenales que alli estaban y el emperador holgó de ello, con fin de informarlos (aun mas de lo que estaban) de la sobrada razon que tenia para hacer esta guerra. Habló por todos el cardenal Marino Grimaldo hombre neutral, como veneciano, no mas aficionado á una parte que á otra, é insistió con muchas razones mover de este propósito al emperador. A las cuales respondió el César con pocas palabras, que dijo llenas de magestad y grandeza, que en sustancia fueron. «Bien sé, padres reverendísimos, que tengo satisfecho al mundo, de que siempre deseé la paz y que la he procurado por todos los medios á mí posibles, no mas de para poder emplear mis fuerzas contra los infieles. Todos sabeis mejor que yo, como el rey Francisco nunca ha hecho sino estorbar mis designios y alterar el mundo con sus nuevas guerras por defraudarme envidiosamente del fruto de mis victorias, sacándomelas de entre las manos y mostrándome en las ocasiones que ha podido, la mala voluntad que de muchos años atras la casa real de Francia ha tenido con todos mis pasados y conmigo. Bien sabeis cuantas veces se me han salido de los casamientos, paces y capi-

tulaciones, quebrantando los juramentos y promesas que conmigo y con mis mayores el rey Francisco y los suyos tenian. Acordarseos ha la resistencia que me hizo en lo de mi eleccion, el negocio y sobornos que trajo para sacarme el imperio de entre las manos. Y últimamente, tendreis memoria, que no contento con todos los agravios que me habia hecho y yo le habia ya perdonado, esperó sin propósito alguno con achaque de la muerte de no sé que hombrecillos, á romper la tregua que conmigo tenia, en tiempo que yo venia de pelear, no con los hombres, sino con los vientos y con el mar furioso. Levantóme una guerra cual visteis y no contento con hacérmela él, concitó contra mí sus amigos y aun los mios y destruyóme con tanta crueldad como todos vieron, el estado de Bravante: y sobre todo, mete ahora moros y turcos contra mí, con tan pernicioso ejemplo y tan inaudita crueldad. Y pues todo esto asi es, no hay para que nadie trate de que yo haga paz con el rey, hasta que haya castigado como merecen los rebeldes al imperio y tomado por mis manos satisfaccion de la perfidia del duque de Gueldres y de otros que me han deservido.»

Con estas y otras semejantes razones fundó el emperador su justicia, de tal manera, que ni el Papa ni los cardenales trataron mas de estorbarle la jornada. Despidióse de Bujeto y tomó la via de Alemania, donde con ardid diabólico para alterar aquellas tierras y ponerlos en armas, habian sembrado y echado fama, que el emperador era muerto en Argel, y que los suyos traian una estatua que se parecia mucho á él. Tenian tan creido esto las gentes, que estando el emperador en Espira muchas

ciudades de Alemania y todo el estado de Luzemburque, enviaron á tomar por testimonio, como era vivo, y enviaron personas de crédito, que antes le habian visto y lo conocian, para que le reconociesen.

Dice un caballero de la cámara, que á otro escribió, lo que digo: «Vea V. M. si ha de tener el príncipe nuestro señor mucha confiànza de lo de por acá, que parece adivinaba lo que se ha visto en Flandes, que tanto cuesta á España».

Y asi se vieron en harto peligro los españoles que don Pedro de Guzman habia llevado á Flandes, porque en muchos lugares no los querian recibir, diciendo que era muerto el emperador y que los traian para sujetar á Flandes.

Los autores de esta mentira fueron (segun se dijo) el rey de Francia y el duque de Cleves, que usaron de esta mohatra, para poder hacer gente de guerra. Supo el emperador esto en Espira y casi al tiempo que iba caminando llegaron á Trento y se presentaron al concilio por todos los obispos de España don Gaspar de Avalos arzobispo de Santiago, don Francisco de Mendoza, obispo de Jaen y don Martin de Urrea obispo de Huesca delante del cardenal Moron, obispo de Módena y legado del Papa.

XXXII.

El emperador en Alemania.

Llegó el emperador á Espira, ciudad libre de Alemania á 20 de julio, donde se detuvo quince dias, para que los caballeros descansasen algo de

la jornada larga, que habian hecho, y porque la corte se pusiese en órden para salir á campaña.

Dio audiencia en Espira á los protestantes que habian aqui enviado y á algunos señores alemanes principalmente al conde de Palatin y al arzobispo de Colonia.

Suplicaron le perdonase al duque de Cleves, el arzobispo y el embajador del duque de Sajonia, y respondió que con él no habria paz, sino le entregaba las ciudades de Gueldres y Zutfania.

Acabada la dieta de Espira mandó el emperador á todos los que alli estaban en nombre del imperio y ciudades libres, que levantasen la mas gente que pudiesen y luego partió para Bona por el rio Ahim, que está cerca de la ciudad de Colonia cuatro leguas del estado del duque de Gueldres Cleves y Julies y el arzobispo le hizo un solemnísimo recibimiento.

Poco antes que el emperador partiese de España, habia partido don Hernando de Gonzága, capitan general, para que tuviese todo el ejército junto en Bona, cuando el emperador llegase.

Volvieron el arzobispo de Colonia y el conde Palatin á suplicar al emperador, que perdonase al duque, y S. M. respondió con cólera estraordinaria y palabras que él no solia decir por su mucha modestia, prometiendo que él castigaria al rapaz, de manera que otro dia no se atreviese. Con la cual respuesta quedaron los alemanes bien descontentos y desconfiados de la paz.

Este arzobispo estaba ya tocado de la mala secta de Lutero y consentia que se predicase e ntodo su arzobispado. El emperador le habló sobre ello, á solas, reprendiéndole su liviandad y mal ejem-

plo, y dicen que se calentó el César con el celo grande que de la religion tenia, que un teólogo no dijera mas que él dijo. Despues representándole quien él era y su sangre y la dignidad tan grande que le habia dado Dios en su Iglesia, de tal manera le puso, que llorando el arzobispo y pidiendo á Dios perdon salió de la cámara de S. M., prometiéndole que en toda su vida no consentiria en sus tierras mas predicadores falsos y malos.

Hízolo así, porque los desterró luego de su arzobispado, y al punto que el arzobispo salia tan contrito, entró Granvela, y el emperador le contó lo que con él habia pasado, y le dijo, que aunque su venida de España en aquellas partes no hiciera otro efecto mas que aquel, que con él se contentaba.

XXXIII.

Justa causa con que el emperador hizo guerra al duque de Cleves, y razon del ducado de Gueldres.

El ducado de Gueldres al Oriente tiene á Westfalia, al Setentrion á Transiselana, y seno de Zuidercee, y al Occidente al estado ds Utrecht y parte del condado de Holanda. Del cual y del ducado de Bravante se distingue al Mediodia por el rio Mosa, y confina con el ducado de Cleves, el cual llega por allí hasta el rio Mosa y divide á Gueldres en dos regiones, aunque no iguales.

La mayor es la que acabamos de decir, la cual comprende al condado de Zutphen, y los estados do Veluwe, Betuwe, y Maeswel. La otra contiene al estado que llaman de I antvan Kessel, que quie-

re decir tierra del castillo de Kussel. Estiéndese aquel estado aquende y allende del rio Mosa, del cual y de los otros adelante diremos.

Llámase Gueldres de Gelduba, lugar que antiguamente estaba á la ribera del Rhin, ó del castillo Gueldre, donde es ahora la villa de Pont Guelder.

Son los gueldreses por la mayor parte sicambros, los cuales en tiempo de Julio César habitaban allende del Rhin, mas abajo de los Ubios en Wesfalia, donde es Dusberg, y el rio Rura, que entra cerca de alli en el Rhin, y en el ducado de Bergen, que es del duque de Julies y Cleves, del cual es la principal villa Drisseldorff. Hay alli la villa, y rio de Sigem, que retiene el nombre de los sicambros, los cuales llaman los alemanes Sigemberger y Ptolomeo los pone entre los longobardos y busactores menores, el cual parece que usó de la primera y mas antigua carta corográfica y descripcion de Alemania. Porque Cornelio Tácito, que fue algo mas antiguo, no hace mencion de los sicambros en el libro de Alemania, los cuales Augusto César despues que Druso Germánico los hubo conquistado, los mudó de alli en Francia, y les dió aquellas tierras y campos cercanos, que tantas veces, pasando el Rhin, habian corrido y robado. Las que ellos dejaron fueron ocupadas por los camanos y angrivarios, y despues por los francos. Lo cual dió ocasion de errar á muchos llamando á los francos sicambros, y teniéndolos por una misma nacion, no porque lo fuesen, (aunque es cierto que los francos fueron llamados sicambros) ó porque habitaron en las mismas tierras que ellos dejaron, ó cerca de ellos.

Otros escriben en sus crónicas de Henaut y Lieja, que los francos vienen de troyanos, y se llaman asi de su capitan Francon. El cual dicen que fue hijo de Hector, y vino con muchos troyanos á Hungria despues que Troya fue por los griegos destruida, y edificó á la ribera del rio Danubio una gran ciudad, la cual llamó Sicambria de su hijo Sicambro. Esta ciudad es ahora Buda, asi dicha de Budo, hermano de Atila, rey de los hunos, el cual lo mandó echar en el Danubio, porque se queria alzar contra él con el reino. Y que doscientos años despues de la destruccion de Troya, los sicambros pasaron de Hungria á Alemania, y ocuparon aquella parte, que del nombre de Francon, hijo de Hector, llamaron Franconia, porque descendian de él. De alli una parte de ellos pasó á la baja Alemania con dos capitanes llamados el uno Troyas y el otro Torgoto, los cuales edificaron la villa de Bona cerca de Colonia, y á Janto, que es Santen, en Cleves, y ocuparon toda aquella tierra, la cual llamaron Simbria inferior, donde son los ducados de Cleves, Julies y Gueldres, y lo que mas ellos dicen.

De manera que como quiera que sea, los sicambros ocupan ahora buena parte de la region de los menapios en el ducado de Gueldres y de Cleves. Habitaban los menapios, que son ahora los del ducado de Julies y parte de Cleves y Gueldres, mas abajo de los ubios ó coloneses, cerca de los eburones, donde habia muchas y muy espesas florestas, y perpetuas lagunas, y las hay ahora cerca de Gorckem, y en tiempo de Julio César tenian tambien de la otra parte del Rhin aldeas, casas, tierras, y heredades, de las cuales fueron

echados por los usipetes y teneteros, que fueron vencidos y muertos por César.

Despues los menapios, como Cornelio Tácito muestra, pasaron el rio Mosa, y quedaron repartidos en diversas partes, y entre otras, como ya hemos dicho, cabe los morinos. En el estado de Gueldres hubo primero señores, que llamaron tutores ó prefectos, los cuales fueron de la casa de Pont, y continuóse la prefectura en los varones de aquella familia y casa por mas de doscientos años.

Tuvo principio, como algunos escriben, en tiempo del emperador Cárlos Calvo, y fueron los primeros tutores y prefectos de aquella region hechos por el pueblo, Ubicardo y Lupoldo, hijos del señor de Pont, en pago y gratificacion del beneficio que de ellos habian recibido, porque mataron una espantosa y cruel fiera que se habia criado cerca del castillo que ellos habian edificado donde es ahora la villa de Pont Guelder, la cual destruia toda aquella tierra, y parecia que en sus bramidos decia: «Guelre, guelre» y que de allí se dió nombre al castillo y á la provincia. Hubo seis tutores despues de Ubicardo y Lupoldo, que sucedieron uno á otro, todos señores de Pont, los cuales fueron Gerla, hijo de Ubicardo, Gotofredo, Ubicardo, Mergoso, Uvindekino, y Ubícardo, el cual dejó una sola hija llamada Adeleide, que casó con Otton, conde de Nasao, el cual fue el primer conde de Gueldres. Dióle el título el emperador Henrico III, en el año de 1079. Falleció la condesa Adeleide, y casó el conde Otton con la hija de Gerlaco, conde de Zutphen, el cual fue muerto con otros muchos por Theodorico V.

conde de Holanda en la batalla que hubo con Conrado, obispo de Utrecht, que fue el vigésimo segundo en la órden. Por aquel casamiento se juntaron los condados de Gueldres y Zutphen, y fue Otton conde de Gueldres y Zutphen.

Despues del conde Otton sucedieron los siguientes condes: Gerardo, Henrico, Otton II, Otton III, el cual compró la villa y fortaleza de Niumeghem con toda su tierra y jurisdicion de Guillermo, rey de romanos y conde de Holánda, por 21,000 marcos de plata pura, en el año de 1248, lo cual confirmó despues Rodolfo, rey de romanos. Sucedió á Otton III Renaldo su hijo, primero de este nombre, y despues Renaldo II, su nieto, el cual fue hecho duque de Gueldres por el emperador Ludovico Bávaro en la ciudad de Francfort, en el año de 1329. Casó el duque Renaldo, como Frosardo escribe, con Maria, hija de Bertoldo de Malinas, hombre riquísimo, la cual falleció al cabo de cuatro años, dejando una hija llamada Isabel, y el duque se casó luego con Isabel, hermana de Eduardo III rey de Inglaterra, y hubo en ella dos hijos llamados Renaldo y Eduardo, que fue duque de Gueldres, despues que falleció el duque Renaldo su hermano, y murió en la batalla que él y Guillermo su sobrino duque de Julies, hubieron con Wenceslao, duque de Bravante.

Era el duque Guillermo hijo de Guillermo, que fue el primer duque de Julies, y de Juana hermana del duque Eduardo. Dióle tambien el título de duque el mismo emperador Ludovico Bávaro, porque antes solo tenia título de marqués de Julies. Y porque el duque Renaldo, y Eduardo su hermano, hijos de Renaldo primer duque de Guel-

dres, fallecieron sin herederos, hubo gran contienda sobre la sucesion de aquel estado de Gueldres entre el duque Guillermo de Julies, que estaba casado con Juana, hija del duque Renaldo de Gueldres, y de la duquesa Isabel, y Juan de Blois, que tenia por mujer á Isabel hija de la duquesa Maria, primera mujer del duque Renaldo: y la discordia crecia de tal manera entre ellos, que parára en cruel guerra, sino lo atajára la duquesa Isabel, que falleció dentro de pocos dias, y sucedió en el ducado de Gueldres la duquesa Juana y su hijo Guillermo. El cual fue el cuarto duque de Gueldres, y casó con la hija de Alberto duque de Baviera, que siendo muy niña habia sido despojada con el duque Eduardo de Gueldres, tio de Guillermo, y falleciendo él sin herederos, fue hecho su hermano Renaldo cuarto duque de Julies y Gueldres.

El sesto duque de Gueldres fue Arnoldo de Egmont, al cual sucedió Adolfo su hijo, que fue el sétimo duque padre de Cárlos des Egmonts, que fue el octavo y último duque de Gueldres. Frosaldo nos escribe de Ronaldo cuarto duque de Julies y Gueldres, el cual falleció sin herederos, y aunque entonces el emperador Sigismundo dió la investidura del ducado de Gueldres á Adolfo, duque de Julies y Berghen, el cual casó con la duquesa viuda mujer, que habia sido del duque Renaldo, no tuvo la posesion de él, sino Arnoldo de Egmont, que fue el sesto duque, el cual era biznieto de una hermana del duque Renaldo cuarto, ó como otros dicen, de Renaldo el segundo, que fue primer duque de Gueldres, y que Arnoldo casó con Margarita única heredera é hija, que

habia quedado de Juan de Arkel, y de Juana hermana de los duques Guillermo y Renaldo cuarto. Como quiera que ello sea, los duques que hubo en Gueldres son los que habemos contado. Fue el duque Arnoldo preso por Adolfo su hijo en grave de noche, cuando queria recogerse en su cámara, y le llevó de alli descalzo, y casi desnudo por medio de los hielos que habia (porque era entonces invierno) y le puso en una cruel, y oscura cárcel en la fortaleza de Bueren, que está de alli cinco leguas, donde le tuvo seis meses. Escribe Gerardo Noviomago, que hizo aquello Adolfo por consejo de la duquesa su madre, y porque le forzaron los de Nieumeghen, para vengarse del duque Arnoldo, que los trataba mal, y que le tuvo preso siete años en aquella fortaleza de Bueren.

Filipo Comineo, caballero y muy privado de Cárlos duque de Borgoña, el cual, como él mismo en sus comentarios escribe, entendió por mandado del duque Cárlos en concertar á Adolfo con su padre Arnoldo, no hace mencion de la duquesa, ni menos de los de Nieumeghen y dice, que estuvo seis meses Arnoldo en aquella cruel cárcel, y que el duque de Cleves entró con ejército por Gueldres, quemando y destruyendo la tierra porque lo soltase. Puede ser, que le tuvo aquellos seis meses en la cárcel, y el otro tiempo, quefueron seis años y medio, fuera de ella en la fortaleza con buena guarda. Otros dicen que lo tuvo alli seis años; tanta es la diversidad de los escritores. Lo cual parece ser asi, porque nunca lo quiso soltar, ni por guerra, que el duque Juan de Cleves, y Guillermo de Egmont le hicieron, ni por ruego del duque Cárlos, hasta que el papa Paulo II

y el emperador Federico III, no pudiendo sufrir tan gran inhumanidad enviaron al mismo duque Cárlos, el cual trajo consigo á Dorlens, y de alli á Esdin. De donde se salió secretamente el duque Adolfo con solo un criado en hábito de peregrino, y pasando el rio Mosa fue conocido y llevado preso á Namur donde estuvo detenido, ó como algunos dicen, en Courtray hasta la muerte del valeroso duque Cárlos, que le sacaron de alli los de Gante, y le hicieron capitan, y fue muerto en Tornay, que estaba entonces por Ludovico undécimo rey de Francia.

En tanto que Adolfo estuvo preso falleció el duque Arnoldo, el cual por la ingratitud é inhumanidad, que su hijo habia usado con él, dejó por heredero al duque Cárlos de Borgoña. El cual pasó en Gueldres, y habiéndosele rendido Venló, y Gots, hizo lo mismo Nieumeghen, donde estaban Cárlos y Filipo hijos del duque Adolfo, los cuales envió á Flandes para que se criasen, y de alli vino con su ejército á Lobik, donde le vinieron embajadores de Zutphem, y Aernehen, y le juraron por su príncipe y señor. Y habiendo conquistado aquel estado, dejó alli por gobernador á Guillermo de Egmont, instituyó, segun algunos dicen, el consejo y chancilleria, que en Aernehen hay: poseyó el duque aquel estado todo el tiempo que vivió, pacíficamente.

Despues no queriendo los gueldreses obedecer al emperador Maximiliano vino á Boseduc, y mandó hacer gente para pasar á Gueldres, y de que lo supieron los de Nieumeghen, Tiel, y Bonmel, vinieron á su obediencia, y le juraron. Y lo mismo hicieron los de Venló, que se rindieron, y en

fin, con la magestad de su nombre, sin derramar sangre, allanó toda aquella provincia, y le fue sujeta, hasta que volvió Cárlos hijo del duque Adolfo de Francia á Gueldres, donde habia estado despues que habia sido preso, con Engelberto conde de Nasao, y otros muchos caballeros flamencos y borgoñones, en Bethuna por los francos, que la tenian, pensando tomarla con ardid, y concierto que tenian hecho con algunos de la villa, que la querian entregar al emperador Maximiliano.

Vuelto el duque Cárlos á Gueldres en breve tiempo cobró todo el ducado, y le juraron por su señor. Fue príncipe muy belicoso, y tuvo grandes guerras con todos los príncipes comarcanos, y principalmente con Alberto duque de Sajonia, gobernador en aquellos estados de Bravante, Henaut, Holanda y Frisa por el emperador Maximiliano, y Filipo rey de España su hijo. Y despues con los capitanes del emperador sobre los estados de Utrecht, y Transiselana, que él como largamente habemos contado, tenia ocupados, los cuales le pusieron en tan grande estrecho y necesidad, que por no perder del todo su estado, pidió paz al emperador Carlos V y le fue concedida.

En Goricom, entre otras cosas que se capitularon, fue, que él tuviese en feudo el ducado de Gueldres, y condado de Zutphen por el emperador Cárlos V como duque de Bravante, y conde de Holanda, y sus herederos que fuesen varones y habidos de legítimo matrimonio: y que si estos faltasen, que volviesen entonces aquellos estados á los herederos del emperador Carlos V como duques de Bravante, y condes de Holanda, y que

de su vida tuviese el estado de Groeningen, y el castillo de Coevoerden con su tierra: y que despues que él falleciese volviesen al emperador Cárlos V y asi las tuvo, y despues de su muerte, como está dicho, vinieron á ser del señorio del emperador Cárlos V.

Aunque por lo que tengo dicho se puede colegir, y entender claramente el derecho, que el emperador Cárlos V tiene al ducado de Gueldres y condado de Zutphen, quiero lo mas breve que pudiere escribirlo, porque sepan los venideros, cuan justa causa tuvo el emperador de cobrar por armas, lo que de su patrimonio era.

Muerto Renaldo IV duque de Julies y Gueldres sin herederos, en el año 1424 el emperador Sigismundo dió la investidura del ducado de Gueldres, y condado de Zutphen, como feudos, que eran del imperio, á Adolfo duque de Julies, y á sus legítimos herederos, que fuesen varones, lo cual hizo en Buda, en el año 1425 pero en aquel tiempo Arnoldo conde de Egmont hubo la posesion de aquellos estados de Gueldres y Zutphen, y no aprovecharon las sentencias contra él dadas, ni menos la investidura, que dió el mismo emperador Sigismundo en Praga, el año 1437, á Gerardo duque de Julies, hijo de Guillermo hermano del duque Adolfo, que falleció sin hijos legítimos, para echarle de ellos. El cual despues dió, cedió y traspasó libremente el ducado de Gueldres, y condado de Zutphen, en el duque Cárlos de Borgoña, y en sus legítimos herederos y sucesores, de lo cual se hizo instrumento público, en el año 1472.

Porque tuviesen mas firmeza procuró el duque Carlos de aplicar y juntar alli todo y cualquier de-

recho, que el duque Gerardo y sus hijos Guillermo y Adolfo, pretendiesen tener, porque el duque Gerardo de Julies, y sus hijos, vendieron al duque, Carlos de Borgoña, cualquier derecho, que pretendiesen tener y les pudiese pertenecer en aquellos estados de Gueldres y Zutphen, por precio de ochenta mil florines de oro renenses, y solo concedieron y renunciaron y traspasaron con juramento con todas las cláusulas, firmezas, y otras cosas, que en tal caso se pueden poner, y le hicieron donacion de todo lo que mas ó menos pudiese valer de aquella suma, lo cual se hizo en el año 1473. El cual contrato de venta y cesion, fue aprobado y ratificado por Guillermo y Adolfo hijos del duque Gerardo, y lo aprobó y confirmó el emperador Federico III con su autoridad imperial á suplicacion de las partes, y dió la investidura de aquellos estados de Gueldres y Zutphen al duque Cárlos de Borgoña, asi por causa de la bendicion, como por el derecho que primero habia adquirido, y los poseyó el duque Carlos pacificamente todo el tiempo que vivió: y despues que él murió, el emperador Federico III dió la investidura de aquellos estados á Maximiliano su hijo, y á la archiduquesa madama Maria de Borgoña, en el año de 1477.

En fin, el emperador Maximiliano, despues que falleció la archiduquesa madama Maria su mujer, concedió la investidura de aquellos estados á su hijo el rey Filipo, y á sus legítimos herederos, y sucesores, y siendo el rey difunto, aquellos estados de Gueldres y Zutphen vinieron de derecho al emperador Cárlos su hijo, el cual tambien hubo la investidura de ellos. Pero porque en aquel tiempo los habia ocupado el duque Cárlos de Egmont, y

los defendia con armas, el emperador tuvo guerras contra él, como injusto poseedor, y violento detenedor, que de aquellos estados era. Y por el bien público, paz y concordia comun hizo diversos conciertos con él, y entre otros el de Gorichon, que habemos dicho, en el año 1528, y en Grabe en el año 1536. La conclusion de todos era, que si el duque Cárlos fallecia sin herederos legítimos varones, que asi el ducado de Gueldres, como el condado de Zutphen, volviesen al emperador Cárlos V y á sus herederos y sucesores por el derecho antiguo, y accion que tenia. Los cuales conciertos pactos, y convenios aprobó y confirmó el duque Cárlos por sus cartas y escrituras públicas, firmadas y selladas de su nombre y sello, y falleció sin herederos legítimo postrero del mes de julio del año de 1538.

De manera, que asi por los contratos de venta y cesion de los duques Arnoldo de Egmont y Gerardo de Julies, los cuales solos tenian derecho en el ducado de Gueldres y condado de Zutphen, como por las investiduras concedidas al emperador Maximiliano, y archiduquesa madama Maria de Borgoñona su mujer, y al rey Filipo de España, y al emperador Cárlos su hijo, y tambien por los públicos pactos, conciertos y convenciones, de derecho se debia y pertenecia el señorio y posesion de aquellos estados de Gueldres y Zutphen á S. M.

Aunque tenia el derecho tan claro como habemos mostrado, no dejó por aquello Guillermo hijo de Juan y Maria duques de Julies, Berghen y Clebes de pretender lo contrario: y que aquel ducado de Gueldres y condado de Zutphen habian pertenecido á los duques de Julies sus antecesores, y

que despues de la muerte del duque Adolfo, que sucedió al duque Renaldo cuarto de Julies y Gueldres hubo la investidura de aquellos estados el duque Gerardo de Julies, al cual habia sucedido el duque Guillermo, y despues la duquesa Maria de Julies, la cual habia resignado y renunciado en él todo el derecho que en aquellos estados podia tener, y que asi por este derecho, que él habia adquirido de su madre la duquesa Maria, como por las sentencias, que habian sido dadas en favor de los duques Adolfo y Gerardo de Julies, contra el duque Arnoldo de Egmont, habia podido concertarse con el duque Cárlos de Egmont y con consentimiento suyo y de los estados del ducado de Gueldres, y condado de Zutphen adquirir la posesion de ellos, y que podia romper el derecho y accion que el emperador Cárlos V tiene y los contratos de venta y cesion hechos por los duques Gerardo y Guillermo sus antecesores: y que la cesion en sí era ninguna, parte por causa de la donacion, parte por el precio y suma de dineros que era poca, y por otras razones, que el duque Guillermo de Julies traia y llevaba, las cuales todas fueron redarguidas, confutadas, y mostrado el contrario de todo, como se puede ver largamente por un libro, que intitula: *Asertio juris imperatoris Caroli V*, que fue publicado en las dietas de Ratisbona, el año 1541.

No pudo el duque Guillermo ignorar lo que habemos dicho: pues eran cosas, que sus antecesores habian hecho, y fue amonestado y requerido de parte de S. M., antes que él se concertase con el duque Cárlos, y le jurasen y recibiesen por señor en aquellos estados, que no se pusiese en ocu-

parlo, que ni era suyo, ni de derecho le pertenecia, y le fueron mostrados todos los contratos y escrituras de venta, cesion, investiduras, pactos, convenciones y conciertos, y en tiempo que el duque Guillermo procuraba de ser conjunto en afinidad y parentesco con S. M., y todo no bastó. Porque el duque Guillermo fue intruso jurado y recibido por señor en Nieumeghen, y en otras villas y lugares, que se rebelaron contra el duque Cárlos, diciendo que las queria enagenar, y dar al rey Francisco de Francia, en el año 1537, y muerte y el duque Cárlos, que fue luego el año siguiente 1538, y el duque Juan en el año 1539, fue jurado Guillermo su hijo por duque de Julies, Clebes, Berghen y Gueldres.

El cual siguiendo la condicion y designios del del duque Cárlos, hallándose el emperador en España comenzó á inquietar por armas las tierras y señorios del emperador de la baja Alemania, teniendo hecha secreta liga con el rey de Francia. Y muy al improviso sin tenerse sospecha de guerra entró Martin Van Rosem capitan suyo con hasta doce mil gueldreses por Bravante, corriendo y haciendo daños en toda la tierra: y llegó cerca de Ambers, como lo habemos dicho, y viendo que era en vano su acometimiento dio la vuelta á Lobaina, la cual fue defendida, favoreciéndose de los estudiantes que en ella habia.

De alli movió por la tierra de Bruselas, y por Henaut haciendo grandes daños, y se pasó á Francia. Entre tanto que esto pasaba, el rey de Francia habia entrado en el ducado de Lutcemburg, y destruido y quemado á Dambila, y tomado por cierto la villa de Lutcelbur, y habiendo casi des-

truido la tierra, fuele forzado volver á Francia, dejando en Lutcemburg, y en Yuodio muy buena guarnicion de soldados y gente de armas, lo cual desde á poco lo cobró todo el ejército del emperador, y echó á los franceses de todo aquel estado.

Al mismo tiempo Renato de Chalon príncipe de Orange capitan general del emperador entró con mucha gente de guerra de Bravante por el ducado de Julies, y quemó y destruyó muchos lugares, é hizo rendir á la villa de Dura, á Julies, á Susteren, á Hensberg, y á otros lugares, los cuales todos tornó á cobrar el duque Guillermo, escepto á Hensberg. Al principio del año de 1543, tomó el castillo de Ansburg, destruyó mucha parte del ducado de Limburg, y en lo que quedaba de aquella guerra, acabó despues de destruir Martin Van Rosem su capitan en el verano siguiente, y lo mismo hizo en el señorio de Valekemburg, y Dalem, despues que hubo hecho mortales daños en la tierra de Boseduc, y tomado en el estado de Utrecht á Amerfoor.

XXXIV.

Llega al campo el príncipe de Orange:—Asalto de Dura.

Llegó S. M. á Bona á 15 de agosto, donde se detuvo cinco dias en desembarcar la artilleria, y poner en órden cosas necesarias para la jornada: tomó muestra de la gente que llevaba, y halló quince mil alemanes altos, cerca de cuatro mil españoles, y cuatro mil italianos, que iban muy conformes, porque los alemanes eran tantos, con

mas dos mil hombres de armas, ochocientos caballos ligeros, y con los caballeros de su casa y corte, y arcabuceros que eran al pie de cuatrocientos caballos, los cuales parecieron bien, aunque los caballos españoles estaban muy mal tratados, por haber andado camino tan largo y trabajoso.

Hizo maestro de campo general á Estéfano Colona: á Juan Jacobo de Médicis capitan de la artilleria; á Francisco Arístipo hermano del duque de Ferrara dió los caballos ligeros; su lugarteniente hizo á don Hernando de Gonzaga virey de Sicilia, don Alvaro de Sandi y Luis Perez. Camilo Colona y Antonio Doria, eran los capitanes de mas nombre de los tercios españoles.

Quiso el emperador que le viese toda su gente y salió al campo armado de todas armas, con las cubiertas imperiales, y descubierta sin armas la cabeza, y habló á todos animándolos, y representando la justicia que tenian en aquella guerra.

Miércoles á 22 de agosto llegó el campo á Dura ciudad del ducado de Julies, caminando el emperador armado llevando la vanguardia, españoles é italianos.

La tierra donde esta ciudad está, es la mas fertil de Alemania. La ciudad tiene el asiento, y fortificacion al parecer inespugnable: está sentada en un llano sin padastro alguno; tiene dos fosos de agua, uno pequeño, y otro grande en torno de la villa, con un grueso muro de ladrillo terraplenado, sino era dos ó tres picas por una parte donde los de Dura se daban grandísima priesa á acabarla. Tenia algunos traveses aunque pocos, y mucha artilleria menuda, y meneábanla muy bien.

Gruesa tenian poca, y esa mal repartida. Estaba dentro por el duque en su defensa Gerardo Vlatero, hombre noble, y criado en la guerra: tenian dos mil soldados viejos, y ochocientos caballos escogidos uno á uno, sin la juventud de los naturales, que la habia muy florida, animosa, y aficionados al duque. Habia muchos caballeros, y hombres de cabo: tenian bastimentos y municion para un año.

Salieron de la ciudad los caballeros, cuando llegaba el campo imperial, y pusiéronse en una emboscada en la cual cayeron los caballos italianos, y murieron. Huberto caballero natural de Mantua, Marco Buliano, y otros.

El jueves de mañana, que fue á 23 de agosto, se envió á la ciudad un trompeta diciéndoles que se rindiesen al emperador. Ellos respondieron que no querian, con aquella braveza que suelen tener los que piensan que estan muy seguros, y en tan fuerte plaza como ellos estaban.

Este mismo jueves llegó al campo imperial el príncipe de Orange, con el ejército, que la valerosa reina Maria le habia dado. Traia ocho mil alemanes bajos, dos mil borgoñones de armas, y quinientos grisones, que se tratan al modo de caballos ligeros. El emperador le salió á recibir, y él pasó con su campo á alojarse de la otra banda de la villa. Quisieron comenzar luego la bateria, porque se tenia nueva, que Martin Van Rosem venia con mucha gente en su socorro. Dieron la empresa de la bateria y asalto á los españoles é italianos, y asi todo el dia gastaron en hacer los cestones, para plantar la artilleria.

A las seis y media de la tarde comenzó á ca-

minar la artilleria contra el lugar, y á dos horas de la noche comenzaron los españoles á trabar escaramuza con los de dentro con todas las bandas de la villa, y si bien los de dentro se aprovechaban de la artilleria, hizo poco daño en los imperiales, por ser muy oscura la noche.

Toda ella se pasó en esta escaramuza, y los del campo imperial tuvieron, si bien con trabajo, tiempo de plantar los cestones, y artilleria en aquella misma noche.

Viernes dia de San Bartolomé amaneció batiéndose la villa por tres partes, no eran las dos de bateria, sino ciertas piezas, para quitar sus traveses. Duró la bateria hasta la una despues de mediodia. La artilleria del lugar en este tiempo hizo poco daño en los del campo, pero murieron algunos.

Siendo ya la una vieron los imperiales, que la artilleria hacia poco efecto, porque estaba caliente y que los de dentro se mantenian, y reparaban valientemente de su daño. Determinaron arremeter á la muralla, y arremetieron con poca órden: de esto tuvo la culpa un alférez italiano, que codicioso de ganar honra, tragada la muerte, se adelantó al arremeter, y viéndolo los españoles arremetieron, y un capitan español que se llamaba Palma se adelantó diciendo: «Si yo fuera hoy don Hernando de Gonzaga, yo os cortara la cabeza, porque una locura será hoy causa que sin órden mueran muchos buenos españoles, y muchos buenos italianos:» y diciendo esto arremetió á la muralla con este desórden, y asi en el primer asalto fueron muertos y heridos muchos escogidos soldados españoles.

XXXV.

Dan el asalto los españoles.

Poco antes que los españoles arremetiesen, los de dentro por mostrar su buen esfuerzo campearon una bandera mojada en sangre, y luego sacaron un fuego artificial, amenazando, que á fuego y á sangre habian de morir todos los del emperador, ó echarlos de su fuerte.

Duró el combate cerca de tres horas y media, porque la bateria habia hecho muy poco efecto, y tan poco, que la subida era de una pica de alto y otra la bajada, y habian de subir de uno en uno, y era tal el paso, que despacio y sin embarazo tenian bien que hacer en subir.

Los de Dura la defendian con grandísimo ánimo, y con mucha diligencia, con arcabuces, mosquetes, piedras, y fuegos artificiales, que ya que no hacen mucho daño espantan.

El daño que los de dentro recibian de los españoles, que estaban ya encima de la muralla, encubríanlo muy bien, porque en matándoles alguno de su escuadron henchian luego su lugar, y escondian el muerto, porque los naturales de la villa no se amedrentasen, los cuales quisieran mas darse al emperador, que verse de aquella manera.

Catorce arcabuceros españoles se pusieron á una parte del muro que tenia por frente el escuadron de los enemigos, de los cuales murieron los nueve, y los cinco se repararon con piedras, y con los cuerpos de los muertos, y desde alli hicieron gran daño en los enemigos, porque hubo

hombre que de siete tiros mató nueve hombres de los contrarios.

Cuatro alféreces españoles, por poner cada uno de ellos su bandera adelante, se metieron con este peligro que digo en una casa que estaba pegada al muro, los cuales viendo que no se podian retirar con las vidas segun estaban adelante, y esperando ya que los españoles entrasen en la villa, de este asalto se hacian requerimientos el uno al otro, que pues ellos habian de morir allí que arrojasen las banderas que tenian del emperador á los que estaban fuera, porque no se perdiesen. Esto es lo último que se puede encarecer la valentía de esta nacion, que en tal tiempo sin acordarse de las vidas trataban de la honra de sus banderas.

A esta hora viendo el emperador el daño que los suyos recibian (que siempre estuvo puesto en lo mas peligroso mirando como los suyos combatian) temiendo lo que suele suceder cuando no se toma un lugar de un asalto, que es el retirar sin órden de los que le combaten, mandó bajar de un cerro un escuadron de alemanes bajos, y otro de hombres de armas, que se acercasen á la batería á tiro de mosquete.

Entendieron los españoles este temor, y que parecia que se les enviaba socorro, afrentados de esto, y cuando todos esperaban que ellos buscaban alguna buena coyuntura para retirarse en órden de la muralla á su fuerte, comenzaron á pelear de refresco, y cansaron de tal manera con su porfía á los de dentro, que conociéndosela un capitan zamorano que se llamaba Monsalbe, echó dentro un soldado, y él saltó tras él, y otros ocho ó

nueve luego, los cuales dentro pusieron tal miedo, que los enemigos no tuvieron ánimo para resistir, y en un punto entraron mas de mil españoles pagando el daño que habian recibido, porque de dos mil soldados que habia dentro no escaparon vivos trescientos.

XXXVI.

Entran en Dura los imperiales.

Vi una relacion original escrita de mano por un caballero que se halló presente con la puntualidad que he dicho, que es lo que sigo, y concuerda con ella en mucho, Ponto Heuterio Delsio, que escribió en latin la vida de Cárlos V; solo dice, que el conde de Feria, y don Hernando de Gonzaga animaban bravamente á los españoles é italianos, y que el capitan Ullateno estaba con un montante en la mano, en una casa muy alta, cerca de la bateria acompañado de los principales soldados de la villa, y de allí provcia á las partes que tenian mas necesidad de socorro, haciendo notable daño en los combatientes, lo cual advirtió don Hernando de Gonzaga á los maestros de la artillería, y luego asestaron los tiros mayores, y que mas alcanzaban contra aquella casa, dieron las balas en los sobrados altos, y hundieron la casa, de manera que cojió debajo, é hizo pedazos al capitan, y á los que con él estaban, y desmayaron con esto los de Dura, y comenzaron á defenderse cobardemente, y los españoles é italianos de la quinta arremetida poniendo todas sus fuerzas, y haciendo reparo de los muchos cuerpos muertos de los

suyos, y de los enemigos, entraron á veinte y cuatro de agosto, y mataron cuantos en la ciudad habia ciudadanos y soldados, y los que escaparon fue valiéndose del dinero que dieron por sus vidas y rescate, y á las pobres mujeres que se acogieron á los templos, hicieron mil afrentas, sin tener respeto á los lugares santos, y pegaron fuego á la ciudad, todo contra la voluntad del emperador, que no hay respeto ni magestad, que baste á detener un ejército victorioso.

Murieron de los españoles é italianos que dieron asalto ochocientos escogidos y valientes soldados. Refirió á Ponte Heuterio esta jornada Jacobo Susio noble ciudadano de Malinas, que se halló presente, é hizo el dístico numeral siguiente.

Dura incensa jacet, Dura cerbice rebellis.
Corruit: Augusti Mensis et ensis erat.

XXXVII.

Los españoles se hacen temer

Trajeron ante el emperador un capitan de los rebeldes preso, tan asombrado, que él no entendia que habia sido aquello: porque dos credos antes que les entrasen los nueve españoles que dije, les parecia que era imposible perderse, y que solos nueve hombres que vieron dentro, les cortaron á los mas pláticos las piernas, que aun para huir no las tenian. Preguntóle el emperador, cómo no se habian rendido á tan gran ejército como traia: él respondió, que ellos nunca tuvieron plática, ni sabian qué cosa era pelear con españoles,

que pensaban que la gente mas fuerte del campo imperial eran sus alemanes, y que ellos estaban bien seguros, que los alemanes en dos años no les entraran la tierra, y que en el entretanto vendria en el ejército alguna pestilencia, ó hambre con que se deshiciese.

Fue grande el miedo que aquellas gentes comenzaron á tener á los españoles, porque como los veian trepar por las paredes lisas, y por una delgada pica ponerse en el muro alto, y hacer pedazos los hombres, pensaban que tenian uñas como gatos para subir las cercas, y dientes de grifos, con que destrozaban las gentes. Con esto fueron tan amedrentados los que escaparon de Dura, que en las otras plazas donde se acogieron, que tenia fortificadas el duque de Cleves, decian, que ellos no habian peleado con hombres sino con diablos, que los españoles eran unos hombres pequeños y negros, que tenian los dientes y uñas de un palmo, que se pegaban á las paredes como murciélagos, de donde era imposible arrancarlos.

Mucho hizo con efecto este miedo que los de Dura llevaban para la brevedad de la guerra. Señaláronse mucho en la bateria y asalto de este dia, algunos caballeros cortesanos, y el que mas fue el conde de Feria, que con su valor puso grandísimo calor y esfuerzo á los españoles, y fueron pocos los que subieron primero que él en el muro, sino que al arremeter, ciertos caballeros le tuvieron de las piernas, y le estorbaron, que no se pusiese en tanto peligro, pues no era aquel su oficio: el conde se enojó tanto, que echó mano á la espada para uno. Veíase en el conde la sangre que tenia del Gran Capitan su abuelo.

El primer soldado que entró en Dura, fue Juan Felices de Urreta, del tercio de don Alvaro de Sande, y luego comenzaron los españoles á decir á voces: dentro, dentro.

XXXVIII.

Saqueo y quema de Dura.

Estimó el emperador grandemente esta victoria, y tuvo por felicísimo el dia de San Bartolomé, y con razon, porque no se dió tal asalto despues del que dió Cárlos de Borbon á Roma.

Muertos y heridos solo de españoles fueron trescientos y cincuenta, tan valientes y esforzados, que valian por tres mil. Escaparon muy pocos de los heridos, porque les era la tierra muy contraria, y los materiales de que se les hacian las medicinas, tambien eran malos. Murieron hombres, solo de tener la mano pasada de un arcabuz, y otros de haberle llevado un dedo. Murieron entre estos españoles, dos capitanes; el uno fue aquel valeroso Palma, que se adelantó al italiano. Murieron los cuatro alféreces que dije, que deseaban salvar las banderas mas que las vidas, y algunos otros hombres de cabo, y oficiales.

Otro dia sábado, se comenzaron á aprovechar del saco, los españoles é italianos. A las dos, despues de mediodia, un aleman de los imperiales por mandado de su capitán, puso fuego al lugar, rabiando de pura envidia de los españoles é italianos: y fue de tal manera el incendio, que cuando anocheció, estaban quemadas las tres partes de la villa. Quiso Dios que ningun español peli-

grase de los que estaban dentro, si bien el fuego era bravo.

Tiene esta ciudad de Dura, la cabeza de Santa Ana, madre de María, madre de Jesu-Cristo, y en la tierra se tenia grandísima devocion con ella. Como vió el emperador la furia del fuego, y que llevaba camino de abrasarlo todo, mandó que los españoles tomasen esta santa reliquia y la guardasen en el monasterio de San Francisco, que con algunas casas se habia escapado del fuego.

Este dia vióse en trabajo el conde de Feria con algunos caballeros cortesanos todos españoles, por salvar la iglesia, en que se quemaba la cabeza de Santa Ana, y otras muchas reliquias y ornamentos, mujeres, y niños que se habian recogido allí el dia antes, cuando se entró la villa. Pegaron este fuego, como dije, los alemanes envidiosos de la gloria que los españoles é italianos habian ganado, y del saco que era suyo.

Eran los alemanes tres tantos que los españoles é italianos, y asi se atrevian contra ellos, y andaban en gran peligro: y en este mismo sábado tuvieron entre sí grandes revueltas, porque les quitaban algunos prisioneros y ropas de las que habian saqueado.

Dice la relacion de quien sacó esto. «Nosotros andamos en harto peligro entre ellos, á causa de ser tantos, y los nuestros españoles tan pocos.»

Bien creo yo que se ha arrepentido S. M. de haber traido tan pocos españoles, y asi dicen que envió por mas.

XXXIX.

Ríndese Remonda.

El domingo adelante mandó el emperador que los naturales de la villa se volviesen á ella, dándoles patente para que viviesen seguros: y les metió dentro una guarnicion de alemanes bajos de hasta mil soldados, y ordenó que se reparase, y acabase de fortificar la villa. En este mismo dia se le vinieron á rendir aqui muchos lugares y villas fuertes del ducado de Julies, y el lunes á 27 del mismo mes, partió para Julies cabeza de este ducado, en el cual lugar estaban seis banderas de guarnicion, y trescientos hombres de armas, á los cuales amedrentó tanto la nueva de la toma de Dura, qué no osaron esperar, con estar en uno de los mas fuertes lugares del mundo, y con tener dentro muy hermosa artilleria.

La ciudad se rindió á S. M., que dejó en ella dos mil soldados borgoñones de guarnicion.

No se detuvo aquí el emperador, ni quiso perder tiempo; luego pasó adelante la via de Remonda, ciudad del ducado de Gueldres muy importante, por ser de mucho trato, y por estar asentada riberas del rio Mosa, que es por donde pasan todas las mercaderias de Alemania para Flandes, y Bravante. De esta ciudad recibieron en todo el tiempo que duró esta guerra Flandes y Bravante, grandisimo daño.

En llegando el emperador sobre ella, le enviaron á pedir salvo-conducto, saliendo doce ciudadanos, lós cuales venidos rindieron la ciudad, con tal que se les prometiese de guardarles sus

fueros, y el emperador lo prometió: y fue otro dia á la ciudad con solos los caballeros de su corte armados, y cuatro banderas de alemanes bajos que habian de quedar de guarnicion. Alli hizo todo el pueblo su ceremonia, jurando al César por señor, alzando cada uno dos dedos al cielo, y S. M. les prometió de guardarles los fueros, y mantener sus costumbres, y tratar como á fieles vasallos.

Aqui en esta ciudad se cobró toda la artilleria que el príncipe de Orange habiá perdido el año pasado en una batalla que hubo con el duque de Cleves, que por evitár prolijidad, he dejado de contar con otros muchos encuentros que entre estas gentes hubo.

Llevó el emperador su artillería, dejando en la ciudad lo que convenia para su guarda. Detúvose en ella cinco dias, y de aqui quiso proseguir la guerra, y su victoria sin embarazo alguno: para esto mandó, que todos los clérigos, prelados y enfermos, que venian á el campo, se fuesen á Flandes con una escolta, y asi lo hicieron que no quedó sino el obispo de Jaen, para tener cuidado del hospital y heridos del campo.

Tambien mandó el emperador al duque de Nájera don Estéban Manrique que se fuese á Flandes, que desde que entró en Alemánia, no tuvo dia de salud, y le hizo mucho daño quererse esforzar demasiado, y andar armado, y dormir en el campo, porque lo hacia asi el emperador; tanto puede el ejemplo del príncipe. Y antes que el emperador partiese de Remonda, se envió á rendir un castillo muy fuerte que quedaba atras, por no hacer caso de él, y no detenerse y embarazar

algunos dias, el cual se llama Citre, y con este quedó llano y por el emperador el ducado de Julies. Dejó fortificadas en él cuatro plazas muy fuertes, que se llaman Dura, Julies, Citre, y Ayusperque.

Por la via de Colonia supo el emperador aquí en Remonda como habia llegado la nueva de la toma de Dura al duque de Cleves una mañana estándose vistiendo, y sin acabarse de vestir, bajó á los de su consejo, y les dijo: Por esta carta vereis como me ha tomado á Dura el emperador, y cuantos caballeros y buenos soldados en ella me han muerto: ved en el estado que me han puesto vuestros consejos: y salióse sin esperar respuesta.

Su madre del duque estaba mala, y alteróla tanto la toma de Dura, que murió aquel dia, caso notable y ordinario en los que se atreven, y descomponen con el príncipe á quien deben obediencia.

XL.

Ríndese el duque de Cleves.

Miércoles á cinco de setiembre partió el emperador de Remonda la via de Banalo, villa muy fuerte del ducado de Gueldres, la cual está sentada en un llano ribera del rio Mosa, sin tener padrastro alguno sino un poco de cerro á un lado de la villa. Tenia un grande y hondo foso de agua al rededor con la fortificacion de tierra, y rama (que ellos llaman Duba) tan alta como una pica. En esta fortificacion tenian hechos sus traveses, que respondian del uno al otro muy en órden, y dos grandes bestiones á las dos partes del lugar, el

uno hácia el campo imperial, y el otro á la otra parte del campo dentro del rio.

De la otra parte del real tenian hecho un caballero de madera, que entraban á él por bocas los de la villa, todo esto estaba muy lleno de artilleria; ademas de toda esta fortificacion tenian la muralla de ladrillo fuerte y gruesa. Esta machina de bestiones, y caballeros se habian de ganar antes que se batiese el lugar, y por esto temian que habia de costar mucha gente. Habia dentro dos mil y doscientos soldados de guarnicion, escogidos.

Los españoles la fueron á reconocer el jueves adelante, y parecióles que estaba fuerte muy mucho, y tambien que la gente que estaba dentro de guarnicion era plática, porque ni tiraban tiro perdido, ni salian á escaramuzar, sino con buen órden, aunque trece españoles arcabuceros se hallaron en una, en que mataron treinta y dos de ellos muy bien tratados. Viernes siete de setiembre el emperador les envió un trompeta con un rey de armas á decir que se rindiesen, y les daria una paga: ellos respondieron mansamente, que estaban muy bien pagados de su amo, y que no pareceria bien á su magestad que ellos recibiesen paga de otro algun señor.

Viendo esto el emperador mandó poner en órden para darles tres baterias, y cada dia reconocian los españoles la villa, y la hallaban mas fuerte, digo fuerte, para perder alguna gente, pero no para dejar de tomarla (dice este) que á nuestra nacion, por acá, á Dios gracias, no se le hace cosa imposible. En ver por donde se habia de batir, y en hacer los cestones, y aparejar otras cosas, se gastaron cuatro dias, hasta doce de setiembre.

Estando ya casi todo apercibido, á doce de este mes vino el duque de Cleves, el que livianamente creyera que el emperador se habia anegado en la jornada de Argel, viéndo lo poco que podia fiar en las promesas del rey Francisco, determinó, dejando las armas, echarse á los pies de su príncipe, fiar mas de su clemencia, que de las armas y fortaleza de las ciudades.

Llegó á la tienda del emperador, con hasta quince caballeros de los suyos. Su magestad no le quiso ver: él se fué á la tienda de Mr. de Granvela, de donde negoció que su magestad le diese audiencia otro dia. Jueves de mañana á los trece de setiembre mandó el emperador á todos lós caballeros de su corte, que se hallasen á las nueve en la tienda de la capilla, donde sentado en una silla con un dosel á los pies vestido una ropa suelta de lobos cerbales, esperó al duque de Cleves, el cual entró en esta tienda, y con él Henrico duque de Branzvic señor aleman, gran servidor del emperador, y el coadjutor del arzobispo de Colonia, que habia de sucederle, y un conde embajador de la ciudad de Colonia.

El duque de Cleves era un muy gentil mozo, alto y muy bien hecho; en el gesto no parecia nada aleman: venia vestido á la francesa de luto por su madre. El y los otros que tengo dicho, todos cuatro, entrando se hincaron de rodillas delante del emperador, sin que su magestad les hiciese cortesia alguna, antes tenia el semblante muy grave, como quien veia delante de sí un vasallo rebelde, que tanto le habia ofendido.

Estando asi de rodillas, comenzó el duque Branzvic una oracion en aleman, que tardó un

cuarto de hora: en sustancia decia: que el duque de Cleves conocia que habia errado, y que pedia á su magestad perdon; que ponia en sus manos su estado, sus vasallos, sus criados y su persona; que su magestad hiciese en todo lo que fuese servido, que él confesaba haber errado como mozo mal aconsejado, y que le castigase conforme á su voluntad.

En acabando el duque Branzvic, comenzó otra oracion el embajador de Colonia, en que se detuvo otro tanto, y casi dijo lo mismo estando todos de rodillas.

El emperador mandó á su secretario del imperio, que respondiese en muy pocas palabras, que le perdonaba, si bien su desacato y atrevimiento habia sido grande: y acabado esto, su magestad le mandó levantar, y se levantó él tambien, y le tocó la mano riéndose con rostro alegre, que tal era la clemencia del César, con los que se le humillaban, si bien gravemente le hubiesen ofendido, digna y natural condicion de príncipes. Y habló allí un poco con él, y de ahí adelante le hizo mucha cortesia, como la merecia un príncipe como este.

Hizo lástima ver de rodillas al que el dia antes tenia aquel ejército puesto en cuidado.

No vino el duque tan inconsideradamente á rendirse como á algunos pareció, porque viéndose tan apretado, y perdida Dura, en quien él tenia todas sus esperanzas, y mayor confianza, y al emperador tan poderoso despues de muerta su madre, que estorbaba la paz por ser muy francesa, habló con el embajador de Francia que estaba en su corte, que se llamaba don Diego de Mendoza

hijo de don Juan de Mendoza, hermano del marqués de Cañete, don Rodrigo, que se pasó á Francia cuando las comunidades, al cual preguntándole el duque, que si el rey de Francia le podria ayudar con gente y dinero para resistir al emperador, le respondió que el rey de Francia estaba con mucha necesidad, que creia que no le podria ayudar en nada. Que él sabia el gasto que el rey tenia, y las gentes que pagaba, y que solo en este verano le habia enviado al mismo duque trescientos mil ducados.

Tambien llamó á Córtes á los del ducado de Gueldres, y les pidió ayuda, para resistir al emperador, y ellos le respondieron, que los gastos habian sido tantos, que no le podrian tan en breve socorrer. Viendo esto, y que debia á toda la gente de guerra siete pagas, determinó echarse á los pies del emperador, que fue el consejo mas sano que él pudo tomar. Y para asentar las condiciones con que el duque se ponia en manos del emperador, y él lo recibia, se juntaron algunos ministros de su magestad, y otros del duque y hicieron los capítulos siguientes:

XLI.

Condiciones con que se rindió el duque y cesó la guerra.

1.º Que el duque conservará y reterná en la fé católica y obediencia de la Iglesia romana, todas sus tierras hereditarias; ansi las que al presente posee, como las que á S. M. ha de volver, por virtud de este tratado, y los vasallos de ella. Y si al-

guna cosa se hubiere innovado, lo remediará con toda diligencia.

2.º Que le será fiel, y obediente á S. M., y al ilustrísimo rey de romanos, y al sacro Imperio.

3.º Que renuncia todas y qualesquier ligas, y confederaciones que tenga hechas con el rey de Francia, y el que se decia serlo de Dinamarca, y otros qualesquier estado, y tierras hereditarias.

4.º Que adelante no trataria ni haria otras algunas contra ellas, y él y sus herederos, antes si las hiciese las esceptara en ellas espresamente.

5.º Que renunciará pura, plena y libremente en favor de S. M. y sus herederos el ducado de Gueldres, y condado de Zutphen, con todos sus derechos, pertenencias, y qualesquier acciones, asi petitorias, como posesorias, que en cualquier manera, y por cualquier causa y razon le competiesen y pudiesen en ellas pretender.

6.º Que relajará á los dichos ducado y condado, y á los estados y súbditos de ellos, cualquier juramento que le hubiesen prestado, consintiendo que juren á S. M. y á sus herederos por sus verdaderos y naturales señores, como fieles y obedientes vasallos debajo del feudo del sacro Imperio.

7.º Que luego llamará su gente de guerra, y oficiales que tuviere dentro de la tierra del dicho ducado y condado, y alzando, y absolviéndoles de cualquier juramento que le hubiesen prestado, les mandará que luego se salgan de ellas, y las entreguen á las personas que diputaren para ello.

8.º Que ayudará, y asistirá, y hará todo lo que en él fuere para que S. M. desde ahora haya y tome la posesion de los dichos ducado de Gueldres y condado de Zutphen.

9.º Que restituirá y entregará el castillo de Nembergi á Mr. de Nembergi, y asi mismo la villa de Amberfert, con su artilleria á S. M. ó á los que diputare para ello.

10. Que hará entregar la villa y castillo de Ranestañi, y señorio de Comella como á feudo suyo, por razon del ducado de Bravant, para S. M. y de nuevo de la investidura de él, concede á S. M. que pueda redimir el castillo de Ranestani, dándole la recompensa en otras tierras, ó en dinero, á juicio de buen baron.

11. Que todos los súbditos y servidores de S. M. puedan libremente usar y gozar de los bienes que tuvieren en las tierras del duque, como los gozaran antes de la guerra, y asimismo por el contrato los del duque en las tierras de S. M.

12. Que para que S. M. sea mas seguro de su obediencia, se contenta que se trate entre ellos de nueva confederacion y buena vecindad entre las tierras hereditarias de S. M. y las suyas, el cual ofrecimiento, S. M. admitió, y consintió que se tratase por los comisarios que para ello se diputaran para asentarla de nuevo y confirmar la antigua.

13. S. M. remitirá, y perdonará al dicho duque cualquier ofensa que por lo pasado le haya hecho en cualquier manera, y lo tomará en buena gracia, y tratará, y tendrá adelante como á buen principe del Imperio, y tomara á él, y á sus tierras, y súbditos en su proteccion.

14. Que remitirá, y relajará ansi mismo cualesquier daños, gastos é intereses que S. M. y sus tierras y súbditos hayan sostenido por causa de la guerra, comenzada el año pasado hásta agora

untamento con los frutos, y rentas, y emolumentos recibidos por el dicho duque de los dichos ducados, y condados.

15. Que despues de haberse cumplido por el dicho duque lo por él prometido, le restituira el ducado de Gueldres, el cual tiene en su poder, y todo lo demas que en esta guerra S. M. haya ocupado de sus dominios, para que el dicho duque y sus herederos lo gócen conforme á la natura del feudo, reconociendo en ella á S. M., y al sacro imperio, remitiendo á los estados y súbditos de los ducados de Gueldres y Cleves, el juramento de fidelidad, que cuando les tomó, les prestaron, escepto la fidelidad que á S. M. como á emperador y al sacro imperio se debe por razon del supremo dominio: los cuales súbditos ha de tener el dicho duque por buenos y fieles vasallos, sin hacerles algun mal tratamiento por haberse dado, y sometido á S. M., y prestado el juramento de fidelidad: Lo cual el dicho duque prometió de guardar y cumplir.

16. Retuvo S. M. de lo susodicho, los castillos y villas de Misersue, y á traer á su beneplacito, el cual prometió que moderaria, y abreviaria segun se gobernase el duque.

17. Reservó asi mismo los feudos, de los cuales el dicho duque es obligado á reconocerle como á duque de Bravant, para que despues los tomase de S. M., y les prestase juramento de fidelidad, conforme á la natura del feudo.

18. Reservó tambien el jusuendi, que le perteneciese en los territorios y dominios que el duque posee con titulo de empeño.

19. Que restituya el dicho duque, el dicho cas-

tillo y lugar de Ranestain con todo su dominio, el cual es del duque como dicho es le ha de entregar.

20. E ansi mismo, el dominio de Aventudal, Ubinendale y todos los otros bienes que pertenecian al duque, en las tierras hereditarias de S. M. antes de la guerra, de los cuales haya de reconocer en feudo á S. M. como á duque de Bravant. Y dar siempre que fuere requerido, entrada y salida en los castillos y fortalezas que hubiere en las tierras hereditarias de S. M. y á sus herederos, duques de Bravant y a sus ministros.

21. Que estos bienes hayan de sostener los mismos que sostenian antes.

22. Que remite y perdona á todos los consejeros, adjutores, servidores y súbditos del duque y del dicho ducado de Gueldres y condado de Zutphen cualquier ofensa que le hayan hecho por haber acudido contra S. M. al duque, y la pena que por ello hubiesen incurrido.

23. Que los cautivos de la una y de la otra parte se hayan de volver sin rescate, pagando solamente el gasto que hubieren hecho del comer.

24. Que S. M. pedirá á los estados de los dichos ducado y condado, que absuelvan al duque de cualquier juramento, pactos, tratados, obligaciones y convenciones que entre ellos haya.

25. Que no se puedan exijir de los vasallos los precios de la redencion de los incendios, vulgarmente dichos, Branst Hantz, por la una á la otra parte prometidos, antes sean aquellas libres y absueltos de ellos.

Los cuales capítulos fueron loados y aprobados por la una y otra parte y prometidos de guardar y observar y de no venir contra ellos en manera

alguna, con las fuerzas é firmezas acostumbradas de poner en semejantes tratados.

26. Que el emperador reciba en su gracia á Martin Van Rosem y se le restituyan sus bienes y el emperador lo reciba en su campo y milicia, haciendo Rosem juramento.

27. Que el emperador dé seguro y patente, para que Juana, hija del duque de Vendoma venga de Francia por Flandes á Clivia.

XLII.

Juran los de Gueldres al emperador.

Con estas condiciones se dió fin á la guerra de Gueldres y Cleves. Poco despues el duque casó con Maria, hija del rey don Fernando, como se dirá, porque luego que el rey de Francia y duque de Vendoma supieron, que el duque de Cleves se habia rendido al emperador y compuesto con las condiciones dichas, revocando las que con Francia habia hecho y que con esto estaba en su gracia, no le quisieron dar la esposa Juana de Vendoma. El duque no lo sintió mucho y el Pontífice dió por nulo el matrimonio hecho con Juana, por haber sido siendo ella niña y no haber habido ayuntamiento ni lugar para sospecharlo: queriéndolo la misma Juana, casó con otro en Francia y el duque con mucho contento, con Maria de Austria.

Recibió el emperador, despues de hechas y juradas las condiciones dichas, al duque con mucho amor y cortesia, y le convidó á su mesa.

Despues vino Martin Van Rosem, Senescal de

Gueldres, á quien el emperador hizo mucha merced, y recibió en su servicio, y perseveró en él de ahí adelante con toda fidelidad, y el emperador le ocupó en muchas guerras con cargos muy honrados como este valeroso capitan los merecia. Y de la misma manera lo hizo el duque, guardando la fé y amistad que habia prometido á la casa de Austria, así en los tiempos adversos como prósperos, y en esto perseveró toda la vida como príncipe noble y verdadero. Los soldados que estaban en Banalo, salieron con sus banderas tendidas, y el emperador les hizo merced de una paga por siete, que el duque les debia, y los recibió en su servicio con otros del duque. Á esta ciudad ó villa de Banalo vinieron todos los procuradores de las ciudades del ducado de Gueldres, á jurar al emperador por señor, y entregarle las llaves de las villas y ciudades del estado.

El emperador les prometió guardar sus fueros, y de no llevarlos á Bravante con lás apelaciones, que era la cosa que ellos mas sentian, por los bandos y enemistades que hay entre bravanteses, y gueldreses, y porque antes el emperador no los quiso quitar esta obligacion de acudir con las apelaciones á Bravante, negaron al emperador, y eligieron por su duque á este Guillermo duque de Julies y Cleves, que era su vecino.

De esta manera y con tanta honra del emperador, en solos quince dias, y con tan poca costa (que dijo S. M. que no eran ciento cincuenta mil ducados) se acabó la guerra de Gueldres: sin duda alguna, pudo este emperador decir lo que Julio César: *Vine, vi, y venci.* Y es cierto, y dígolo sin aficion de mi gente, que se debe esto á tres mi

y quinientos españoles que ganaron á Dura, y espantaron á toda Alemania alta y baja.

Antes que el emperador partiese de aqui el príncipe de Orange y Prateo partieron á tomar el juramento por el emperador á los gueldreses, y zutfanos, á los cuales el duque habia soltado, ó alzado el juramento que le habian hecho, y con las ceremonias acostumbradas juraron por su duque y señor al emperador Cárlos V.

XLIII.

Toma á Niza Barbaroja:--Victorias del francés.

Como en esta vida no hay gozo cumplido, no lo pudo ser el de esta victoria, porque aqui en Banalo llegó un correo de Italia, que trajo nueva de que Barbaroja habia tomado á Niza; y de Hungria vino otra, que el turco habia tomado á Siete-Iglesias, y á Estrigonia que era la mas importante plaza de Hungria, y que iba sobre Alba-Real, que es otra tal. De esta estaba muy confiado el rey, que no solo tomaria el enemigo, porque tenia dentro cincuenta españoles.

El rey estaba para salir en campo con buen ejército: trajo esta nueva de Hungria, Rodrigo de Guzman.

Tambien vino otro correo de Flandes con aviso de que el rey de Francia con grueso ejército entraba en el condado de Artois, que es frontera de Francia, y que habia tomado un lugar que se llamaba Landresi, no fuerte, pero que lo fortificaba muy bien y que el duque de Ariscot, que por el emperador estaba en esta frontera de Flandes le

iba á socorrer, y resistir al rey, el cual duque llevaba tres mil españoles, que habia traido don Pedro de Guzman, y seis mil ingleses; cuatro mil alemanes bajos, dos mil borgoñones, y mil quinientos hombres de armas.

En tanto el emperador hacia la guerra al duque de Cleves, el rey de Francia con mediano ejército envió á su hijo Cárlos duque de Orleans, y á Claudio Annibaldo contra la tierra de Lucemburg. Habian recobrado los flamencos las tierras, que por aqui tenia tomadas el rey de Francia, escepto Jubosio, y Monmedio, que las tenian franceses bien guardadas. Entró el duque de Orleans por la parte de Enaut, tomó á Viretonio, y á Arlonio, saliendo los que estaban de guarnicion. A 10 de setiembre se puso sobre Lucemburg, ciudad muy principal, y cabeza del ducado, que fue el primer título y estado que se dió al emperador cuando le bautizaron. Estaban dentro de esta ciudad ademas de los naturales. tres mil quinientos infantes con los capitanes Egidio Levancio, y Juan Mentesi, con cuatrocientos caballos, que mirando poco por su honra, sin esperar un asalto, siendo tan grande la fuerza, y guarnicion que habia, entregaron la ciudad, saliendo libres con las armas y ropa que tenian.

Puso el duque de Orleans en Lucemburg á Longuevayo con dos mil alemanes, y trescientos caballos franceses.

A 9 de setiembre vino el rey Francisco á Lucemburg, y mandó que no se hiciese daño en los edificios de la ciudad, que habia pareceres, que era bien arruinarla, diciendo que no se podria él llamar duque de Lucemburg, sino tenia la ciudad primaria y antigua del estado. El duque su hijo

hallaba por dificultoso poderla sustentar. Un ingeniero llamado Arlonio, se ofrecia de hacerla inespugnable, con poca fortificacion que se le añadiese.

El rey tenia consigo cuarenta mil hombres; hízole jurar por duque de Lucemburg, y todo el tiempo que aqui estuvo gastó en banquetes y saraos, y dia de San Miguel dió el rey el hábito de San Miguel, que es la caballeria mas honrada de Francia, en la Iglesia de San Miguel de Lucemburg, y dado el órden para fortificar la ciudad, quedando para esto Gerónimo Marino, maestro é ingeniero, natural de Bolonia, y capitan de una compañia de italianos, dejando mucha infanteria y caballeria, de los cuales todos era (como dije) capitan general de Longuevallo, salió el rey, y tomó á Theouvilla; con que acabó de hacerse señor de todo este estado: y dio la vuelta, llevando á su hijo consigo á Francia, porque ya tenia aviso de que el emperador habia allanado al duque de Cleves, y que venia con su ejército victorioso en su busca.

XLIV.

Va el campo imperial contra Landresi.

Tenian los franceses con su capitan Reusio, hermano del duque de Ariscote, la villa de Landresi, donde el emperador queria comenzar á dar á entender, y sentir el enojo que tenia del rey de Francia, y la satisfaccion que de él queria tomar, por las ofensas recibidas. Habiendo acabado con Gueldres repartióse el campo imperial en tres ó cuatro partes y lo que era la corte, y fue por otro: y

todo se habia de juntar en Valencienes, frontera de Francia, á 23 de setiembre.

Cayó el emperador en la cama: por haberle tocado la gota, que ya andaba este gran príncipe fatigado de tan prolijo y doloroso mal, que sus grandes trabajos le habian puesto en áges de viejos, no mereciendo él sino una muy larga salud y vida, pues tanto importa en el mundo.

Eran ya 8 de otubre, y no estaba determinado dónde iria el campo. Tenia tanta gana el César de hallarse en todo, que pensando estar cada dia mejor, tuvo á don Fernando de Gonzaga su general dos leguas de Francia, cerca de San Quitin, que es una muy fuerte plaza de aquel reino. Estaba determinado el emperador, en mejorando, salir á campaña, y entrar en Francia, con ser ya (como es por este tiempo en aquellas partes) muy riguroso el invierno de aguas, nieves, y frios. Martes á 2 de otubre, los franceses que estaban en Landresi, temiendo lo que sobre sí les venia, se recogieron á la mitad de lo que tenian fortificado, y los flamencos que estaban sobre ellos, les ganaron la otra mitad, y ganaron mala ventura; porque los tenian los franceses desde su fuerte á caballero, recibiendo mucho daño de la artilleria, si bien los flamencos se las pagaban, de suerte que venian á deberse muy poco.

Habia pareceres de que por este invierno quedase cercada Landresi, y que con lo grueso del ejército pasasen adelante.

El jueves siguiente, tuvo el emperador correo de Italia, que trajo la nueva de que Barbaroja no osó esperar en Niza al marqués del Vasto, que habia ido contra él, y que se fue llevando todos los

hombres, mujeres, niños, y ropa de Niza la vuelta de Marsella. Deciase que el rey y Barbaroja andaban desavenidos, y temian muchos que le habia de costar caro al rey de Francia aquella mala compañia; por lo menos las galeras, que se alzaria el moro con ellas.

Desde aquí despachó el emperador para todos los príncipes y ciudades de Alemania, mandándoles que á 13 de diciembre se juntasen en Espira, para la dieta.

XLV.

Movimientos de franceses é imperiales.

Martes de mañana á los 9 de octubre, vino Pedro de Zúñiga, con carta de don Hernando de Gonzaga, en que decia al emperador, que el rey de Francia habia caminado mucho, y que estaba en San Quitin, ó muy cerca de ella.

La vanguardia de su ejército estaba este dia á tres leguas del campo imperial, de manera que sus caballos andaban ya envueltos con los imperiales. Tenia el rey Francisco muy fortalecido á Landresi. Estaba dentro el capitan Landa con bastante guarnicion, y habia fatigado tanto en aquellos dias aquella tierra, que por llantos y ruegos de los vecinos, quiso el emperador, que la primera empresa fuese á ganar á Landresi.

Arrimóse al campo imperial hasta un lugar de allí cerca, que se llama Guisa, con intencion de tomarle primero, antes de acometer á Landresi: pero entróse en él á vista del ejército Pedro Stroci, hijo de Felipe Stroci con cuatrocientos caballos.

Servía este Stroci al rey de Francia despues de la muerte de su padre.

Pasó el campo á juntarse con el de la reina Maria, que estaba, como dije, sobre Landresi, con los tres mil españoles que le habia llevado don Pedro de Guzman, que llamaban don Pedro de Noche, por las canciones que componia, y solia cantar en tinieblas dulcemente.

Estando en este cerco, llegó la nueva de que el rey de Francia en persona venia, y que traia cincuenta mil hombres, y determinacion de dar la batalla al emperador; porque como andaba desavenido con Barbaroja, queria antes que le faltase, y se quedase solo, probar esta ventura: de lo cual el emperador se holgó infinito, porque era lo que él mas deseaba.

Miércoles de mañana á los 10 de este mes de octubre, se retiró el campo imperial de sobre Guisa, porque le faltaban vituallas para venir sobre Landresi. Cargaron los enemigos en la retaguardia. Don Francisco de Aste capitan general de los caballos ligeros del emperador, por retirar unos caballos que quedaban escaramuzando, quedó rezagado, y á una carga que los enemigos le dieron, cayó su caballo: algunos caballeros que iban con él por socorrerle, volvieron, y fueron presos don Francisco de Aste y Mr. de Isiese, hermano de Mr. de Rin, y Alfonso Visal, gentil-hombre de boca. Los enemigos se retiraron con su presa á Guisa.

A los 7 de octubre llegó el campo imperial sobre Landresi con muy ruin tiempo: púsole don Hernando de Gonzaga general del campo imperial, de esta banda de un riachuelo, y para ir a topar-

se con el rey, habiase de juntar con los ingleses y flamencos, y esperar que el duque de Ariscote, Buren, y Galopo sus capitanes, pasasen aquel rio, se pusiesen en sus mismos alojamientos, para que todos juntos diesen la batalla, que el rey de Francia decia, que la venia á dar, y los imperiales querian, y venian á lo mismo. No quisieron los capitanes flamencos hacer lo que don Hernando les ordenaba y asi hubo de pasarse él, donde ellos estaban.

El rey Francisco llegó con su campo á Guisa, y partió allí muy en órden, llevando su hijo el delfin en la vanguardia y al almirante Annibaldo en la retaguardia, y el rey llevaba la batalla. Llegó tan cerca del campo imperial, que se pudo trabar una recia escaramuza, y en el mayor calor de ella metió el rey en el pueblo gran cantidad de bastimentos, que les habian bien menester, y gente, y capitan de refresco, sacando de los que antes estaban. Perdióse esta ocasion de batalla, y el rey tuvo lugar de socorrer su pueblo, que le pareció habia hecho harto, y mas en representar la batalla: la cual no se dió por lo que dije, de no haberse querido juntar el duque de Ariscote, y porque tampoco don Hernando tuvo mucha gana de darla, porque aun no era llegado el emperador, ni Martin Van Rosem, ni el duque de Sajonia, que venia ya muy cerca.

Pareciéndole al rey Francisco que habia hecho lo que bastaba para su reputacion, levantó el campo, y fuese á poner en Cambresi, poco mas de una legua de sus enemigos. Detúvose allí dos dias como dicen los franceses, esperando á que el emperador le presentase la batalla, con intencion de no rehusarla, porque el emperador era yá llegado con la gente de Rosem y Mauricio.

XLVI.

Como pasó el representar la batalla el rey al emperador.

Ahora diré muy por menudo este cuento, y por relacion de testigos fidedignos que se hallaron presentes, y concuerdan, aunque lo escribieron sin saber unos de otros (ni aun quizá conocerse) y algunos de ellos son estrangeros. El rey Francisco en los dos dias que estuvo entreteniéndose con escaramuzas, escribió á Italia, y á otras partes, gloriándose que á pesar del emperador habia proveido á Castil Landresi, y le habia representado la batalla, y que el César huia de ella, y que le habia de seguir hasta el cabo del mundo. Tenia el rey Francisco en su campo diez mil caballos, y mas de cincuenta mil infantes, aunque no muy buenos. Eran los seis mil gascones, doce mil suizos, siete mil gueldreses, y otros alemanes, dos mil italianos, y veinte y cuatro mil franceses. Tenia el emperador nueve mil caballos, los mil y quinientos ligeros, y cuarenta y siete mil infantes, los seis mil eran españoles, los siete mil ingleses, y mil italianos.

Contaré ahora lo que pasó, para que todos sepan la determinacion que hubo de pelear, sobre haber pasado los desafios que se han dicho, y estar tan juntos, y aun dijo el rey de Francia, que venia á dar la batalla, y que le habia de seguir hasta el cabo del mundo, y acabar de una vez con el emperador.

Llegó, pues, el emperador á su real jueves dia

de Todos Santos, que habia partido de Dabenes, y el mismo dia el rey se alzó de donde estaba, y se fue camino de Francia, y el campo imperial caminó tras él, y estuvieron asentados un tercio de legua un campo de otro, y el emperador partió viernes, y se fue á juntar con su campo, que marchaba en seguimiento del francés, á medio dia, en tiempo que estaban los escuadrones hechos, con pensamiento de dar la batalla, y trabada escaramuza de caballos harto reñida. El campo francés estaba sentado junto á un lugar, que se dice Tachio de Andresim, del obispado de Cambray, y la persona del rey y delfin dentro del pueblo.

Sábado, que pensaron fuera la batalla, salió el emperador todo armado, salvo la cabeza, por ser conocido, en un caballo encubertado, y ordenó el ejército, animando á cada nacion en su lengua; y como setecientos alemanes bajos de á caballo, que se adelantaron, peleaban con parte de la caballería francesa, y los españoles que se alargaron en dos alas hasta llegar á las trincheras, preguntaban de mano en mano á don Hernando de Gonzaga, si entrarian; él dijo que no, (que no debiera).

El emperador se puso el yelmo diciendo al escuadron de su corte, que ya era llegado su dia; por eso que peleasen como caballeros honrados; y si viesen caido su caballo, y su estandarte, que llevaba Luis Mendez Quijada, que levantasen primero el pendon que á él. Caló diciendo esto la visera, tomó la lanza, y caminó paso ante paso hácia los enemigos.

Era poco menos de medio dia; esperó cuatro horas quedo en un lugar, á que saliese á la batalla el rey como lo blasonaba y decia, que solo á darla

venia, si bien lo atraian y provocaban los españoles pegados á su real. Salieron unos españoles á combatir, y tomar el lugar donde el rey estaba metido, echando á la mano izquierda, y pusiéronse un tercio de legua del francés, que unas cuestas impedian que no se viesen. Jugaba reciamente la artilleria, y hubo una escaramuza bien trabada y reñida, y en una carga que dieron los franceses, mataron á don Géronimo Pacheco, hermano del marqués de Cerralbo, y cuando los franceses arremetieron, estaban los escuadrones imperiales de á pie y de á caballo ya ordenados, y la artilleria para dar la batalla. Sonaron reciamente las trompetas, y las voces diciendo: *Arremeter, arremeter.*

Cargaron mas de ochocientos caballeros imperiales en seguimiento de los franceses, que se retiraban á largo paso, cuando entendieron la determinacion del campo imperial, y dióseles tal carga, que mataron y prendieron de ellos mas de ciento y los encerraron en sus trincheras, y se hicieron fuertes en su real.

Luego disparó la artilleria imperial, y arremetieron los españoles, caballeria é infanteria, tocando fuertemente las trompetas, diciendo á grandes voces todo el campo: *Batalla, á la batalla*, haciendo cada nacion los autos y ceremonias que tienen de costumbre, cuando quieren asi romper y dar la batalla. Mas el rey de Francia, con ser él el que habia dicho y escrito que venia á darla, se estubo quedó, sin querer salir de su fuerte, estando los españoles arrimados á él, y con determinacion de romperlo, y entrar á combatirlos dentro, y los dos campos tan cerca, que vergonzosamente se pudo

rehusar, si don Hernando de Gonzaga, cuando los españoles arrimados á las trincheras, le preguntaron si entrarian, no se lo negara, dentro en su alojamiento, combatieran al rey.

Cuatro horas enteras estuvo el campo imperial de esta manera incitando, y provocando á la batalla. Como no salia, y ya el dia se pasaba, el emperador mandó tocar á recojer á un cuarto de legua del real del rey, que solas unas pequeñas cuestas quitaban el poderse ver unos á otros.

Acordóse en el campo del emperador, que otro dia domingo se echasen unas puentes en un riachuelo que habia, para tomar la delantera al campo francés, y apretarle de manera, que á su pesar peleasen. Luego se comenzaron á hacer, y sobre ellas algunas escaramuzas, en que murieron seis ingleses, y hubo otras cosas no de tanta cuenta. Hubo gran falta y descuido en las espias del campo imperial, que no pusieron el cuidado y diligencia que debieran, en saber qué gente traia el rey, y qué pensamiento tenia, que lo que mas importa en la guerra es, saber los designios ó fines del enemigo. Echaron de ver los imperiales (cuando no lo pudieron remediar) que el campo del rey de Francia no era tan copioso de gente como habian pensado, que sin duda, si hubieran sabido la gente que tenia, y la calidad de ella, antes de socorrer á Landresi, le salieran á dar la batalla sin esperar al emperador, y fuera con mucha seguridad de la victoria, porque en gente y bondad les tenian conocida ventaja.

Y tambien el rey de Francia vino engañado, porque cuando los imperiales estaban sobre Landresi, por el recio tiempo que hacia, le dijeron que

no habia quedado gente en el campo del emperador, y por eso pensaba que venia seguro y con ventajas á socorrer su fuerza, y hacia las bravatas de que habia de dar la batalla y vencerla.

Asi digo que por falta de espias, perdieron los imperiales el mejor lance del mundo, pues dejaron de prender al rey y al delfin, y desbaratar su campo. Ni tampoco despues que vieron que el sábado se habia estado acorralado dentro de sus trincheras, sin querer salir á la batalla, hubo cuidado de procurar saber lo que pensaba hacer el rey, que cierto se vió muy atribulado, cuando conoció su peligro, y pensó ser perdido, y segun se supo, no se entendia en otra cosa, sino cada uno en salvarse. Domingo despues de comer, en tanto que los imperiales andaban ocupados en hacer las pontezuelas, los franceses andaban aprestando la fuga. Hicieron grandes fuegos en su campo, de manera que el humo impedia poder ser vistos ni lo que hacian, y sin grita, ni trompeta cargaron todo su fardaje, y pusieron á punto la artilleria, quitaron los cencerros, y cascabeles á los caballos y bestias, que la tiraban, y aun dió el rey á un carretero, porque hacia ruido con el azote; tan callando importaba retirarse.

Tomó las llaves de Cambresi, porque ninguno saliese á dar aviso de su partida. Y luego tras la artilleria caminó la infanteria, y el rey con ochocientos caballos á dos horas de noche á la lumbre de un farol, y á media noche toda la caballeria tan sin órden ni concierto, que por el camino se dejaban los enfermos, y algunos carros de tiendas con otros embarazos, cuales suele traer un campo, y son en él penosos, cuando es forzada la huida.

Los imperiales sin detenerse en ellos, con codicia de alcanzar al rey, y romperle de todo punto picaban á toda furia. Sintiendo el francés la priesa y cólera del enemigo, ordenaron que el delfin quedase emboscado, para dar en los imperiales, que sin recelo caminaban, y saliendo á tiempo dieron sobre los que mas de lo justo se habian adelantado, cargándolos con tanta furia é ímpetu, puramente francesa, que los hicieron volver, y dejar el alcance quedando muertos parte de ellos en el campo.

Unos por salvarse metiéronse en la espesura de los montes, donde padecieron trabajo por no poder ser tran presto socorridos, y con dificultad y pérdida llegaron al campo imperial, donde ya estaban otros que con mejor tino tomaron el camino derecho, retirándose de la emboscada. Fue el emperador mal engañado en esta jornada, por la falta de espias, y por la traicion de otros, que avisaban al francés de lo que entre los imperiales habia.

Tuvo particulares avisos de un Bosio, que como traidor le dijo, siendo criado del emperador, que ni por el pensamiento le pasase romper, ni esperar á que le rompiesen, porque la gente que el emperador tenia, era muy escogida, y que ardian por pelear, y pedian la batalla, y que le habia venido al emperador un gran socorro de Alemania. Súpose la traicion de Bosio, corrompido con dineros: fue luego preso, y en Gante degollado, y hecho cuartos puesto en palos.

Tal fue esta jornada famosa entre franceses, gloriándose, porque su rey á vista y pesar del emperador socorrió á Landresi, y se la quitó de las

uñas: mas callan la retirada, que todos cuentan como digo, que el rey hizo á 6 ó 7 de noviembre con silencio y bien de noche tomando el camino de Guisa.

Los que se hallaron en esta jornada, culpan á don Hernando de Gonzaga, que fue general en ella y Paulo Jobio por salvarlo, culpa al capitan Salazar, y fue, que cuando el emperador se acercó tanto con su campo al del francés, que no habia mas que milla y media de uno á otro, con un pequeño rio en medio, para dar al rey la batalla, habiendo dos dias que estaba alli, y se la habia presentado, y no la quiso aceptar, aquella noche que el francés se retiró, envió don Hernando de Gonzaga al capitan Salazar, para que reconociese el campo de los enemigos, el cual tornando de hacerlo, dijo á su general, que el campo estaba sosegado en el mismo lugar donde aquel dia habia estado, y que los esguízaros hacian guardía, y tenian plantada alguna artilleria, y venido el dia se descubrió su error, etc.

Dice esto Jobio asi, y la verdad es, que Salazar reconocido el campo del francés, vino á la tienda de Gonzaga, y le dijo estas palabras: «Señor, el rey se retira!» y le preguntó cómo lo sabia, y díjole las razones que habia para ello. Mandóle volver segunda vez á que lo remirase mejor; tornó y volvió á don Hernando y se afirmó en lo que habia dicho, certificándolo de todo punto, y don Hernando le dijo que era imposible; y que no lo creyese; y con tanto se salió Salazar de su aposento tomando testigos de lo que habia dicho.

Asi el emperador dijo otro dia á don Hernando de Gonzaga: «Vos me habeis quitado hoy mi ene-

migo de las manos.» Y escusándose don Hernando con Salazar, quiso averiguar el negocio, y todo paró en palabras, y en algunas voces, y réplicas con el Salazar, el cual no osando estar mas en el campo temiendo no le mandase matar el general, se vino á España, diciendo lo que le parecia contra don Hernando; pero fue preso por el alcalde Ronquillo en corte (no sé á cuya instancia) donde estuvo detenido algunos dias, y quedó averiguada esta verdad por probanza, y le soltaron mandándole, que no hablase mal de don Hernando de Gonzaga.

Tambien dice Jobio, que al rey de Francia le pareció, que habia cumplido con representar la batalla á los imperiales. No sé que llama Jobio representar la batalla, pues sin acabarse aquella guerra, vi levantarse los ejércitos de aquella comarca, ni la pendencia de Landresi, le presentan á él la batalla, y la rehuye, y se retira, y el campo del emperador, como victorioso se aposentó en el mismo alojamiento (ceremonia y pundonor antiguo de la honra de la guerra) donde su contrario habia estado alojado cuando se retiró; y si antes que el emperador llegase á su campo don Hernando no quiso pelear, pareciéndole que no tenia lugar, ni ocasion buena para ello, no fue por esto como el Jobio, y la pontifical dicen, sino que realmente sabido por el emperador (que estaba con sus achaques curándose) lo que pasaba, le envió á mandar que no diese la batalla de ninguna manera, hasta que él llegase, y aun hubo mas necesidad que esta, que sin embargo de este primer mandato con ciertas escusas que suelen tener los capitanes deseosos de pelear, lo queria aventurar

el mismo Gonzoga, y segunda vez se le envió á mandar con Mr. de Granvela, que no diese la batalla hasta que el emperador, que se queria hallar en ella fuese llegado al campo, y asi en viniendo lo primero que hizo, fue presentarla á su enemigo y él huir, como queda dicho: tanto temió el rey Francisco la presencia del César sabiendo que era venido al campo, y no se engañó, porque con dificultad se dejara vencer.

XLVII.

Embajada del emperador al ingles.

Viendo el emperador que Landresi estaba bien proveido de bastimentos y municion, y que el rey de Francia se le habia ido de las manos, que ya el tiempo era recio por llegarse el invierno con el rigor que suele en aquellas partes, llevando el campo marchando para Cambray tuvo aviso el emperador, que algunos príncipes de esta ciudad estaban quejosos de él, y de sus soldados, y con tanta alteracion que sospechaban estar conjurados é inclinados á franceses, siendo el movedor de esta alteracion, el obispo de la misma ciudad de Cambray.

Quiso asegurar la ciudad, y metió en ella bastante guarnicion: procuró con prudencia, y mansedumbre componer, y sosegar los ánimos alterados. Mandó edificar un fuerte castillo sobre un monte que sojuzgaba la ciudad, en el cual se puso la guarnicion, y los ciudadanos quedaron llanos, ó de grado, ó á mas no poder, y por acariciarlos

el emperador les confirmó sus privilegios, y asi permanecieron en su fe, y de la casa de Austria, hasta que en el año de 1580, los alcaides corrompidos con dineros la entregaron al francés juntamente con la ciudad, de donde salian corriendo y robando las tierras de Henaut y Arras, ni se pudo sacar de las manos de franceses, hasta el año de 1595. En el cual don Pedro Enriquez de Acebedo conde de Fuentes, que en este tiempo era general en Flandes, tomando por fuerza á Dorlan, matando los franceses pasó con su ejército sobre Cambray, y la tomó por combate siendo casi inespugnable, y con el favor de algunos ciudadanos se apoderó del castillo, dejando salir los franceses que en él estaban de presidio con toda su ropa, salvo la artilleria.

No holgaban en otras partes las armas, porque en este mismo tiempo que el emperador las trataba con el rey de Francia sobre Landresi, Guillermo conde de Fustemburg en nombre del emperador juntó doce mil alemanes, y tres mil caballos, y con mucha y buena artilleria, fue contra Lucemburg, que aun no estaba con los franceses bien fortificada: la cual cercó tan apretadamente, que la puso en necesidad de bastimentos y municiones. Acudió luego el rey de Francia, enviándoles socorro de los mejores soldados viejos que tenia, y por su general al príncipe de Melfi, el cual fue con tanta potencia y órden, que Fustemburg se conoció inferior en la gente y aparatos de guerra si bien no en el ánimo, levantó su campo volviendo para Alemania. Los franceses proveyeron la ciudad de lo necesario, sacaron á Longeballo con la gente que de guarnicion alli habia estado, po-

niendo otra de nuevo, y por su capitan al vizconde de Estauge, y porque ya era insufrible el tiempo, por el rigor de los frios, vientos y aguas, en tanta manera, que los rios y grandes lagunas se helaron de suerte que se andaban como la tierra, repartió su gente por los presidios deshaciendo el campo.

En el Piamonte, el capitan Buterio cercó á San German, pueblo pequeño, y dióle sin efecto dos asaltos, perdiendo gran parte de los suyos: pero no bastó el buen ánimo y valerosa resistencia de los cercados, porque no siendo socorridos, muertos y heridos los mas principales, se dieron á partido, saliendo, con sus armas y ropa, y banderas tendidas. De ahí á poco el mismo capitan francés tomó á Crescencio, y Desnam con gran dolor del marqués del Vasto, que por falta de dineros no habiéndole acudido con ellos los cogedores de Milan, no tenia soldado en pie.

Quisiera harto el emperador seguir al rey de Francia, y entrarle el reino sin parar hasta cercar á Paris. Mas viendo que el tiempo no le daba lugar, suspendió las armas, y cólera para el año siguiente. Y queriendo juntar las fuerzas posibles, envió á Inglaterra á don Hernando Gonzaga, y á Juan Bautista Gastaldo, para que tratasen, y concertasen con el rey el modo que en esto se tendria, poniendo todo su poder contra el de Francia. El de Inglaterra recibió muy bien estos capitanes, y les hizo mercedes de ricos dones, particularmente á don Hernando, y ofreció con gran voluntad la mitad con el César, y el poder, y armas de su reino contra el de Francia, lo uno por lo que estimaba ser amigo del emperador, lo otro

por ser antiguo, y casi natural el odio entre ingleses, y franceses, y mas con la nueva ocasion de lo de Escocia, en que el de Inglaterra se sentia agraviado.

XLVIII.

Viene Barbaroja á Francia con armada del turco.

Cuando reina pasion, piérdese el respeto á lo divino y humano; la que hubo en Francisco, fue tan poderosa, que con ser un príncipe tan señalado y cristiano, quiso la amistad del turco, y valerse de sus armas trayéndolas contra los inocentes cristianos, á trueque de vengarse del enemigo.

Notorias son las diligencias, que para esto hizo, y si valieron mas las costas, y presentes que hizo á turcos, que Milan, ni Nápoles, porque fue su porfia. Trajo á Barbaroja cosario poderoso, capitan enemigo de cristianos, con la armada, y gente del gran turco, y dióle el rey tanta mano y entrada á su reino, que cuando quisiera echarlo de él casi no la tenia, viéndose pobre, y afrentado, cargado de maldiciones, que los tristes cristianos cautivos le echaban, y que el mismo turco Barbaroja, teniéndole en sus puertos le escarnecia y mofaba.

Fue Polin embajador del rey, por haber la armada en seguimiento de Soliman, hasta Andrinópoli, donde el turco quiso tener el invierno por estar mas cerca de Hungria, para la guerra que pensaban hacerla. Tuvo bien que hacer Polin en alcanzar lo que pedia, (si bien el mismo Soliman

le habia prometido la armada) por contradecirlo el basa Soliman eunuco, que aborrecia mucho á Barbaroja, y aun se dijo, que por tener las tierras de don Hernando de Gonzaga. Como se concluyó lo que deseaba, convidáronle Rustan Basa yerno del turco, y el eunuco, y diéronle ciertos vasos de plata, y caballos y vestidos, con cartas para el rey, y para Barbaroja: con las cuales volvió á Constantinopla, y se metió en la flota que con priesa se habia puesto á punto. Partió pues Barbaroja en fin de abril de este año 1543 con gruesa armada, y muy bien vasteeida.

Tuvo en Modon, ciento diez galeras, y cuarenta galeotas, y otras fustas de diversos cosarios, y cuatro machonas, con las cuales entró por el faro de Mecina, surgió cerca de Rijoles, por tomar agua. Entraron algunos soldados en la ciudad que estaba sin gente, y sin ropa. Comenzaron á quemar casas. Tirábanles con artilleria Diego Gaitan y otros soldados que serian hasta sesenta españoles, que guardaban este pueblo, y porque las balas mataron tres turcos, y un renegado, se embraveció Barbaroja, y batió con furor el castillo con unos cañones que mandó sacar de las galeras: porfió en el combate hasta que los de dentro se rindieron. Dió á saco el castillo, cautivando los hombres.

Hubo una hija del Gaitan, hermosa y música, que hizo renegar por tenerla por mujer, y á sus ruegos dejó libre la mujer del alcaide Diego Gaitan con dos criadas, y luego al padre en Tarrachina, al cual trató despues como á suegro. Pasó por Poncia, Hostia, Cibita Vieja, Pumblin, y riveras de Génova sin hacer daño. En Tolon le sa-

lieron á recibir tres galeras francesas, que acaso iban á pedir el cuerpo de Madalon Ornezan, al príncipe Andrea Doria. Las cuales con voces alegres abatieron las velas tres veces delante la Capitana turquesca, y bajando el pendon real, y otro de nuestra Señora, alzaron el dél turco, cosa harto indigna de gente cristiana.

Pesóle mucho á Barbaroja por haberse parado á combatir el castillo de Rijoles, si bien ya en su vejez venia enamorado de la cautiva cristiana hija del alcaide, entendiendo cuan pocos dias antes era ido allí Andrea Doria, segun despues diremos.

Llegó á Marsella con toda la flota, dia de Santiago, pero no entró en el puerto, mas de con treinta galeras, en que llevó los principales capitanes y cosarios que con él venian. Fue bien recibido, (saliendo toda la ciudad á verlo) de Francisco Borbon, señor de Anguien, que á la sazon era capitan general de las galeras de Francia.

Holgára ya el rey Francisco, que Barbaroja no viniera, pues se habia pasado la ocasion de la guerra de Cataluña, y la costa que traia era grandísima. Mas por sustentar su reputacion, y no caer en falta y desgracia con el turco, mandó que fuese sobre Niza, que á otra parte no se atrevia tanto, por estar todo guarnecido, cuanto por mas no incurrir en odio general de la cristiandad.

Bramaba Barbaroja tirándose de las barbas por haber venido tan larga jornada con aquella gruesa armada. Zaheria la poca firmeza del rey; sentia el menoscabo de su propia reputacion; y temia la ira del gran turco, volviendo á Constantinopla sin haber visto al enemigo. Mas habiendo de hacer la voluntad del rey conforme al órden

que del turco traia, partió de Marsella para Niza, con toda la flota y Francisco Borbon con veinte y dos galeras las tres ó cuatro del conde de Anguilara y Polin ó Polibio con diez y ocho naos en que iban siete mil provenzanos, gascones, soboranos, y florentinos. Desembarcaron en Villafranca de Niza que por su miedo estaba desierta.

Envió Polin que tenia mano en todos los negocios por el rey, á rogar á los de Niza, que se diesen, sino querian ser destruidos y llevados en cautividad. Ellos respondieron que ni querian, ni debian, antes escogian el morir como leales y cristianos por su príncipe y su Dios. Luego sitiaron la ciudad por tres partes. Francisco Borbon por un repecho, y Polin por la puerta por do salen á Villafranca, y los turcos que eran mas que los franceses por su cabo, los cuales hicieron fuerte su real, con tanta presteza y arte, que los otros se maravillaron.

Tiraron tanto á un nuevo torreon, que lo desmocharon todo, abriendo la cerca por junto de él, y arremetieron á entrar por alli. Los nizardos se defendieron aquel dia tan valerosamente, que mataron é hicieron de muerte cien turcos, ganándole una bandera, y mas de veinte florentinos, despedazando la bandera de Leon Estroci, que tomaron competencia con los turcos, á subir por la bateria. Barbaroja conociendo que por alli era imposible entrar, mandó batir la torre de la puerta, que aunque parecia recia, era flaca. Por lo cual, y por el daño que hacian en las casas, las galeras francesas, con su artilleria, se dieron los de la ciudad, á Francisco de Borbon, sobre juramento que les guardaria las vidas con las hacien-

das, y todos sus fueros y privilegios que de los duques de Savoya tenian.

Quisieran los turcos la ciudad á saco, que devia ser concierto entre ellos, pero quedaron frustrados por aquella vez, y porque no se la dieron, y los hacian volver á las galeras, quisieran matar á Polin y á Borbon. Ganada que fue la ciudad, trataron de ganar el castillo, aunque inespugnable pareciese, pensando que se daria, por haber tenido poco antes tratos con algunos de dentro, segun adelante diré. Barbaroja como guerrero, ó por ver para cuanto eran franceses, les dió á escoger, que ó combatiesen el castillo, ó guardasen el lugar y el campo diciendo, que podrian venir enemigos, como era fama que venian; y como no se determinaron mofó reciamente de ellos, especial de Polin.

Asentó con gran presteza ocho tiros de batir, que los dos eran basiliscos, con los cuales derribó las almenas y garitas del castillo; y no dejaba asomar hombres en los muros. Tambien los franceses tiraban por su cabo, y faltándoles pólvora y pelotas, las pedian y compraban de Barbaroja, el cual por ello, como era libre y decidor, dijo que como era estio, cargaban mas barriles de pólvora, y aun quiso echar grillos á Polin; tanto se vino á enojar diciendo, que lo habia burlado en Constantinopla con encarecer el grandisimo aparato que su rey Francisco tenia para la guerra: y por no acabar la pólvora, sin la cual irian sus galeras en aventura, publicó su vuelta para Constantinopla, enojándose de veras, y decidiendo que se lo merecia él, por no haber escarmentado en tratar con franceses, pues los conocia por

mentirosos, livianos y flojos. No pudiera venir mayor pesar á los franceses que aquello, mayormente á Polin que lo trajo, por lo cual se abatió á los pies del cosario como un vil esclavo, suplicándole que no se fuese, y prometiéndole grandes cosas, y dineros para los janissaros. Púsose Borbon de por medio, y otros caballeros, que procuraron desenojar al bárbaro, y continuóse el cerco y bateria del castillo.

Tomáronse unas cartas del marqués del Vasto, para Pablo Simon, caballero de la órden de San Juan, y alcaide de alli, por cuyo esfuerzo el castillo resistia, en que le avisaba, que dentro de dos dias ó tres á mas tardar, seria en Niza con todo su ejército, que podria muy bien pelear con los turcos y franceses. Derramóse la nueva por los reales, cayó temor en todos, y fue tal, que les parecia que ya se desgajaban españoles por aquellos montes. Llovió aquella noche, y dejando sus estancias con la artilleria, huyeron sin empacho, unos á la mar, y otros á la tierra. Asi que por esto, como por la fortaleza del castillo, embarcaron todos de comun consentimiento la artilleria, levantando el cerco.

Los turcos entonces robaron la ciudad cautivando cuantos pudieron. Envió Barbaroja al turco en tres naos, con una galeota trescientos niños y niñas, y monjas, pero quiso Dios que los librasen don Garcia de Toledo, y Antonio Doria, y las galeras de Malta, y del Papa que corrian la costa de Grecia, porque el rey de Francia en la otra vida no pensase por ellos, como por otros que por su causa fueron cautivos, y negaron á Cristo.

Aqui sucedió un caso que fuera bien olvidarlo, mas porque por él se vea la fuerza de la pasion que en estos dias habia en los franceses contra los españoles, lo diré, y fue que murió en la cadena de una galera de Barbaroja un desdichado español llamado Juan Francisco, que decia ser hijo de un venticuatro de Sevilla: y otros cautivos españoles, lo amortajaron como pudieron. Juntaron entre sí hasta dos ducados de limosna para enterrarlo, y hacer por su alma. Rogaron á un renegado que se llamaba Mustafá, tambien de Sevilla, que lo sacase á tierra, é hiciese enterrar, y diéronle los dos ducados, y con ser de ordinario los renegados peores que los mismos turcos, tuvo piedad, y se encargó de hacerlo, y teniendo ya el cuerpo en tierra á la orilla del mar, dijo á unos frailes franceses (que debian de ir en aquella santa armada) que tomasen aquel cuerpo, y que lo enterrasen, y dióles los dos ducados para que hiciesen por su alma.

Los frailes se cargaron de hacerlo asi, recibiendo la limosna. Pero cuando supieron que el cuerpo era de español, volvieron la moneda á Mustafá, diciendo que quemase ó hiciese lo que quisiese de aquel cuerpo, que ellos no lo enterrarian. Escandalizóse tanto el renegado, que echó mano de un palo, pedazo de un remo, y á buenos palos descalabró cuatro ó cinco de ellos, y metióse en la galera de Barbaroja, y contóle el caso, y palos que habia dado, cosa que cayó muy en gracia á Barbaroja, y se rió harto de los buenos palos.

Luego llegaron los frailes descalabrados quejándose á Bárbaroja de Mustafá, y Barbaroja les afeó con palabras muy pesadas y afrentosas su

mal término, y con su licencia y de los comitres salieron á tierra con guarda de turcos hasta ocho españoles cautivos, y enterraron el cuerpo en sagrado. Cuando los frailes hacian esto, ¿qué no harian los franceses seglares? sino es que digamos lo que San Agustin en una epístola, que como nunca vió mejor hombre que un buen fraile: asi no le vió jamas peor que el mal fraïle.

XLIX.

Inverna en Francia Barbaroja.

Apenas era partido Barbaroja, cuando llegaron á Villafranca de Niza el duque Cárlos de Savoya, y el marqués del Vasto en las galeras de Andrea Doria, y genovesas con algunas otras, y antes de arribar, se pensó perder la galera en que iba el marqués, y se quebraron, y hundieron otras cuatro, dando en aquellos peñascos con un torbellino, que á deshora (como suele por agosto) se levantó. Avisó de todo ello Polin á Barbaroja, que aun estaba en Santa Margarita, rogándole que no perdiese aquella ocasion, y presa tan cierta. Barbaroja partió luego, prometiendo de no faltar á lo que debia; mas paró cerca de Antibo, porque corria Sudeste, ó porque no queria entrar en puerto que los enemigos tuviesen, de lo cual se maravillaron los suyos, unos riendo, y aun otros murmurando. El entonces dijo con gentil disimulacion. «Asi lo debo á mi hermano Andrea Doria por lo de Bona, y aun por lo de Previsa.»

Volvióse de alli á Tolon á invernar con toda su armada. Envió veinte y cinco galeras con Salac,

y Azan Ghelesi su pariente cercano á correr la costa de España, y á visitar su Argel, los cuales hicieron gran daño en Cadaques, Rosas y Palamós, donde tomaron una galera y otra nao. Combatieron á Villajoyosa en la costa de Valencia; pero defendióseles, y luego atravesaron para Argel, cargados de ropa y gente. Tuvo este invierno Barbaroja gran familiaridad con Andrea Doria, por terceros mas honestamente.

Hubo entonces á Dragut por tres mil ducados, que fue verdugo de cristianos. Fue muy servido y regalado del gobernador y caballeros de Provenza, y bien mantenidos los suyos. Hicieron muchos males los turcos en aquellas tierras, forzando las mujeres y niños, y echando á galera los hombres que hurtaban de noche, y por los campos, como se les morian sus galeotes. No consentia Barbaroja tañer las campanas á misa, ni á las otras horas.

No osaban los clérigos y frailes enterrar los esclavos que morian: tan infames molestias se sufrian en Francia. Salac en esto volvió de Argel á Toledo con las galeras que llevara. Quiso de camino robar algo en Cerdeña, y salió á esto, y á tomar agua cerca de Oristan, donde ciertos de á caballo le mataron hasta ciento de los que salieron á tierra. Barbaroja como lo supo, envió alla gran número de galeras, siendo ya Hebrero, con el mismo Salac: mas los sardos se dieron tan buena maña, que segun los cautivos españoles despues contaban, mataron casi la mitad de los turcos que saltaron en tierra, y fueron los que saltaron dos mil, y los otros volviendo á Tolon, padecieron tormenta en que se perdieron algunas galeras, y mucha palazon, y para rehacerla hubo Barbaroja remos

de Génova. Ya se pasaba el verano, cuando las galeras han buen tiempo de navegar, y Barbaroja se queria volver, que era lo mismo que el rey deseaba: pero andaban ambos en largas, uno por haber dineros, otro por no darlos, ó por andar alcanzado no los podia dar, por las muchas guerras de aquellos tres años, que á la verdad él estaba muy pobre, y necesitado de dineros, y montaba mucho el sueldo de la armada turca, que habia estado un año casi á su sueldo y costa, y tiraba cada mes cincuenta mil ducados, y aun mas á lo que todos decian entonces. En fin, se concertaron, y sin las pagas de la gente, y bastimentos de galeras, dió el rey á Barbaroja cuatrocientos moros, alarbes y turcos, que Francisco Borbon traia remando en sus galeras, y demas de esto le dió un rico presente de ropa blanca, plata labrada, sedas, grana: y el fruto que de esto el rey sacó, ni fue el Estado de Milan, ni el vengarse de su enemigo, sino desacreditarse á sí, y abrasar su reino, y ofender á Dios, pues metia en su viña la bestia mas brava que habia en el mundo: y no sé si en castigo de esto ha permitido la Magestad divina los muchos trabajos que desde entonces hasta ahora ha padecido aquel reino, en tiempo de nuestros pasados, cristianisimo escudo, y amparo de su Iglesia, porque sabemos que todos los príncipes, que por vengar sus pasiones han querido valerse de infieles siempre libraron mal. Juan Paleologo emperador de Constantinopla, trajo quince mil turcos, que le dió Amurates contra Marco Cernobichi señor de Bulgaria, y si bien lo vendió los turcos le robaron la tierra, y llevaron muchos de sus naturales cautivos, y volviendo de ahí á tres

años, que fue el de 1373, le ganaron por guerra á Galipoli, y Andrinópoli, y otros lugares en la Romania, que fue su pago, y afrenta, y aun causa que turcos pasasen en Europa.

Dicen algunos franceses, que Luis duque de Orleans se carteó con Bayaceto cuando venció á Sijismundo, rey de Hungria, por haber la gobernacion de Francia, y aun el reino, porque estaba loco su hermano, el rey Cárlos VII, el cual fue muerto despues por el duque Juan de Borgoña, estando en Paris su primo y su competidor.

Lázaro señor de Servia trató con Mahomet, por donde se hubo tambien de perder aquel estado. Estéban Chercech llamó tambien al dicho Mahomet, contra su propio padre rey de Bosna, y al cabo le mató el mismo Mahomet, año cerca de 1470. Luis Esforcia duque de Milan, y florentinos, incitaron á una, á Bayaceto II contra venecianos, y el duque murió preso en Francia, y los florentinos perdieron despues su libertad. Tambien trató de haber favor del mismo Bayaceto II contra el rey de Francia Cárlos VIII. El papa Alejandro VI juntó con el rey Alonso, para defender á Nápoles, y el Papa murió de yerbas que le dió no queriéndole hacer su hijo el duque. Valentin, y el rey se vió sin reino, que por miedo del rey de Francia, y de sus propios vasallos que lo aborrecian, lo renunció en su hijo Fernando Fadrique, rey tambien de Nápoles; pidió turcos al Bayaceto, para defenderse del rey de Francia, Luis XII, que andaba por quitarle el reino, como en fin se lo quitó; mas desconcertóse con el turco, que vino á capitular con él sobre cuantos habian de ser, porque el rey no queria mas de dos mil caballos, y dos mil infantes, ó

cuando mas siete mil por poderlos despedir, y mandar á su placer, y el mensagero turco no queria por mandado de Bayaceto dar menos de quince mil, la mitad á caballo, porque no recibiesen daño ni enojo en tierras agenas, ó porque se apoderasen de alguna fuerza en aquel reino. Juan Bayboda de la Transilvania por ser rey de Hungria, se sometió á Soliman contra el rey don Fernando, de donde resultaron grandes males en la cristiandad. Y dejando ejemplos de estraños, y provincias remotas, en nuestra España, cuando reinaban en ella moros, los reyes cristianos que se valian de ellos contra cristianos, llevaban siempre lo peor, y aun morian en las batallas.

Sintióse tanto en la cristiandad esta venida de Barbaroja, que se propuso en consistorio por algunos cardenales, el quitar al rey de Francia el nombre de cristianísimo, y escomulgarle por haber traido turcos, y estorbar la guerra contra ellos segun los embajadores del rey Francisco procuraron en la dieta de Espira. Mas el papa Paulo III lo disimuló, como disimulaba que viniesen, ó por complacer al rey no se le agenase de la Iglesia, ó porque no hiciese mal en sus marinas. Y asi se dijo que una vez enviaba por su mandado el cardenal Trana, que de suyo era muy francés, un gran presente de refresco á la armada imperial, pensando ser turquesca, y cogiólo Andrea Doria por Barbaroja. Enrique asimismo rey de Francia, siguiendo los pasos de su padre, trajo turcos, como veremos, contra el emperador, que hicieron mucho daño á los caballeros de Malta en el Gozzo, y en Tripol, y á genoveses en Córcega: su muerte

desgraciada, y otros trabajos que tuvo, son á todos bien notorios.

Dije la venida del marqués del Vasto en socorro de Niza, y retirada de Barbaroja cargado de cautivos. Reparó el marqués lo que el enemigo habia dañado en Niza, y vuelto al Piamonte con el ejército sitió á Módena, y apretóla de manera que dió partido. Puso en ella guarnicion y porque venia el invierno dividió la gente por los presidios, y volvióse á Milan.

Este año vino de Africa a Italia Muley Hacen rey de Tunez á besar la mano al emperador que estaba en Nápoles de partida para Alemania: comunicó con el César algunas cosas contra turcos. Mas por estar tan de prisa de camino para Alemania, donde pensaba hacer jornada contra el duque de Cleves, segun se dijo, le mandó quedar en Nápoles, y que allí esperase hasta que le ordenase otra cosa.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA.

LIBRO XXVI.

I.

Casamiento del principe don Felipe:--Duque de Medina Sidonia.

Daré principio al libro veinte y seis, antes de fenecer el año de mil y quinientos cuarenta y tres, con el casamiento del principe de España don Felipe que fue nuestro rey y señor, y en estos tiempos era de los gallardos y hermosos (como por sus retratos al natural, y verdaderos parece) què habia en el mundo, siendo sus años verdes y floridos, en este de cuarenta y tres, solos diez y seis, y lo que hay de mayo, en que nació, al mes de noviembre, en que se veló, que tocaba en el año diez y siete de su edad, y le vimos consumir y acabar tan postrado, llagado y deshecho, y con la paciencia que Job en el muladar, cuando limpiaba las llagas con una teja, volando de esta vida

á la edad del cielo á catorce de setiembre, año de mil y quinientos y noventa y ocho: ejemplo notable de la vida humana, y vanidades de ella, pues lo mas alto y precioso se marchita, deshace y consume con mayor presteza que la flor del campo verde, alegre y olorosa.

Antes, pues, que el emperador partiese de España, dejó, como ya dije, jurado y por gobernador á su hijo único don Felipe. Asi mismo quedó concertado con voluntad y gusto de estos reinos, que casase con doña Maria infanta de Portugal, hija del rey don Juan III, y de doña Catalina hermana del emperador, la que nació en Torquemada. Tenia la infanta diez y siete años, cuatro meses de edad mas que el príncipe su esposo. Sábado trece de octubre entró en Badajoz don Juan Martinez Silíceo, maestro del príncipe, y obispo de Cartagena, que despues fue arzobispo de Toledo, con mucho acompañamiento para recibir allí á la princesa, que ya venia de camino para Castilla. Tenia el duque de Medina Sidonia don Juan Alonso de Guzman, aparejadas las casas que tiene en esta ciudad con la mayor riqueza y grandeza que se puede pensar, para recibir y hospedar en ellas á la princesa las colgaduras riquísimas de oro y seda, camas y bufetes de plata, y otras cosas de supremo precio: que si bien pudiera contarlas por menudo, las dejo por no cansar, ni cargar la historia. Lunes á quince de octubre, á las cuatro de la tarde, salió el obispo á recibir al duque, el cual venia en una riquísima litera, y los frenos y clavazon de los machos que la traian eran de oro. Salió de ella el duque, y subió en un caballo blanco á la brida ó estradiota.

Venian con el duque, el conde de Olivares su hermano, el conde de Niebla su hijo, el conde de Bailen, hijo del duque de Bejar, don Pedro de Bobadilla, don Gaspar de Córdoba, Hernando Arias de Saavedra, Monsalve, Gonzalo de Saavedra, don Pedro de Leon, Perrafan de Rivera, y otros muchos caballeros, todos con la mayor demostracion de criados y riquezas que pudieron traer, que habia bien que ver. El duque traia cuarenta pages con muy rica librea de terciopelo amarillo y encarnado, y treinta lacayos con la misma librea, aunque no tan costosa. Cada page venia en un hermoso caballo, y tras ellos los atabales, trompetas y chirimias, y seis indios con sacabuches vestidos ricamente, y en los pechos unas planchas de plata con las armas de Guzman (eran estos indios músicos del duque). Entraron en la ciudad el duque y el obispo á su lado izquierdo con toda la caballeria, y grandísimo acompañamiento. Traia el duque gran casa de criados, cuatro mayordomos, cuatro maestresalas, cuatro camareros, y de esta manera todos los oficios doblados.

Tenia el duque á su mesa treinta convidados de ordinario. El obispo hacia plato á setenta. Dice esta memoria por muy gran cosa, (que para lo que ahora pasa con criados, es bien notable) que daba el duque á todos los que con él venian á cada acémila un real, y tanto á cada mozo de espuelas, y á cada mozo de caballos, y á cada acemilero, y finalmente á cada persona, y á cada bestia un real, asi que de raciones y gastos de mesa se hallaba que gastaba cada dia seiscientos ducados. Trajo doscientas acémilas todas con reposteros de terciopelo azul, y las armas bordadas de oro, y

las cenefas de oro. Otro dia visitó el obispo al duque, otro el duque al obispo, y de ahi á dos dias, se convidaron de la misma manera. El lunes á 22 de octubre, el duque y el obispo con toda la caballeria que allí estaba, fueron á la puente de Acaya, una legua de Badajoz para recibir la princesa como estaba concertado; irian hasta tres mil personas de caballo. La princesa no vino; hubo varios pareceres, no sabiendo la causa porque habia faltado, y asi se volvieron sin ella á Badajoz.

II.

Prosigue el mismo casamiento.

Miércoles 31 de octubre llegó la princesa á la Verde la Zarzuela, donde estuvo hasta el viernes siguiente dos de noviembre, porque el jueves fué dia de Todos Santos. De aquí fué á Coria, ciudad del duque de Alba, donde fué muy bien servida, y estuvo hasta el lunes, que fué á la villa del Campo, dondo vino por la posta don Antonio de Toledo, hijo del conde de Alba de Lista, con cartas del príncipe, á las cuales respondió la princesa. Aqui hubo nueva, de que el príncipe vendria disfrazado á la segunda jornada á ver á la princesa.

Era la princesa muy gentil dama, mediana de cuerpo, y bien proporcionada de facciones, antes gorda que delgada, muy buena gracia en el rostro, y donaire en la risa. Parecia bien á la casta del emperador, y mucho á la Católica reina doña Isabel su bisabuela. Traia en su acompañamiento de Portugal al arzobispo de Lisboa, que era un

santo varon, y por mayordomo á don Alejo de Meneses embajador que fué en la corte del emperador, y por veedor á Diego de Merlo, y por caballerizo mayor á Luis Sarmiento, que estaba en Portugal por embajador. Era camarera mayor doña Margarita de Mendoza, mujer de Jorge de Merlo, cazador mayor del rey de Portugal. Trajo muchas damas castellanas, y portuguesas. Sabida por el príncipe la venida á este lugar de la princesa, él y el duque de Alba, y el conde de Benavente, y el almirante, y don Alvaro de Cordoba, y otros se fueron á la abadia, que es del duque de Alba, á caza.

Y miércoles siete de noviembre salieron disimulados al camino, y la vieron comer, y por todo el camino fué el príncipe con estos disfraces, encubriéndose por ver á la princesa, hasta Salamanca.

Paró la princesa en Aldea Tejada, una legua de Salamanca, lunes doce de noviembre: confesó y comulgó en este lugar, y despues de haber comido entre la una y las dos salió de Aldea Tejada para entrar en Salamanca. Llevaba vestida una saya de tela de plata, con labores de oro cubierta una capa de terciopelo morado con fajas de tela de oro, y una gorra de lo mismo con una pluma blanca entreverada de azul, con muchos clavos de oro, y puntas, y en una mula con gualdrapa de guarniciones de brocado, y con sillon de plata, y otra mula delante con la misma guarnicion cubierta con un paño de tela de oro, y un palafren delante con una gualdrapa de muchas labores sobre raso blanco, cubierta la silla con un paño de tela de oro, sus mazas de oro delante,

y tras ella su camarera mayor, y las damas por su órden, y junto á ella doña Estefania mujer del comendador mayor de Castilla.

Delante de la princesa venian el duque de Medina Sidonia, y el obispo de Cartagena al lado derecho, y al izquierdo el arzobispo de Lisboa: y luego los demas títulos y caballeros, con la música de menestriles. Al pasar de un arroyo, que llaman Zurghén, dejó la mula, y púsose en el cuartago, y quitose la capa, y fué en cuerpo.

Delante de este arroyo en un campo tres cuartos de legua de Salamanca, salieron al recibimiento hasta mil infantes muy bien aderezados con sus picas y arcabuces, y montantes en orden con instrumentos músicos de guerra, puestos de siete en siete en hilera, y antes de llegar, dispararon los arcabuces, é hicieron sus vueltas, y acometidas en forma de escaramuza, y los capitanes en besando la mano, se apartaron á un lado.

Estaban dos bandas de caballos de hasta trescientos y cincuenta, ó cuatrocientos, puestos en dos recuestos que hacia en un altillo un llano que llaman el Tesan. Eran caballeros de Salamanca, los del bando de Santo Tomás con marlotas de paño pajizas y blancas, y los de san Benito con marlotas rosadas, todas con muy buenos caballos, y jaeces, lanzas, y adargas; que son los dos bandos de la nobleza de la insigne ciudad de Salamanca, cada bando con sus atabales y trompetas. Y comenzaron á salir de una banda y otra, é hicieron una muy vistosa escaramuza, y rodearon la infanteria con tanta gallardia, que dieron mucho contento, y se hizo sin desman alguno, si bien los caballos lo trabajaron.

Apartados los caballeros, é infanteria á un cuarto de legua de la ciudad, salió la universidad con las ropas y capirotes y borlas, segun sus facultades. Besaron la mano á la princesa, y habló uno diciendo, que los reyes de Castilla, y de Portugal sus progenitores habian siempre hecho merced á esta universidad, y se sirvieron de ella, y asi suplicaban á su alteza que lo hiciese. La princesa respondió, que asi lo haria, y luego le besaron la mano.

Luego vino el cabildo de la iglesia Mayor, é hizo lo mismo que la universidad. Vinieron los regidores y justicia vestidos de terciopelo carmesí, calzas y botas blancas, y besaron la mano.

Fuéronse luego á la puerta del rio, y estuvieron esperando hasta que llegó la princesa, y tomaron el palio, y las baras, y su alteza entró debajo de él. Llevaba la rienda Luis Sarmiento. En medio del corregidor y tenientes iba el conde de Monterey vestido como regidor. Delante de los regidores iban seis hombres labradores (que llaman sesmeros) vestidos con ropas largas de grana, que eran procuradores del comun, y de la tierra. Todos besaron la mano á la princesa. El príncipe anduvo todo lo dicho disfrazado en un caballo bayo con un sombrero de terciopelo negro, y un tafetan en el rostro, y una capa con faja de raso por de dentro, y de fuera de terciopelo, y al tiempo del entrar por la puerta de la ciudad se adelantó.

Hubo ricos arcos triunfales con invenciones y letras, cuales se pueden imaginar en una ciudad donde hay tanta caballeria, y las mejores letras é ingenios del mundo. Pudiera decir muy por menudo todo lo que se hizo, mas temo aun con lo

que digo cansar. Duró el recibimiento desde la una y media hasta las siete de la noche. Mas eran tantas las lumbres y hachas que parecia de dia.

Posó en las casas del contador Cristóbal Juarez junto con las casas del alcalde de Lugo, que ahora son de don Rodrigo de Bobadilla, natural de Medina del Campo. Despues que la princesa entró en la ciudad, el príncipe se puso en casa del doctor Olivares cerca de San Isidro. La princesa lo supo, y quiso al pasar cubrirse el rostro con un abanico que llevaba, y Perico el del conde de Benavente (que fué aquel Pedro de Santerbas, que todos conocimos, hombre gracioso y apacible, sin ofender á nadie) hizo que quitase el abanico, para que el príncipe la viese.

En esta casa donde se apeó la princesa, estaba la duquesa de Alba con otras muchas damas, que á la princesa besaron la mano: la princesa hizo grandísimo favor á la duquesa, abrazándola, cuando le fué á besar la mano.

III.

Prosigue la misma materia.

El príncipe se fué á aposentar á San Gerónimo, donde estuvo todo el martes hasta la noche. Anochecido se vino á la ciudad, y entró por la puerta de Zamora sin alguna manera de recibimiento, y las hachas muy delante. Con él venian el cardenal de Toledo, y el conde de Benavente, que lo traian en medio. Delante venia el duque de Alba, marqués de Villena, almirante, marques de Astorga, y otros señores y prelados.

Su alteza se fué derecho á apear en la casa del licenciado Lugo, pared y medio de la princesa, donde estaba hecho su aposento; se desnudó lo que llevaba vestido, y vistió una ropa francesa, y sayo de terciopelo blanco recamado. Despues de háber la princesa y el príncipe cenado, cada uno en su casa, á hora de las nueve, salió la princesa de su aposento, y con ella el cardenal, y duque de Medina Sidonia, y conde de Olivares con los que la trageron, y ella vestida toda de terciopelo carmesí, con guarnicion de cordones de oro, que hacian una manera de agredez, y una capa castellana, aforrada de brocado, y la mantellina de la misma seda y aforro asida en el hombro y caida de los demas, que era insignia de doncella, con muy rica pedreria en la cofia de oro y con sus damas bien compuestas, vino á la sala que para el desposorio estaba bien aparejada.

Sentóse debajo de un rico dosel en una silla de dos que allí estaban, en la de mano izquierda, y las damas en píe. De allí á poco entró en la sala el príncipe vestido de blanco, y la guarnicion como la de la princesa: y delante de él todos los señores dichos, los cuales venian de diferentes y ricos vestidos.

Entrando en la sala la princesa se levantó y llegando el uno cerca del otro, se hicieron sendas reverencias bien bajas. Cuando el príncipe llegó al dosel donde estaba la princesa, el duque de Medina Sidonia se la entregó, y el príncipe abrazó al duque con rostro alegre y amoroso.

Hecho esto, el cardenal de Toledo los desposó y luego tocaron ministriles. El príncipe se asentó debajo del dosel al lado derecho y al izquierdo

la princesa, ella vuelta un poco para él hablaban y reian; luego comenzó el sarao.

Hubo mientras andaba el sarao, fino hachazo entre los que trajeron la princesa, y los que trajeron al príncipe: unos apellidaban Andalucía, otros Castilla; son pasiones de pajes, y si bien llegaron á las espadas, no hubo muerte.

Entre las dos y las tres despues de media noche, el cardenal de Toledo dijo misa en una sala del cuarto de la princesa, donde se velaron estos dos príncipes, siendo sus padrinos el duque de Alba, y la duquesa. No se hallaron á estas velaciones doce personas, que acabado el sarao, todos se habian ido á sus posadas. Fueron los que se hallaron presentes el arzobispo de Lisboa, y obispo de Cartagena y Leon, y los comendadores mayores, marqués del Valle, don Pedro y don Alvaro de Córdoba, y don Manrique de Silva.

IV.

Estraño Pigmeo.

Trageron unos portugueses este año por Castilla un hombrecillo pigmeo dentro de una jaula, de edad de treinta años, muy bien barbado. Era tan pequeño, que atravesada una vara por la jaula, le traian dos mozos descansadamente en los hombros; no se habia visto enano que fuese tan pequeño como él, porque no tenia tres palmos de los pies á la cabeza, y las piernas tan pequeñas, que en ningun cabo, por bajo que fuese, se sentaba, que llegase con los pies al suelo.

Ganaban con él largamente los que le traian

porque todos deseaban ver cosa tan monstruosa: tenia buena razon y discurso, salvo que á veces lloraba como niño, cuando se burlaban con él.

Las lluvias que por el mes de setiembre de este año comenzaron, fueron tan continuas y largas que no hubo semana que no lloviese, hasta el mes de agosto del año siguiente de 1544. Hicieron grandes daños en los edificios, mayormente en la Andalucia y en Granada, Málaga, Alhama, Almería y Baeza. Cayéronse muchas casas con peligro de muchos. Salieron los rios de madre, los caminos no se podian andar por las crecientes de arroyos, no se veia el sol claro particularmente en mayo: perdiéronse muchos panes, y las aguas eran mas recias á los tres de menguante, y tres de creciente de cada luna.

V.

El Toison de oro.

La caballeria del Toison, que tanto estiman nuestros españoles, trajo el emperador á España, dándola á algunos caballeros: aunque el conde de Benavente no la quiso, enviándosela el emperador diciendo que el era muy castellano y que no queria insignias de borgoñones, que Castilla las tenia tan antiguas, y tan honradas, y mas provechosas: que la diese su Magestad á quien queria mas el collar de oro, que las cruces coloradas y verdes, con que sus abuelos habian espantado tantos infieles.

Ahora se tiene por gran cosa la caballeria del Toison, y debe de ser porque vino de fuera, porque

es rara, y porque se la ponen nuestros reyes, teniendo mas obligacion á las de Santiago, Calatraba y Alcántara, pues gozan tantas rentas de ellas, y ser órdenes tan antiguas, cruces bañadas con tanta sangre por el nombre de Cristo.

Decia el emperador del Toison, que era una ignorancia confirmada con los mayores príncipes del mundo. Diré pues en qué forma el emperador envió á llamar este año al condestable de Castilla, que tenia el Toison, porque queria dar el hábito, ó insignia del Toison, que faltaban muchos caballeros de los veinte y uno, que es el número que babia de haber de ellos. La carta de este llamamiento dice asi.

»Muy caro y fiel primo. Como despues del último capitulo general de nuestra órden del Toison de oro, que se tuvo en nuestra villa, y ciudad de Tornay, en el año de 1531, sean fallecidos veinte y uno caballeros nuestros cohermanos de la dicha órden, á los cuales Dios por su bondad infinita perdone, y para elegir otros en su lugar, y juntamente para hacer otros actos necesarios á la dicha nuestra órden, hayamos propuesto, y con el parecer y deliberacion de los caballeros nuestros cohermanos, que estan cerca de Nos, acordado y concluido de celebrar capítulo general de la dicha órden, en nuestra villa y ciudad de Utrecht, el tercero dia del mes de mayo próximo venidero, que es la solemnidad de la Cruz, y los dias siguientes. Por esta causa ós encargamos muy de veras, que os halleis en persona en el dicho lugar y dia, para hacer vuestro deber, segun los estatutos de la dicha órden, sino fuese todavia en caso, que al dicho tiempo tuviese desocupacion é impedimento

tan legítimo que pueda bastar para vuestra escusa. En el cual caso os encargamos que constituyais por procurador uno de los caballeros nuestros cohermanos, asi para dar vuestra escusa, como para hacer de vuestra parte que lo sois obligado, enviando en el dicho caso al tal caballero cohermano en una mémoria fielmente cerrada con vuestro sello, los nombres de veinte y un hombres nobles, de nombre y de armas, virtuosos, sin reproche, y dignos á vuestro parecer de ser recibidos en la cohermandad y amigable compañia de la dicha órden en lugar de los muertos, avisándonos por vuestras letras del recibo de esta, y juntamente de vuestra intencion y respuesta sobre esto, con este mismo mensagero. Muy caro y fiel primo, rogamos al Criador os tenga en su santa guarda. De Bruselas á 5 de diciembre 1543: Gharles. Por mandado de su Magestad: N. Nicolai. El sobrescrito: á nuestro muy caro y fiel primo, caballero y cohermano de nuestra órden del Toison de oro, el duque de Frias, condestable de Castilla.»

Los caballeros que creó el emperador don Carlos en el capítulo I que fue de la órden del Toison, año de 1516 en la villa de Bruselas en la iglesia de santa Gandala, que fue el capitulo XVIII de la dicha órden, son los siguientes.

1 Francisco, rey de Francia.
2 Fernando, infante de España.
3 Federico, conde palatin, duque de Baviera.
4 Juan, marqués de Brandemburg.
5 Guy de la Baulme, conde de Montrebel,
6 Hupoer, conde de Mansfelt.
7 Laurencio de Gorbod, baron de Marnay.

8 Jaques de Gaure, señor de Frezin.
9 Antonio de Croy, señor de Tou.
10 Antonio de Lalani, señor de Mantigny.
11 Carlos de Lanoy, señor de Saincelle.
12 Adolfo de Borgoña, señor de Beures.
13 Filiberto príncipe de Orange.
14 Felix, conde de Berdembergue. Caballeros criados por virtud de la bula del sumo Pontífice.
15 Manuel rey de Portugal.
16 Luis rey de Hungria.
17 Miguel, señor de Volquenstani.
18 Maximiliano de Hornes, señor de Trasbeque.
19 Guillermo, señor de Ribanpierre.
20 Juan, baron de Tracenies.
21 Juan, señor de Vasenare, vizconde de la Leyéa.
22 Maximiliano de Bergues, señor de Senembergue.
23 Francisco de Melim, conde de Espinoy.
24 Juan, conde de Egmond.

Año de 1518 hallándose el mismo don Cárlos, rey de España, en su ciudad de Barcelona á 2, 3 y 4 de marzo, nombró los siguientes caballeros, que habian de ser añadidos á los del precedente capítulo.

25 Don Federico de Toledo, duque de Escalona.
26 Don Diego Lopez Pacheco, duque de Alba.
27 Don Diego Hurtado de Mendoza, duque del Infantado.
28 Don Iñigo Velasco duque de Frias, condestable de Castilla.
29 Don Alvaro de Stuniga, duque de Bejar.
30 Don Antonio Manrique de Lara, duque de Bejar.

31 Don Fernando de Remonsole, conde de Cardona.

32 Don Pedro Antonio de S. Severin, príncipe de Besiñano.

33 Don Federico Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla.

34 Don Alvar Perez Osorio marqués de Astorga y Trastamara.

Año de 1512 á 5, 6 y 8 del dicho mes de marzo tuvo su segundo capítulo, que fue el 19 de la dicha órden, el sobredicho don Cárlos rey de España, en el cual eran los siguientes caballeros.

35 Christierno rey de Dinamarca.

36 Sigismundo rey de Polonia.

37 Jaques de Lupembourg, conde de Gaure.

38 Adriano de Croy, señor de Beaurain.

39 Guillermo de Croy, marqués de Arfet.

Año de 1531 tuvo su tercero capítulo el dicho rey Cárlos, que fue el 20 de la dicha órden, en su ciudad de Tornay, en el cual creó los siguientes caballeros.

40 Juan rey de Portugal.

41 Jaques rey de Escocia.

42 Don Fernando de Aragon.

43 Don Pedro Fernando de Velasco duque de Frias.

44 Felipe duque de Baviera.

45 Georgio duque de Sajonia.

46 Don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque.

47 Andrea Doria.

48 Don Felipo príncipe de España.

49 Reginaldo, señor de Brederode.

50 Don Fernando Gonzaga.

51 Nicolas conde de Salme.
52 Claudio de la Baulme, señor de Sorlin.
53 Antonio, marqués de Bergues, conde de Balhain.
54 Juan de Emin, conde de Bonsu.
55 Cárlos conde de Calain.
56 Comys de Flandes, señor de Praet.
57 Jorge Scheyne baron de Tantembourg.
58 Felipe de la Muoy, gobernador de Tournaz.
59 Felipe de la Muoy, señor de Molembais.
60 Don Alonso de Avalos marqués del Vasto.
61 Don Francisco de Zúñiga, conde de Miranda.
62 Maximilian Degurud conde de Bureu.
63 Renato de Chalon, padre Dominguez, conde de Rasa.

Año de 1545 por el mes de enero tuvo el dicho don Cárlos rey de España, su cuarto capítulo y 21 de la dicha órden en su ciudad de Utrecht, el cual creó estos caballeros.

64 Maximiliano rey de Bohemia.
65 Cosme de Médicis.
66 Don Iñigo Lopez de Mendoza duque del Infantado.
67 Hernando Alvarez de Toledo duque de Alba.
68 Alberto duque de Baviera.
69 Manuel Filiberto duque de Savoya.
70 Octavio duque de Parma.
71 Don Manrique de Lara, duque de Nájera.
72 Federico conde de Fustemberg.
73 Joachin señor de Ryse.
74 Felipe de Lanoy, padre de Sulmurea.
75 Ponthus de Lalain señor de Bugnicont.
76 Lamoral conde de Egmond.
77 Petro de Berchim, Senescal de Henaut.

78 Maximiliano de Borgoña señor de Beures.
79 Pedro Ernest conde de Mansfelt.
80 Juan de Lignes conde de Arembergue.
81 Don Pedro Hernandez de Córdova, conde de Feria.
82 Juan de Lamoy señor de Molembayx.

Notable fue un hombre que en este año anduvo por Alemania, el cual sin ser conocido, decia de sí, que era sobrino de Dios, y se llamaba Jorge David, al cual las bestias salvages, perros, y pájaros traian de comer, y le obedecian, y él las hacia hablar, y responder en todas lenguas á propósito, y como si tuvieran razon.

Decia este hombre estraño, que el reino del cielo estaba vacio, y que por esto le habia Dios enviado para adoptar los hombres, y hacerlos hijos de Dios, y herederos y partícipes de los frutos y bienes celestiales, y otras muchas palabras tan absurdas y sin tino, que causaban espanto en aquellas gentes, que con los errores que diversos herejes sembraban, y la llaneza natural que la gente comun alemana tiene, era facil de creer, y dar en mil desatinos. Estos causan las novedades cuando el pueblo ciegamente las admite.

AÑO 1544.

VI.

Concierto del emperador y rey de Inglaterra.

El rigor del invierno retiró los reyes, y suspendió las armas, pero no las voluntades, y coraje para volver á ellas venido el verano.

Vimos como el rey Francisco se encerró en Cambresi, y el emperador en Cambray, y esperando que abriese el tiempo, y llegase la primavera del año 1544 que sus flores eran el bullicio y estruendo furioso de las armas, con el odio mortal que el uno al otro tenia, aparejaban las armas, solicitaban amigos, con las municiones é instrumentos necesarios para la guerra cruel que el emperador y rey Henrico de Inglaterra entendian hacer al de Francia.

Habiendo de partir el emperador desde Bruselas para la dieta que tenia echada en Espira, envió al rey de Inglaterra por sus embajadores á don Hernando de Gonzaga, y á Juan Bautista Gastaldo, para que concertasen con él la manera de esta guerra, como se habia de hacer este año. Antes que don Hernando volviese de Inglaterra, el emperador partió de Flandes para la ciudad de Espira, donde llegó en fin del mes del enero, no siendo aun venido alguno de los electores, puesto que ya se comenzaban á juntar otros príncipes y señores de los del imperio, y los procuradores de las ciudades.

Luego que S. M. llegó á Espira, vino don Hernando de Gonzaga con el despacho de Inglaterra, del cual recibió muchos favores, y un aparador muy rico que se estimó en mas de doce mil ducados; y en lo que tocaba á la guerra se acordó hacerla de la manera que se dirá.

Tambien el emperador se concordó con el rey de Dinamarca, Christernio tercero de este nombre, que fue cosa de que los de Flandes se holgaron mucho por la vecindad que con él tienen, y por librarse de las molestias que de él recibian: y el

de Francia muy poco, porque perdia amigos, que se le volvian recios enemigos. Tenia ademas de esto abrasado su reino con tantas guerras, mal quisto en él, y peor acreditado en la cristiandad, por los daños que por su respeto habia recibido de los turcos.

Tambien murmuraban del emperador el Papa, y sus parciales sangrientamente, por los tratos y amistad que tenia con el rey Henrico, y decian que estaba escomulgado, por haber comunicado con el *in sacris*: mas él no se mostraba arrepentido, que se habia segun lo que de Marco escribe Jubenal, Satyra prima, *Bibit, et.. fruitur Diis iratis.* Y Séneca de Juno quejosa de Hércules porque usaba mal de su ira: *Superat* (dice) *etc. crescit malis, iraque nostra fruitur, in laudes suas mea vertit odia.* Que segun andaba la pasion, no sé si tragaran otras al aprecio, y esperar al Papa futuro por la absolucion.

Determinóse con el rey, que él entrase por su cabo con ejército formado, y el emperador otro tanto con el suyo, y cada uno con todas las fuerzas que pudiese, como si solo hiciese la guerra. El de Inglaterra entró por Normandia en fin de mayo con veinte y cinco mil hombres, y cinco mil caballos, los infantes doce mil tudescos, los demas ingleses: los caballos mitad ingleses, mitad alemanes. Llevaban consigo á Mos de Veorres: tenia ya hechos grandes aparatos de bastimentos y municiones, que pasaban de seis mil carros los que tenia para el bagaje: y se trató, y el emperador dió licencia, que el duque de Alburquerque fuese, como fue, por su consejero y general de su campo y los españoles estaban muy contentos de que el

rey Henrico quisiese hacer tanto favor á la nacion castellana.

Dice uno, que porque entendiese el emperador si son buenos los señores de España para generales y consejeros, como los escuderos de Italia.

Sentíanse los caballeros castellanos de que él emperador no les hiciese favor en esto, porque los habia tales, que sin pasion lo merecian, como presto se vió en el duque de Alba, y viera en otros, si se les diera el cargo.

VII.

Dieta de Espira.

Dentro de veinte dias, despues que el emperador llegó á Espira, acudieron muchos de los príncipes de Alemania: halláronse todos los electores sin faltar alguno, y el duque de Cleves. La dieta se comenzó y propuso á los 20 de febrero.

Entran en estas dietas todos los electores, que son seis, tres eclesiásticos, y tres seglares, y en diferencia el rey de Bohemia. Los eclesiásticos son, el arzobispo de Maguncia primero: el de Colonia, y el arzobispo de Tréveris. Estos dos entre sí no tienen precedencia, sino á veces precede el uno, á veces el otro. El de Maguncia es tambien Canciller mayor del imperio, y solo puede proponer la dieta, y alguno de los otros no, sin ser dos á lo menos. Todos tres preceden á los legos. Los electores seglares son, el conde Palatino primero, y conde de Sajonia, (ojasa) segundo que llevaba el estoque desnudo ante el emperador; y el tercero es Bran-

demburg, que llevaba la falda cuando el emperador va pontificalmente vestido.

De estos el Palatino no era llegado á este tiempo: que estaba viejo y enfermo, y murió mediada cuaresma, y sucedió otro, á quien alli en Espira se le habia dado el feudo algunos dias antes, y ahora se le dió la investidura. Tampoco eran llegados el de Brandemburg, ni el rey de romanos; mas vinieron, el rey la tercera semana de cuaresma, y el otro al cabo de ella. Los otros todos se hallaron desde el principio, y con ellos Lantzgrave de Hesia, y todos los señores prelados, y procuradores, que son por todos bien cuatrocientos: la desventura grande era, que los mas de estoseran herejes luteranos y de otras sectas.

Decian, que no habia memoria de hombres que hubiesen visto que asi se hubiesen juntado y concurrido de grandes años atras, en dieta alguna, ni el emperador se vió con tanta mágestad y grandeza como en estas cortes: y se entendia que muchos de aquellos habian venido de puro miedo, por lo que habian visto pasar por el duque de Cleves en Dura, y sus estados. Que aunque son grandes señores, si Francia estuviera queda, mejor los podria el emperador castigar, que á los de España, que de por sí no se aunando, ni tienen hacienda, ni fuerzas con que defenderse.

Esta dieta es como las cortes de Aragon. Hay tres brazos eclesiásticos y cincuenta y cinco ciudades. Bien es verdad que las ciudades asisten y consienten, pero no tienen voto, sino que han de pasar por lo que los otros hicieren: y tan poco no se casa ó anula por el voto de uno ni muchos, lo determinado, si no que la mayor parte vale, y lo

que aquella vota, tiene fuerza. Júntanse estos en una casa pública de la ciudad, que acá llaman corte. Concurren dos veces al dia á las seis de la mañana hasta las nueve, y á las dos de la tarde hasta las cinco. A las horas de salir, ya en cada casa de los señores han tañido, ó tañen su trompeta, con que llaman á comer á todas sus gentes, porque todos andan muy acompañados. Siempre que salen de casa se barre la casa, que no quede perro ni gato sin que vaya acompañando al señor. Va á caballo, toda la familia á pie, delante muchos escuderos y caballeros, vestidos de martas, y con cadenas de oro gruesas al cuello, y la gente de servicio detras en cuerpo con sus libreas.

Los grandes señores, especial los electores tambien llevan su guardia de alabarderos: de ellos dos docenas, de ellos una, como pueden. El mayor señor, que mas compañía trae, es el de Sajonia, al cual acompañaba de contínuo Lantzgrave, y ambos eran ahora la cabeza de los herejes, que los sustentaban.

Luego que estos dos aqui vinieron, dieron un público pregon, que cuantos á sus casas quisiesen ir á comer, ó por racion, fuesen. Gastaban tanto, que era fama que el de Sajonia en solo vino, cuando allí entró, empleó treinta mil florines, que valen á ocho reales y medio, y cuando salia al campo llevaba su gente en muy buenos caballos, y con sus armas que tenia en los lugares comarcanos, y les traian los caballos, y se ponian en ellos los de su casa, chicos y grandes, hasta el mozo de cocina: y en volviendo a la posada, tornaban á enviar los caballos al alojamiento, y se quedaban á pie todos, salvo los señores.

VIII.

Prosecucion de la dieta.

Cuando la dieta se hubo de comenzar, que fue como dije, á los veinte de febrero, en la capilla mayor de la iglesia principal, estaban hechos de tablas para este fin á la una parte y á la otra del altar al largo de la capilla unos estrados con sus asientos cerrados por las espaldas, y sus antepechos para ponerse de rodillas. Estaban los de la mano derecha, cubiertos con tapices, y sobre ellos brocado, y por el suelo ricas alfombras, y en las partes mas vecinas al altar, estaba un tronco cubierto de brocado. Este era para el emperador, dos gradas mas altas que los otros asientos.

Tras este, una grada mas abajo estaba otra silla mas pequeña para el rey de romanos y luego otra grada mas baja estaba el banco igual, donde se sientan los electores, conforme á las preeminencias que tengo dichas, que entre sí tienen, y lo que sobraba de aquel banco, era para algunos príncipes.

El estrado de la mano izquierda tenia la forma de este, salvo que era todo igual, y no cubierto de brocado, si no de terciopelo carmesí. Este era para sentarse los prelados que no eran electores, y otros algunos señores. La cabecera habian de tener los mas antiguos por su órden, salvo que cuando vino el rey de romanos, se pusieron allí sus dos hijos: de los cuales diré despues.

Hecho este apercibimiento, el emperador en el dia sosodicho (que era miércoles), salió de palacio

acompañado de cuantos habia, faltando el de Sajonia y Lantzgrave, famosos defensores de los herejes, que por no oir misa no fueron, y precediendo un caballero con el estoque desnudo, que era teniente del de Sajonia, vino el emperador á la iglesia, y puesto en su trono, y los otros en sus lugares, oyeron misa del Espíritu Santo, como es costumbre antigua para comenzar la dieta.

Díjola el obispo de Augusta: sirvió la paz y Evangelio el cardenal de Maguncia, haciendo este oficio con las mayores ceremonias del mundo. En los lugares de los electoros ausentes estan sus procuradores.

Acabada la misa á la hora de las nueve, se fueron á la casa de la ciudad, y á la puerta de la iglesia estaban esperando Sajonia y Lantzgrave, y los demas que no se hallaron en la misa, y acompañaron al emperador llevando el estoque el de Sajonia. En la casa habia una estufa grande en que estaba un estrado muy alto con su trono, y cubierto de brocado, y con dosel y almohadas para el emperador, y sus poyos de tabla, como es uso de estufas, para los otros.

Al tiempo de sentarse hubo cierta contienda, que el de Sajonia y Lantzgrave dijeron que el duque de Branzvic no debia hallarse allí, por no ser de los príncipes electores, que ellos le tenian despojado y quitado del estado. No obstante esto, el emperador mandó que se sentase, y los otros protestaron que por obedecer lo consentian: pero que no les parase perjuicio para el debate que con él tenian. Y porque Lantzgrave y Branzvic venian á sentarse juntos, el conde Palatino Federico, (que aun no era elector y despues lo fue)

dejó su lugar, y se sentó en medio de ellos, con protestacion asimismo pue dejaba su lugar, porque aquellos eran enemigos, y no era bien que estuviesen juntos.

Acabados de sentar este conde Palatino en nombre de el emperador (porque allí todos hablan por procuradores, aunque esten presentes) comenzó á hablar, dándoles gracias por su venida, y haberse juntado á su llamamiento. Hízoles ofrecimiento de favorecer las cosas que les tocasen, rogándoles que asi hiciesen ellos las suyas.

Tras esto el doctor Naves Chanciller del imperio leyó en escrito la proposicion en lengua tudesca: ella fue larga y sacada en suma.

IX.

Proposicion en la dieta de Espira.

Escusóse el emperador de no haber venido antes en el imperio como lo prometió en el recesu de Ratisbona, por haberle impedido el rey de Francia, acometiendo sus reinos de España, á los cuales dijo haber dejado ahora, no obstante la guerra que aun le hacian, y pospuesto todo lo demas de sus tierras patrimoniales, por procurar en el ayuntamiento de esta dieta el remedio de la cristiandad, tan necesarios, como veia todo el mundo claramente, y sabian especialmente los príncipes electores y otros estados de la Germania, y se les habia declarado lo que á S. M. le dolia de no habér podido, á causa de la invasion susodicha, emplear los dos años pasados y poner todas sus fuerzas juntamente con las del imperio

contra el turco, comun enemigo, que tan animosamente, y con tanto poder habia emprendido, mostrando querer sujetar, no solamente el reino de Hungria, que es la llave de la cristiandad (lo cual haria si el reino no era ayudado) pero en caso que viniese á señorearle, procederia á la invasion del Sacro Imperio, y esto todo por el contínuo oficio que el rey de Francia hacia con el dicho turco, dándole avisos de la disension de la fé, y otras particularidades. Por lo cual ha hecho el dicho turco los efectos que se han visto en Hungría y en el mar Mediterráneo con la venida de su armada, solicitada por el dicho rey de Francia.

Pareciéndole, pues, ser los dos (esto es, el emperador y el imperio) una misma cosa, segun lo prometieron en la dieta de Nuremberga se haria, mostrando todo deseo de meter la mano en el remedio de las cosas de la fé, y disensiones del imperio, como convenia, buscando algun camino para remediarlo, teniendo concilio general ó nacional, ó por otra via, cual mas conveniente pareciese, lo cual todo abria lugar, quitando de por medio el obstáculo de la guerra con el rey de Francia, el cual procuraba impedir todo buen designio de S. M.

Los señores del imperio respondieron dando grandes gracias al emperador por su buen propósito y santa intencion, y por los trabajos que habia pasado, y gastos que habia hecho por venir á hacer esta dieta con ellos, y entender en el remedio de las cosas del imperio, pospuestas las suyas particulares, suplicándole que así lo continuase, pues de solo él pendia la salud de la cristiandad y del imperio, que no tenia otro protector, ofrecién-

dole de serle siempre leales y obedientes, mostrando saber bien, y dolerse de los estorbos que el rey de Francia siempre le ponia, y daños que su liga y confederacion con el turco en la cristiandad habia hecho y hacia. Despues de todo ofrecieron á S. M. estar prestos para servirle, pero que le suplicaban hubiese por bien que ellos entre sí pudiesen comunicar la mejor forma y manera que en ello se podria tener, y que despues de bien mirado y consultado, darian cuenta á S. M. de lo que hubiesen entre sí acordado.

Despues de esto ellos se juntaron diversas veces en esta casa, y tratando entre sí lo que convenia, asi cerca de lo que el emperador les pedia como de otras cosas, anduvieron en demandas y respuestas, y hubo algunas disensiones: al cabo se convinieron en declarar el imperio por su enemigo al rey de Francia y sus aliados, y hacer una comun ayuda de todo el imperio al emperador, la cual fue acordada en este modo.

X

Respuesta del imperio á S. M. y lo que ofrece para la guerra.

El imperio dió á S. M. veinte y cuatro mil hombres de á pie, y cuatro mil de á caballo, pagados por seis meses, y que el emperador los mandase hacer cuales quisiese y poner sus capitanes, coroneles y otros oficiales, repartiendo entre los estados y ciudades imperiales el dinero que esta gente costase, conforme a lo que cada uno tuviese, y que se diesen á cada soldado seis

florines de oro, y al hombre de á caballo doce florines. Tomaron á su cargo de coger el dinero y ponerlo en una cierta ciudad del imperio, cual bien vista fuese á todos, y que alli entregasen el dinero al tesorero del emperador en tres tercios y pagas, que fueron primero de junio, primero de agosto, y primero de octubre, y le dejaron á su voluntad, que pudiese llevar esta gente contra Francia ó contra el turco, como mejor le pareciese convenir, porque al presente tenian al francés por tan enemigo como al turco, en razon de hostilidad.

Pusieron ciertas condiciones en el dar de esta ayuda, y fueron, que S. M. proveyese como las ciudades imperiales que estan en los confines de Francia, fuesen proveidas de guarniciones, para que ninguna repentina invasion de los enemigos las pudiese empezar. Que no hiciese paz con Francia, sin que tambien Francia la hiciese y firmase con todo el imperio. Ademas de esto, que acabada la guerra de Francia, convirtiese esta ayuda que el imperio le hacia, y mas sus fuerzas en la guerra contra el turco. Que si por acaso antes de correr los seis meses de este año, se acabase la guerra con Francia, que el dinero que sobrase, que S. M. lo mandase guardar para juntarlo con los años venideros, para la guerra contra el turco. Lo cual, no obstante que se pagaria al rey de romanos la parte que le cabia para la defensa de Hungría y Austria, pero suplicaron al emperador proveyese, como las provisiones y vituallas de aquellas fronteras de Hungria no fuesen por los enemigos gastadas por la falta que harian para la guerra venidera. Pidieron que el emperador pen-

sase y proveyese como los mercaderes del imperio, que tenian las mercaderias y haciendas en Francia, no fuesen damnificados, pues seria en perjuicio de ellos y del imperio, y del mismo emperador, porque tomando el francés, con ello haria guerra á S. M.

Es muy de notar en estas escrituras, autos, proposicion y responsion, que por estar en tudesco largas y confusas, dejo la humildad y sujecion con que hablan, que es muy grande, que siendo como son por otra parte soberbios, no se puede creer, la humildad con que tratan, y la gran crianza de que usan, que si topaban con un español de mediano talle, se desbonetaban cuantos le veian, si bien fuesen tudescos principales, y se apartaban para dar lugar que pasasen, aunque el español fuese á caballo.

Tardaron en resolverse mas de dos meses, que si bien desde el principio vinieron en servir al emperador, no se acabaron de concertar en la manera, especial en el repartimiento del dinero, que querian los señores, la parte que á sus tierras cabia, repartirla ellos, por sacar para sí, con color del emperador, otra buena parte. Pareció al emperador, que esto era dañoso, y muy en perjuicio del comun, y no queria dar lugar á ello, pero todavia se hubo de hacer: porque vino á determinarse por votos entre ellos, y con negociacion de veinte y uno, ó veinte y dos que eran. Fueron de este parecer los doce, que para esto por su interés particular se juntaron entre si unos con otros, que de parte del emperador no hubo sino nueve.

Ya que entre sí estuvieron acordados, fueron

un dia todos á palacio, y allí por medio de su chanciller leyeron la respuesta, la cual abrazaba en suma y sustancia lo que arriba tengo puesto de la ayuda y socorro contra Francia. Túvose á mucho esta determinacion, y tanto, que los que eran del emperador, entendieron que por ella estarian quedos el papa y venecianos, y que no se osarian mover, los cuales se sonaba trataban de novedades.

Luego sus embajadores les despacharon postas, avisándoles de lo que pasaba; porque los alemanes son muchos, y muy temidos, y siempre fueron tenidos por muy valientes, y amigos de las armas.

Diose esta respuesta al emperador primero de abril, y antes que se le diese, enviaron á avisar á los mercaderes que tenian tratos en Francia, para que desembarazasen, y pusiesen cobro en las haciendas y dinero. Y porque los cantones de esguízaros tenian asi mismo dieta entre sí, los príncipes del imperio les enviaron su embajador, para amonestarles, y requerir no sirviesen al rey de Francia, protestando contra ellos la enmienda y castigo. Ellos respondieron diferentemente: los dos cantones ofreciéndose de hacerlo, como lo cumplieron, porque degollaron á algunos caballeros, que contra su prohibicion comenzaron á levantar gente para Francia: los otros cantones dijeron, que querian primero avisar al rey de Francia de algunas cosas, y eran, que dejase la amistad del turco, y su armada la echase de su reino, y les pagase cierta suma que les debia; y si esto hiciese, que le consentirian sacar gente para su defension, y no de otra forma, y que no le ser-

virian para ofender, ni pelear contra el emperador. Estos cumplimientos hicieron los cantones, pero es gente que raras veces guardan su fé.

XI.

Pretende el rey de Francia impedir el servicio al emperador.

El rey de Francia tenia entre ellos su embajador, el cual hacia todas las diligencias posibles, trabajando que le fuese permitido enviar otro á la dieta del descuento y razon de si: con intencion, segun se imaginó, de con dineros y sobornos corromper algunos señores del imperio, para traerlos á su parcialidad, ó impedir la determinacion susodicha, y servicio que hacia al emperador: pero no lo pudo hacer, ni alcanzar, ni tuvo efecto su siniestra intencion.

En tanto que estas cosas en la dieta pasaban, á vueltas se trataron otras tocantes á la cámara y justicia imperial, y forma de gobernacion, y casos, y pleitos particulares, especial del duque de Branzvic contra el de Sajonia, y Lantzgrave que desde la dieta pasada le tenian desposeido. Y ademas de tratarse por via ordinaria antes los del consejo, vinieron ambas partes con todos los electores y príncipes á orar sobre su causa ante el emperador.

Tambien el príncipe de Orange estaba desposeido de otro estado que le pertenecia, y los mismos Sajonia y Lantzgrave se lo habian quitado: y si bien tenia sentencia en su favor, no habia quien se atreviese á tomar la posesion: tan sober-

bios y tiranos estaban ya Sajonia y Lantzgrave, que llegaron á lo que veremos dentro de dos años.

Las cosas de la religion, que era lo principal que importaba remediarse, por la demasia que habia, por nuestra desventura se disimularon, y pasaron por ellas: que si bien el celo del emperador era santísimo, estaba tan apretado con la guerra, y ofensas que el rey de Francia le habia hecho, y queria hacer, y tambien lo que se temiá del turco en Hungria, que hubo de pasar por ellas porque estas gentes le ayudasen, esperando coyuntura y tiempo para asentarle la mano, como adelante lo veremos. Llevaban los católicos tal desventura, veian que la dilacion era dañosa porque el mal cundia mas que el enconoso cáncer, y amenazaban las demasias de los hereges, una general corrupcion y rompimiento, como sin duda la hubo, y lo que ahora no se curó, porque no habia disposicion en el sujeto, con medicinas suaves, benditas y blandas, adelante lo procuraron curar con hierro, y cauterios de fuego, que por brevísimo tiempo aprovecharon, pero luego volvió el mal que dura hasta hoy dia.

Es cierto que las fuerzas y autoridad del César eran grandes, mas si pusiera su poderosa mano en uno, levantáranse ciento y juntáranse con Francia, y con otros enemigos tantos que fuera peor que el mostruoso animal de la hidra, de quien dicen que por una cabeza que le cortaban, nacian siete. Era necesario quitarles la guarida por bien ó por mal, que era Francia, y despues dar sobre ellos, que asi lo hizo el prudentísimo príncipe, con el mayor valor y esfuerzo que tuvo ninguno de los romanos, y con tan ardiente celo

de servir á Dios, cual no podré aquí pintar.

Aconteció aquí en Espira una cosa, si bien menuda, digna de memoria. Era predicador del emperador, y andaba en su corte un buen fraile español, que se llamaba Fray Hernando de Castroverde. Este predicó aquí domingo de la septuagésima de este año, y dijo hablando de la fé de España, como en ninguna parte estaba mas inviolada, ni eran castigados los que contra ella andaban, como allí, y que por tanto era merced particular de Dios, nacer el hombre y criarse en esta provincia, y que en ella habia nacido, y en ella entendia morir. Sucedió que á veinte y dos de febrero, fué herido este fraile de una landre y se despachó para la otra vida en cuatro dias, de que hubo gran alteracion en la corte, por el temor de peste: y tanto mas porque pareció á muchos, que habia sido juicio del cielo, y que luego le habia herido con aquel castigo en pena del delito que habia cometido en decir aquellas palabras. Esto decian los estrangeros que le habian oido, que fueron muchos, y los españoles sentian que el fraile era bueno, y habia dicho verdad.

XII.

Detienense los herejes en Espira:—Los católicos hacen libremente los oficios divinos.

No se desmandaron los herejes en esta dieta, ni hubo sermones de ellos, sino privados en casa de Sajonia, ni osaron parecer alli los principales autores de las herejias.

Los católicos procuraron dar buen ejemplo.

Hubo muchos sermones católicos. La Semana Santa hicieron los cortesanos los oficios como en España, hubo procesion de disciplinantes muy grande, sin que faltase hombre de corte, que no fuese en número de los disciplinantes, ó con hachas en las manos. Espantáronse los de aquella tierra de verlo: y juzgaban de diversas maneras: los muy endurecidos decian que aquella sangre que se sacaban, no era sangre, sino que mojaban las disciplinas con almagra, y con aquello se teñian las espaldas.

Otros se movian á piedad, y venian á acompañarlos con sus velas, y llorando de devocion, y tocaban sus rosarios en las carnes de los disciplinantes como en reliquias, y decian que en sola España habia cristiandad y religion, y que por ser el emperador señor de tan buenos cristianos, le hacia Dios merced, y le daba victorias de sus enemigos. Es la gente comun alemana generalmente buena y cándida, sin malicia, que por eso los engañó Lutero, y engañan otros herejes.

XIII.

Recelos y avisos de la amistad de Andrea Doria.

Estando el emperador en Espira, tuvo avisos de Italia (fuente y cabeza de todas las novedades, y mudanzas. y madre sustentadora de las guerras) que entre el turco Barbaroja y Andrea Doria habia grandes tratos de amistad, enviándose cada dia fragatas el uno al otro, y presentes con demandas y respuestas, de que tuvo algunas sospechas, y aun temores el rey de Francia, no le hiciese Barbaroja alguna burla pesada, concertán-

dose con el emperador. Y no iba muy fuera de camino el francés, que como hay tan poco que fiar de turcos, facil era á Barbaroja hacerse señor de su armada, y aun de Marsella, y al emperador si quisiera ganar este enemigo, y traerlo á esto, que el dinero todo lo puede, y tuviera el rey su merecido, por haberse fiado de un bárbaro enemigo capital, y sin vergüenza, de la fé cristiana, por esto procuró el rey despedirlo, y echarlo de sus puertos como queda dicho.

Ademas de esto supo el emperador, como el rey solicitaba corazones, y procuraba amigos para ayudarse de ellos, y que habia enviado á Génova, pidiendo tres cosas. La primera que le prestasen seis cientos mil ducados. La segunda que le dejasen tener embajada allí. La tercera que consintiesen á sus galeras arribar en sus puertos, y les diesen refresco. Respondió Génova que dineros no los tenian, porque estaban muy gastados en fortificar sus plazas, y los que tenian los habian menester. Embajador que no habia para que tenerlo, porque ellos estaban en servicio de la magestad del emperador, y no querian tratos con Francia. Y cuanto á las galeras que á su ventura podrian ir, y tomar puertos: pero que no le podrian asegurar de las del príncipe Doria que servian al emperador.

De esta respuesta quedó el rey muy escocido, y tanto, que se tuvo por cierto que trató con Barbaroja, que con toda su armada diese sobre Génova, y hubo hartos temores, porque decian que el turco rehacia su armada, y la cebaba con acrecentamiento de otras setenta galeras, aunque no fue lo que se temió, que mejor lo hizo Dios con su

pueblo, y el enemigo se fue, como dije. Mas no por eso cesó la guerra, ni pararon los tratos de ella, que en Francia, Inglaterra, y Alemania habia, y en el Piamonte que en estos dias andaba tan viva, como aqui diré.

XIV.

Pierde el marqués del Vasto una batalla contra los franceses.

Deshízose el campo del emperador, por la huida, ó retirada del rey de Francia á Landresi, y entrada de invierno, tiempo tan poco aparejado para la guerra, especial en aquellas partes, que es por estremo riguroso. El rey de Francia (que sin duda era buen soldado y capitan solícito, si bien poco venturoso) visto que los imperiales eran flojos, y que no se habian aprovechado de la buena ocasion que se les ofreció, cual nunca otra tuvieron, acordó con la gente que tenia, no dormir, y pasarla toda en el Piamonte.

Esto hízolo parte por necesidad, por no perder á Turin, que como el marqués del Vasto volviendo de socorro de Niza ganó á Cariñan, y otras plazas en contorno, teniale estrechado, y apretado quitando que no entrasen bastimentos ni socorro alguno, y no le podia el francés socorrer sino con ejército formado. Y parte tambien lo hizo porque, segun se tuvo fue solicitado del buen pastor, y los potentados y señorias de Italia, que no podian llevar en paciencia la pujanza y gloria del emperador, al cual veian supremamente le-

vantado. Cuando este campo caló en el Piamonte, no se hallaba el marqués del Vasto con fuerzas competentes, para podérsele oponer, é impedirle el paso, porque no tenia sino nueve ó diez mil hombres, y de estos, puestos buena parte en Cariñan, Quier, y otras plazas; con los demas se recogió y estuvo quedo haciendo saber al emperador la venida del francés, y el estado de las cosas. Bien es verdad que luego sabida la venida de los enemigos, el duque de Florencia le envió tres mil hombres: y al tambor en Roma se juntaron otros quinientos españoles, y el cardenal de Trento con su hermano, envió tres mil: comenzaron á hacer cuerpo, y tener forma de ejército. El emperador tuvo su consejo luego que entendió el estado de los movimientos de guerra, y porque los consejeros no saben por entero la necesidad, y lo que importa en semejantes ocasiones, por evitar gastos, no proveyeron tan cumplidamente, como convenia, ni como el marqués pedia. Solo enviaron cuatro mil tudescos, que hizo Andalat asi de presto en el condado de Tirol, cuales los pudo haber, gente flaca y desarmada. En tanto que estos se juntaban, los franceses cercaron á Cariñan, y á Quier, y otras plazas, y las dieron bateria, de donde se retiraron con pérdida, y llenos de vergüenza sin hacer nada. Habia continuas escaramuzas, y reencuentros, mejorándose á veces los unos, y otras veces los otros, ó saliendo de sus plazas á dar armas á sus enemigos, ó topándose, ó poniéndose á asechanzas, que los soldados llaman emboscadas. Y señaladamente lo hicieron bien los de Cariñan, á los cuales tenian mas apretados, quitándoles los bastimentos, y otras cosas, que cada

dia salian, y les mataban gente, y tomaban sus provisiones, y las metian en el lugar.

Servia al emperador en estas guerras el capitan Miguel de Perea, caballero noble descendiente por línea recta de Rodrigo de Perea adelantado de Carzola, y camarero del rey don Enrique III. El cual capitan era tan valeroso y ejercitado en las armas, que siendo de poca edad en la batalla que los castellanos dieron á los franceses en la cuenta de Pamplona año 1522 (como dejo dicho en el libro 10 de esta historia) quitó el estandarte real que traia el general francés y lo ganó, y por tan señalado servicio le hizo merced el emperador, y dió cédula con palabras de mucho encarecimiento y estima, para que lo pusiese en el escudo de sus armas, en el dicho año de 1522, y le hizo contino de su casa, que antes que se mudase el servicio de la casa de Castilla, eran los oficios mas honrados de la casa real.

Año de 1537, por el mes de setiembre, estando el emperador en Monzon, receländose de que en Francia se hacia una gruesa armada de trece navios con tres mil hombres de pelea con intencion de ir á robar las costas de las Indias, no fiándose de la armada con que habia ido Blasco Nuñez Vela, mandó el emperador que cuatro navios que andaban guardando el mar de Andalucia se armasen muy bien, y que Miguel de Perea fuese por general de ellos, y procurase juntar con Blasco Nuñez para que con mas seguridad trajesen á España el oro y plata de las Indias. Hallóse antes de esto Miguel de Perea en la batalla de Pavia, y en la jornada de Viena contra el turco, y despues de estos tiempos en las guerras de Alemania. Fue capitan

y alcaide de la ciudad y fuerza de Melilla, y en otras muchas ocasiones mostró ser un gran soldado. Estaba á cuenta de este capitan el lugar y fuerza de Cariñan, y con los españoles que tenia resistian valerosamente al enemigo: pero como era poderoso no bastaban sus fuerzas, y los italianos que dentro estaban no querian pelear como debian, por el odio, emulacion, y envidia que de los españoles tenian, pareciéndoles que el capitan que tenian lo era, y que se hacian los españoles dueños en todo, como suele hacer esta nacion por ser de suyo altivos, y de bravos corazones.

Sabiendo el marqués del Vasto la poca conformidad que en Cariñan habia, y que los italianos descontentos por no tener capitan de su nacion, peleaban mal, determinó quitar de alli al capitan Miguel de Perea si bien estaba seguro que por él no se perderia, y sabia cuanto se habia mostrado alli resistiendo al enemigo. como el emperador lo escribió despues dándose por muy bien servido de él. Puso el marqués en Cariñan en lugar de Miguel de Perea á Pirro Colona singular capitan italiano con setecientos españoles, y otros tantos italianos y tudescos, del cual luego diremos. Ya que los cuatro mil tudescos fueron llegados, el marqués del Vasto se hálló con mil y quinientos españoles, y casi cuatro mil italianos, siete mil tudescos, y mil caballos ligeros, porque les avisaban de Cariñan, que les iba faltando la provision acordó de ponerse en órden para ir á socorrerlos con determinacion de dar la batalla á los que se la diesen.

Con este acuerdo comenzó á marchar, y porque para ir á Cariñan, era menester pasar el Pó,

que corre por entre Lombardia, donde él venia, y el Piamonte, do son Cariñan, y Turin: y los contrarios para estorbarle el paso, y necesitar á batalla, se habian pasado ya del cabo que venia, y echóse suertes, y asentado el real, él quiso desviarse y venirse á desguazar el rio, por mas arriba, si bien con rodeo.

Esto era en la Semana Santa, y ya el emperador en Espira tenia aviso que viernes de la Cruz, ó dia de Pascua á mas tardar, se daria la batalla. Los franceses que estaban con propósito de pelear movieron de Carmañola donde estaban, y se acercaron á un lugar que se dice Somorriba, donde el marqués iba á alojar primer dia de Pascua, y allí se metieron en un bosquete, de ellos cubiertos, de ellos descubiertos, con pensamiento, que visto que eran pocos, el marqués los acometeria.

Luego que fueron descubiertos por los imperiales, el marqués conoció lo que era y para entender lo que habia en el bosque, hizo disparar ciertos tiros del campo, á raiz del suelo, los cuales, como dieron en la gente, luego se descubrió la celada: esto era ya tarde, hubo algunas escaramuzas entre ellos, y no mas por aquella noche.

A la mañana viendo el marqués que no podia pasar sin pelear, acordó de ganar hora, y representóles la batalla, puesta bien en órden su gente y concertados sus escuadrones. Los enemigos que no deseaban otra cosa, le salieron á ella de muy buena gana.

Habia en el campo del marqués, al pie de mil y quinientos españoles, y mil y trescientos alemanes, soldados viejos, criados en compañia de españoles, y muy amigos de ellos. De estos se hizo

un escuadron de hasta tres mil, el cual se puso en vanguardia. Habia otros seis mil italianos, de que se hizo otro escuadron que tuvo la retaguardia. Habia otros seis mil tudescos bisoños, que tenian el escuadron segundo del batallon, y mas cinco mil italianos de que se hizo otro que tuvo la retaguardia. Los caballos que serian hasta mil (cuyo capitan general era el príncipe de Salmona) estaban partidos en tres partes, ciento y cincuenta á las espaldas de los italianos de al lado derecho de la vanguardia, los demas algo adelante. A estos tres escuadrones contrapusieron los franceses otros tres como si fueran puestos de juego de caña. El primero que respondia á la vanguardia tenia seis mil italianos, el batallon en frente de los tudescos del marqués, tenia hasta siete mil esguízaros y gascones mezclados.

La retaguardia que respondia á los italianos del marqués, tenia la otra gente francesa su gente de á caballo, que eran hasta tres mil; estaba dividida en dos partes, entre la vanguardia y batallon: á las espaldas era el golpe, un poco mas atras los restantes. Su artilleria estaba á las espaldas de la vanguardia. Su campo estaba recostado hácia Carmagnola, tendido á la parte del Mediodia, el del marqués al Setentrion. Envióse pintada esta disposicion de los dos ejércitos, con la relacion del hecho (como aqui lo cuento) al emperador, estando en Espira.

Antes que el marqués respondiese, hizo una plática á los españoles diciendo, que ya sabian como siempre habian sido leales, y por la confianza que tenia en ellos, y tenerlos en aquella cuenta se atreveria á dejarlos sin paga por cumplir con la

otra gente, y que se acordasen que servian á su rey y señor natural, y que como siempre lo hacian se habian de poner en los mayores peligros. Ellos respondieron muy contentos, que para ellos no era menester plática, que lo harian como siempre habian hecho, que viese lo que mandaba. Y díjoles que bien veian donde estaba aquella artilleria, y el daño pue les hacia, que habian de tomarla ó morir por ello. Y respondieron con gran ánimo, que eran contentos, y que asi lo harian, y asi se pusieron con los mil alemanes que les hicieron espaldas.

Hecha señal de batalla, y habiendo jugado la artilleria, arremetió la vanguardia del marqués contra la vanguardia francesa, con tanto ánimo, que si bien eran mas de seis mil esguízaros, luego los rompieron, é hicieron en ellos gran matanza, sin serles hecha resistencia. Ganaron la artilleria, y hecho esto pasaron adelante, y dieron en sus cacaballos, y rompiéronlos, y pasaron y prosiguiendo su victoria, y dando en los que huian hasta que llegaron al bagaje, bien dos millas del campo, pensando que los otros escuadrones hacian lo mismo, y que los enemigos eran desbaratados totalmente.

Estando la cosa en esto los caballos imperiales por mandado del capitan arremetieron por enmedio de la vanguardia, que ya no habian gente contra los caballos de los contrarios, á fin de impedirles que no diesen en la infanteria: que puesto que la vanguardia española los desbarató, y rompió por ellos, pero no para que se deshiciese.

Yendo pues asi la caballeria del marqués, los otros salieron á ellos, y fueron tan malos los del

marqués, que á sabiendas y de traidores, como algunos creyeron, sin romper lanza volvieron las espaldas tan llenos de temor, y desatinados, que sin ver qué hacian, dieron en el batallon del marqués que era de tudescos bisoños, y los rompieron como á tales, y malos soldados, y los hombres de armas franceses que los seguian entraron tras ellos, y unos y otros los hallaron, y desbarataron. Hecho esto asi los caballos dieron vuelta los unos y los otros por entre las dos retaguardias: y á mas no poder huyeron para Aste. Los esguízaros y gascones, como vieron el batallon del marqués desbaratado, dieron sobre los tudescos, é hicieron en ellos grandísima matanza.

Aqui los que escriben andan varios, no conformándose: unos dicen que los del marqués dejaron las armas, y sin pelear dieron á huir: otros afirman que pelearon bien, y peleando murieron, sino que cargó sobre ellos, estando desbaratados, toda la fuerza de los contrarios de á pie y de á caballo, y los mismos tudescos agraviándose mucho de que digan que ellos habian huido, traen en su defensa, que murieron ocho capitanes, y mas se quejaban de que el marqués los habia puesto en mal lugar, que habia mucha agua entre ellos y el batallon de los otros, y por eso no pudieron arremeter al tiempo que la vanguardia arremetió, y cargan de culpa al marqués, diciendo que antes estuvo en Aste, que ellos dejasen de pelear, y juraban que con él no entrarian mas en batalla, sino se ponia á pie con ellos. Los italianos que estaban en retaguardia, viendo lo que pasaba, ó antes que lo viesen, se comenzaron á retirar, y puestos en órden, y con sus banderas y armas y

ropa marcharon camino de Aste y sin recibir daño, ni hacerlo, se salvaron.

Deshecho el campo de los españoles, y los mil tudescos de su escuadron de la vanguardia, que no sabiendo lo que pasaba por sus compañeros se habian tanto adelantado, que se tuvieron por vencedores: pero entendido el desbarato se aunaron lo mejor que pudieron, y se hicieron fuertes, peleando válientemente hasta que todo el campo enemigo los cercó.

Entonces ya que no se podian escapar, y que las fuerzas les faltaban por el trabajo que habian tenido, por persuasiones que les hizo Francisco Borbon, general de los franceses, se dieron á prision, hasta seiscientos españoles: bien otros tantos se salvaron con el marqués, que los habia mandado estar un cierto puesto, por donde no acompañaron á los otros.

Estos que asi fueron presos, despues se soltaron, quitando las armas, y desbalijando los que los llevaban presos, aunque lo mas cierto es, segun la relacion que uno de estos soldados hizo al príncipe don Felipe, (que fue nuestro rey y señor) en este año de 1544, estando en Valladolid que enviaron los españoles á Francia, que serian hasta seiscientos, y de alli los mandó el rey á traer á España, dándoles de comer, y buen tratamiento, y mandando por todos los lugares por donde pasaban, que no los diesen grita, ni se les hiciese alguna afrenta; tan hidalgo corazon y generoso pecho tenia este gran príncipe.

Asi llegaron á Narbona, donde los detuvo el capitan de aquella frontera, hasta que el marqués de Aguilar le diese dos parientes suyos que

le tenia presos, y si no que tomaria ciento de ellos, de los mejores, y soltaria los otros. Y ellos enviaron un compañero á quejarse al rey de Francia, y otro al príncipe nuestro señor, que dió la relacion que digo, si bien no tan cumplida como la que se envió al emperador, que ambas las tengo, y las sigo.

De los alemanes recibieron los que quisieron quedar á sueldo, los demas dejáronlos libres, con condicion y juramento, que no sirviesen al emperador, en los cuatro meses primeros. Murieron del campo del emperador ocho mil hombres; de los franceses cuatro mil.

Dijose que el rey de Francia habia mandado que se diese esta batalla, y que muchos caballeros franceses deseosos de mostrarse, y ganar honra, habian venido por la posta á hallarse en ella. Y que el general se llamaba Mr. de Anguien, mozo de 20 años, el marqués del Vasto, y los que con él iban no pararon hasta Aste. Pareceres hubo que peleó valerosamente, y fue herido en una rodilla: otros dijeron lo contrario, y que la herida que llevó en una rodilla fue que corriendo topó con otro en la pierna. Reparó y recogió la gente en Aste, que se escapó, que serian siete mil hombres, sin otros que se libraron y derramaron por otros cabos.

XV.

Poco fruto que el francés sacó de esta batalla, que fue el mayor revès sufrido por el emperador.

Esta fue la mayor adversidad que padeció el emperador en cosas de guerra, porque hasta este dia ninguno hubo victoria de él, ni de su campo, y fue mayor la pérdida, porque si los imperiales vencieran; era cierta la paz y sosiego de la cristiandad, porque el frances tenia metido su resto, y á perder no le quedaba si no pedir misericordia, que ademas del poder del emperador toda Italia se declara por S. M., sin osar hacer otra cosa.

Pero con esta victoria cobraron nuevo ánimo los franceses, y muchos que disimulaban la mala voluntad que tenian al emperador, se declararon por el francés: y otros indiferentes se estuvieron á la mira.

Es verdad que si no fue el duque de Ferrara ninguno de hecho, y con rompimiento, se declaró contra el emperador, que aunque perdió esta batalla, viéronle muy poderoso, y el haberse declarado el imperio por enemigo del rey de Francia enfrenó á muchos y los tuvo á raya, sin osarse mostrar.

La batalla, ó la resolucion de darse fue primer dia de Pascua de Resurreccion, y en el segundo se dió, y es de notar que en tal dia se perdió la de Rávena, y la de los Gelves. No hay dias aciagos ciertos: pero podria haber castigo para los cristianos que en Semana Santa, cuando se hace penitencia, y se reciben los Sacramentos, tratan

de los robos, muertes y estupros, y otros escesos que consigo trae la guerra.

Llegó la nueva de este desbarato y rota al emperador, primero confusamente por via de Milan, y despues se tuvo por cierta. El emperador es de creer que lo sintió, pero que no se mostró mas triste, y alegre que solia; y á la hora despachó á Juan Bautista Castaldo para el marqués, con cartas y dineros para proveer en lo necesario.

Seis dias despues vino correo del marqués, y refirió la jornada, como se ha contado; solo se supo el daño mas en particular que se recibió, y es que ganaron hasta una docena de tiros de campaña, y alguna municion, y carros con bagage. Muertos se hallaron de ambas partes ocho mil y trescientos, en que serian tres mil y quinientos tudescos de los imperiales, y cuatrocientos españoles, todos los demas eran enemigos, que si no fuera por la victoria y reputacion, mayor daño habian recibido los franceses.

Fueles de tan poco fruto esta victoria, que ni ganaron plaza, ni en Italia hubo alteracion que les importase, sino fue que pasados algunos dias se levantaron el conde de la Mirándula, y Pedro Stroci, y juntaron hasta nueve ó diez mil hombres, y anduvieron por el estado de Milan robando, y gastando la tierra, de los cuales luego diré.

Los de Milan como leales servidores del emperador enviaron luego al marqués cien mil ducados para ayuda á repararse, y el duque de Florencia socorrió con alguna gente: el cardenal de Trento hizo lo mismo.

En Roma hubo diversos pensamientos, y si bien habia muchos franceses, no se mostraron

tanto. El de Búrgos, Gambaro, y Cibo dieron cuanto tenian á Juan de Vega para hacer gente.

Madama Margarita hija del emperador, procuró, que su marido Octavio Farnesio viniese al campo, y porque le halló tibio, dió cuanto dinero y joyas tenia á Juan de Vega, para ayuda de conducir gente. Juan de Vega tuvo propósito de partir luego para el campo, pensando que el marqués estaba mal herido, para recoger las reliquias del ejército, y amparar las plazas. Sabido que no estaba tan malo se detuvo: despues le envió á mandar el emperador, que luego partiese, y se juntase con el marqués, y Juan de Vega lo hizo, llevando consigo cinco mil hombres.

Fue Juan de Vega uno de los grandes caballeros en paz, y en guerra que en sus tiempos salió de Castilla: es su casa de la notabilísima familia que ahora son condes de Grajal.

XVI.

Valor de los españoles de Cariñan.

Los de Cariñan quedaron lastimados, y con la misma necesidad y aprieto, con la pérdida de esta batalla, mas no sin ánimo, porque el capitan Pirro Colona era valeroso por estremo.

Los españoles y demas soldados tales, y para mostrar á sus enemigos, que no les habia quebrado los brios su victoria, salieron á ellos muchas veces, y les ganaron despues de la batalla

nueve banderas, y les mataron mas de ochocientos, y continuaban las salidas, y asaltos que hacian, tomándoles los bastimentos, con que se sustentaban.

XVII.

Ríndese el valeroso capitan Pirro Colona.

Finalmente, la necesidad terrible de bastimentos y municiones venció los fuertes ánimos de Pirro Colona y sus españoles, y se hubieron de rendir, no al cabo de cuarenta dias, como dice Jobio, despues del reencuentro de la de Ceresola, sino despues de dos meses, cuando ya no se comia sino salvados, importando mucho cada dia de los que se detuvieron despues del hecho de armas para las cosas imperiales, porque de otra manera la guerra estuviera á las puertas de Milan, ó quizá dentro de ella.

Como se quedaron las fuerzas enteras, y de la suerte que antes estaban, y los cercados con el vigor y coràge se defendian, fue gran parte para que el marqués se tornase á rehacer de mas gente, y ponerse en el punto que primero. De manera que los sitiados de Cariñan se detuvieron en su porfía, sin rendirse, hasta 22 de junio, que salieron de Cariñan, habiéndoles dado el dia antes la postrera racion, sin haber para otro dia mas salvados que comer, sino unos pocos caballos, que aun le quedaban vivos, habiéndo comido hasta allí seiscientos y tres: pero no género de pan. El reencuentro de la Ceresola fue á 15 de abril, que á esta cuenta se detuvieron un mes mas

de lo que dice Jobio, sin rendirse, en este medio tiempo: á 4 de junio, por tener ellos ocupado al general Anguien, con el ejército francés que los tenia sitiados, se dió la rota al otro general Pedro Stroci.

Cuanto á las condiciones, con que se rindieron los valientes cercados, y su capitan Pirro Colona, tambien las yerra Jobio: la escritura del concierto al pié de la letra es esta:

»Yo Francisco de Borbon, y conde de Anguien somos contentos de que el ilustre señor Pirro Colona, y los señores coroneles de alemanes, y maeses de campo de españoles, y capitanes, y soldados, hallan de salir de la villa de Cariñan, dejando la artilleria y municiones, y que ellos lleven todas sus armas, y banderas, y tambores, y pífanos, y caballos, y bagage, y ropa, y dineros, con que salgan con banderas cogidas y atambores callados, hasta ser pasada la puente. Y serán acompañados hasta Santa Ana, por Mr. de San Julian y por Mr. de Ausun. Y que para los heridos y enfermos daremos barcas que los lleven seguros hasta Casar de Montferrat, y que hayan de pasar el rio Tesin, y estar entre Tesin y Hada por dos meses, y pasado este término, que los españoles se hayan de ir á España, ó á Nápoles, sin servir á S. M. ni hacer guerra al cristianísimo, por término de ocho meses, y que el señor conde Pirro ha de estar los dichos dos meses en Italia, ó donde fuere su voluntad, y que despues pase á la corte del rey de Francia, y que no salga de ella por ocho meses con los dos que ha de estar en Italia sin licencia del dicho cristianísimo rey».

Despues de esto que fue viernes, el sábado, Piero Colona dijo que antes saldria á dar la batalla, y morir todos, si los españoles y tudescos hubiesen de salir de Italia. La cual obstinacion viendo el Anguien, y temiendo aquellos desesperados allí metidos, les añadió que pudiesen los españoles y tudescos quedar en Italia, con que por espacio de ciertos meses no pudiesen hacer guerra al rey. Luego domingo 22 de junio salieron de Cariñan.

Con la llegada de Juan de Vega al campo del marqués, los de la Mirándula, y Pedro Stroci dejado lo de Milan estaban esterminados á pasar el Piamonte, ó para juntarse con los que estaban sobre Cariñan para apretar mas el negocio, y de ahí dar consigo en Francia, de ellos, ó todos juntos, porque como el rey no tenia otro ejército, y por la parte de Alemania y Flandes le entraban sus tierras, érale forzoso revocar sus gentes, que estaban en Italia para su defensa, porque asi como al principio tuvo manera de divertir al emperador de las partes donde estaba con echar el peso de la guerra en el Piamonte y Lomdardia, viendo que aquello no le sucedia bien, mas de tenerle puesto en necesidad de tornar á traer su gente del Piamonte, para defender lo de Picardia.

Parecia verdaderamente que el ejército que tenia en el Piamente habia de ser causa de su perdicion, porque le sustentó todo el invierno con mucho trabajo y costa, y no hizo nada, y cuando lo habia menester por verse desarmado no lo podia haber sin gran dificultad, y sin desesperar de todo lo de Italia. Serian, segun se afirmó, los que fueron á pasar el Po, por junto á Plasencia,

pasados de diez mil hombres, y el marqués del Vasto envió en seguimiento de ellos al príncipe de Salermo, y Salmona con hasta ochocientos caballos, y siete mil infantes italianos, para impedirles el paso. No lo pudieron hacer, porque Pero Luis, hijo de su Santidad, con los placentinos, les dieron favor y ayuda con barcas, y pusieron estorbos á los del marqués, y desbalijaron á Carlos de Gonzaga, que venia con tres banderas á juntarse con ellos.

El título con que Pedro Luis hizo esto, fue con que su gente dannificaba las tierras del Papa. Pero esto no embargante pasaron tras ellos, y les fueron siempre en el alcance, y diéronse tan buena maña, que junto con Sarrabal, donde habian enderezado, á ocho leguas de Génova, los alcanzaron, y tomáronlos en cabo que no pudieron huir, sino que hubieron de pelear de necesidad. Hubieron con ellos batalla, y fue así, que al principio Pedro Stroci llevaba lo mejor, y habian rompido los suyos una vanguardia, y ganado seis banderas. Pero cargó el príncipe de Salmona con sus caballos en que les tenia ventaja (que ellos no tenian sino doscientos), y con ellos, y hasta mil arcabuceros, los rompió y desbarató, y ganó la victoria. Murieron hasta tres mil, segun ellos dijeron, y tomáronse á prision cinco mil. Y entre ellos Pedro Stroci, y el conde Pitillano, el duque de Soma, y otros principales.

(1) Esto acaeció á 2 de junio, y vino la nueva al emperador á los 16 á la entrada de Mez de Lorena. Túvose en mucho esta victoria, lo uno por haberse ganado por mano de italianos, que fue la primera cosa que hicieron en servicio del em-

perador á solas, lo otro porque fue en tal sazon y coyuntura, que quebró las alas al rey de Francia, y su parcialidad, y les ganó totalmente el placer que tenian de la toma de Cariñan, y victoria de Ceresola. Mayormente, que en la otra, el francés no ganó palmo de tierra, y perdió tanta, y mas gente, y esta sin pérdida alguna de la parte del marqués se ganó.

Perdió el rey de Francia todo un ejército, y no solo le perdió, sino que quedó con mucha dificultad y trabajo para juntar otro. Verdaderamente parecia que hacia Dios las partes del emperador, porque cuando mas caidas se veian sus cosas, entonces volvian, y se levantaban con mayor vigor y fuerza.

XVIII.

Toman los españoles á Pontestura.

Al mismo tiempo que esta victoria se hubo, los españoles y tudescos que el marqués tenia consigo, aunque pocos, como no saben cesar ni estar ociosos, fueron á una villa del Piamonte, que llaman Pontestura, en la cual habia setecientos gascones de guarnicion, que la estaban fortificando, y en los seis de junio la entraron por fuerza, y mataron los gascones sin dejar hombre: tomaron la plaza, y siete piezas de artilleria.

Serian los españoles que tenia el marqués, mil: no se atrevia á juntarlos con los italianos, porque

como los españoles son altivos, y de buenos pensamientos y valientes, menguaban á los italianos, llamándoles cobardes y traidores por lo de Cariñano, y los italianos sentíanse indignándose tanto, que se conjuraron para revolverse contra ellos en la primera ocasion, y matarlos, y por esta causa los traia el marqués apartados, esperando que creciese el número de los españoles, que llegando á ser tres ó cuatro mil, no se atrevieran con ellos, aunque fueran diez mil italianos.

De esto que en Pontestura aconteció cobraron tanto miedo los franceses, que muchos desampararon los lugares en que estaban de guarnicion, dejándolos á los imperiales, especial una buena plaza que se dice San Salvador. Como veian las gentes que en tan breve tiempo volvia la fortuna tan favorable á la parte del emperador, comenzaron los pronósticos y profecias, nacidas de la madre de las abusiones en que adivinando lo pasado, y visto lo presente, profetizaban que el emperador en este año habia de perder la primera batalla, y despues habia de haber grandes victorias.

Tambien se entendió de Roma, que á su Santidad no le habia sabido bien la victoria de Sarrabal, porque le habia costado sus dineros la gente que alli fue rota. No venia esto bien con lo que siempre publicó este Pontífice, de que él no se queria mostrar por ninguno de los príncipes, y lo tenian sus apasionados por una de las cosas mas dignas de memoria, para ejemplo de los sucesores: pero por muchos testimonios se halló, que la última paga que el rey hizo á la gente de sus fronteras, fue con doblones traidos de Roma, si-

no fue que se los enviasen algun cardenal, ó gentilhombre de sus aficionados.

XIX.

Gran jornada que el emperador hizo contra Francia.

Ya que he dicho parte de la guerra que entre imperiales y franceses pasó este año en el Piamonte, resta ahora decir lo que en la guerra de Francia sucedió, que es lo principal que toca á esta historia, por haber andado el emperador en ella. Todo cuanto el rey de Francia hizo de dos años á esta parte, en que movió la guerra con tantos ejércitos, gastos, y aparatos, costas, pérdidas de sus gentes, y acabamiento del reino, fue que en el condado de Henaut fortificó á Landresi, lugar de hasta treinta casas, apenas, donde fue la guerra del otoño pasado, y en el ducado de Lucemburg ocupó dos plazas, y asimismo la fortaleció: la una que se llama Lucemburg, y la otra Iboes, las cuales hizo casi inespunables.

Este estado de Lucemburg se junta con Bravancia, por parte de Setentrion, y confina con Lorena, por Mediodia, y responde á la parte de Francia, que llaman la Campania, ó Campaña en su lengua, por el Occidente. Al Oriente tiene Alemania. Hay hasta Paris diez leguas, ó cerca.

Teniendo intento el emperador de entrar este año por esta parte, como lo hizo, proveyó con muy acertado consejo, que don Alvaro de Sandi maestre de campo, hasta con dos mil y quinientos soldados que en su tercio tenia españoles, invernasen en torno de Lucemburg, á fin que de alli gas-

tasen, y molestasen la tierra de los enemigos, y tambien impidiesen que no entrasen bastimentos en aquella plaza.

Don Alvaro como famoso soldado, se dió tal maña, que cada dia corria la tierra de Francia, y traia las presas y prisioneros, é hizo cosas notables.

Ya que vino el verano, cuando era tiempo de comenzar la guerra, el emperador tenia intencion de que la gente se juntase en principio de junio, y no antes. La razon era por ahorrar algunas pagas, y porque cuanto más entrado el verano, habria mas provision en el campo, ó por otros respetos.

Al principio el marqués juntó el ejército segun dije, de hasta ocho mil infantes, dos mil caballos para venir á proveer á Lucemburg. Don Alvaro dió aviso, y ahincó mucho, porque le diesen gente para impedirlo, porque si Lucemburg se proveia, tendria el emperador que hacer todo el verano en tomarla. Por esta causa mandó el emperador á don Hernando de Gonzaga su general (cuando estaba en Espira) que luego partiese para ella. Y asi fue casi mediado mayo. Salió de alli solo, y con algunos caballos y gentiles-hombres que le acompañaron, y llegado con aquellos pocos españoles, y hasta seis banderas de tudescos, que recogió, se puso en campo, dando priesa á que viniese mas gente, que ya estaba hecha, sino que no tenia tomada la muestra de ella, ni pagada. Ello fue asi, que dentro de quince dias tuvo veinte mil hombres, y de ahí arriba, que era número bastante para estorbar el socorro: pero antes de haberse juntado estos, los enemigos se acobardaron, y no osando llegar con los bastimentos se volvieron.

Visto esto por don Hernando, y hallándose con bastante ejército, acordó de sitiar el lugar, y echóse sobre él casi al fin de mayo. Habia dentro hasta mil y quinientos hombres de guarnicion, que estaban con grandísima falta de bastimentos. Estos como se vieron cercados, y sin esperanza de socorro, ni provisiones, tuvieron acuerdo de tratar con don Hernando de rendirse, y entregar el lugar. Y concertaron asi, que hasta seis de junio no se hiciesen unos á otros mal, y que si para aquel dia no fuese venido socorro, la villa se entregase con toda la artilleria, y municiones que habia dentro, y los soldados se saliesen con sus armas, y banderas. En fe y seguridad pusieron en rehenes cuatro capitanes y personas principales en poder de los imperiales. Hízose el concierto último de mayo.

La nueva vino á Espira con correo al emperador, primero de junio, dia de Pascua de Espíritu Santo, en el cual tambien llegó correo de Italia con aviso de la ida de Barbaroja, asimismo de Flandes, como los españoles que se habian levantado en España, eran desembarcados, que todo dió grandísimo contento al emperador, y á toda su corte, y en particular la llegada que los españoles, que bien habia echado de ver el César lo que le importaba esta gente.

Corrido el término asentado, don Hernando hizo entrar dentro de Lucemburg ciertos capitanes á reconocer, si la artilleria y municiones estaban gastados, ó no, y hallóse que todo estaba entero. La cantidad era muy grande, que habia mas de ochenta piezas de artilleria, las cuarenta de ellas gruesas, y las otras menores,

y trescientos barriles de pólvora, y muchas pelotas.

Entregado todo, los de dentro salieron con sus armas, y banderas enarboladas, escepto una que dejaron en señal de la victória, y se metieron en Francia acompañados de algunas banderas de infanteria, porque no hiciesen mal en el camino, ni lo padeciesen.

Fué esta una buena ventura del emperador, porque sin costa de hombre, ni casi de dinero, recobró lo que tanto tiempo el francés su enemigo habia asanado con gasto grandísimo, y tanto mas que si por esta via no se hubiera esta plaza, era necesario que el emperador se detuviera largo tiempo en el cerco, y se impedia mucha parte del efecto de su jornada.

Y cierto que el rey de Francia dado que era diligente y muy buen capitan, se descuidó demasiado, ó estaba muy flaco, pues en tanto tiempo no proveyó este lugar, que tanto le importaba, sabiendo la necesidad que los suyos tenian. Entendióse que él se engañó, por tener conocido que los del emperador eran tardos y perezosos, y que la gente no se podria juntar hasta mediado de junio: y tenia razon, que verdaderamente hay esta falta en los hechos de guerra de España, que no es poco dañosa, que nunca se provee cosa con tiempo, sino cuando ya está la soga á la garganta, y déjanse ir las ocasiones de las manos cada dia. Que por nuestros pecados ya se trae en proverbio, que es tardo, como el socorro de España. Y lo peor es, que se hace el gasto, y padece el trabajo, y nada aprovecha, volviendo con vergüenza las manos en el seno, y aun algunas veces por la

tardanza y salir fuera de sazon con ellas en las cabezas. Si aquí se tardáron tres dias mas, y don Alvaro de Sandi no apresurara tanto el hecho se perdiera este lance, que fué de los buenos que el emperador tuvo.

Salidos, pues, los franceses de Lucemburg, y metida la guarnicion imperial, el campo sin algun detenimiento movió de allí, y entró por los campos del ducado de Lorena, hácia la campaña, y á quince leguas de Lucemburg, y once de Mez de Lorena en un castillo bien fuerte que llaman Carmesí, que solia ser del duque, y ahora era del rey que se le habia tomado por fuerza, y tenia dentro italianos en guarnicion, aquí reparó. Y hecho por don Hernando su requerimiento para que se lo diesen, no queriendo los de dentro, él lo sitió y batió dos dias, y puso tanto temor en ellos, que los que al principio con buenas condiciones no querian, se lo viniéron á dar con las que él quiso, poniéndose á merced. El tomó el castillo sin pérdida alguna de gente, y saquearon el lugar, y los de dentro desbalijados á uso de guerra los dejó ir libres. Esto fué á quince de junio, y á los diez y seis lo supo el emperador entrando en Mez de Lorena, y no se tuvo en poco, que aquí pensó el francés que tenia (segun se sonó) gran estorbo con que embarazar muchos dias á los imperiales.

A la misma hora vino otra nueva de Italia, de la rota de Pedro Strozi, y los de la Mirándula, lo de Potenciana y San Salvador en el Piamonte, y como la armada turquesca pasaba la canal del Paulin, despues de la arrancada de Vaya, que de todo dejo dicho lo que pude bien saber. Fueron muy bien recibidas estas nuevas por el empera-

dor y los suyos, y para el rey de Francia por el contrario dolorosas y malas, aguándole su corta fortuna el gozo que habia recibido con la victoria de Carmañana.

XX.

Campo imperial.

El emperador salió de Espira á los diez de junio, fenecidas sus córtes, y hecho el recesu, ó tenido su solio con los de la dieta, trajo consigo á Maximiliano hijo mayor del rey don Fernando, que era de la edad del príncipe don Felipe de España, aunque algo mayor de cuerpo, y de muy buen parecer y condicion. Otro mas pequeño que se llamó don Fernando, envió el emperador á Flandes, para que estuviese con la reina Maria su tia, en tanto que andaba la guerra.

Fueron con él el obispo de Huesca, y los clérigos todos de la capilla, escepto media docena que quedaron para seguir el campo, y suele acompañando el duque de Cleves, y sirviendo el que el año pasado competia con su tio el emperador, porque se vean las mudanzas de la fortuna. Deseaban los españoles, que andaban con el emperador, que trajesen este infante á España, porque era muy lindo, y le amaban todos, y le ayudaba mucho el nombre de Fernando, y con razon, pues tales y tan buenos han sido cinco reyes de este nombre, que ha tenido Castilla.

Llegó el emperador á Mez de Lorena, y á los diez y seis de junio, segun tengo dicho. Por todo el camino vino muy acompañado de gente de

guerra, especial á la entrada, que por lo menos traia tres mil caballos, sin los de á pie. Mez es una gran ciudad, y de las mejores de aquellas partes en asiento y edificio, aderezos de casas, abundancia de mantenimientos, y todas cosas: es muy espaciosa, tendrá pasados de seis mil vecinos, corre por ella el rio Mosella. Llamábase antiguamente Medro Matules: ahora Metio. Tenia grande clerecia, y muchos templos, y el mejor muy insigne, en el cual, entre otras cosas habia un crucifijo de oro puesto en lo alto, tan grande, como suelen ser en otra parte los de madera.

Era en otro tiempo ciudad neutral y libre, mas ya comenzaba á entrar en ella la mala secta de Lutero, que la libertad que este herege daba á todo género de gente, amable y sabrosa, abria caminos no pensados. Detúvose aqui el emperador algunos dias, recogiendo la gente, y formando su campo. Túvolo aqui de cincuenta mil hombres, los cuatro mil gastadores, que sirven para hacer trincheras, levantar caballeros, abrir fosos, allanar caminos, y otros semejantes menesteres. Todos los demas son de pelea. Habia entre ellos once mil españoles pocos menos, siete mil caballos: todos los demas eran alemanes altos, y gueldreses, buena gente. Tenia seis mil carros de municion, llevaban puentes, molinos, hornos y otros ingenios de guerra.

Esperábanse otros cuatro mil alemanes que el rey de Inglaterra habia mandado hacer, y habíalos despedido, y el emperador, porque no se pasasen al francés, los recibió. Juntáronse tambien con el campo imperial otros quince mil soldados, que el rey de Dinamarca habia hecho para dar fa-

vor al rey de Francia, y con la amistad que de nuevo tenia asentada con el César, le vinieron á servir. Eran los tres mil de á caballo, muy buena gente, los cuales llegaron á Lieja, y estaban pagados, hasta víspera de San Juan, por el francés y traian banda blanca, y el dia de San Juan la pusieron colorada, que era la imperial, de manera que fué el número del campo imperial de setenta mil hombres, los mejores y mas lucidos que se habian visto.

Esto de Dinamarca, aunque sea detenerme algo fuera del propósito, fué así, que aquel reino de Dinamarca, de derecho pertenecia á una sobrina del emperador, mujer del conde Palatino elector, y un hermano de su padre metióse en él por fuerza (con no sé que título que aquel reino tiene, que habiendo hermano, no pasa en los hijos hasta morir el hermano) y túvole usurpado algunos años, y porque se temia del emperador, confederóse con el francés y con los luteranos contra el emperador. Y en las córtes de Espira, como ya dije, envió sus embajadores para que tratasen de paz y amistad con algun buen medio, que fue que el rey dejase la liga con los luteranos, y el rey de Francia, y que diese á la princesa mujer del Palatino ciento cincuenta mil ducados cada año por su vida, y que despues ella sucediese en el reino. Por este concierto hizo la gente que enviaba en favor del rey de Francia y se volvió en su servicio del emperador.

Una falta sola habia en el campo imperial, y harto esencial, que era de bastimentos, que por no dar á entender al enemigo, ó por no haberse determinado, por donde habia de hacerse la guer-

ra, ó por negligencia no se habian hecho las provisiones con tiempo, como era menester, y algunos dijeron haberlo causado, no esperar tan próspero suceso en lo de Lucemburg, como el que hubo. Ademas de esto habia otro inconveniente, que las vituallas se habian de traer de muy lejos, y como el francés no tenia ejército para oponerse ponia las diligencias humanas en impedir que los bastimentos no pasasen, y que en las tierras de las fronteras no los hubiese, y así tenia quemadas aquellas comarcas por donde entendió que el ejército enemigo habia de pasar. Podian tenerse por muy desventurados sus súbditos, pues en ellos ejercitaba mayores crueldades que los enemigos hicieran, que cierto son de notar, si bien me detengo algo, porque vean los reyes los daños que causan en sus reinos sus demasiadas pasiones, y los súbditos lo que deben al rey que los sustenta en paz y justamen e, y sin ver cara de enemigo.

XXI.

Perjuicios que causó á la Francia la inquietud de su rey.

El rey de Francia movido con envidia, ú otra ciega pasion, segun es de creer de la potencia del emperador y su grandeza, que ni él ni los príncipes de Italia jamas pudieron sufrir so color de vengar la muerte de Rincon y César Fregoso, movio guerra en el año de 1542. Y para moverla

no confiando en sus fuerzas, hizo liga con el turco, que le envió su armada, como queda dicho, por otra parte con el duque de Cleves, al cual por atraerle, dió la princesa de Navarra por mujer. Lo tercero hizo lo mismo con el rey de Dinamarca, para que todos á un tiempo entrasen en las tierras del emperador, y para esto juntando grande ejército, atravesó con los esguízaros é italianos, por las entrañas de su reino, hollándolo y gastándolo todo, como si fuera de enemigos, hasta llegar á Perpiñan.

De ahí visto que no le sucedia bien, con mucha costa suya, y poco daño del emperador, tornó á romper sus tierras por otra parte, y fue á lo de Lucemburg, donde hizo el efecto que he dicho. Desde alli por ir al socorro de Landresi, llevólo por dentro de sus reinos, hasta el condado de Enaut. Tras esto retirándose con huida, y metido en lo interior de su reino, envió para que atravesasen otra vez por el otro lado al Piamonte, de manera que no hay cosa en su estado, que los pies de soldados no hollasen, permitiéndoles toda la licencia que en tierra de enemigos tuvieran, robando, cometiendo estupros y abusos abominables.

Dejo lo que los turcos en la parte de Tolon, y toda la Provenza hicieron, deshaciendo las iglesias, convirtiéndolas en mezquitas, vicios contra Dios y la naturaleza de que en todo el reino hubo grandes clamores de los gastos que en mantener el ejército hizo: no hay que decir, sino que fueron innumerables los trabajos en que puso á sus súbditos. Faltóle luego el uno de los de su liga, que fue el duque de Cleves, tambien el de Dinamarca: Barbaroja fuese desgraciado, ó poco contento de

él, vió á su enemigo poderosísimo á las puertas de su propia casa, como ahora estaba el emperador, y hallóse sin blanca y sin gente.

Tenia sus confianzas en los italianos: desbaratáronse malamente en Sarrabal: los esguízaros y gascones estaban los mas en el Piamonte, y ni los podia haber en breve, ni sin perder las esperanzas de ella, y por eso como no podia haber junto ejército, no trataba de mas que fortalecer sus plazas, y gastar los bastimentos, y con todo echaba fama que habia de dar la batalla al emperador. Siendo evidente que de ninguna manera podia ser, si del todo no estaba loco: porque habia de ser dentro en sus reinos, y si la perdia habia de perder el reino. Y aun se platicó, que si el emperador pasaba las fronteras, hallaria dentro hartas parcialidades, porque tenia muy desabridos sus súbditos con las grandes cargas, y nuevas imposiciones de tributos que cada dia les echaba.

Hartas se dijeron, y una fue terrible, que de todas las casas que en Francia habia llevaba alquiler: de esta manera el que tenia casa propia pagaba al rey lo que pagara si la alquilara ó fuera agena: el que la tenia alquilada acudia con el alquiler al rey y no al dueño. A tal estado vino Francia, y llegó el rey Francisco por ser tan porfiado.

XXII.

Fuerzas que habia de allanar el emperador para entrar en Francia.

El intento del emperador en esta jornada era

ir sobre Paris, y para esto era necesario, y aun forzoso allanar primero algunas fuerzas que habia en el camino.

La primera era Carmesí, que ya la habia ganado y echado por el suelo. La segunda era Leni, donde al presente estaba el campo, y se decia que el rey enviaba á pedir paz, y que venia á ello el condestable Mr. de Montmoransi, que era el hombre de mayor consejo, y mas amigo de ella, y acepto al emperador. La tercera San Desir. La cuarta Reims, donde dicen se coronan y ungen los reyes de Francia, en latin *Rhemi*: esto es ya en la Campaña ó Campania. La quinta es Chalon que en latin llaman *Catalaumi*, por donde corre el rio Matrona, que ellos dicen Marba, y despues se junta con Secuana, que va á Paris dos leguas de ella. Aqui se media el camino desde Mez, y está antes que Reims, y no restan sino vente y cinco leguas francesas.

Luego en lo interior de la Campaña ó Campania que ellos dicen, está Troya ó Troes, (que en latin se dice Treca) ciudad populosa y rica. Túvose por averiguado que ganando á Chalon á la hora se rendiria esta, y otras sin esperar que el ejército llegase. Á la mano izquierda de este camino que el ejército llevaba, cae el ducado de Borgoña, sobre que fue la contienda antigua entre el emperador y el rey de Francia, y si caminara el ejército por allí, hallará el emperador muchos de su parcialidad. Pareciéles echar por estotro camino mas que por el condado de Enaut, donde anduvieron el otoño pasado, porque aquella tierra estaba muy gastada, y habia en ella dos fuerzas inespugnables como San Quintin y Perona, que ni

tomarla fuera fácil, ni pasar sin ellas seguro ni provechoso.

Allende de esto el ejército inglés, estaba por entre la Normandia y Picardia, que es cerca de allí, y si el emperador fuera por allí, se quitaran los unos y los otros los bastimentos.

XXIII.

Lo que hizo el inglés contra Francia.

El rey de Inglaterra por el pacto y confederacion que, mediante su embajador el año pasado hizo en Molins de Rey con el emperador, habia de entrar este verano por la parte de Cales poderosamente, y hacer guerra contra Francia, y porque hasta aquí la habia tenido con Escocia, y era ocupado, no la pudo efectuar.

Algunos dias antes de estos hubo una victoria, y con ella ocupó algunas plazas, y saqueó otras, y retiró su campo para pasarlo á Francia. Hacia guerra contra este reino, ademas que entre las dos naciones hay antigua y capital enemistad, es porque el rey de Francia le es obligado á pagar cada año cien mil ducados por el derecho del ducado de Normandia, y habia ocho ó nueve años que no le pagaba blanca, ni hecho con él cumplimiento alguno hasta la primera de este año, que teniendo el rey Francisco lo que ya veia, le envió á requerir con la paz y amistad, ofreciendole la paga de todo lo que le debia.

El inglés como con las espaldas del emperador que ocupaba al francés habia hecho su hecho, holgara, segun se dijo, de la paz, pero no quiso aceptar condicion alguna sin dar cuenta al emperador y saber su voluntad, y conforme á esto envió su embajador á Espira, sobre ello. El emperador fue de parecer, y quiso que él pasase como estaba concertado, y ambos acometiesen cada uno por su parte en un mismo tiempo. Y es asi que el rey de Francia temia mas el inglés que al emperador, porque el inglés es ejecutivo, y no sabe perdonar, y el emperador jamas le negó la paz siempre que el rey la quiso, y el español es de la condicion del leon, que no tiene manos para los rendidos, ni sabe tener cólera donde no hay defensa, como por el contrario es terrible contra el que resiste.

XXIV.

Prosperidades de los ejércitos imperiales contra el francés.

Contado he arriba como el campo imperial despues de rendida Lucemburg, habia ganado á Carmesi que es un castillo fuerte. Desde aqui luego sin detenimiento fue sobre una villa que llaman Leni, que es del condado de Lorena, la cual tenia muy fortificada y proveida asi de gente como de bastimentos.

Antes que la comenzasen á batir hicieron sus requerimientos á los de dentro para que se entre-

gasen: y no queriendo, sin detenimiento la bateria anduvo, y fue tal que los espantó, y enviaron á tratar de rendirse. En tanto que los tratos andaban no cesaba la bateria, y por priesa que se dieron los que platicaban los tratos de paz, se la dieron mayor los soldados que entraron en la villa, y la saquearon. Entraron confusamente tudescos y españoles, y los tudescos acudieron al vino, y cosas de comer, que habia muchas: los españoles á la ropa, que tenian alli guardada toda la de los lugares de alderredor, y hubieron muy buen saco.

Prendieron al señor de la tierra con mas de ochenta caballeros, y mucho número de soldados. Ademas de lo que los soldados saquearon en la casa de la municion, hallaron mucho trigo, vino y otros bastimentos que nombran provision para el campo para dos meses. Sucedió esto á 29 de junio. La artilleria cuentan que pasaba de cien piezas.

En tomándose Leni los caballos ligeros fueron á Sandelisa á descubrir, y hallaron que un buen lienzo del muro habia sido derribado por el rio que echaron por junto para henchir los fosos, y por eso comenzó el campo á darse priesa, porque no se les fuesen los de dentro, ó al menos no sacasen nada. Segundo de julio movió de Leni, y se escribió, ó trajo el aviso del muro caido. Levantóse una voz en el ejército, que peleaba Dios por el emperador, y se le caian los muros, como en Jericó, y se le abrian las puertas de las ciudades como á Carlo-Magno (que asi se escribe de él) porque Cárlos V defendia la arca del Testamento. Tomóse facilmente esta plaza.

XXV.

Varios sucesos de los españoles en Francia:--Muere el príncipe de Orange:--Ríndese San Desir.

No se descuidaba el rey Francisco, que asi le convenia, viéndose acometido tan poderosamente: con la brevedad que pudo juntó sus gentes, y ante todas cosas envió al duque de Nevers con quinientos caballos, y seis mil infantes á la campaña de Chalon, que los antiguos llamaron Catalaunum, y á su hijo el delfin envió al rio Marna (que en latin llamaron Matrona) para embarazar al emperador que no pasase á lo interior de Francia, y el rey se puso en Jallonio, donde cada dia le venian gentes de diversas partes.

Llegáronle diez mil suizos, seis mil grisones, seis mil alemanes, de todos los cuales era general Mr. Nevers. Envióle del Piamonte Mr. de Anguien doce mil infantes italianos y franceses: finalmente, el rey juntó un campo de cuarenta mil infantes, y seis mil caballos. Con el delfin estaba su hermano el de Orleans, y su ayo Claudio Annibaldo capitan de larga esperiencia y buenos hechos, que fueron á hacer cara al rey de Inglaterra.

Por el mes de julio se puso el emperador sobre San Desir, que era bien fuerte. Prendió á Vitio, y mató los caballos y soldados que llevaban provision á los cercados. Defendian San Desir el conde de Sanzarra, y Mr. de Landi (que en la de-

fensa de Landresi ganó nombre) al cual á 17 de julio mató una bala desmandada estando en su casa que le dió por el cerebro.

Tambien de parte del emperador murió desgraciadamente el príncipe de Orange, Reinerio Nasau, al cual estando combatiendo el lugar, y dando una bala gruesa en las paredes de una casa, faltaron algunas piedras que le alcanzaron é hirieron en la espalda diestra. Lleváronlo mortal á su tienda, y el emperador le fue luego á visitar, y le dió licencia para que testase de todo lo que sin su licencia no podia disponer. No dejó hijos de su mujer Mma. Ana de Lorena, y asi hizo su heredero á Guillermo Nasau hermano de su padre, que despues fue cabeza de los males y alteraciones civiles de Flandes, no haciendo lo que sus pasados hicieron como buenos y leales en servicio de sus príncipes. Otro dia espiró el príncipe, sintiéndolo mucho el emperador. Con esta desgracia murieron como aqui se ha visto dos valerosos príncipes de Orange en servicio del César.

Abrió la bateria camino para dar el asalto, pero no el que convenia, para que no fuese muy peligroso y sangriento. Los españoles quisieron ser los primeros, porque son únicos en esta peligrosa pelea: pidieron licencia al emperador el cual se la dió viendo sus buenos y animosos deseos, pero mandó que primero se reconociese el peligro, y disposicion que habia. Fue Juan de Quiros alférez del capitan Luis Bravo de Lagunas á quien he nombrado en esta historia. Hizo Quiros tan temerariamente su oficio, que en llegando sin reparar en nada se arrojó dentro en el foso, y comenzó á pelear en la bateria, y hubieron de

acudir don Alvaro de Sandi y otros. Fueles tan mal que se retiraron con pérdida de quinientos soldados.

Esto cuenta asi Paulo Jobio, pero quedó muy corto, como de ordinario lo es en cosas que tocan á españoles, sino es en decir mal de ellos: lo que pasó es: Que habiendo los españoles ganado licencia, y determinándose para el asalto, cupo por suerte la vanguardia, ó ir delante á la compañia de Luis Bravo de Lagunas, y como don Alvaro de Sandi lo supo, que era de su tercio, procurando quitar de tan evidente peligro á Luis Bravo por ser hijo mayor del veedor Sancho Bravo, caballero tan principal como ya he dicho, á quien no era razon dar un sobresalto tan grande, si su hijo moria en el asalto, mandó al sargento mayor Onofrio Spin, que trocase las compañias, y quitase á Luis Bravo de lugar tan peligroso. Entendido esto por Luis Bravo, y poniendo en aquel peligro su honra, y que quitarle de él, era quitársela, agraviado de don Alvaro quiso prevenir el sargento, y mandó de presto á Juan de Quiros su alférez, que se mejorase en una trinchera, que estaba entre el muro y la bateria, á donde el dia antes habia sido muy mal herido el capitan don Gillen de Rocaful.

Entrando pues Quiros en la trinchera, siguióle Luis Bravo, y en pos de él otros muchos soldados principales deseosos de mostrar su valor. Eran ya tantos que no cabian en la trinchera, y fue forzoso quitar con las picas ciertos ramos, que los de Guillen habian puesto para cubrirse de los enemigos, con lo cual quedaron descubiertos, de manera que los franceses comenzaron á dar carga en

ellos á punteria; y brevemente mataron mas de treinta soldados.

Viendo Luis Bravo, que de estarse quedos recibian tanto daño, y que morian sin vender sus vidas como valientes, y considerando que la retirada era no menos peligrosa que el acometer, escogió el partido mas honrado, y diciendo: Santiago, y á ellos, comenzó á combatir con tanto ánimo, que á todos los que con él estaban obligó á seguirle, y don Hernando de Gonzága mandó tocar á armar, y jugar la artilleria, como ya estaba determinado que se hiciese.

De suerte que bien mirada la desgracia que allí se recibió antes se debe atribuir á la determinacion honrada, y muy digna de quien Luis Bravo era, que no á temeridad, y poca prudencia suya, ni de su alférez, si bien es verdad que al principio se creyó, que Quiros tenia la culpa, y sino se encubriera por algunos dias corriera peligro su persona, pero despues entendido el honrado respeto de Luis Bravo, que por no ser agraviado quitándole de su lugar se adelantó, y despues por no morir como cobarde, comenzó el combate, Quiros fué perdonado, y á su capitan se le agradeció lo que habia hecho mayormente habiéndose mostrado en otras ocasiones conforme á la obligacion que un caballero español tiene.

Despues de este acometieron ochocientos hombres de á caballo, apeándose de ellos, como suele hacerse cuando los asaltos piden, por ser peligrosos, gente de vergüenza y honra, pero no les valió la que en esto quisieron mostrar. Luego fueron los tudescos, y pelearon dos horas: tampoco hicieron mas efecto que los otros, y recibieron

igual daño. El emperador mandó hacer señal para que se retirasen. Murieron en estos asaltos de la parte imperial setecientos hombres, de los mas valientes y atrevidos que en el campo habia. De los franceses murieron doscientos y cuarenta, de los mas principales que dentro de la fuerza habia.

Enojado el emperador con la muerte del príncipe de Orange, y de tantos y tan buenos soldados, y que en su presencia quisiesen porfiar así los de San Desir, mandó apretar el combate, y fué de manera, que ya los cercados no tenian fuerza para resistir, y se hubieron de rendir con estas condiciones. Que se les diesen doce dias de término sin hacerles guerra, y pudiesen enviar á su rey, para que los socorriese, y no haciéndolo entregarian el lugar al emperador. Que la caballería é infantería con cuatro tiros gruesos saliesen en orden militar con banderas tendidas, y tocando sus cajas, y se les diese paso seguro: y la demas artillería y municiones quedasen al emperador. Que dentro de los doce dias de treguas, ni se aumentasen las municiones, ni se reparasen, sino que quedase todo en el estado presente. Que para el seguro de esto se diesen cuatro personas graves.

Trajéronse estos rehenes, y don Hernando de Gonzaga envió un caballero español, para que reconociese el lugar, y viese como en él no se hacia reparo alguno. El emperador quiso venir en este partido, por no perder su gente, y desocuparse para pasar adelante, y toparse con el rey, y apretarle para la batalla y acabar con él de una vez. El mismo deseo tenia el rey de Inglaterra, que

estaba sobre Bolonia de Francia, apretándola cuanto podia.

XXVI.

Desbarátase el socorro enviado á San Desir.—Toma de Vitriaco.

Como el rey Francisco supo la necesidad de San Disir, y peligro en que estaba, envió á Mr. de Brisac con buena parte de su campo, para que se metiese dentro. Supo el emperador de este socorro, y que estában en Vitriaco, doce millas de San Desir; envió al duque Mauricio con algunas compañias de caballos, para que le tomasen una noche descuidado, y lo desbaratasen. Diose tan buena maña Mauricio, que sin perder alguno de los suyos peleó con Mr. de Brisac, y lo venció, y por poco le matara: perdiéronse de los de Brisac hasta trescientos hombres, que no quisieron rendirse, haciéndose fuertes en una iglesia. Llegó Martin Vam Rosem, y dió en ellos con tanto corage, que si bien ya se rendian no los quiso recibir á partido, sino matarlos sin dejar solo uno á vida.

Acudieron luego los tudescos á Vitriaco, y saquearon el lugar, sin que Juan Bautista Castaldo lo pudiese estorbar, si bien lo procuró. Puso el emperador en Vitriaco ciertas banderas de tudescos, y ellos al tercero dia le pegaron fuego, y volviéronse al campo, lo cual sintió mucho el emperador.

Con esta victoria de Vitriaco perdieron los de San Desir las esperanzas del socorro, y asi se rindieron conforme á lo que estaba capitulado.

Cuenta Bellaio, que el capitan Sanserrio vino en esta concordia de rendir el pueblo, por unas cartas contrahechas que en nombre del duque de Guisa un atambor frances que del lugar habia salido, y pasádose al ejército imperial á rescatar unos cautivos, habia llevado. Y que se las habia dado disimuladamente un hombre no conocido, fingiendo que era criado encubierto del duque de Guisa, y que habia allí venido secretamente, para si pudiese entrar con aquel despacho en la ciudad. Las cartas eran compuestas con todo artificio, contrahaciendo la letra, firma y sello, y estilo que tenian, que en todo parecian á la nota y mano del secretario del de Guisa: de tal manera, que no se podia poner duda en ellas. Hubo lugar para esto, dice el autor francés, porque algunos dias antes Granvela habia recibido en su servicio un escribiente francés, que tenia un legajo de cartas originales del duque de Guisa, por las cuales sacaron y contrahicieron las otras, que con la disimulacion dicha se dieron al atambor, para que las diese al capitan Sanserrio, el cual no dudando en ellas, entregó el lugar, como queda dicho.

Lo que las cartas en sustancia contenian era, que el rey estaba muy satisfecho de la buena y valerosa resistencia que habian hecho en el lugar, y sabia la gran falta que tenian de vituallas y municion, y asi les daba licencia, para que con las mejores condiciones que pudiesen, entregasen el lugar, que él no los podia socorrer, porque aun no tenia junto su campo, y se veia acometido por

cuatro partes de dos reyes poderosos, con cuatro grandes ejércitos. Sea de esta manera, cómo dice el autor francés, sea de la suerte que dije, que asi lo cuentan todos los demas, San Desir se rindió mediado el mes de agosto, habiendo estado sitiado siete semanas.

XXVII.

Paz entre ambos contendientes:—Demasias de los alemanes.

Ganado San Desir, y puesta en él buena guarnicion, hubo en el campo del emperador varios pareceres sobre lo que se debia hacer. Unos decian que se acercase á Catalaunio, lugar allí cerca. El emperador, al cual seguian otros, queria llevar adelante el camino de París, porque tenian relacion, que ni se hallaria resistencia en todo el camino, ni en la ciudad la defensa necesaria; antes estaban con grandísimo miedo los vecinos, y el que se podia salir por el rio Secuana, se salia sin que el cardenal Mendonio, á quien el rey le habia encomendado, bastase á detenerlos. Tenia el emperador este parecer por el mas acertado, pareciéndole que por este camino, y no por otro habria ocasion para pelear con el frances, que era lo que él mas deseaba, y el rey menos: y porque la mayor parte de los votos era, que se cercase Colons, lugar fuerte, levantóse el campo de San Desir con esta voz, lúnes á 25 de agosto.

Detúvose el emperador en San Desir, esperando bastimentos y dineros para dar paga. Y los alemanes á la hora de la oracion decian á voces

Guelte! guelte! que es: dinero! dinero! Al mejor tiempo, que todos entendian que iban á Catalaunio revolvieron sobre el camino de Paris, y ganaron un lugar que se dice Aspernecto, donde se halló gran copia de vituallas. Tomóse una villa del duque de Guisa, llamada Sanvilla, cuatro leguas de San Desir. Saqueáronla, y pusieron en la fortaleza el alférez Maldonado, que era un valiente español, y tomaron la ciudad de Varri el duque de Lorena.

El rey, que ya no podia con su honor disimular tantas pérdidas, pasó con su campo, hasta ponerse á vista del imperial, que no estaba mas que solo el rio Matrona en medio. El emperador marchaba por la una ribera del rio de la via de Paris, y el rey por la otra en su seguimiento, marchando los campos uno á vista de otro.

Sintiendo ya el rey su gran trabajo, viéndose tan cerca, y dentro en su propio reino, acometido de un enemigo tan poderoso, y echando de ver que le faltaban las fuerzas para poderse librar de sus manos, deseaba la paz. El emperador por su buena condicion holgó de ello, y viernes de agosto, estando á seis leguas de Chalon, que es una ciudad grande, de las principales de Francia, con un salvo-conducto que el emperador habia dado, para que viniesen de parte del rey de Francia á tratar de los medios de paz, vinieron el almirante Claudio Annibaldo, y el gran chanciller de Francia, y un secretario del rey, y con ellos mas de setenta caballeros. Salieron de parte del emperador don Hernando de Gonzaga, general del campo, y Granvela, y jun-

táronse en una iglesia que estaba á cuarto de legua del campo imperial, y todos juntos, y con ellos el secretario Alonso de Idiaquez, y otro secretario que se decia Maestresos, estuvieron mas de seis horas juntos.

En este tiempo los caballeros franceses con sus cruces blancas, y los imperiales con las coloradas tuvieron buena conversacion, de ellos blasonando de la guerra, y los mas cuerdos deseando la paz, hasta que se despidieron, y se fueron los franceses, y con ellos á la venida y á la vuelta los acompañaron de guardia el maestre de campo don Alvaro de Sandi, con mil arcabuceros españoles de la flor del campo imperial.

Otro dia sábado, pensando en el campo que habian tenido efecto los tratos de paz, y que la gente se levantaba para marchar la vuelta de Flandes, comenzaron á caminar contra Chalon, y el domingo luego siguiente pasó á media legua de esta ciudad. Este dia hubo una bien reñida escaramuza, donde prendieron hasta treinta de toda suerte de franceses, y los imperiales llegaron á reconocer la fuerza.

Trataba de la paz fray Gabriel de Guzman, fraile dominico, natural de Valdemoro, y estudiante de Paris, y el rey de Francia le agradeció tanto lo que hizo, que le dió la abadia de Logonponte. En este mismo dia domingo vino á suplicar al emperador, que quisiese detenerse, y que volviesen á tratar y concluir la paz. Y asi vinieron el lunes siguiente (que no caminó el campo) el mismo fray Gabriel, y el almirante Henebaot, ó Annibaldo, Cárlos de Mely, y el secretario Gilberto Bayardo: y por el emperador don Fernando de

Gonzaga, y Granvela, y su secretario Idiáquez. Juntáronse en el castillo del obispo de Chalon, que estaba un cuarto de legua del campo imperial, y estuvieron juntos desde medio dia, hasta la noche, y tampoco se concertaron: y asi el martes siguiente marchó el campo imperial, y pasó por un lado de Chalon algo desviado por la artilleria que tiraban y se puso una legua pequeña de la otra parte, camino de Paris, ribera de un rio que pasaba por ella, que se llama Marlier.

Deseaba el emperador dar batalla al francés, y no admitiéndola, ponerse sobre Paris: llamó á su tienda todos los coroneles y maestres de campo, españoles y alemanes, y hablólos, diciendo su intento, pero que no lo podia ejecutar, si ellos no le ayudaban, y seguian fielmente, como siempre lo habian hecho, y que si no lo pensaban hacer asi, tomaria otro camino: que sentia dos dificultades; la una de bastimentos, la otra de dineros para pagarlos. Tenian todos tanta gana de acometer al francés, ó á Paris, que dijeron á voces, que fuesen, que esperarian, por el dinero y pagas, y que ellos buscarian la comida.

Este mismo dia martes en la noche tuvo aviso el maestre de campo, que el rey de Francia con el suyo estaba tres leguas pequeñas de alli en la ribera de un rio. Y asi dejando hechos grandes fuegos, y otros ardides, para que pareciese, y entendiesen los de Chalon, que el campo estaba quedo, mandó el emperador á las diez de la noche, que era muy oscura, que caminase todo el campo por la ribera del rio, sin tocar trompetas, ni atambores, y con el mayor silencio del mundo. De esta manera caminaron toda la noche, y

cuando amaneció, se hallaron frontero del campo del rey de Francia á media legua, aunque por aquella parte en medio de los dos ejércitos corrian dos rios, á cuya causa, y por estár los franceses en un fuerte sitio, no pasaron.

Estaban los franceses divididos en tres partes, la una dentro del fuerte, y las dos algo desviadas en unas aldeas, y cuando amaneció, y asomó el campo imperial, ya estaban en escuadrones, y se iban juntando al fuerte, por donde se entendió que habian tenido aviso de la venida del campo imperial contra ellos. Este dia pasó el emperador con el ejército una gran legua adelante a un valle, que es ribera de un pequeño rio, donde se padeció gran trabajo en pasar la artilleria, y bagages, por el mal paso que habia. Deseaba el emperador hallar vado y paso en el rio para envestir con el rey y acabar con él. Encargóse á Guillermo Fustemberg, que buscase puente, ó vado por donde pasase el campo imperial, y este mismo dia andando en esto, vinieron á tener una recia escaramuza, en la cual los imperiales prendieron muchos hombres de armas francesas, y al príncipe de Lixamaria, sobrino de Francisco de Borbon,

Tambien los franceses prendieron al conde Guillermo Fustemberg, que era general de los alemanes, y le prendieron desgraciadamente, porque le cogieron con solo un page. Perdióse mucho en él, y el emperador lo sintió harto. El rey estuvo por mandarlo matar, y asi se lo aconsejaban sus amigos. No lo hizo por no indignar al emperador, y hacer de suerte que no diese oidos á la paz, y tambien por haberse prendido el príncipe de Lixamaria. El enojo que el rey tenia con el conde Guillermo

dicen que fué, porque estando en su servicio se le huyó con mas de cien mil ducados, y perdióse aqui, porque deseaba Guillermo grandemente la batalla, y como él habia estado en Francia sabia la tierra, y vino de noche á reconocer el vado para pasar el ejército: toparon con él unos franceses que le conocieron, y como iba solo prendiéronlo. Costóle la libertad treinta mil ducados, ó florines de oro. Habia servido al rey Francisco ocho años, probósele que se habia alzado con las pagas de los soldados, priváronle y le castigaron. Quedó tan afrentado, que se pasó al servicio del emperador, y fue uno de los que mas aborrecian el nombre francés, y que mas atizó la guerra.

Era cosa lastimosa ver la manera de esta guerra, porque no hacian sino ir caminando para Paris: y los unos y los otros iban abrasando y destruyendo cuanto topaban, de suerte que tanto daño hacian los naturales como los estraños. Unos lo hacian como enemigos de la tierra, otros porque sus contrarios no se aprovechasen de ella.

El miedo que habia en Paris teniéndose por perdidos, no se escribe. Pusiéronse los estudiantes en armas, levantaron banderas, y todo lo que supieron hicieron para defender la ciudad. Mandó el rey á Mr. de Orges, que se metiese en ella con ocho mil infantes, y seiscientos caballos. Comenzaron á reparar y fortalecerla, mas todo fuera nada, si el emperador se echara sobre ella, y la apretara como podia.

Jueves despues de la escaramuza caminó el ejército imperial ribera del mismo rio media legua, hasta unos prados donde habia buen aparejo para pasar, y echar puentes, y atravesar el rio

y venir á las manos, que era lo que se procuraba.

Estando esta misma noche determinado y todos avisados para que así se hiciese, y dar la batalla al rey, aunque fuese dentro en su fuerte, que lo podia muy bien hacer el emperador segun era grande el poder que llevaba, y la gente escogida, quiso Dios que esta misma noche el rey de Francia fuese avisado, y envió luego los que habian tratado de la paz, y trajeron firmado un capítulo particular, el rey no habia querido consentir y el emperador porfiaba sobre él: con esto se dejó la jornada que fuera harto lastimosa; y segun dicen los que mas vieron y entendieron el estado de esta guerra, el rey fuera sin duda alguna vencido, y el emperador se hiciera señor de Paris y de gran parte de Francia.

Ordenólo mejor el Señor, y dió paz á estos príncipes aunque no mas firme que las veces pasadas.

Esta noche estuvo el ejército imperial en medio de cuatro grandes lugares, los dos cercados, á los cuales habian pegado fuego antes que llegasen firmados los capítulos de la paz, y ardian tan bravamente que los campos en rededor estaban claros como el dia, porque en algunos de ellos no habia casa de todo el pueblo que no ardiese. Y uno de los que se quemaban, que se llamaba Perne, estaba el bastimento que el rey habia traido para su campo. A este pegaron fuego los mismos franceses por quemar los bastimentos, y no dejarlos al ejército enemigo: á los otros lugares pusieron el fuego los alemanes que traia el emperador, como lo hicieron en todos los lugares

que toparon hasta que se publicó la paz, y en muchos se emborracharon con el mucho vino que habia, y se perdieran si hubiera enemigos que los siguieran, y porque el emperador los reprendió una vez, encaró uno tomado del vino la escopeta para tirarle.

Despues, al dia siguiente, el emperador caminó adelante hasta que llegó á una villa cerrada y grande, que se llama Chatelorit, y en el camino se le alteraron ciertos soldados españoles arcabuceros, y la gente que habia dentro, y de los de la tierra salieren á pelear con ellos, y los españoles los rompieron, y tomaron una bandera, y entraron en el lugar con muerte de pocos hombres, y si bien los vecinos habian puesto en salvo lo principal de sus bienes, y llevádolos por el rio, todavia ganaron bien los soldados, y se halló mucho vino y otros bastimentes de que habia necesidad. Desde aquí á Paris hay diez y siete leguas francesas, tan pequeñas, que con una razonable cabalgadura se podian andar en medio dia.

En este lugar comenzaron á poner fuego en unas casas: no se supo quién habia sido el malhechor. El emperador lo mandó apagar, y pregonar que nadie se atreviese á hacer de allí adelante daños semejantes ni otro alguno. Este dia que fue mártes á 10 de setiembre estuvo el emperador con su campo en una aldea pequeña, y el miércoles siguiente. Vinieron otra vez el almirante de Francia, y los demas que trataban las paces á resolver algunas dudas, que aun no se habian determinado.

Al otro dia jueves caminó el ejército cuatro leguas grandes. El viernes siguiente estaban cerca

de una ciudad muy grande que es en Picardia que se llama Sansona.

A este lugar se habian adelantado el duque de Sajonia, y el marqués de Brandemburg, y otro general de caballos con toda la caballeria alemana, á quien el emperador habia prometido el despojo de aquel pueblo, y asi llegaron cerca de la ciudad, la cual nunca se quiso rendir aunque dentro no habia gente de guerra, sino algunos naturales y otros aldeanos que se habian recogido alli. Tiraron algunas piezas de artilleria hasta que el emperador llegó, que entonces se rindieron poniéndose en sus manos.

Entró la caballeria alemana, hicieron tanto daño en las iglesias y monasterios, que era gran compasion, porque no dejaron custodia, ni cosa que no rompiesen, profanasen y saqueasen, haciendo otras cosas notablemente feas: aunque no hubo prisioneros, ni muerte. En un monasterio de San Benito, abadia muy principal que estaba fuera de la ciudad, entraron un portero de cámara del emperador, que se llamaba Hance, y era aleman maestro de artilleria de los muy privados, y que en el oficio de artillero habia servido bien al emperador en Perpiñan, y otro aleman de la guarda alemana. Rompieron la custodia de Santísimo Sacramento, y sabiéndolo el emperador los mandó prender, y andando en rastro de ellos, pensando salvarse el Hance, trajo la plata de la custodia al emperador, diciendo, que la habia tomado, porque no le matasen sus compañeros, y que no la tomasen otros.

El emperador lo mandó ahorcar de un alto muro á la puerta de la misma abadia pero, al echar

la soga al Hance, quebróse, y él cayó abajo, y no se hizo mal, con estar tres picas en alto, de que se maravillaron todos segun era de alto, y el aleman pesado. Fue luego el teniente de la guarda á decirlo al emperador como caso estraño maravilloso, y un canónigo español, que se decia Arguello, dió fé á S. M. de como habia pasado así. No se espantó nada el César, si no que dijo: «La soga debia de ser ruin, ponerle otra mejor y mas gruesa.» Asi se hizo, y le ahorcaron con ella. La insolencia y demasia de los alemanes era insufrible, y disimulaba el emperador porque asi lo pedia el estado presente. Avisado tenia á los de esta ciudad, como habian de ir alli los tudescos, para que salvasen lo mas que pudiesen, y asi lo hicieron muchos con barcas por un rio grande que pasa por medio del lugar á Paris: solamente las iglesias, y monasterios se confiaron, y tratáronlos como digo. Las monjas anduvieron discretas, que se habian salido con lo mas precioso que tenian.

Estuvo aqui el emperador sabado, domingo, lúnes y mártes, en los cuales dias pasó por una puente que hay en el rio todo el ejército. En este tiempo se acabaron de concluir las paces. El miércoles siguiente el almirante de Francia vino á besar las manos al emperador, y S. M. lo recibió muy bien.

Este mismo dia y 17 de setiembre caminó el emperador la vuelta de Flandes con su corte, y alguna infanteria alemana, y caballos, llevando consigo al almirante de Francia. Jueves por la tarde estando en un lugar que se llama Arepin vino el duque de Orleans á besar la mano al emperador, y salió S. M. á recibirlo con mucha ale-

gria, y le aposentaron en palacio. El viernes el príncipe de Hungria, el almirante de Francia, y otros caballeros franceses fueron con el emperador acompañándole la gente de guerra.

No se alojaba en los lugares por evitar los daños que en ellos hacian los tudescos, que eran tantos y tales, que cansado el emperador de sufrirlos mandó llamar al duque de Sajonia Mauricio, y al marqués de Brandemburg, y les dijo que estaba muy enfadado de lo que sus gentes hacian en las iglesias, y que si asi habia de ser, que antes perderia sus tierras, y jamás haria gente en la suya. Ellos sentidos de esto, hicieron traer muchos ornamentos, y otras cosas que habian robado en las iglesias; y se pusieron en poder de una persona que el emperador nombró, para que se volviesen á sus dueños. Eran tantos los alemanes que se atrevian á todo: con los españoles hicieron mil demasias, matando a algunos y quitándoles lo que tenian, y quisieron acometerlos y matarlos á todos una noche. Atrevíanse demasiado por verse tantos juntos, y ser tan pocos los españoles: para remediar esto mandó el emperador que los españoles fuesen por una parte, y los alemanes por otrr.

XXVIII.

Publicacion de la paz.

En Crespio á 19 de setiembre de este año de mil quinientos cuarenta y cuatro, se publicó la

concordia y asiento de la paz entre el emperador y el rey Francisco, que ordenaron y trataron Claudio Annibaldo almirante de Francia, Carlos Nulio, y Bayardo por el rey: don Hernando de Gonzaga, general del campo imperial, Nicolás Perenoto, señor de Granvela, el comendador de Alcántara, don Pedro de la Cueva, y el secretario Alonso de Idiaquez, que ya en estos tiempos era gran parte en los negocios, y de quien el emperador los confiaba por la fidelidad, asistencia y amor con que servia á su príncipe.

Solicitó estos tratos fray Gabriel de Guzman, á quien la reina doña Leonor hacia merced y se le dió por ellos la abadia de Longoponte, varon asáz docto, y poco venturoso, por lo poco que los reyes suelen agradecer los servicios que les hacen.

Los capítulos de la concordia fueron.

1.º Que entre el emperador Carlos V. y Francisco rey de Francia y los demas que quisieren entrar en esta concordia, haya firme y perpetua paz.

2.º Que los súbditos de ambos príncipes paguen los tributos, derechos y portazgos de mercadurias que antiguamente solian pagar.

3.º Que todo lo que desde las treguas de Niza hasta este dia, de una y otra parte se hubieron tomado, los restituyan y no puedan sacar de las fortalezas y lugares mas que la comida y tiros que sean suyos propios.

4.º Que al duque de Ariscote le quede salvo su derecho en el condado de Lienis y familia Vergica en san Desir.

5.º Que al duque de Savoya se restituyan to-

das las villas, lugares y fortalezas que le han sido tomadas por cualquiera de las partes, y de la misma manera al marqués de Montferrat y el duque de Mantua, duque de Lorena, duque de Etanaum, que es del ducado de Lucemburg.

6.º Que el rey de Francia deje y restituya la abadia, y tierras de Garayana, y se den al emperador, y hasta que el rey cumpla estos capítulos, queden en poder del emperador, el cardenal de Medoni, el duque de Guisa, y conde de la Valla. Que se dé al emperador y á sus herederos el condado de Chacoloy, para que siempre lo posean y hayan.

7.º Que el emperador y rey de Francia se junten para la guerra que se ha de hacer al turco, y el rey dé para esta jornada seiscientas lanzas, y diez mil infantes de la gente que el rey pidiere.

8.º Que el rey haga cesion y traspasacion rata como la hizo en la concordia de Madrid y en otras, de cualquier derecho que pretenda tener al reino de Nápoles, Sicilia, Milan, condado de Aste, derecho de patronazgo que tuvo en Flandes, Artoes, Islas, Duaco, Orchiaco, Tornay, Mortanga y san Amando.

Que el rey deje al emperador, y sucesores cualquier derecho que pueda pretender en el ducado de Gueldres, y condado de Zutfania.

9.º Que de la misma manera el emperador cede y traspasa cualquier accion y derecho que pueda pretender en algun estado y señorio que el rey tenga, escepto el ducado de Borgoña, vizcondado de Auxona, patronazgo de san Lorenzo, condado de Masconio, Auxerre y Barra en el rio de Secuana, de los cuales se dirá despues. Renuncia el em-

perador el derecho que tiene en las ciudades situadas en la ribera del rio Somna en la castellania de Perona, Mondiderio, Roiam y condado de Bolonia, Guiena y Ponti, sacando Terona, Hemio, Andreovicocon, Bedeborda: finalmente, todo lo que está en los términos y estados de Arras.

10. Que los vasallos de cada príncipe aunque hayan servido á la parte contraria de su rey y señor natural, sean restituidos completamente en los bienes que tenian antes que se pasen de su rey natural al estraño.

11 Que los flamencos que no hubieron nacido en Francia, gocen las heredades que sus parientes allí dejaron, dando por nula y condenando la injusta y mala costumbre que llaman Auvena. Que todos los bienes confiscados por cualquiera de las partes, dados y enagenados queden en la manera que se hubieron dado y enagenado.

12 Que los privilegios antiguos y modernos de ambas partes, queden en su fuerza y vigor, y antiguo estado. Y para que esta paz sea perpetuamente firme y estable, el emperador deje y renuncie para siempre en favor del rey, y sus sucesores todo el derecho que tiene, ó pretende tener en el ducado de Borgoña, vizcondado de Auxona, patronazgo de san Lorenzo, condado de Auxerre, Mascony y Barra en el rio Secuana, y todo lo á estos estados anejo y dependiente, y que procurará que dentro de cuatro meses despues de publicada esta paz, su hijo don Felipe, príncipe de España la apruebe, jure y confirme.

13 Que el emperador en favor y firmeza de esta paz dé su hija la infanta doña María, para que case con Cárlos duque de Orleans, hijo segundo del

rey, ó la segunda hija de don Fernando rey de romanos, y que declare en esto su voluntad dentro de cuatro meses despues de publicada la paz: y que si el emperador quisiere casar su hija con el duque Carlos, les dé los estados de Flandes, que al presente estan debajo de su obediencia con mas el ducado de Bòrgoña y Charlois en dote. Y que entren en la posesion de sus estados efectuándose el matrimonio despues de los dias del emperador el duque Carlos y sus hijos varones, y en vida del emperàdor, juren los dichos estados al duque Carlos, y que el príncipe de España don Felipe, jure, confirme y apruebe esto.

14. Que hechas las bodas el emperador ponga en el gobierno de Flandes al duque Cárlos.

15. Que el rey Francisco, y su hijo el delfin renuncien para siempre, y se aparten de cualquier derecho que al ducado de Milan tengan ó pretendan tener, y al condado de Aste, y que se procure que ocho dias despues de la publicacion el delfin, y sus hermanos Carlos, duque de Orleans, y madama Margarita, confirmen y aprueben esto.

16. Que si Maria hija del emperador muriere sin dejar hijos, que los estados de Flandes vuelvan á Felipe príncipe de España, hijo del emperador y á sus herederos. Y al duque de Orleans le quede el derecho salvo cualquiera que tenga al ducado de Milan, y condado de Aste. Y en el mismo caso que dé salvo el derecho que el emperador y sus herederos tienen al ducado de Borgoña, y vizcondado de Auxona, y Patronazgo de San Lorenzo, condado de Auxerre y los demas á este estado anejos.

17. Que si el duque Cárlos casare con la hija

segunda del rey don Fernando, se le dé con ella el ducado de Milan con el condado de Aste, y todo lo á ellos anejo, quedando mientras el emperador viviere en su poder el castillo de Milan, y de Cremona, y que el emperador les dé á ellos, y sus herederos, siendo hijos varones el título y colacion imperial del estado: y si el duque de Orleans no tuviere hijos varones de este matrimonio, esto no obstante quede firme el dicho título, y estado al duque Cárlos, y á los hijos que de segundo matrimonio tuviere como herencia legítima paterna, pero que las segundas bodas que el duque hiciere sean y se hagan con voluntad del emperador y del rey don Fernando su hermano.

18. Que las bodas del duque de Orleans no se difieran mas que un año, contado desde el dia de la publicacion de estos capítulos.

19. Que el rey Francisco dé á su hijo el duque en dote para este casamiento el ducado de Orleans y el de Borbon, Chastelleraut, y condado de Angulema, y que si estos estados no llegáren á rentar cada año cien mil libras francesas, le añada el ducado de Alanzon señalando á la duquesa viuda del duque que murió en Pavia, otros frutos y rentas iguales.

20. Que si el duque de Orleans no dejare mas que hijas, se den á cada una en dote cien mil libras turonenses, y si fuere sola una hija heredera se le den cien mil libras de contado, y si el duque muriere primero se den á la hija del emperador por su vida cincuenta mil libras turonenses en cada un año. Y si fuere hija del rey de romanos se le den treinta mil.

21. Que el rey de Francia restituya á Carlos

duque de Savoya todas las tierras que le ha tomado, escepto Mommelio, y Pignerola, el rey ha de tener con presidio todo el tiempo que el emperador tuviere los castillos de Cremona y de Milan.

22. Que el duque de Vendoma posea el condado de San Pablo, con el mismo derecho que antes de esta guerra lo poseia.

23. Que el rey de Francia tenga á Hesdin hasta que se determine el derecho que tiene.

24. Que en la causa de Henrico de La Brit, pretenso rey de Navarra, el rey no se entremeta sino como pacificador, ni en guerra que por esta causa hubiere entre, ni se haga parte.

25. Que el rey dé al emperador sus cartas en forma solemne, en las cuales se diga, que madama Juana hija de Henrico de La Brit hace juramento de no querer ni consentir las bodas que estaban concertadas con Guillermo duque de Cleves, ni haber consentido en ellas.

26. Que el rey de romanos, que fue el principal, en componer esta paz, entre y se entienda en ella y de la misma manera todos los príncipes cristianos, y repúblicas que la quisieren, guardando la obediencia y sumision que de derecho deben al emperador.

Firmaron y sellaron la carta de esta concordia el emperador, el rey de Francia, y los caballeros y personas doctas que la ordenaron y compusieron. Poco tiempo despues por parecer que convenia, se añadieron y escribieron.

27. Que el rey de Francia restituyese al heredero de Reinero Nasau príncipe de Orange, el principado de la manera que lo poseia Filiberto Chalonio.

28. Que á Felipo Crobiaco duque de Ariscote; se haga cumplida satisfaccion de todas sus pretensiones conforme á la concordia, que en los años pasados hicieron en Cambray la reina Maria, y madama Luisa.

29. Que el rey vuelva al dicho duque todos los bienes que de su padre y madre le quedaron en Francia.

30. Que si Maximiliano de Borgoña saliere con el pleito se le vuelvan y entreguen los lugares Crebeceusio, Arleusio, Reullio, San Suppleti, Chrastilleusi, y Cambresio.

31. Que se dé por nulo todo lo que prometió Jorge de Austria, como sea mas de veinte y cinco mil florines, por su rescate.

Poco despues de esto restituyó el rey de Francia al emparador las villas de Jousio y Mommedeo que estaban por franceses en Lucemburg, y á Landresi en cuya fortificacion tanto habia hecho y gastado. El emperador restituyó al rey entre otras cosas á San Desir, Levio, y Commercio, y de esta manera se fueron volviendo los lugares que unos á otros se habian tomado con tanta sangre y muertes, asi en el Piamonte como en Lombardia y en las fronteras de Flandes y Francia, y mandó el emperador despedir la gente, y alzarse de algunos lugares donde en compañia de los ingleses estaban puestos.

Publicada la concordia, el emperador envió con ella al secretario Alonso de Idiaquez, que era de su consejo de Estado, del hábito de Santiago, y comendador de Estremera, para que en Castilla el príncipe don Felipe que la gobernaba, viese y

ratase en el consejo de Estado cual seria mejor y mas conveniente á estos reinos, dar los estados de Flandes y Borgoña en casamiento con la infanta doña Maria, que despues fue emperatriz, al duque de Orleans, como se dice en él c. 13, ó el estado de Milan, con la princesa doña Ana, hija del rey don Fernando, como se refiere en el c. 17 de esta concordia. Lo que en Castilla se acordó por el príncipe y su consejo no lo sé: sé á lo menos que con la muerte no pensada, y tan temprana de Cárlos, duque de Orleans, cesaron estos tratos, y se levantaron nuevos humores, como se dirá.

XXIX.

Avisa el emperador al rey de Inglaterra de la concordia.

No se descuidó el emperador de enviar al rey de Inglaterra, dándole cuenta de las paces que trataba con Francia. Estaba el rey Henrico apretando el cerco sobre Bolonia, cuanto podia: el rey respondió que el emperador hiciese lo que le estuviese bien: mas que á él no le metiese en nada, porque pensaba llevar la guerra adelante. Combatia fuertemente el inglés á Bolonia, y defendiase muy bien la ciudad porque estaba bien provcida de gentes y bastimentos. Vióse que el rey porfiaba á no quitarse de ella, y que era menester otro ejército tan poderoso que bastase á echarlo de alli. Hubo una falta que fue provechosa para

el inglés, que el capitan que defendia la ciudad, que se llamaba Vervino, sabia tan poco de guerra, y era de tan vil animo, que sin esperar combate sangriento la entregó al inglés con partido. Que la gente de guarnicion saliese libremente con armas y hacienda, y entregaron la ciudad con grandísima copia de bastimentos, municion, y gruesa artilleria. Por lo cuál poco despues el rey de Francia mandó cortar la cabeza á este hombre en la plaza de París.

En Monstresile, que es otro lugar que los ingleses tenian tambien cercado, se defendieron valerosamente los franceses de ingleses y flamencos, y guardaron el pueblo á su rey como buenos y leales. Y como se hizo la paz, y los flamencos se fueron, los ingleses perdieron las esperanzas de tomarlo, y fuéronse al rey que estaba en Bolonia, el cual sabiendo que el rey Francisco, libre del emperador iba en su busca, puso en la ciudad muy buena guarnicion, y dió la vuelta á Cales, y de alli á Lóndres. Duró la guerra sobre Bolonia todos los dias que el rey Henrico vivió, que hasta que murió no la pudo cobrar el de Francia.

El emperador sin tratar mas de guerra pasó el invierno en Bruselas, donde le vino á visitar su hermana doña Leonor, reina de Francia, y el nuevo yerno Cárlos duque de Orleans, y dos hijos del rey don Fernando, con los cuales el emperador tuvo muy buen invierno.

Y aqui determinó un pleito, que por la sentencia que el César dió en él, merece memoria; y fue, que madama de Vergas, madre del marqués de Vergas y madama de Bredérode, del linaje del emperador, topándose las dos en la igle-

sia de Santa Gudela de Bruselas al entrar en una capilla, pasaron grandes porfias sobre cual entraria delante, y habia de tener la mano derecha. La competencia fue de tal manera entre las dos, y la gente que la acompañó se revolvió de arte, que faltó poco para trabarse una gran pendencia derramando sangre. Y no paró la porfia en esto, sino que cada una de ellas quiso probar que era mejor que la otra. Se trató esta causa en el consejo Supremo, el cual halló tanta igualdad en su nobleza y estados, que no pudo declarar cual precedia á cual, y asi las dieron por iguales.

Las madamas no contentas de la igualdad, suplicaron al emperador, que pues él era el supremo monarca á quien tocaba la determinacion de la justicia y honra, que sentenciase esta causa. El emperador, teniendo por liviandad tal presuncion, dijo: *La plus folie aille devant.* Que es: «La mas loca vaya delante.» Que fue un juicio digno de ánimo imperial. Que la pasion loca de querer ser unos mas que otros en todas partes y naciones reina, y tanto se desvanecen con ella, que profanan los lugares santos, escandalizan las gentes, inquietan los actos y juntas sagradas, cuando para pedir á Dios perdon de sus pecados, ó que alce el azote de su ira, sacan su cuerpo santísimo y reliquias de sus santos. El discreto y sabio, si es noble, luce en el lugar humilde; que el necio bajo, si bien se encubre mas que los cedros del monte Líbano, en el lugar supremo.

XXX.

Parece ser la concordia en daño del emperador.—Muerte del duque de Orleans:—Paz entre los príncipes cristianos.

Ninguno pondrá los ojos en las condiciones de la concordia hecha entre los reyes, que no imagine que el de Francia era superior, y que el emperador, por verse apretado vino en ellas. Y es cosa sin duda, y que aun los mismos autores franceses la confiesan, que el rey se vió harto trabajado, y el emperador le pudo poner en mucho aprieto, y asi se verá cual era el corazon del César, y cuan generoso pecho tenia, pues dió á su enemigo, cuando lo pudo destruir, mas que cuando se vió acometido con tantos ejércitos, ni cuando estuvo en su casa, y amenazado, ó con recelos de que le querian detener. Por ser tan aventajadas para el rey Francisco estas condiciones, y tan graves de cumplir para el emperador, ninguno de los que bien sentian de negocios, podia creer que habian de ponerse en ejecucion, porque todos tenian por cosa poco menos que imposible, que el emperador se quisiese deshacer de uno de los dos estados de Milan ó Flandes, que tan á cuento le venian. Verdad es que los que conocian la bondad y llaneza del César tenian por cierto que él cumpliria lo que habia prometido, y que no queria oscurecer, con quebrantar la concordia, la gloria que habia ganado con prometer lo que pudiera negar.

Pero presto se abrió un camino, por el cual sin faltar el emperador se quedó con lo que tenia, porque dentro de los ocho meses que se tomaron de término para concluir los casamientos, le dió al duque de Orleans una calentura pestilencial, que le quitó en pocos dias la vida con grandísimo dolor del rey su padre, y lástima de los que le conocian, porque era amado de todos, y el emperador lo sintió con harta demostracion, porque ya él habia llamado al duque hijo, y estaba muy pagado de tenerlo por tal. Los que mas lo lloraron fueron los milaneses, teniendo ya por cierto que habia de ser su señor, y esperaban de él el mas dulce y agradable tratamiento que de otro alguno, estando con harta necesidad de él, por el riguroso gobierno en que tantos años se habian visto en poder de soldados franceses y españoles. Por la muerte del malogrado duque comenzaron luego los recelos y los juicios de los hombres, pareciéndoles que la paz que ahora se habia asentado no duraria mucho, y que habian de resucitar las guerras y pasiones viejas. Y no iban muy descaminados, que volvieron, aunque no con el calor y vida que las pasadas, porque las edades de los dos bravos competidores no tenian aquel verdor ni aceros que cuando el de Francia dijo que habian de verse como dos enamorados apasionados por una hermosa doncella. Por ahora, á lo menos todos los príncipes cristianos quisieron venir en paz, solo el de Inglaterra porfió en la guerra hasta hacerse, como dije, señor de Bolonia, y dejándola á buen recaudo, que fue al tiempo que se concluyó la paz, volviéndose Henrico para su tierra, cuando se queria embarcar, acudió el del-

fin, y quitóle parte del bagaje y revolvió sobre Bolonia, y estuvo muy cerca de tomarla.

Cercóla despues el rey de Francia muy de propósito, y vinieron á ser tantos los daños, que por mar y por tierra, franceses é ingleses se hacian, que de puro cansados se concertaron, y Bolonia se entregó al francés por una gran suma de dinero, que habia de pagar en ocho años.

La principal parte de los buenos sucesos, que en esta jornada de Bolonia tuvo el inglés, fue el duque de Alburquerque don Beltran de la Cueva, de cuyo valor y prudencia estaba muy pagado el rey Henrico, y como dije, pidiólo al emperador para hacerle su general en esta guerra, en la cual el duque con su hijo don Gabriel de la Cueva, (que despues le sucedió en el estado, y fue un gran caballero) y con otros muchos deudos, sirvió al rey Henrico con tanto valor, que por su industria ganó á Bolonia. Y quedó con grandísima opinion en Inglaterra, no solo el duque, mas la nacion española, y asi sucedió, que deshaciendo el emperador su campo en Bruselas, dejó solo el tercio de don Alvaro de Sandi, que habia de pasar á Hungria, y á los demas españoles mandó pasar á España, dándoles navios, y lo necesario, y órden, con pena de la vida, á cualquiera que quedase sin su licencia, encomendándose esto el capitan Juan de Eneto para que con rigor lo ejecutase.

Luego que fueron embarcados el rey de Inglaterra los procuró haber para servirse de ellos en la guerra contra el rey de Francia, y los españoles con la buena gana que tenian de ejercitar las armas, y gozar de las libertades de la vida del soldado, á pesar de su capitan y contra la volun-

tad del emperador, dieron consigo en Inglaterra, y sirvieron al rey todo el tiempo que duró la guerra haciendo en ella el oficio de general el dicho duque de Alburquerque.

Fin tan dichoso como este tuvo el año de 1544 asentándose una paz, con que todos los príncipes católicos se abrazaron, y luego pusieron los ojos en la reformacion del estado cristiano, y que el negocio del concilio universal se concluyese, porque ya no faltaba otra cosa para el sosiego comun de todos, sino reducir los herejes á la union evangélica, y volver las armas contra los enemigos de la cruz: para lo cual principalmente se quedó el emperador en aquellas partes por algunos años, é hizo en ellos lo que presto veremos.

XXXI.

Trátase de Barbaroja.

Dejé á Barbaroja con su armada, camino de Constantinopla, salteando, robando, y cautivando las costas de la cristiandad. Dije en el principio de esta obra los viles y bajos principios de este cosario: diré ahora dos cosas, lo que nos robó y cautivó, y su desventurada muerte, donde fue á ser tizon del infierno, por haberle sido de la cristiandad. Acabaremos con él, aunque nos dejó centellas, que encendieron y causaron otros fuegos y daños semejantes, como fue un Dragut y otros tales, que aqui diré.

Fue Barbaroja de Tolon á Vadi, donde los genoveses le presentaron muchas frutas y sedas, por lo cual prometió de no hacer mal en su ribera. Juntó toda su armada, que buena parte de ella habia echado por Córcega, en busca de Joanetin Doria, que poco antes habia tomado dos galeotas de cosarios.

Escribió desde allí á Barbaroja al señor de Poblin, rogándole mucho, que le diese un hijo de Zinan Judio, su grande amigo, que tenia por esclavo en aquella ciudad desde la guerra de Tunez, para enviárselo á su padre al mar Bermejo, y á la India, donde á la sazon estaba contra portugueses, y sino se lo daba que le destruiria la isla. El señor Apiano, que tal era su nombre, respondió que no se lo podia dar por ser ya cristiano, sin grande ofensa de Jesucristo, é infamia suya, pero que por su respeto lo haria libre y rico. Barbaroja desdeñado porque no se lo daba, mandó robar la isla, y cautivar la gente, porque otra vez no despreciasen su ruego, ni su armada. Apiano entonces redimió la paz, aunque no los cautivos, con aquel esclavo. Al cual Barbaroja hizo capitan de siete galeras. tratándole como á hijo. Del Elva fue la flota a Talamon, y sacando gente y artilleria con que combatia la ganó y robó; desenterrando muertos, (inhumanidad poco usada). Corrieron la tierra dos leguas adentro los turcos con gran presteza, y trajeron mucho ganado y cautivos.

Pasó Barbaroja sobre puerto Hércules, y subiendo artilleria á lo alto (con tanta diligencia, como tabajo) batió reciamente la ciudad y castillo, y aunque Cárlos Mamucio y el capitan Carranza

se le dieron, la destruyeron los turcos, poniendo fuego á las mejores casas. Los seneses que hasta entonces se habian descuidado, si bien sabian el daño que Barbaroja iba haciendo, enviaron de presto a don Juan de Luna con los españoles que á la sazon estaban de guarnicion en la ciudad, y á Fontacho con muchos seneses, los cuales se metieron en Orbitelo, por hallar perdido á Prieto Hércules: mas ni aun por eso dejó á Barbaroja de hacer balsas en que poner artilleria para tirar de cerca á Orbitelo que está en medio de una laguna, y es fuerte. Y ya se iban de él los españoles y seneses, cuando llegaron Estéban Colona y doce banderas de soldados, y Cipin Vitello con otras dos de caballos que Cosme de Médicis duque de Florencia enviaba de socorro, tanto por servir al emperador, como á Sena. Y todos cobrando ánimos unos con otros pelearon con los turcos, que ya estaban desbaratados por el campo, y tendidos habiendo desembarcado, y con los que porfiaban desembarcar en esquifes, y los hicieron tornar á las galeras mal de su grado. Barbaroja hizo señal de recoger, y temiendo los arcabuceros españoles, que no los aguardara, y los de á caballo, que siempre crecian con nueva infanteria, fuese á Gillo isla de buen vino, alli cerca, la cual robó cautivando todos los isleños.

Leon Stroci, prior de Capua que con siete galeras francesas iba por embajador al turco para escusar al rey Francisco, importunaba mucho á Barbaroja que tornasen sobre Orbitelo, que importaba grandemente para las cosas del rey en Toscana, y para las del gran turco en aquel mar, y aun en Italia, y si no lo tomasen que hiciesen

fuerte al puerto Hércules, y los dejasen con buena guarnicion de turcos y franceses, pues en ello ganaria gran nombre, y Soliman tendria entrada en Italia, y el rey en Toscana, cuya cabeza era Florencia, donde su padre Felipe Stroci ya fuera príncipe. Tal consejo daba el prior de Capua, siendo caballero religioso de San Juan. No solo entonces procuró, mas despues trabajó con grandes revueltas y muertes, y al cabo murió de un arcabuzazo que allí en aquella misma tierra le dieron, dende á doce años.

Bien conocia Barbaroja que el prior decia lo que convenia á las partes de ambos, y que fuera otro espanto para Italia como fué Otranto: pero no quiso aventurar su reputacion, ni su gente, viendo que los enemigos eran muchos, y aun desconfiando de franceses, porque nunca los cosarios acometen á los apercibidos. Fué Barbaroja de Gilo á Próchita y á la Iscla, víspera de San Juan en la noche de este año mil quinientos cuarenta y cuatro. Robólas ambas á dos, aunque no pudo al pueblo de Iscla, por ser muy fuerte, y artillado, en odio del marqués del Vasto que le habia quitado el castillo de Niza. Llevó de ellas ochocientas personas y algunos dicen que mas de mil. Don Pedro de Toledo virey á la sazon de Nápoles, envió con toda diligencia al capitan Antonio de Barrientos, con trescientos españoles á Puzol mandando que la gente menuda del lugar se fuese á Nápoles, y luego tras él el capitan Saavedra con otros quinientos, y con hasta doscientos caballos ligeros, y de armas, temiendo que lo combatirian los turcos.

Entró en bahia la flota otro dia de mañana, y

en tres alas se puso casí las proas en tierra, y echando turcos comenzó á batir á Puzol, y en el combate mató entre otros á Saavedra, que causó miedo y turbacion en los demas, si bien por eso no dejaron de tirar con su artilleria á las galeras. Los de á caballo que guardaban el arrabal escaramuzaron con los turcos, y hiciéronlos embarcar, aunque uno de ellos fué preso por atollar su caballo. Juntó el virey cuatro mil infantes, y mas de mil caballos, tanta es la grandeza de Nápoles, con los cuales salió á socorrer á Puzol. Barbaroja entonces se recogió, porfiando Salac en la bateria, y camino hacia Salerno con propósito de combatirlo: mas sobrevino Norceste con tanta furia, que dejando en Zultsan una galeola, y dos naos, de cuatro que llevaba, corrió tormenta, y hizo daño en Policastro y otros lugares. Llegó en fin á Lipari, y sacando cuarenta piezas de artilleria comenzó á batir la ciudad reciamente, y batióla doce dias arreo. Los vecinos atemorizados se dieron por la vida temiendo la muerte, á consejo de un ciudadano principal llamado Nicolás, y asi todos, que serian cerca de ocho mil, fueron cautivos, salvó el Nicolás, con toda la riqueza del lugar.

Pasó el faro de Mecina Barbaroja, y en Fumara de Muro cautivó mil ánimas, y en Ciriati cuatro mil, y otras muchas en aquella costa de Calabria. Tanta presa, en fin, hizo de ropa y hombres, que no cabia en las galeras, y esto todo hizo sin perder mas de una que dió al través en Galipoli de Pulla. Echó navegando muchos á la mar, maldiciendo los tristes á quien era causa de su desventura, los cuales de hambre, sed, cansancio

hedor, y pretura se le morian. Entró en Constantinopla muy triunfante: dió á los bajás y criados del turco, y á las damas del palacio muchos niños, y mozas, y otras cosas. Las entradas de Barbaroja en Constantinopla con tantos despojos de la cristiandad se representaban delante del turco, no sin gran vergüenza, y por culpa de los príncipes. Causó sin este mal la venida del Barbaroja á Francia, que se retejasen, y alterasen los moriscos del reino de Valencia, con esperanza que habia de ir allá con su armada, como se lo habia prometido, que fuera un terrible caso.

XXXII.

Resúmen de las prosperidades de Barbaroja:--Su muerte.

Llegó la hora miserable de este enemigo tan valeroso como hemos visto, que de un bajo ollero, cual fué su oficio, llegó á tanto que se tomó con el emperador, y fué rey de Argel, y de Tunez, y cabeza de todos los cosarios, despues de la pérdida de Rodrigo de Portundo, por donde señoreó nuestros mares, haciendo tantos males en Italia y en España, y porque los hiciese mayores le hizo el turco su general en el mar, y su bajá, que es lo que mas puede dár. Ganó á Tunez con aquella armada, que fué grandísimo negocio para el turco, y porque no ganase á Sicilia, ó Cerdeña, ó alguna otra isla, tuvo necesidad el empera-

dor de echarlo de allí, con notable provecho de la cristiandad, y gloria propia suya. Escapóse Barbaroja por su buena diligencia, que se lo tuvieron á mucho. Pidiólo despues de esto el rey de Francia al turco. Mas si bien vino poderoso dos ó tres veces, no hizo mucho daño.

Aparejaba otra flota para tornar por acá, mas diéronle cámaras con recio flujo que le duraron mucho, por donde se vino á tullir: acudióle calentura, y matóle, siendo de mas de ochenta años.

Era bermejo como tenia el nombre, de buena disposicion, sino engordara mucho; tenia las pestañas muy largas, y vino á ver poco. Ceceaba, sabia muchas lenguas, y preciábase de hablar lo castellano, y asi casi todo su servicio era de españoles. Fué muy cruel, mas que otro algun cosario de su tiempo; avariento sobremanera por llegar al estado que tuvo, y muy lujurioso en dos maneras. Dicen que se consumió con la hija de Diego Gaetan que hubo en Rijoles. Fué decidor con agudeza, y aun malicia, soberbio y libre de lengua, especial enojándose. Suplia estos vicios con disimulacion y gracias, y con sucederle todas sus cosas prósperamente. Era esforzado y cuerdo en pelear y acometer, proveido en la guerra, sufrido en los trabajos, y muy constante en los reveses de fortuna, porque jamás mostró flaqueza ni miedo notable. Murió, pues, riquísimo en las casas de Bixatar, que hizo en Pera. Dejó por heredero, con licencia del turco, á su hijo Hazam Barbaroja, que á la sazon estaba en Argel.

XXXIII.

Don Alvaro Bazan.

Don Alvaro Bazan se habia retirado á su casa, dejando las galeras por haberse sentido de algunos disfavores que se le habian hecho: mas sabiendo el emperador lo que don Alvaro merecia, y cuanto valia para servirse de él, antes que partiese de España, le mandó volver al oficio de general de las galeras de Castilla, y que con toda brevedad fuese á la costa de Vizcaya y Guipúzcoa, y recogiese los navíos y gente que pudiese por ser estremada la vizcaina en la mar y en la tierra, y que navegase con ellos á Laredo para que don Pedro de Guzman, caballero de Sevilla, pasase á Flandes con los dos mil españoles que dije, cuyo maestre de campo general era, y con la demas armada guardase don Alvaro las costas de España de los franceses y otros enemigos, contra quienes estaba la guerra abierta.

Partió don Alvaro de Valladolid, en diez de abril, y fué á Santander buscando por aquella costa navíos para su armada: juntó hasta cuarenta vasos, los quince fueron á Flandes, con la gente que llevó don Pedro de Guzman, los demas estaban á punto.

A cuatro de julio si bien no habia en ellos mas que mil soldados, que tenia Garcia de Paredes, (no el famoso que ya era acabado) con título de maestre de campo, y estando á este tiempo por general de Fuenterrabia don Sancho de Leiba,

avisó á ocho del mes á don Alvaro, que de aquella villa habian descubierto una armada de mas dē treinta naos francesas que habian tomado dos vizcainas, que cargadas de sacas de lana iban á Flandes.

Como don Alvaro se hallaba con tán poca gente pidió luego á don Sancho, que le enviase alguna, el cual le envió quinientos arcabuceros còn el capitan Pedro de Urbina teniendo otro correo de Galicia, que á los diez de julio habian pasado los franceses á vista de Laredo, y saqueado las villas de Laja, Curcubion y Finisterre.

Salió con toda priesa don Alvaro en busca de los enemigos á 18 de julio, la vuelta de Galicia, que estaba tan amedrentada, ó temerosa por los daños que los franceses hacian, que aun en la ciudad de Santiago, no se tenian por seguros, porque habian faltado en algunos lugares mas de cuatro mil franceses muy bien armados. Pues dia de Santiago estando la armada francesa sobre la villa de muros, y por general de ella Mr. da Sana componiéndose por cierta cantidad de dineros, porque no les saqueasen, dió sobre ellos don Alvaro con veinte y cuatro naos: luego se pusieron en órden para pelear las dos armadas. Envistió la Capitana de don Alvaro á la Capitana francesa, y echóla á fondo ahogándose mucha gente, y arribando sobre otra francèsa que venia en socorro de su Capitana, la rindió tambien. Peleaban de ambas partes con valor y porfia, y duró dos horas, al cabo de las cuales los franceses, fueron rendidos y degollados mas de tres mil: de la parte de don Alvaro fueron muertos y ahogados hasta trescientos.

Atribuyó don Alvaro, como caballero y cristiano esta victoria al apóstol Santiago, en cuyo dia, y en cuya tierra se habia ganado. En esta batalla se halló su hijo mayor llamado como él don Alvaro Bazan, mozo que no pasaba de diez y seis años; de esta escuela militar de su padre salió tan gran capitan, como á todos es notorio que lo fue el marqués de Santa Cruz, de quien tendrá bien que escribir el que escribiere la historia del rey don Felipe II.

Metieron en el puerto, ó playa de la Coruña, toda la armada francesa que se habia prendido, y quedó en guarda de ella don Alvaro el mozo, y su padre fue á dar las gracias al apóstol Santiago donde el arzobispo, y santa iglesia le recibieron con Te Deum laudamus. Y en toda Galicia hubo general contento. En Valladolid lo recibió el príncipe don Felipe, con la nueva de esta victoria, de la cual se avisó luego al emperador á Flandes.

XXXIV.

Polémica sobre si el emperador usaria ó no para cubrir los gastos de la guerra, los bienes legados á la iglesia por sus antepasados.

Sentiase el emperador tan alcanzado y falto de dineros con los gastos escesivos hechos en la guerra, que mandó á sus consejos y ministros, mirasen que arbitrios, ó medios se podian tomar para remediar necesidades tan urgentes.

Acogiéronse á lo bien parado, y mas rendido que eran los bienes, jurisdiciones, y vasallos de las iglesias y monasterios de Castilla, que los reyes de gloriosa memoria, y otros caballeros habian ofrecido á Dios por el favor y ayuda que les habia dado en las guerras contra los moros, enviándoles santos, que visiblemente los vieron pelear en las batallas, y habian defendido las tierras que tenian, y ganado otras muchas. Como esto no tocaba á los poderosos del reino, ni á los del consejo aprobáronlo, y persuadieron al emperador, que los tomase haciendo alguna recompensa á la Iglesia.

Pidió breve al Papa, y concediólo en cierta forma, conforme á la relacion que le hicieron.

Mandó luego el emperador hacer saber á las órdenes del reino, como se servia de que le diese los vasallos, que tenian, que los sus reyes progenitores les habian dado, con todo lo anejo al vasallage, y que les daria en recompensa otras tantas rentas, como les rendian al presente, sin tener respeto á lo que segun justo precio valen. Pero no quiso el emperador que se hiciese de hecho sin ser oida la Iglesia, y vinieron á la corte muchos religiosos abades de la órden de San Benito, y de San Bernardo, los cuales conociendo el pecho católico del emperador, y que no queria hacer agravio á nadie, estimando menos el socorro para las guerras que se le ofrecian fuera de estos reinos, y mas el bien de los mismos reinos, y de todas las personas y estados de ellos, y por mostrar esto mas á la clara les mandó, que cada uno le dijese lo que cerca de ellos sentia, gustando de que tambien le diesen por escrito lo que de pa-

labra le habian dicho. Lo cual hicieron con muy buenas ganas, no para rehusar si menester fuera de emplear en su servicio las haciendas, muebles y raices de los monasterios, y las vidas si menester fuesen, sino para mostrar que los que esto aconsejaban y procuraban, no miraban tanto lo que convenia á la conciencia, honra y autoridad del César, como á sus propios intereses, ó á otros respetos que no debian ser mirados por personas del consejo del emperador; siendo justo atender que habia otros estados de gentes mas obligados á acudir primero á esto que las órdenes, y que empleaban lo que tenian menos bien que los eclesiásticos, y que se hallarian otros medios mas lícitos y honestos para socorrer al César, que hacer esta novedad en Castilla.

Quien mas se mostró en esto fue un abad de la órden de San Benito que se llamó fray Juan de Robles, varon insigne y noble, y de los mejores predicadores que hubo en su tiempo, á quien el emperador gustó de oir en esta materia: valieron tanto sus buenas razones, que el emperador dijo: «Nunca Dios quiera que yo les quite lo que no les dí.» Y mandó que no se tratase mas de ello: y asi se suspendió por entonces.

Mas en el año de 1544 volvieron en el consejo de Hacienda á tratar de lo mismo, y que se quitasen los vasallos á la Iglesia, pues habia facultad para ello. Y el mismo fray Juan de Robles, abad de San Pédro de Alanza, y fray Francisco Ruiz de Valladolid, abad de Sahagun de los doctos hombres de su tiempo, suplicaron de ello, como antes lo habian hecho. El emperador quiso que fray Juan de Robles le diese por escrito lo que habia

dicho en voz, y fue: que para que se estendiese y viese claramente la calidad de este negocio convenia mirar. Lo primero si era lícito: lo segundo si ya que fuese lícito y se pudiese justamente hacer, si era cosa conveniente, honesta y buena: lo tercero, dado que fuese lícito y honesto, si era útil y provechoso, que son tres condiciones que deben concurrir en cualquier obra virtuosa, especialmente en las obras políticas que tienen respeto al bien de muchos, cuales deben ser la de los príncipes, que no han de regular sus obras por sus intereses particulares, sino por el bien comun de los reinos que gobiernan. Y cuanto sea lo primero habia de presuponer, que ningun justo poseedor podia ser despojado sin causa justa segun derecho natural.

Que los derechos, acciones y jurisdiciones de las iglesias son bienes raices, inmóviles y perpetuos, de los cuales hablan los sagrados Cánones y Concilios, que no se pueden enagenar, ni desmembrar de las iglesias sin igual recompensa.

Que es hacienda que se posee con justo título, porque los reyes de España y otros caballeros, cuando el reino estaba lleno de enemigos infieles, la daban en cumplimiento de los votos que hacian, porque Dios les diese victoria, y fundaban y dotaban los monasterios con estos bienes.

Que sobre este título tan justo, que parece mas divino que humano, tenian el de posesion de mas de seiscientos ó setecientos años, y en el que menos mas de cuatrocientos.

Que no habia haciendas en España, poseidas con semejantes títulos.

Que jamas algun príncipe, de cuantos ha habido en España, intentó inquietarlos, ni pertubar-

los en esta posesion, y que estos vasallos no se sacaron del patrimonio real, sino de lo que ganaban de los moros, de aquello daban á Dios, y tambien otros caballeros y señores particulares los daban de sus propios patrimonios, ó comprados con sus dineros, dejándolos con cargas y obligaciones de sufragios, y aniversarios perpétuos.

Que no habiendo al presente culpa, ni causa bastante para despojar los monasterios, de lo que tan lícita y justamente poseian, parece cosa indigna de un príncipe tan grande y de tanta potencia, querer poner sus manos en la gente mas rendida que en su reino tenia. Que no por ser mal gobernados ni por estorbar á los religiosos el gobierno, ni por bastar á suplir las necesidades del César, se les habian de quitar: porque antes eran mas bien gobernados y con mas caridad y llaneza siendo los prelados, no señores, sino padres piadosos con sus vasallos, ni estorbaban á la quietud de los religiosos, antes con la jurisdicion cobraban mejor sus rentas, y sin ella gastaban mas en pleitos que tenian, y se distraian los ministros del Señor

Que para suplir la necesidad del César era miseria todo lo que ellos valian, ni luciria ni medraria jamas cuanto de estos vasallos se sacase, antes consumiria este dinero, como polilla juntándose con los demas dineros y rentas reales, para que nada luciese ni aprovechase.

Que para ayuda á los grandes gastos del César, la Iglesia acude con el subsidio y escusado, y pechan y contribuyen, y los que estando en el mundo y en hábito seglar, eran libres y no pecheros.

Que no se habia de compensar el valor de los vasallos por lo que á los monasterios rentaban la jurisdiciones cada año, pues de mas del derecho honorífico, que es de mucho valor, era claro que un regimiento de una ciudad que vale dos ó tres mil maravedis cada año, no lo podia S. M. tomar dando por él veinte y cuatro mil maravedis, y venderlo despues por dos ó tres mil ducados. porque todo aquello que se puede apreciar á dinero, y está en la hacienda es parte de la hacienda.

Que los reyes de España de gloriosa memoria dejaron á los monasterios muchas preseas de hacienda, y en ellas engastadas muchas joyas de honor, preeminencias y jurisdiciones, para adorno de la Iglesia, que como esposa de Cristo la quiere Dios galana, honrada y estimada.

Que seria cosa indecente despojarla, sin darle lo que justamente vale tanto por tanto. Y que seria mayor el mal si se tomase lo que por descargos de conciencia se habia dado.

Que no vale decir que puede el príncipe tomar lo que sus predecesores dieron, pues esto se ha de entender, cuando se hubiese dado sin justo título. Y seria incurir en las censuras que en el concilio aureliacense cap. 14 se ponen contra los que toman lo que sus pasados dieron á la Iglesia. Y si puede el príncipe tomarlo para algun bien público, esto ha de ser dando por ella otro tal, ó mejor, como dice el emperador Justiniano á Epifanio, arzobispo y patriarca de Constantinopla. Y el papa Nicolao II escribiendo al arzobispo de Viena, y Graciano, de los emperadores Cárlos y Lus, palabras gravísimas, echa maldiciones que ponen pavor contra los que tomaron estos bienes

á la Iglesia. De las cuales estan llenos los privilegios y donaciones de los reyes, pidiendo á Dios que sean malditos, y descomulgados: que se veian ciegos y desventurados, y comidos de lepra. Que en el infierno tengan por compañero á Judas que vendió al Señor. Y finalmente, que no vean los bienes de la celestial Jerusalen, si en algo quitaren ó disminuyeren de aquello que alli dan y ofrecen á Dios.

Que el Papa puede muy bien mandar en un evidente peligro, que una provincia favorezca á otra, y una iglesia á otra, y unos eclesiásticos á otros, por ser doctrina de San Pablo, que la Iglesia es un cuerpo, y asi se ha de favorecer, y ayudar un miembro á otro, el mas cercano al mas cercano: y cuando el mas cercano no pueda, el inmediato, de manera que se guarde la conformidad que hay en un cuerpo natural, pero que esto se ha de entender, cuando la necesidad fuere tal, que no pueda por otra via remediarse, y que cesaba en este caso como era notario. Y que de tal manera se ha de hacer el socorro de los frutos eclesiásticos, que si es posible no pierdan las raices inmóviles, asi como los miembros recios, que favorecen al miembro débil y necesitado, no le dan las carnes, ni los nervios, que son como raices en el cuerpo humano, sino obras, y humores, y espíritus vitales, que son como frutos y bienes muebles en el cuerpo.

Que los bienes eclesiásticos son en alguna manera del Papa, pero no de todas para poder hacer de ellos absolutamente lo que quisiere, segun la doctrina de Santo Tomas, en el 4 de las sentencias, dist. 20 c. 3 artíc. 3 porque el dominio

de los bienes temporales que poseen los eclesiásticos, no es del Papa, si no de ellos, ó de sus iglesias, y asi no puede el Papa transferir en nadie el dominio que no tiene.

Que el dominio de las haciendas y bienes temporales de los monasterios, los que dieron le pudieron tranferir, y las donaciones reales claramente dicen, que el dominio se pasó de todo punto en las Iglesias y monasterios, á quien se dieron las dichas haciendas y bienes temporales.

Que ni aun de los bienes espirituales es el Papa señor, sino dispensador, por lo cual tienen todos los teólogos, que el Papa puede incurrir en el pecado de simonia como los otros hombres. Lo cual no seria si fuese señor de los bienes de la Iglesia, como lo son los seglares de los bienes que poseen. Porque si bien es despensero mayor, al fin es despensero y no absoluto señor.

Que el doctísimo Juan Gerson declara muy bien, en que modo sea el Papa señor de los bienes eclesiásticos, en el tratado que hizo de la potestad eclesiástica, en la consideracion 12, y Guillermo Ocaro doctor famoso en el tratado que hace *de potestate summi Pontificis* cap. 7 alegando otros doctores cuya opinion sigue.

Pide finalmente sobre todo al emperador mire mucho esta razon, y es que es cosa notoria, que no puede el sumo Pontífice quitar á nadie su hacienda, especialmente lo que es secular, y aplicarla la príncipe sino fuere ocurriendo cosa en que el que la posee le deba dar, y nadie tiene obligacion de dar su hacienda sino para defensa y buena gobernacion de su propia república, y para esto bastaban las rentas réales, como bastaron,

cuando eran muy menores, y los trabajos y necesidades mayores del reino, y fueron suficientes para su defensa, y aun para conquistar otros reinos.

Que S. M. no podia pedir á su Santidad con buena conciencia, ni su Santidad concederlo, que sus súbditos habiendo dado lo que la necesidad y loable costumbre les obliga, que le den contra su voluntad otra hacienda con color de la dicha defensa y gobernacion, ni súbdito alguno tiene obligacion de darla, aunque los príncipes gasten las dichas haciendas en cosas loables, si las tales cosas son impertinentes á la dicha defensa, y buena gobernacion de aquestos reinos. Y que se mirase si á su Santidad se habia hecho tal relacion, con la cual, no obstante todo esto, se les haya de quitar esta hacienda, sin dar el justo valor por ella; y se le hubiese declarado como de hacerse esto se sigue, que sin culpa de los monasterios de señores los hacian vasallos de los que compran los territorios y lugares, donde los tales monasterios, que tan privilegiados y exentos los fundaron los reyes, sean ahora súbditos y esclavos de los compradores. Y que se debia dar copia de la relacion que á su Santidad se habia hecho para que la Iglesia fuese oida, y se le guardase la justicia que tiene.

Y cuanto al segundo punto si era lícito, parecia que no, porque nunca los hombres sabios hacen todo lo que pueden, no siendo honesto y conveniente, como lo enseña San Pablo escribiendo á los corint. ep. 2 c. 6 el cual para encarecer esto toma persona de quien en este mundo puede hacer, sin perjuicio de las leyes humanas, todo lo que quisiere, y dice: todo me es lícito, mas no todo conveniente. Lícito.

es segun las leyes, que se ejecuten las penas puestas á los transgresores de ellas: pero no es bien que se ejecuten igualmente con todos, ni por el cabo con todos. Y porque es asi que no han de hacer los hombres todo lo que derecho pueden, dice Salomon en el Eclesiástes: no seas demasiado justo: porque la demasiada justicia es injusticia: esto es, no hagas todo aquello que segun justicia puedes hacer, y que para esto era bien ver, si convenia que los religiosos tuviesen vasallos, porque si era bien que los tuviesen, no seria bien que se los quitasen sin culpa bastante ó causa justa. Y que mirando lo que primero se dijo, de que estos vasallos vinieron en poder de los monasterios, no porque los religiosos los procurasen, si no porque los príncipes de su mera liberalidad, y por su devocion se los dieron con real magnificencia, no ignorando que la gobernacion de los vasallos trae consigo muchos embarazos y negocios seglares contrarios á la quietud y recogimiento que pide la vida monástica, sino que tuvieron por menos inconveniente darles cuidado del gobierno de vasallos, que dejarlos con mayores y mas contínuos trabajos en la cobranza de las rentas que les dejaban. Por lo cual pareció á los reyes de gloriosa memoria, que porque las haciendas de los monasterios se cobrasen con mas quietud, y estuviesen mas ciertas y seguras, y sobre ellas tuviesen menos pleitos, convenia que en aquellos lugares donde dejaban hacienda, tuviesen entera jurisdicion para conservarla y cobrarla. Confiando de los religiosos, como de personas que deben tener mas cuenta con sus conciencias, que podrian tales ministros, que mantenian los pueblos en justicia. Y que en este tiempo que los

herejes eran tan enemigos de la grandeza y magestad de la Iglesia, no convenia desautorizarla, que los reyes grandes que ha habido en el mundo desde David, y su hijo Salomon, fueron gloriosos por los bienes que hicieron á las iglesias. Esto engrandeció el nombre de Ecequías y Joás, esto hizo á Constantino, á Theodosio y Justiniano ser contados por los mas esclarecidos príncipes del mundo, por los favores que hicieron á la iglesia, y esto dió tantas victorias á los reyes de España contra los moros. De los cuales todos no se halla que hayan intentado de quitar á los monasterios lo que tienen; antes de aumentarlo y conservarlo.

Pone con esto muchos ejemplos estendidos con muy buenas razones de la veneracion y respeto que todas las naciones del mundo han tenido á la Iglesia. Que Roma fue señora del mundo, como dice san Agustin, por ser tan devota de sus dioses, y honradora de la religion. Y que si aunque á los monasterios no les estuviese bien tener los vasallos, al César le estaba muy mal tomarlos, y era oscurecer la gloria de su sagrado nombre, y disminuir la grandeza de sus hazañas, en lo cual no miraba quien le aconsejaba tal cosa, y que daria esta mancilla en su crónica. Que la ganancia que de estos vasallos se sacaria, seria poca, y nunca luciria, y la pérdida grande y perpetua, pues tocaba al alma y á la honra de un príncipe tan grande y tan católico.

Alárgase mucho el abad en estas razones, las cuales fueron tan eficaces, en el pecho católico del emperador, que aunque tenia ganada la gracia del Pontífice, no quiso usar de ella, y es asi que en el año de 1528, en las córtes que tuvo en Madrid,

le pidieron muchos procuradores del reino, que tomase estos vasallos. Y respondió, que los vasallos de las iglesias y monasterios eran dotaciones que los reyes sus pasados, habian hecho con gran devocion y celo que tuvieron á la religion cristiana, á lo cual él debia tener singular respeto, y que por eso no convenia al servicio de Dios ni al suyo hacer novedad alguna cerca de ello. Y volviendo, como ya dije, á tratar de lo mismo sus consejeros y otros que trataban de arbitrios arbitrarios, respondió S. M. en el año de 1537. «No quiera Dios que yo les quite lo que les dí.» Y ahora estando tan apretado con tantas guerras, tan falto de dineros, tuvo este respeto tan grande, que mandó que no se tratase mas de ello.

Es cierto que este gran príncipe mostró siempre en todas sus obras, cuanto deseaba acertar y no hacer mas de lo que era razon y justicia, con mucho temor de Dios, y celo de su santo servicio, que en él siempre resplandeció desde su juventud, que comenzó á reinar hasta que se retiró á Juste, como en esta historia se dirá. Por donde entiendo, que su alma reina en el cielo con eterno descanso, como reinó en la tierra con la mayor gloria y honra, que tuvo príncipe de cuantos en su tiempo hubo en el mundo.

Pero ya que en tiempo del emperador no se ejecutó el quitar los vasallos á la Iglesia, hízose en el del rey su hijo, y hemos visto lo poco que han lucido los dineros que de ellos sacaron, los daños notables que han recibido las iglesias y monasterios, y aun los mismos vasallos, que estan asolados; y conociendo el rey esto, temeroso de su con-

ciencia, manda en su testamento que se restituyan á la Iglesia, y lo peor es que no hay cosa ahora mas olvidada, que ciega y causa olvido la codicia de las cosas terrenas.

HISTORIA
DEL
EMPERADOR CARLOS V,
REY DE ESPAÑA.

LIBRO XXVII.

AÑO 1545.

I.

Paz entre los príncipes cristianos.--Trátase del nombramiento de un nuevo Papa.

El año mas descansado de la vida del César cargado del imperio, fue este de 1545 porque el rey Francisco cansado de las armas continuas y porfiadas, y de los años que ya le fatigaban, estuvo quedo, contento con la paz que con Cárlos habia capitulado. El inglés con la presa de Bolonia se retiró á su reino. El turco con las guerras de Asia dejó nuestra Europa: y los mares que el cosario Barbaroja inquietaba con la armada, quedaron algo seguros con su muerte.

Visitó el emperador las ciudades de Flandes, trayendo consigo á su hermana la reina Maria. Los males de la gota y otras enfermedades le apretaban, y mas un cuidado de grandísimo peso y consideracion, que con celo de verdadero defensor de la Iglesia tenia, sobre la pureza de la fe católica, que en Alemania estaba muy estragada. Sabia los tratos malos, la multitud de herejes que en aquella gran provincia habia y el favor que daban á los destinos de Lutero algunos de los príncipes y ciudades del imperio. Los cuales les pedian un remedio tan costoso de vidas y sangre, que apenas sus fuerzas bastarian.

La salud del Pontífice andaba muy quebrada, de suerte que se cuidaba mas del que en la silla romana habia de suceder, que de Paulo Farnesio que la tenia.

Escribíanle de Roma sus ministros y aficionados les avisase en quien S. M. ponia los ojos, para que ellos con sus fuerzas, y amigos ayudasen: y el César estando en Bruselas, á 4 de abril de 1545 escribió á Juan de Vega su embajador en Roma la satisfaccion que tenia de las voluntades en su servicio de los cardenales Carpy y Salviati. Del uno muy poca, y del otro grande: y de la eleccion del futuro Pontífice, las palabras siguientes.

«En lo que toca al futuro pontificado estan en la mano de Dios lo que podrá ser. Aunque no nos querriamos empachar de la creacion, sino por lo que toca á la necesidad de la cristiandad, y obviar los inconvenientes que podrian suceder de no seguir aquella como conviene: porque cierto es gran escrúpulo de conciencia, tomar parte de es-

tas eleciones, y de la culpa que puede haber, no siendo hechas como se deben: y asi estareis advertido para favorecer en tal caso lo que fuere mas servicio de Dios, y bien comun de la cristiandad, temporizando en este medio como el dicho cardenal Salviati, con todo el recato y miramiento que vereis convenir al bien de los negocios, pues de aqui allá con el tiempo se verá, y entenderá lo que se debe hacer en tal caso.

II.

Embajada del emperador cerca de la corte de Roma contra los herejes.

El cuidado ademas de esto, que el emperador tenia del remedio de Alemania, y reducir al gremio de la Iglesia católica romana, los que ciegamente se habian apartado de ella, era grande, y deseaba juntar las fuerzas y armas que para jornada tan importante eran necesarias.

Estando en Bormes á 5 de julio de este año, envió á Roma á Mos de Andalot su caballerizo, ordenándole; que en el camino visitase (y este fuese el color de su jornada) á la duquesa de Camarino su hija, señaladamente por su preñada, mostrándole el amor que S. M. la tenia, y el placer que habia recibido de ello, y cerca de esto hiciese con el duque de Camarino su marido, lo mismo, con su Santidad, y con todos los de la casa Farnesa. Que habiéndose comunicado con el embajador Juan de

Vega en Roma, le dijese, que despues del último despacho y cartas que se escribieron á 28 de junio al dicho Juan de Vega sobre lo que se habia platicado y comunicado y resuelto con el obispo Veraldo nuncio de su Santidad, se habia continuamente estendido en ver, examinar y consultar con el secreto necesario las cosas que se debian ver y proveer para hacer la empresa contra los desviados de la fe. Que como este negocio era de tanta importancia, en que iba tanto, que se hiciese como convenia, y que cualquier yerro, ó falta que en la ejecucion de ella podria traer inconvenientes irremediables, se habian hallado en la discusion dificultades, que aunque era muy contra el ánimo y deseo del César, pero se le habian apuntado tan evidentes y claras, que no obstante que de muy mala gana queria consentir en ellas, pero para no usar en esto mas con aficion, que con la razon que debia en todas las cosas señaladamente en las de la guerra serle superior, le habia parecido avisar á su Santidad realmente de lo que en esto se apuntaba: confiando que su Santidad, con su gran prudencia y larga esperiencia miraria y resolveria lo que mas viese ser servicio de Dios, y que en esto se hiciese todo lo que pareciere poderse emprender y hacer con razon; y aun confiarse en la divina clemencia y bondad, que querria asistir en este negocio por su propia causa. Y por esto le despachaba con tanta diligencia, porque haciéndola en todo pudiese con la brevedad posible entender el parecer de su Santidad y resolverse en lo que se hubiese de hacer; lo cual diferiria hasta su vuelta. Que ademas del grandísimo deseo que tenia de entender en tan bue-

na y santa obra, y aun tan necesaria, y sin la cual es claro que se perdiera la Germania cuanto á la religion, y traeria aun mas inconvenientes en todo, veia claramente que la coyuntura y oportunidad se ofrecia muy grande, hallándose alli en persona, desembarazado de guerra contra el turco y tambien de cristianos, y teniendo gente española á propósito alli y en Italia: que de todas maneras era forzoso sostenerla: y que tenia la correspondencia tan buena de su Santidad y de su parte. Y que por ventura podria acaecer embarazo, difiriéndose esta empresa, para que despues no se pudiese hacer, con tan buena coyuntura y comodidad. Que solo en contrario de esto habia la brevedad del tiempo para hacer esta empresa en lo que quedaba del verano, y la imposibilidad que se hallaba en proveer las cosas necesarias. Y lo que en esto mas se dudaba, no ver como se podia apercibir, levantar, y juntar el ejército, tal y tan poderoso como se requeria, aunque tuviese todo el dinero que era menester en la mano, y se hiciese toda la diligencia posible antes de Nuestra Señora de setiembre, á mediado el mes: y señaladamente la gente alemana de á caballo, sin la cual no se podia hacer bastante ejército. É iba mucho en haberla tal que se pudiese fiar de ella en lo que tocaba á la religion; ademas que los enemigos harian todo lo que pudiesen para embarazar su camino y juntamiento; y serian muy poderosos la gente de á caballo, y de los mejores de la Germania. Que tambien los diez mil infantes y seiscientas lanzas, conque el rey de Francia habia de ayudar para contra el turco, ó para lo de la religion á voluntad del César, como

su Santidad lo tenia entendido, para enviarlos despues de la requisicion, tenia cuarenta dias de término, se debia considerar cuando llegaria, si bien no por ello se dejaria de hacer lo que era justo, si lo demas se pudiese proveer con tiempo.

Ademas de lo cual tambien habia el no poder hacer los cambios del dinero, de tanta suma como era menester, señaladamente sobre la concesion de los medios frutos, ventas de los vasallos de los monasterios, y otros espedientes que de fuerza se habian de buscar. Y tanto mas comprendiéndose que los mercaderes de aquellas partes no querrian entender en ello por miedo de los dichos desviados, y los otros mercaderes, habian hecho ya muchos cambios, por las guerras que se continuaban en Francia é Inglaterra, y la ocasion de ellas, teníase por muy dificultoso poder hacer los cambios, y de tanta suma, y haber el dinero para servirse de él al tiempo que seria menester. Tambien habia la provision de las vituallas, señaladamente de carne y vino, y en la parte donde se tenia fin de hacer la masa, y tambien la artilleria y municiones, aunque en esto bien se hallaria medio. Que siendo asi, que no se pudiese juntar el ejército antes del tiempo sobredicho, pero que no obstante las otras dificultades ya dichas, se hallase en ser para marchar, todavia se consideraba, que no podria entrar en tierra de enemigos antes de los 25 ó fin de setiembre, y que entonces ya se sentia comunmente el frio del invierno, señaladamente en aquellas partes, y era tiempo de muchas aguas, y que viendo esto los enemigos, se detendrian en defension, esperando que no podria ser largo el ímpetu de la guerra, y aunque se ganase algo,

y se quisiese sostener, seria en parte trabajosa en el rigor del invierno, y con necesidad de bastimentos que se habrian de traer de fuera, y no impedir á los enemigos, que no se fortificasen, preparasen é hiciesen mas fuertes durante el invierno para tornar sobre los católicos estando ya cansados, y habiendo gastado mucho con poco efecto, y comenzado la empresa, sin poderla acabar: ó si se determinase, y quisiese hacer, y no se pudiese juntar la gente y provisiones, ni egecutarse por falta de tiempo, cualquiera de estas cosas, traeria inconvenientes irreparables, y se seguiria la total ruina de los católicos prelados y otros, y pérdida de la fé, antes que se pudiese dar remedio alguno.

Ademas de esto, se decia, que segun se conocia de la inclinacion y costumbres de aquellos desviados, y aun de su obstinacion, que era comun causa á todos, que comenzando á usar de la fuerza contra ellos, era menester pasarla de golpe adelante, y de manera que ellos viesen que era en tiempo, y con disposicion y provision para poderlo sostener, que como haciéndolo asi, seria el verdadero medio para sojuzgarlos y reducirlos á la razon. Tambien comenzando por el contrario se seguiria mas obstinacion con la asistencia de las otras sectas, y aun de los Anabautistas: porque no obstante que los luteranos y otras sectas los aborrecian, pero cuando se trata de emprender contra ellos, se aunan y defienden, como si fueran una misma cosa. Que asimismo habia, que el duque Guillermo de Baviera habia resueltamente respondido, que no le parecia, que por ahora se debiese emprender contra los dichos

desviados, y era de creer, que aunque él tuviese voluntad que era razon en esto, para que como era de su cabeza, dificilmente mudaria opinion y habria mucho que hacer para atraerlo á que viniese bien en que se hiciese luego esta empresa; señaladamente que se sabia, que no tenia dineros, ni medios para poderlos hallar tan presto, ni disponer á sus vasallos para hacer la guerra. Mayormente que se hallaba muchas y grandes deudas de su hermano, y que tenia que hacer con sus vasallos, y otras cosas que de su muerte habian procedido. Y no solamente era menester que viniese bien cuanto á sí á este negocio, mas tambien convenia que con su intervencion, medio y parecer, se mirase, como se debia haber la asistencia y ayuda de los eclesiásticos, y otros estados católicos, y esto en su tiempo y sazon, para guardar el secreto necesario. Y á lo que se habia dicho de los embarazos que podria haber, dicen que tomando esta jornada con tiempo al principio del verano, que el turco no la podria impedir, aunque no corriese la tregua adelante; y que ningun príncipe cristiano lo querría embarazar, ni lo podria hacer, ni haber medio para ello, usando de esta presteza: y ademas de esto que se pudiera durante aquel invierno platicar y encaminar para dividir las ciudades de los príncipes y estados desviados, y aun incitar algunos que con querellas particulares y esperanza de vengarse, y cobrar lo suyo, podria particularmente dar en que entender á estos príncipes, como al duque de Jasa, por las competencias que tienen con él algunos vecinos, Lantzgrave con el conde Guillermo de Nasao, y el duque de Branzvic de su parte

Y tambien habia otros príncipes que tenian competencias con las ciudades: lo cual se platicaria, y trataria en su tiempo y lugar, y con la disimulacion y manera que el caso respectivamente requeria, y la sospecha y temor que entre sí tenian, y que entendian que contra ellos se trataba, señaladamente por cartas venidas de Roma, con lo cual estaban ahora muy apercibidos y proveidos, y viendo que no se hacen las provisiones, se caeria esta voz y fama, que habia de que se iba contra ellos, y despues podrian ser mas descuidados en creerlo, y hacer las provisiones, juzgaria como la de ahora.

Concluye diciendo el César ser esto lo que se apuntaba y ofrecia en negocio tan importante; pero que con todo se ofrecia á que siendo posible vencer estas dificultades, que sobre la brevedad del tiempo se tocaban, que él estaba muy presto á entrar desde luego en esta empresa, si bien fuese con riesgo y aventura. Pero que tocando este negocio no solo á él, mas á Dios, y á su Santidad, habia querido avisar confidentemente, y con el respeto filial que debia, de lo que ocurria, para que si habia medio de emprender esta buena obra, desde luego, que se hiciese en el nombre de Dios. Que ya que esto no podia ser ahora por las dificultades dichas (que de fuerza se habian de confesar si bien fuesen contra lo que tanto deseaba) que eran grandes, queria tambien que su Santidad supiese, que su voluntad era, y siempre seria la misma, que para que con la ayuda de nuestro Señor se emprendiese y hiciese el año venidero, y se comenzase á poner las manos en la obra, lo mas presto y tem-

prano que ser pudiese, y que no se dejase entre tanto un solo momento de tiempo de preparar con el secreto que convenia, lo que para esto era necesario, para que se hiciese de manera que Dios fuese servido en ello, y la santa fe remediada, y guardada la autoridad de su Santidad, y de la Sede Apostólica.

Y para que esto quedase firme entre su Santidad y el César, era S. M. contento, y deseaba que se capitulase, y tratase distinta y particularmente, segun ya estaba escrito á Juan de Vega, lo que se habia de hacer, y señaladamente de asegurar por parte del César á su Santidad, de no tratar ni hacer cosa tocante á la fé sin su espreso consentimiento: ni gastar el dinero que se sacaria de la concesion de los medios frutos y rentas de los vasallos de los monasterios, sino en esto: ni tampoco tocar en el dinero de los doscientos mil ducados que su Santidad habia ofrecido de proveer para esto.

Tambien confiaba que el Pontífice, como era razon, miraria y proveeria que fuesen ciertos para servir á esto en su tiempo, y asimismo los dineros que serian menester para sustentar la gente de á pie y de á caballo que habia ofrecido. Que tambien miraria su Santidad en los otros cien mil ducados, demas de los dichos doscientos mil, y en lo que mas seria menester segun durase la empresa, y que las diligencias se hiciesen con el duque de Baviera y con los otros estados católicos, como se consideraba deberse hacer de parte de su Santidad, y de la del César, para el buen efecto de la empresa, y guardando el secreto que se requeria para ello.

Asimismo era razon que su Santidad y el César se hubiesen en esto y en todas las cosas que tocasen al servicio de Dios y bien público de la cristiandad: y señaladamente que si por esta ocasion de remediar las cosas de la fé, algunos príncipes cristianos se quisiesen mover á embarazarlo, el sentimiento fuese comun á su Santidad y al César, y de su parte hiciese todo lo que fuese menester á su oficio y dignidad para asistir al César, y que como en cosa comun y propia de cada uno hiciesen ambos todo lo que fuese conveniente.

Ademas se habia considerado sobre lo que se habia apuntado de parte de su Santidad: Que en la provision de los dineros que se habia contratado de hacer, y tambien de la concesion de los medios frutos y rentas de los vasallos de los monasterios, convenia que diese razon al Consistorio, que lo que se platicara y tratara sobre esto con el Consistorio fuese con fundamento de la resistencia contra el turco, en caso que fuese menester, incluyendo debajo de esto el sostenimiento de la fé católica, y lo que en esto se hallase ser necesario, porque con está causa se podria justificar todo lo que el Pontífice quisiese hacer, siendo tan santa y buena obra, y miraria su Santidad, si seria bien que esto se articulase para guardar mejor la disimulacion, pues iba tanto en el secreto, con el cual los desviados podrian descuidar, y tambien con la manera que se podria usar de consentir un coloquio é inducir otra dieta para el invierno próximo siguiente, en la cual diria el César que se queria hallar personalmente. Pero queria que esto del coloquio é indicion de la dieta fuese sin tocar en alguna manera á lo del concilio

y progreso de él, y con el presupuesto antes dicho, de no hacer cosa alguna en lo de la fé sin consentimiento de su Santidad, y cuando no pudiese hacer consentir aquellos desviados á que se hiciese el recesu con su consentimiento (lo cual creia que no harian) tenia pensado de hacerlo de soberana autoridad imperial, y darles á entender, que si alguno de los estados contraviniese en ello que seria con lo que hubiese mandado por el dicho recesu, en el cual pensaba poner una cláusula.

Que todas las innovaciones hechas desde el precedente recesu se quitasen por incluir lo que tocaba al elector de Colonia, y tambien que todas cosas de hecho, y violencias desde el dicho recesu, y las que se podrian hacer, se juzgasen conforme á derecho para incluir las ocupaciones que habian hecho el duque de Jasa, marqués de Brandemburg, y otros, contra los obispos electos y otras iglesias. Pero que entretenia la cosa hasta que tuviese respuesta de su Santidad, y tambien esto del recesu no pasaria asi sin trabajo y mucho malcontento de los desviados.

Hallábase el César con trabajo por la obstinacion del arzobispo de Colonia, y se habian tomado cartas suyas, que escribia á los estados, en que se veia su perdicion. Tambien por otra parte se temian los de la iglesia y ciudad de Colonia de él y del comun popular que en todas partes se inclinaban mucho á las novedades heréticas, y asi se temia una gran ruina en las gentes de aquel arzobispado. El César consultó sobre ello á su Santidad, pidiéndole que con brevedad le avisase y diese su parecer para hacer lo mas conveniente siendo su fin en caso que esta empresa no se pu-

diese hacer aquel verano, de volver á Flandes luego para dar órden en las cosas de alli, y ser de vuelta á Alemania para el dia de los Reyes, para dar con el ayuda de Dios principio á esta santa empresa lo mas presto y temprano que ser pudiese el año venidero. Y fue parecer del César, supuesto lo arriba dicho, que se debia dejar el concilio en pie, procediendo en él en la mejor manera que ser pudiese, y que viniendo á hacerse la apercion, se metiesen adelante cosas que no pareciesen en este principio directamente contra los dichos protestantes y su secta, sino que se tratasen otros puntos que fuesen tocantes á lo general de la cristiandad, y que se tratase de la reformacion, y vivir de las personas eclesiásticas, para que los desviados tuviesen menos temor; pero no de manera que lo perdiesen del todo, porque el concilio por una parte, y ver estar en ello la generalidad de los príncipes católicos, y la amistad entre su Santidad y el César, y que la tendrian sobre sí si hiciesen algun motivo contra los católicos, contra el recesu, los hiciese estar quedos á los prelados en el concilio por el favor que tan cerca tenian: y á los hereges en no ofenderlos por el respeto y temor que habian de tener estando tan cerca el César.

Con estos avisos tan católicos y bien considerados acaba el emperador la instruccion y memoria conque en Bormes despachó á Mos de Andalot á 5 de julio de 1545.

III.

Celo grande del emperador por nuestra santa religion.

De la cual consta como la cosa que mas fatigaba su ánima era la nueva religion de Alemania, y reformacion de ella: porque además de lo que tocaba á la fé católica, que era lo principal que miraba, hallaba otros graves inconvenientes que se seguian si este mal pasase adelante. Que si aquella gran provincia se dividia en nuevas sectas y parcialidades sobre la religion, eran forzosas las guerras entre ellos mismos y fuera, de que aquella novilísima gente y tierra perdia su antiguo honor y decoro, y el nombre tan célebre y honrado que siempre tuvo de cristianísima, se habia de consumir en guerras civiles, y á su reputacion imperial tocaba, y era forzoso tomar las armas contra sus propios vasallos y naturales, y se gastarian sus fuerzas y vidas entre sí mismos, que tanto importaban contra los turcos, que fueron los deseos mas eficaces que el emperador siempre tuvo, y en que el demonio le atravesó mayores estorbos.

Pensaba qué medios, qué trazas daria, para curar tanto mal, no con fuego, ni hierros ardiendo, ni derramamiento de sangre, sino por otros caminos suaves, fáciles y llanos. Lo cual veia dificultoso, sino era que los herejes nuevos inventores, se allanasen y volviesen á la obediencia de la Iglesia católica romana: hallaba que se po-

dia hacer celebrándose un concilio general de toda la cristiandad, con potestad plena de cámara imperial, y determinándose á que los herejes que rehusasen hallarse en este concilio, no queriéndose sujetar á lo que alli se determinase, tomaria luego las armas, y les haria cruel guerra, como á rebeldes, contumaces enemigos de la iglesia, y del imperio romano, para rendir y sujetar rigurosamente á los que con blandura no quisieron dejar sus nuevas doctrinas y notorios errores, con la potencia y furor de las armas. En lo cual esperaba el favor del cielo, cuya causa él hacia.

Este pecho valeroso, y celo cristiano del César habia dia que los herejes sentian y temian, y asi como hijos de este siglo, y ministros del demonio, que en esto los ayudaba, con providencia humana se habian concertado, y confederado diez años antes de este en la ciudad de Smalcalda, y en otros muchos conventículos, que entre sí habian tenido. Y habian procurado que cayesen en esta liga muchos señores poderosos de Alemania, y fuera, con grandes ciudades poderosas y ricas, cuales las hay en Alemania. Llamaban á esta liga, y conjuracion Smalcalda, defensiva de la nueva religion, y libertad de Alemania. Tanto se atrevian ya los herejes de Alemania, sabiendo el príncipe que tenian, que no estaba hecho á sufrir semejantes demasias, y de la manera que habia castigado otros atrevimientos no tan pesados. Fue el atrevimiento terrible hacerse legisladores en la Iglesia, y en la república, presumiendo locamente de hacer aquellos bárbaros viciosos, una nueva republica, nuevo imperio, nueva iglésia, y queriendo unos idiotas sensuales hacer ciegos á

todos sus pasados, desde que recibieron la ley pura y limpia de la boca de los apóstoles, y predicadores santos del Evangelio: y que ellos solos, habian sido los alumbrados, y favorecidos del cielo para ver y conocer la libertad del Evangelio, y el precio de la cruz, y sangre de Cristo, conque querian comprar y gozar la vida mas ancha y viciosa que tuvo nacion del mundo, despues que se pobló de hombres. Estos son los que ahora tienen en cuidado al sacro emperador, y á mí me han de dar que decir los dos años que vienen despues de este.

IV.

Muerte de la infanta doña María:--Embajada del rey de Francia al emperador sobre la muerte del duque de Orleans:

Y pues he comenzado á llorar lástimas, diré una de harto dolor, que fue de la serenísima princesa de España doña María, mujer del príncipe don Felipe, señor único heredero de estos reinos. Murió esta malograda princesa en Valladolid, á doce dias del mes de julio de este año. Parió al príncipe don Carlos el desdichado, á 8 de julio á las once de la noche, entrando el dia nono segun cuentan los astrólogos, que se engañaron harto en lo que de este príncipe dijeron, particularmente el maestro Antonio Pacheco catedrático astrólogo de Coimbra. De allí á cuatro dias murió en domingo.

Fue su cuerpo depositado en el monasterio de San Pablo de Valladolid: y á 8 de setiembre de

este año, fue la muerte que dije de Cárlos duque de Orleans, yendo con su padre y hermano el delfin con poderoso ejército á cobrar á Bolonia del inglés enfermó de una calentura pestilencial. Murió de edad de 22 años. Era príncipe amable por la condicion y rostro que tenia.

Murmuróse mucho su muerte, y la de su hermano Francisco, que tambien murió malogrado. Decian que les habian dado veneno, con consejo é industria de Catalina de Médicis su cuñada que deseó la muerte de Francisco, por verse reina de Francia, y no le pesó de la de Cárlos, ni aun á su marido Henrico, tocado de envidia, por el favor que el rey su padre, y el emperador le hacian.

Luego envio el rey á Claudio Annibaldo, dando cuenta al emperador de la muerte de su hijo, y pidiéndole que pues era muerto Carlos, se volviese á confirmar la paz, con otras nuevas condiciones. Esperó Claudio la respuesta del César, y no le dió otra mas de prometer, que por su parte él no quebraria lo concordia haciendo guerra al rey, si él primero no la hacia: con esta respuesta tan seca, quedaron algo dudosas las voluntades.

V.

Dieta en Bormes.

Habia el emperador mandado que los principes y ciudades de Alemania, se juntasen en Bor-

mes para tener dieta con ellos, y porque impedido de la gota no pudo él acudir, presidió en esta junta como vicario suyo, y rey de romanos, su hermano don Fernando. No se hizo cosa buena, ni por mas que el rey les representó, cuanto les importaba la paz, y que le ayudasen contra el turco; no bastó razon, y faltaron muchos, aunque enviaron sus procuradores, con órden que abiertamente contradijesen el Concilio de Trento, y que ellos no obedecerian cosa que el emperador les mandase, tocante á esto, ni á la nueva religion, mas de en aquello que bien les estuviese.

Con esto se deshizo la dieta, y el emperador cansado ya de sufrir tantas demasias de los herejes echó la dieta para Ratisbona, donde habiéndole dejado la gota, fue en persona.

VI.

Muerte de fray Antonio de Guevara obispo de Mondoñedo y coronista del emperador.

Debo hacer memoria de la muerte de fray Antonio de Guevara obispo de Mondoñedo, coronista del emperador, religioso muy docto y principal, y de gente ilustre; en cuyo oficio yo sucedí, y en los que á él le sucedieron, y en sus papeles. Murió año de 1545 y sepultóse en una rica capilla, que él mandó hacer en el monasterio de San Francisco de Valladolid. Escribió algunas cosas que andan impresas. De la historia, que era su principal

oficio, muy poco y sin concierto, que no le tenia el borron que iba haciendo, esta misma historia. Estos papeles hallé en Almenara aldea de Olmedo, donde él edificó una casa: vilos, aunque muy apriesa, porque los tenia una mujer, y pensaba que en ellos estaba el remedio de sus hijos.

En cuatro dias saqué de ellos lo que me pareció, que se podia poner en esta historia, para la cual no he tenido otra ayuda, y lo que escribió Pedro Mejia que fue hasta el año de 1529 habiéndose cargado cinco coronistas de hacer esta obra: que en menos de un año comencé y acabé; y tardé en imprimirla, por el poco socorro que tuve, dos años.

Murieron este año en Castilla otros muchos prelados y caballeros principales que asi se acaba esta vida y las dignidades de ella, que se desvanecen como el humo y lijeros vapores de la tierra.

VII.

Alteracion del Perú.

Diré las alteraciones del Perú y sus provincias que causó la ordenanza que se hizo en Valladolid, segun dije, año de 1344 porque no he de hacer mas que una breve relacion, y ellas duraron hasta el año de 1549 en que el licenciado Pedro de la Gasca los allanó con sumo valor y prudencia, dejando aquellas tierras remotísimas, y corazones tan alterados, y de suyo altivos, muy en servicio

de su rey. No podré guardar aqui el órden de contar cada cosa en su año, y en su libro, sino que de fuerza juntos, y en una pella ó párrafo, diré recogidamente antes de contar los hechos de Alemania, lo que fueron y en lo que pararon estas altèraciones desde el año de 1544 en que comenzaron hasta el de 1549 en que acabadas, sosegada ya la tierra, Gasca volvió á España.

Dije brevemente las ordenanzas que se habian hecho cerca de las quejas que habia, del mal tratamiento que se hacia á los indios, las cuales se publicaron en Madrid, año de 1542, y luego se enviaron tratados de ellas á diversas partes de las Indias, de que se recibió muy gran escándalo entre los conquistadores, especialmente en la provincia del Perú, donde era mayor el daño, porque á todos se les quitaban las haciendas, y quedaban como dicen, á puertas.

Murmuraban largo, quejábanse con sentimiento al descubierto. Acudieron muchos al Cuzco, á dar sus memoriales y quejas, al licenciado Vaca de Castro, que gobernaba, y por su consejo enviaron á suplicar de la ordenanza á S. M. Antes que llegasen á España los procuradores de los indianos, habian proveido á Blasco Nuñez Vela, caballero vecino de la ciudad de Avila, que á la sazon era veedor general de las guardas de Castilla, para que fuese por virey, capitan general y egecutor de la ordenanza al Perú, y se proveyeron con él cuatro oidores para la audiencia que se habia puesto en aquel reino, y todos se hicieron á la vela en el puerto de san Lúcar de Barrameda primero de noviembre, año mil y quinientos cuarenta y tres: y el virey se adelantó sin querer espe-

rar á los oidores, y fue egecutando las ordenanzas que llevaba.

La primera fue, que los indios se volviesen á sus naturalezas, estando fuera de ellas, y en desembarcando en Tumbez, puerto del Perú, comenzó á egecutar las ordenanzas en cada lugar, por do pasaba: y si bien le suplicaron esperase á que los oidores se juntasen en la ciudad de Lima y que los oyesen para informar á S. M. él no quiso, de suerte que Blasco Nuñez entró en el Perú, con poco gusto de todos, y aun de los oidores sus compañeros, con quien ya venia desconforme, y ellos con él, y asi tuvo mal fin su jornada. Requirió á Vaca de Castro con las provisiones que traia para que él desistiese del gobierno.

Luego comenzaron á sentir el rigor del virey, y habia pareceres, y persuadian á Vaca de Castro que no se admitiesen, y que si él no queria ponerse en esto que se estuviese á la mira, que ellos lo harian de suerte, que ya la cosa se iba poniendo en malos términos. Procuraba Vaca de Castro sosegarlos, mas no bastaba su autoridad, aunque el virey se le agradeció poco, y le prendió por sospechas de que era parte en los motines que habia.

Recogiéronse en el Cuzco muchos de los principales, y comenzaron á juntar armas, y la artilleria que habia en Guamanga con grande alboroto. Vino luego alli Gonzalo Pizarro, y nombráronle por procurador general de toda la tierra.

Era Gonzalo Pizarro, hermano del marqués Francisco Pizarro, y de Hernando Pizarro, principales descubridores, y conquistadores de esta tierra. Pedian todos á Gonzalo Pizarro que tomase la

mano, y se hiciese cabeza, para suplicar de las ordenanzas. En lo cual no reparó mucho, porque tenia buen ánimo, y habia dias que deseaba ser gobernador del Perú. Recogió ciento y cincuenta mil castellanos, trajo consigo hasta treinta personas, y en el Cuzco le recibieron con gran aplauso, y cada dia se le juntaban gentes y de la ciudad de los Reyes venian blasfemando del virey, diciendo mucho mas de lo que hacia para indignar mas los ánimos.

En el cabildo del Cuzco se hicieron muchas juntas sobre la venida del virey; unos decian que le recibiesen, y se enviasen procuradores á suplicar de las ordenanzas. Otros que recibiéndolo una vez y egecutando las ordenanzas, como lo hacia, les quitaria los indios, y que una vez desposeidos tarde volvieran á cobrarlos. Resolviéronse en que Gonzalo Pizarro fuese como procurador general á la ciudad de los Reyes, y suplicase de las ordenanzas en la audiencia real. Y que fuese acompañado de gente armada, porque el virey habia ya tocado atambores en la ciudad de los Reyes para castigar á los que habian ocupado la artilleria, y tambien porque le tenian por hombre áspero, y demasiadamente riguroso, y que hacia de hecho, y amenazaba á muchos, y que sin la audiencia real, él no podia hacer nada. Daban otros muchos colores al venir Pizarro con gente armada, y habia pareceres de letrados que lo podian hacer, y con esto levantaron banderas, é hicieron gente, y con demasiada pasion se le juntaron muchos.

El virey tuvo aviso de este levantamiento, y queriendo juntar gente para remediarlo, llegaron los oidores, y se recibió el sello real en Lima, con

gran solemnidad, año 1544. Y se formó la audiencia, pero tan malos concertados los oidores con el virey, como si fueran enemigos y no sirvieran todos á un rey y señor.

Hay de esto historias particulares, la del contador Agustin de Zárate, y de otros que dicen largamente estas cosas. Diré brevemente lo que basta para esta del emperador. Sabido por el virey y audiencia los aparejos de guerra que Pizarro y otros hacian en el Cuzco, despacharon provisiones, llamando gente con armas para servir al rey. Nombraron capitanes, é hízose un ejército en que habia seiscientos hombres de guerra, sin los vecinos de Lima, los ciento de caballo y doscientos arcabuceros, y los demas piqueros. Mandó el virey hacer muchos arcabuces de hierro, y de fundicion de unas campanas de la iglesia mayor, que para ello quitó. Prendió al licenciado Vaca de Castro, y á otros caballeros, sin hacerles cargo de su prision; Gonzalo Pizarro justificando su causa, hizo toda la gente que pudo, y salió de la ciudad del Cuzco con campo formado, y hasta veinte tiros de artilleria y razonable municion; apartáronsele hasta veinte y cinco hombres principales, que sintiendo como el negocio iba dañado, y en deservicio del rey cumpliendo las provisiones en que el virey y audiencia los llamaban por caminos encubiertos, y desviados de Pizarro, fueron á la ciudad de Lima para servir al rey. Lo cual sintió mucho Pizarro, y si los cogiera les costaria la vida: y otros que venian en el campo de Pizarro que procuraron reducirse, viendo que Pizarro iba usurpando autoridad, y mandó mas de lo que convenia al servicio del rey, otros como

Pedro de Puelles, teniente de Guanuco, y Gerónimo de Villegas, con cuarenta de á caballo se pasaron al bando de Pizarro, y muchos eran del mismo parecer, y buscaban ocasiones para meterse en su campo, porque el interes de la hacienda que de esto, y la mala condicion del virey, los asombraba.

Mató Gonzalo Pizarro algunos capitanes principales de su campo, porque sintió que se querian pasar al servicio del rey. Hizo maestre de campo á Francisco Carvajal, soldado que se habia hallado en la batalla de Rávena, de los valientes y sagaces capitanes de su tiempo, aunque mal cristiano y de sus hechos y dichos se escriben cosas notable en las dos historias que dije.

Mató el virey dentro de su casa á puñaladas, al factor Illan Juarez de Carvajal con sospechas de que unos sobrinos suyos se habian pasado al campo de Pizarro. Sintióse mal de esta muerte en la ciudad de los Reyes que fue domingo en la noche trece de setiembre, año 1545, y la audiencia hizo proceso sobre ella contra el virey. Con la muerte del factor acabó el virey de caer en total desgracia del pueblo, y habiendo pensado esperar á Pizarro en la ciudad de Lima, ó Reyes, y pelear allí con él, para lo cual habia mandado á fortificar, determinó, (no hallandose ya seguro en ella) de retirarse ochenta leguas atras, en la ciudad de Trujillo, despoblando aquella de los Reyes, y en el camino todos los lugares llanos, y haciendo subir los indios á la tierra. Los oidores no fueron de este parecer, y se pusieron en que no habian de pasar de allí.

El virey tomó el sello real para llevarlo con-

sigo á Trujillo, puso en un navio los hijos del marqués Francisco Pizarro con el licenciado Vaca de Castro, como en prision, y no bastó razon que no sacase de alli. Supieron los oidores que el virey les queria llevar el sello real, y ellos lo quitaron al Chanciller, y lo pusieron en poder del licenciado Cepada como oidor mas antiguo. Despacharon una provision para los capitanes y gente de guerra, mandándole que si el virey les quisiese hacer alguna fuerza, embarcándolos contra su voluntad, para sacar la audiencia de alli, se juntasen con ellos, y les diesen favor y ayuda para resistirle, pues era contra lo que S. M. tenia espresamente mandado.

Finalmente, el rompimiento fue tal entre el virey, y los oidores, que una noche se pusieron en arma unos contra otros, y por hallarse el virey con menos gente se encerró en su casa, y los oidores se pusieron en la plaza, y dispararon algunos arcabuces de una parte y otra, y cien soldados que guardaban la persona del virey, lo desampararon, y se pasaron á la parte de los oidores, y como la gente de guerra vieron sola la casa del virey, la entraron, y saquearon algunos aposentos de los criados.

Viéndose el virey solo, y en tanto peligro, se metió en la Iglesia mayor, donde los oidores se habian metido, y se entregó á ellos, los cuales le llevaron en casa del licenciado Cepada oidor, armado como estaba con su cota y coracinas. Luego se proveyó que el virey se embarcase, y se viniese á España, porque si llegaba Gonzalo Pizarro, y le hallaba preso, le mataria. Y tambien temian que algunos deudos del factor harian lo mismo en ven-

ganza de su muerte. Tomaron con harto trabajo los oidores la armada, y antes que le tuviesen, temiendo que los parientes del factor habian de matar ál virey, como lo habian intentado, acordaron de llevarlo á una isla, que está dos leguas del puerto, metiéndole á él, y á otros veinte que le guardasen un unas balsas de espadañas secas, que los indios llaman anea.

Sabida la entrega de la armada, determinaron de enviar á S. M. al virey, con cierta informacion que contra él hicieron, y se concertaron con el licenciado Alvarez oidor, para que lo trajese en forma de preso.

Los oidores enviaron á hacer saber á Gonzalo Pizarro la prision del virey, en la cual él no creia sino que entendia que era rudo hechizo para hacerle derramar la gente. Requiriéronle que pues estaban allí en nombre de S. M. para administrar justicia, y pues habian suspendido la egecucion de las ordenanzas y otorgado la suplicacion de ellas, y enviado al virey á España, que era mucho mas de lo que ellos habian pedido, que luego deshiciesen su campo y gente de guerra, y que vidiesen de paz, y si para seguridad de sus personas quisiesen, podian traer hasta quince ó veinte de á caballo.

Pero no hallaban quien se atreviese á ir con esta provision. Al fin fueron Agustin de Zárate contador del rey, con Antonio de Rivera. Dificultad tuvieron en hacer su embajada, porque sabiéndola Pizarro, no gustaba de oirla.

Oyólos al fin Pizarro avisándoles primero de lo que habian de decir: y respondió que dijesen á los oidores de parte de los procuradores y capita-

nes de las ciudades, que hiciesen á Gonzalo Pizarro gobernador del Perú, que asi convenia al bien de la tierra, y que no haciéndole, saquearian la ciudad con riesgo de sus vidas. Volvió Zárate con esta respuesta tan resuelta á los oidores, que los puso en harta confusion y miedo, y entretanto que se trataban estas cosas, Pizarro se puso á cuarto de legua de la ciudad, y asentó su campo y artilleria, y como vió que se dilató aquel dia la provision, envió la noche siguiente su maestre de campo Carvajal, con treinta arcabuceros, el cual prendió hasta veinte y ocho personas que habian favorecido al virey, que eran de los principales de la tierra, á los cuales puso en la cárcel pública, y se apoderó de ella sin ser parte los oidores para que se lo estorbaran, porque en toda la ciudad no habia cincuenta hombres de guerra, que todos se habian pasado á Gonzalo Pizarro, con los cuales y con los que él traia, llegaban á mil y doscientos, muy bien armados.

Al otro dia amenazaron á los oidores, que si no daban la provision de gobernador á Gonzalo Pizarro, meterian á fuego y á sangre la ciudad y serian ellos los primeros que pasarian por ello. Carvajal sacó de la cárcel tres ó cuatro hombres principales, y les colgó de un árbol diciéndoles donaires: y de tal manera apretaron y amenazaron, que los oidores hubieron de dar la provision para que Pizarro fuese gobernador de aquella tierra, hasta tanto que S. M. mandase otra cosa, dejando la superioridad á la audiencia y haciendo pleito homenage de obedecerla, y dió fianzas que estaria á residencia. Recibió Pizarro la provision y luego entró en la ciudad en forma de guerra llevando delante de sí veinte y dos piezas de artilleria de campo, con

mas de seis mil indios, que traian en hombros los cañones y las municiones, é íbanlos disparando por las calles.

Luego iban entrando los capitanes con sus compañias, piqueros y arcabuceros muy en órden. Y luego seguia el mismo Pizarro, con tres capitanes de infanteria delante de sí como lacayos, y él en un hermoso caballo, con sola la cota de malla y encima una ropeta de tela de oro. Detras de él venian otros capitanes con el estandarte de las armas reales, y otro de las armas del Cuzco y otro de las de Pizarro, y tras ellos toda la caballeria muy bien armados á punto de guerra.

En la plaza ordenó su escuadron, y de ahí fue á casa del oidor Zárate, que se habia hecho malo, por no ir á la audiencia á recibirle, y los oidores le recibieron é hizo el juramento y dió las fianzas. Despues le recibieron los regidores en las casas de cabildo con las ceremonias acostumbradas.

Esta entrada y recibimiento, y el hacerse Gonzalo Pizarro gobernador del Perú, fue en fin de octubre, año 1544, cuarenta dias despues de la prision del virey. De allí en adelante Pizarro administró las cosas tocantes á la guerra y los oidores las que eran de justicia.

El virey Blasco Nuñez Vela habíase concertado con el licenciado Alvarez, á quien los oidores le habian dado para que le trajese á Castilla y saltó en tierra del navio en que iba en el puerto de Tumbez. Allí supo lo que Pizarro habia hecho en los Reyes. Despachó provisiones llamando gente y mandando que de las cajas reales le trajesen dineros. Nombró capitanes: contra el cual envió Gonzalo Pizarro algunos capitanes para que le quitasen

la gente que llamaban y le desasosegasen. Fue el capitan Bachicao por la mar, derecho al puerto de Tumbez, y pensando el virey que era Pizarro, y que venia sobre él, con todas sus fuerzas, huyó á Quito, porque no se hallaba con mas de ciento cincuenta hombres. Bachicao le tomó los navios que tenia en el puerto y recogió otros y cerca de doscientos hombres de guerra.

Llevó Bachicao en sus navios al oidor Tejada, y á otros dos que de parte de Gonzalo Pizarro y de la audiencia venian á dar cuenta á S. M. de la prision del virey, y de las demas cosas que en el Perú se habian hecho. Quiso esto Pizarro, si bien contra la voluntad de Carvajal, y Bachicao por deshacer la audiencia, y por satisfacer al pueblo, no pareciese que tan desvergonzadamente y sin respeto de su rey, hubiesen procedido. Murió en el camino de su enfermedad el oidor Tejada. Llegaron á España Francisco Maldonado y Diego Alvarez de Cueto, y pasaron á Alemania, donde estaba el emperador. Entre tanto que estos hicieron su jornada en el Perú hubo muchas cosas que ya los atrevimientos de los levantados iban muy adelante, y si bien el virey Blasco Nuñez Vela como caballero valeroso, puso las fuerzas posibles para rehacerse, y muchos con toda lealtad le ayudaron, deseando el servicio de su rey, y echar de la tierra tiranos; el poder de Pizarro era ya tan grande, y los capitanes tan diestros, y soldados viejos, que viniendo á darse batalla campal, el virey fue vencido y muerto, con que quedó Pizarro tan señor en la tierra, que tuvo pareceres que se coronase. Fueron muchas las guerrillas y encuentros que pasaron en el Perú con gran daño y

destrucccion de la tierra y acabamiento de los españoles.

Sabido por el emperador que estaba en Alemania peleando contra los hereges, y haciendo la causa de la Iglesia católica, y habiéndose informado de Diego Alvarez de Cueto, cuñado del virey, y de Francisco Maldonado, que fueron con la pelacion de los hechos del Perú, aunque no sabian el último rompimiento y muerte del virey, detúvose, como suele, el despacho, por estar el emperador fuera de Castilla, y muy impedido con los negocios de Alemania, y á veces fatigado de la gota; finalmente, se resolvió que fuese al Perú el licenciado Pedro de la Gasca, que á la sazon era del consejo de la inquisicion, de quien se tenia gran satisfaccion, por la esperiencia que de negocios que se le habian encomendado, de él se tenia. Llevó título del presidente de la audiencia real del Perú con plenario poder para todo lo que tocase á la gobernacion de la tierra, y pacificacion de las alteraciones de ella, y comision para perdonar todos los delitos y casos sucedidos, ó que sucediesen durante su estada. Llevó consigo por oidores al licenciado Antonio de Zianea, y al licenciado Renteria, con los despachos necesarios en caso que conviniese hacer guerra. Bien que estos fueron secretos porque no publicaba ni trataba de mas que de los perdones, y de los otros medios de paz que pensaba usar, y con tanto se hizo á la vela, sin llevar mas gente que sus criados por el mes de mayo del año 1546 y llegando á Santa Marta tuvo aviso como Melchor Verdugo habia sido vencido y desbaratado por la gente de Hinojosa capitan de Pizarro, y que le es-

taba aguardando en el puerto de Cartagena, y el determinó pasar al Nombre de Dios sin verse con él, considerando que si lo llevaba consigo causaria escándalo en la gente de Hinojosa por el odio que con él tenian, y podria ser que no le recibiesen. Y asi fue á surgir al Nombre de Dios, donde Hinojosa habia dejado á Hernan Mejia de Guzman con ciento ochenta hombres que guardasen la tierra contra el Verdugo.

El presidente hizo saltar en tierra al mariscal Alonso de Alvarado, que desde Castilla habia ido con él y habló á Hernan Mejia, y le dió noticia de la venida del presidente, diciendo quién era, y á lo qué venia sin declararse mas el uno al otro. El mariscal se volvió á la mar, y Hernan Mejia envió á pedir al presidente que saltase en tierra, y asi lo hizo, y Hernan Mejia le salió á recibir en una fragata con veinte arcabuceros dejando su escuadron hecho en la marina, y salió en el batel el presidente, y le trajo á tierra, donde le hizo muy gran salva y recibimiento, y hablándose en particular Hernan Mejia le descubrió su pecho, y el deseo que tenia de servir á S. M., y que estaba muy gozoso con su venida, y por ser en ocasion que tenia alli mucha gente de Pizarro, él solo era capitan de ella, y con facilidad la reduciria, y que si queria, alzarian luego bandera por el emperador, y que entendia que sabida su venida y las particularidades de ella, Hinojosa y los demas capitanes, harian lo mismo sin contradicion alguna. El presidente se lo agradeció mucho. Y acordaron guardar secreto por entonces, sin querer hacer novedad alguna.

Supo Pedro Alonso de Hinojosa general de Pi-

zarro el recibimiento que Hernan Mejia habia hecho al presidente, y enojóse, porque no sabia e despacho que traia, y porque se habia hecho sin darle. Hernan Mejia fue á verse cón Hinojosa, y desenojó y puso camino: y finalmente el presidente se hubo con tanta prudencia con estos y otros capitanes, que sin saber unos de otros les ganó las voluntades de suerte, que ya se atrevia á hablar públicamente á todos, y persuadirle lo que convenia al servicio de S. M. Valió mucho la buena crianza y blandura grande de que usaba el presidente, y tambien la autoridad del mariscal Alonso de Alvarado. No se declaró luego Hinojosa, antes envió á avisar de la venida del presidente, á Gonzalo Pizarrro, y habia pareceres de muchos, y avisaron de ello á Pizarro, que no le convenia que el prsidente entrase en el Perú. Procuraba cuanto podia el presidente ganar á Hinojosa, alzando del que fuese uno de los que con él venian de Castilla con cartas á Pizarro: una carta era del emperador, y otra del presidente para Pizarro, en que con mucha blandura el emperador trata al Pizarro, y le manda reciba al presidente, y le dé de favor y ayuda, y la del presidente la mas cortés del mundo. Llevó estas cartas Pedro Hernandez Paniagua natural de Plasencia; partió de Panamá á 26 de setiembre del año de 1546.

Alteróse mucho Gonzalo Pizarro cuando supo la venida del presidente, y comunicándolo con sus capitanes y gente principal hubo entre ellos diversos pareceres. Unos querian que pública ó encubiertamente le matasen: otros que le trajesen al Perú, y que alli seria fácil hacer de él lo que

quisiesen: otros que le pusiesen en alguna isla con soldados de confianza, y que se juntasen en las ciudades, y se enviasen procuradores á Castilla para pedir confirmacion de lo que pretendian y que se diese el gobierno del Perú a Pizarro, y los descargos de la muerte del virey, pues los habia bastantes.

Para esto nombraron á fray Gerónimo de Loaisa arzobispo de los Reyes, y á Lorenzo de Aldana, y á fray Tomas de San Martin provincial de los dominicos, y rogaron al obispo de Santa Marta que viniese á España con ellos, y Pizarro envió en particular á Lorenzo de Aldana su criado, para que le avisase de todo con suma diligencia. El cual sintiendo mal de lo que Pizarro y los suyos hacian en Panamá, se ofreció al presidente y él y Hernando Mejia apretaron á Hinojosa para que se pasase al servicio de S. M. que lo hubo de hacer, y se hizo reseña de toda la armada, y se entregó al presidente, y hicieron todos pleito homenage de seguirle y servir á su rey, y el presidente recibió las banderas, y las volvió á dar á los mismos capitanes, y el oficio de general á Hinojosa en nombre de S. M., y embarcáronse todos, que serian como trescientos, y los prelados que venian por embajadores á Castilla se volvieron con ellos para dar el favor que pudiesen, y el presidente envió á la nueva España y á otras partes pidiendo socorro. Quisieran los de la armada llegar al puerto de los Reyes sin ser sentidos por lo mucho que importaba tomar de sobresalto á Pizarro, si bien no se pudo hacer por lo que se dirá.

Pero Hernandez Paniagua que llevaba los despachos que dije, llegó al Perú, cuando Pizarro es-

peraba saber lo que se hallaba en Panamá, mediado enero año de 1547. Lleváronle medio preso á Pizarro, mandáronle so pena de la vida que no abriese la boca. Dióle Pizarro audiencia delante de sus capitanes y amigos, y que hablase libremente, con pretesto que si salido de allí decia palabra le costaria la vida. Hubo pareceres que lo matasen, y otros muy desacatados y de peligrosa resolucion.

Envió Pizarro á llamar á Carvajal, y que trajese toda la plata y oro y armas, y gente que pudiese, y esto sin saber la entrega de la armada que se habia hecho en Panamá por Hinojosa al presidente, la cual llegó al puerto de Trujillo, y allí la recibió Diego de Mora reduciéndose con otros al servicio de S. M. Supo ya Pizarro como tenia perdida la armada, y que no tenia la seguridad que pensaba, y así nombró nuevos capitanes, y les repartió la gente.

Tocáronse atambores, y dieron pregones para que todos los vecinos de los Reyes se pusiesen debajo de banderas, y fuesen á recibir pagas so pena de la vida. Diéronles dineros largamente á los capitanes para hacer gente. Luego sacaron sus banderas é hicieron reseña de la gente, y en los pendones sacaban letras y cifras que decian el nombre de Pizarro, y otras adulaciones. Hizo mercedes y largas pagas en la reseña general, y halló en ella mil hombres tan bien armados y aderezados como se podian hallar en Italia. Habia mucha cantidad de pólvora, mandó que todos los soldados se pusiesen á caballo. Gastó en estos aparejos mas de quinientos mil castellanos de oro.

Era maestre de campo Carvajal: despachó algunos capitanes á recoger la gente que habia en

otras partes, en Quito, Arequipa y el Cuzco, Guamanea, con las armas y caballos que pudiesen haber. Justificaba estos hechos Pizarro con las razones mas coloradas que podia, y echaba la culpa al presidente, de la guerra que intentaba.

Tratóse de que el licenciado Carvajal fuese á correr la costa con gente de guerra. No se hizo porque se fiaba poco de él, y ya de todos se recelaba Pizarro, como es ordinario en los que hacen mal. Hizo que todos los vecinos de la ciudad de los Reyes jurasen de seguirle y no desampararle haciéndoles un razonamiento muy justificado de las causas que tenia para resistir al presidente y hacerle guerra.

Tuvo aviso Gonzalo Pizarro que Lorenzo de Aldana habia llegado con unos navios al puerto, quince leguas del de los Reyes, y acordóse salir de la ciudad con toda su gente é irse á poner cerca de la mar, temiendo que si los navios llegaban al puerto, habria tan gran turbacion en la ciudad, que tendrian lugar los que quisiesen de irse á embarcar, y asi se hizo: pregonando so pena de la vida, que ninguno que pudiese tomar armas, quedase en la ciudad, con lo cual habia en ella tanta turbacion que no se entendian.

Descubriéronse otro dia tres velas en el puerto: salió Pizarro con su gente, púsose en medio del camino entre la ciudad y el puerto para quitar que ninguno de la ciudad pasase al puerto, ni del puerto á la ciudad. Proveyó Pizarro que un Juan Hernandez fuese en una batalla á los navios, y que dijese á Lorenzo de Aldana que le enviase una persona, y que él quedaria en rehenes para que se pudiesen entender y saber la razon de su

venida, y como Juan Hernandez pereció solo en la marina, vino el Capitan Palomino en un batel por él, y llevóle á la capitana, y Lorenzo de Aldana oyó lo que decia Pizarro y reteniendo al Juan Fernandez envió al capitan Peña, y Pizarro mandó que Peña no entrase en el real hasta de noche, porque nadie le hablase, y entrado le dió el poder del Presidente y del perdon general que el emperador hacia, y de la revocacion de las ordenanzas, y dijo de palabra lo mucho que aquel reino ganaba en obedecer á su rey, y que la voluntad real era que él gobernase, y que para ello enviaba al presidente con poderes tan bastantes, sabiendo lo sucedido en la tierra. A lo cual respondió Pizarro que haria cuartos á cuantos venian en la armada, y castigaria al presidente por su atrevimiento en detenerle los embajadores que enviaba á S. M. y la traicion que Lorenzo de Aldana le habia hecho. Esto dijo delante de sus capitanes y en particular, que le darian cien mil castellanos, si le tomaba el galeon de la armada, en quien estaba toda la fuerza de ella. Mas Peña no dió oidos á esto, antes se enojó mucho de que se lo hubiese dicho, y asi se volvió á la mar.

Viendo Lorenzo de Aldana que el buen suceso de esta jornada estaba en que los soldados supiesen el perdon y mercedes que S. M. hacia á todos, procuró ganar al Juan Fernandez, y que él lo hiciese con una cautela tan discreta como peligrosa, y fue: que Lorenzo de Aldana le dió todos los despachos duplicados, y cartas para algunas personas señaladas del campo, y escondiendo las unas en las botas, trajo las otras á Pizarro, y tomándole á parte le dijo como Aldana le habia

persuadido que publicase el perdon en el campo, y que habia tomado aquellos despachos, lo uno por entretener á Aldana, lo otro porque viese el trato que traia. Pizarro le agradeció el aviso, y concibió del gran crédito, y de ellas luego el Juan Fernandez dió algunas cartas é hizo perdedizas otras, de manera que vinieron á noticia y poder de sus dueños.

Por esta buena diligencia comenzaron á írsele á Pizarro algunos de los principales que le seguian: y si bien él hizo diligencias por cogerlos para justiciarlos, no le valieron todo lo que habia menester, que ya se entendia al descubierto la tirania, y los que le dejaban eran los mas y mejores, y los que quedaban muy temerosos de que el negocio de Pizarro estaba muy de quiebra, asi en las fuerzas como en la justificacion, y los demas determinaban irse. Llegó á tanto, que á vista de Gonzalo Pizarro se le fueron dos de á caballo diciendo á voces, que Gonzalo Pizarro era un tirano, y apellidando al rey.

Aqui fue donde dijo Carvajal: «Estos mis cabellitos madre, dos á dos me los lleva el aire.»

Ya Pizarro sentia su perdicion y se temia de todos, y comenzó á marchar la via de Arequipa, huyéndosele muchos cada dia. Alzóse la ciudad de los Reyes por S. M., pregonando públicamente con el pendon real las provisiones y perdones que traia el presidente.

Sentia ya Pizarro su perdicion: envió á llamar á Juan de Acosta, que se fuese á juntar con él, al cual tambien se le fueron muchos, y por mas diligencias que hizo en prender y castigar á los que se huian, no le bastaron. Fue al Cuzco, y de allí

á Arequipa, donde se juntó con Pizarro, el cual estaba ya tan deshecho, que habiendo tenido mil y quinientos hombres, no tenia mas que trescientos, y todo lo que él se disminuia, crecia la parte del presidente y de sus capitanes.

Habíase ya embarcado el presidente en Panamá con el resto de su ejército muy bien proveido de lo necesario para su armada, de armas y bastimentos, y otras cosas. Llevaba hasta quinientos hombres. Apuertó con buen tiempo al puerto Tumbez. En saltando en tierra todos le escribieron, ofreciéndose á su servicio, y de todas partes le acudia tanta gente, que ya le parecia no habia menester ayuda de otras provincias, y asi avisó á la nueva España, Guatimala y Nicaragua, y Santo Domingo, dando cuenta del buen suceso de sus negocios, y que no habia menester sus ayudas. Proveyó que Hinojosa, su general, caminase con la gente hasta juntarse con los capitanes y ejército, que residian en Casamalca, para que de todos se hiciese un cuerpo, y que Pablo de Meneses fuese con la armada. Y él caminó por los llanos para Trujillo, determinado de no entrar en la ciudad de los Reyes hasta dar fin á esta empresa, y mandó que todos los que estaban por S. M. se juntasen con él en el valle de Jauja, que era sitio conveniente para esperar ó acometer al tirano, y donde habia abundancia de bastimentos, y asi caminó, tomando la sierra con su campo, en el cual hàbia mas de mil hombres de guerra con gran gozo esperando verse libres de la ruina de Pizarro, que todos estaban muy escandalizados, viendo muertos mas de quinientos hombres principales á horca y cuchillo, que no tenian hora segura con él.

Diego Centeno fue siempre muy leal servidor de S. M.; vióse en grandes peligros con Pizarro, Carvajal y otros capitanes. Ahora cuando Pizarro iba tan de caida, se topó con él, procuró ganarle por bien, ofreciéndole buenos partidos: no le valió, y un dia, 19 de octubre año 1547, vinieron á toparse. Tenia Diego Centeno mas de mil hombres, y entre ellos habia doscientos caballos, y ciento cincuenta arcabuceros, y los demas piqueros. Pizarro llevaba trescientos arcabuceros muy diestros, y ochenta caballos, los demas hasta cumplimiento de quinientos, eran piqueros.

Al fin rompieron los unos con los otros, y por ser tan diestro Carvajal, maestre de campo de Pizarro, si bien eran la mitad menos, Diego Centeno y sus capitanes fueron vencidos, muriendo de su parte mas de trescientos, y de la de Pizarro ciento, y otros heridos. Supo el presidente la rota de Diego Centeno estando ya en el valle de Jauja, y si bien le disimuló, sintióla mucho, y comenzó á dar prisa para que se juntase su gente: mandó venir la que habia en los Reyes, y algunos tiros, armas y ropa, lo cual se hizo con toda diligencia. Pedro Alonso de Hinojosa quedó por general, como lo era cuando entregó la armada: fue maestre de campo el mariscal Alonso de Alvarado, y el licenciado Benito de Carvajal, alférez general, y Pedro de Villavicencio, sargento mayor: y por capitanes de gente de á caballo, don Pedro de Cabrera y Gomez de Alvarado, y Juan de Saavedra, los mas leales servidores de S. M. En la ultima reseña se hallaron setecientos arcabuceros, quinientos piqueros, y cuatrocientos caballos, y despues se le fueron juntando hasta llegar á nú—

mero de mil y novecientos hombres de pelea, y asi salió el campo de Jauja á 29 de diciembre del año 1547, caminando en buena órden la via del Cuzco en demanda de Pizarro.

Llegó al campo el capitan Pedro de Valdivia, que habiendo venido de Chili á la ciudad de los Reyes, y sabiendo el estado de las cosas, fue luego en seguimiento del presidente para servir á S. M. Y con su llegada cobraron mucho ánimo todos, porque los habia espantado la victoria que Pizarro por la gran inteligencia de su maestre de campo Francisco de Carvajal habia alcanzado, y cierto le temian, y en las Indias no habia quien se le osase oponer ni igualar como Pedro de Valdivia, el cual en llegando comenzó como principal á entender con los demas capitanes en las cosas de la guerra. Llegaron á Andaguailas, donde se detuvieron casi todo el invierno, que fue recio, por lo mucho que de dia y de noche llovia, y enfermaron mas de cuatrocientos, á los cuales curaron con mucho cuidado.

Luego que comenzó á abrir la primavera de este año 1547 salieron de Andaguailas, y fueron á ponerse veinte leguas de Cuzco, y esperaron á que se hiciese una puente para pasar el rio Apurima, doce leguas de Cuzco. Habian los enemigos quebrado todas las puentes de aquel rio, de suerte que parecia cosa muy imposible poderlo pasar sino arrodeaban mas de setenta leguas, y asi procuraron hacer las puentes, y con harto trabajo, miedo, peligro, y perdicion de caballos pasaron el rio.

Envió el presidente á don Juan de Sandoval, caballero de estima por su valor, y por ser hijo de don Diego de Sandoval, y nieto de don Pedro

de Sandoval, hijo del adelantado Diego Gomez, de donde son los Sandovales de Ontiveros, y otros caballeros, en que yo falté tratando de esta familia, y lo enmendaré en lugar conveniente Pues este caballero don Juan de Sandoval, fue con una banda de caballos á descubrir el campo del contrario, y corrieron mas de tres leguas sin topar con hombre de Pizarro.

Pasóse al campo del presidente Juan Nuñez de Prado, natural de Badajoz, y este fue el que le dió aviso de todo lo que habia en el campo de Pizarro, y que Acosta venia con mas de trescientos arcabuceros á embarazarles el paso. Por estas nuevas mandó el presidente que marchasen mas de novecientos soldados bien armados, y como Acosta vió tanta pujanza, retiróse avisando á Pizarro lo que pasaba. Subió el Presidente con su gente una gran sierra mas de legua y media, y descansó allí tres dias.

Viéndose Gonzalo Pizarro en tanta manera, y por todas partes de todo punto tan apretado, envió á requerir al presidente que no pasase adelante, y que suspendiese las armas hasta que se supiese lo que el emperador mandaba. Envió asimismo á hacer grandes ofertas á Hinojosa y á Alonso de Alvarado, y que se juntase con él. El presidente escribió á Pizarro persuadiéndole que se redujese, y haciéndole muy buenos partidos, y enviábale el traslado del perdon, y esto hizo muchas veces en todo este camino, dando los despachos á los corredores, para que topando á los de Pizarro se los diesen, y como Pizarro supo que el presidente habia pasado el rio y tomado lo alto de la cuesta, salió del Cuzco con novecientos infantes

y caballos, los quinientos y cincuenta arcabuceros, y seis piezas de artilleria, y púsose en Jaoquijaguana, cinco leguas del Cuzco, en un llan al pie del camino, por donde el real del presiden habia de pasar bajando la sierra, y asentó el campo en lugar tan fuerte, que no le podian acometer, sino por una ladera angosta que delante de sí tenia, teniendo á un lado de sí el rio y la cienaga, á otro la montaña, y por las espaldas una honda caba quebrada. Desde allí dos ó tres dias antes que la batalla se diese salian á escaramuzar los mas valientes, y en pasando el presidente con su campo á alojarse, salió Pizarro con su gente en escuadrones, sacadas sus mangas de arcabuceros, y en órden para dar la batalla, y comenzó á disparar la artilleria y arcabuces para que sus contrarios le viesen y oyesen.

Quisiera el presidente diferir la batalla con esperanzas de que se le pasarian muchos: mas no le daba lugar su alojamiento y falta de comida, y por el gran hielo y frio que hacia, y ni aun tenia leña para remediarlo, y tambien les faltaba el agua. Las cuales faltas no sentia Pizarro, porque de todo estaba muy bien proveido. Quisieran Pizarro y su maestre de campo acometer aquella noche secretamente el real del presidente por tres partes, que hicieran una buena suerte: no lo hicieron, porque se les huyó un soldado llamado Nava, y asi entendieron que los avisaria.

Este Nava y Juan Nuñez Prado, aconsejaron al presidente que se detuviese en dar la batalla, porque de la gente que andaba con Pizarro se le pasaria mucha, particularmente los que habian escapado de la rota de Centeno, que los traia me-

dio forzados, y habiendo bajado la cuesta, si bien con trabajo, se pusieron en órden y se pasaron algunos al campo del presidente, como fue el licenciado Cepeda, oidor que habia sido, Garcilaso de la Vega, y otros muchos. Pizarro se estaba parado con su campo, creyendo que sus contrarios se le habian de meter en las manos, como lo hicieron en Guariva.

El general Hinojosa caminó con su campo paso á paso hasta ponerse en un sitio bajo á tiro de arcabuz del enemigo, donde la artilleria no le podia coger. Ibanse muchos del bando de Pizarro, y rogaban al presidente y sus capitanes que se detuviesen, porque sin riesgo de batalla desharian al enemigo, y estando en esto, una manga de treinta arcabuceros del escuadron de Pizarro, se pasó como los demas, y luego comenzaron á desbaratarse los escuadrones, por enviar tras ellos, huyendo unos para el Cuzco, y otros hácia el presidente, y algunos ni tuvieron ánimo para huir ni para pelear.

Viendo esto Gonzalo Pizarro, dijo: «Pues todos se van al rey, yo tambien.» Aunque fue público que Juan de Acosta su capitan dijo: «Señor, demos en ellos, muramos como romanos.» A lo cual dicen que respondió Pizarro: «Mejor es morir como cristianos.» Y viendo cerca de sí al sargento mayor Villavicencio, y sabiendo quien era, se le rindió, y le entregó un estoque que traia en el ristre, porque habia quebrado la lanza en su misma gente que se le huia.

Fue llevado al presidente, y habló con alguna libertad, y entregáronle á Diego Centeno que lo guardase, y luego fueron presos todos los capita-

nes, y el maestre de campo Carvajal huyó, y pensando escaparse aquella noche, escondiéndose en unos cañaverales, se le metió el caballo en un pantano, donde sus mismos soldados le prendieron, y le trajeron al presidente: siguieron el alcance, saquearon el real, donde muchos se hicieron ricos.

Otro dia despues de vencido y desbaratado Pizarro, el presidente cometió el castigo, de él y de lo demas al licenciado Cianca oidor, y Alonso de Alvarado como maestre de campo suyo, los cuales procedieron contra Pizarro por sola su confesion, atenta la notoriedad del hecho, y le condenaron á que le fuese cortada la cabeza, y que se pusiese en una ventana, que para ello se hizo en el rollo público de la ciudad de los Reyes cubierta con una red de hierro, con un rótulo que decia: «Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se levantó en el Perú contra S. M., y dió batalla contra su estandarte real en el valle de Jaquijaguana.»

Confiscáronle los bienes, y derribáronle, y sembraron de sal las casas que tenia en el Cuzco, poniendo en el solar un padron con el mismo padron. Murió como buen cristiano, ejecutándose la sentencia aquel mismo dia. Enterraron el cuerpo en el Cuzco muy honradamente. Llevóse la cabeza á la ciudad de los Reyes, para cumplir lo que la sentencia mandaba.

Fue arrastrado, y descuartizado aquel dia Carvajal, y ahorcados ocho ó nueve capitanes, y despues se hicieron otras justicias, como iban prendiendo. Dióse esta batalla en aquella provincia memorable, lunes de Cuasimodo, que fue á 9 de

abril, año de 1548. Hizo el presidente un solemne perdon en favor de todos los que en esta batalla se habian hallado, acompañando el estandarte real, y cualesquier delitos que hasta aquel dia hubiesen cometido. Repartió las tierras y indios de los condenados, entre los que habian servido con lealtad.

Señalóse en esta, y en otras muchas ocasiones contra Pizarro y sus secuaces Alonso de Zayas, natural de la ciudad de Ecija, de los caballeros de ella de este apellido. Encomendóle á este caballero el repartimiento de Guaqui por sus servicios, que fueron particulares. Puso en órden todas las cosas del reino con admirable prudencia, con la cual, y con solo su bonete allanó un negocio de los mas graves y dificultosos que se ofreció al emperador en todo su tiempo. Donde parece cuanto mas valen las letras, que no las armas, y la prudencia ó sabiduria, que la fortaleza: por donde dijo el doctísimo rey de Egipto Trismegisto, que el varon sábio se hace señor de los astros. Asentadas pues las cosas de esta manera, el presidente dió la vuelta para España, comenzando á navegar por el mes de diciembre de 1549 y pasó á Alemania á dar cuenta al emperador de su muy feliz jornada, merecedora de muy grandes premios.

Siendo yo estudiante en Alcalá, bien niño, fuí con un tio mio á visitar al licenciado Pedro de la Gasca, que era obispo de Sigüenza, y me parece que era de persona muy disminuida y ruin gesto: mas su valor era grande, como aqui se ha dicho brevemente, y merece contarse entre los claros varones de España. El hizo la iglesia de la Mag-

dalena de esta ciudad de Valladolid, y fundó las capellanias que hay en ella, dejando el patronazgo á sus deudos, que son muy honrados caballeros, y segun autores muy graves, de la antiquísima familia, noble y poderosa de los Gascas romanos.

Los reyes católicos pidieron á los pontífices diversas veces, no consintiesen los colectores que se enviaban á estos reinos á recoger, y llevar los espolios de los obispos difuntos, por ser novedad y cosa no usada en Castilla, y por la autoridad y rigor que en esto usaban, sacando las haciendas, antes que los obispos espirasen, y quitándolas á las iglesias y pobres, cuyas eran de derecho antiguo de estos reinos. Y en este año en las córtes que se tuvieron en Madrid, se suplicó por parte del reino lo mismo, y luego sucedió la muerte de don Gerónimo Juarez, obispo de Badajoz, y sobre sus bienes hubo tantos embarazos con el colector, que el emperador mandó al consejo real le consultasen sobre ello. Y ellos habido su acuerdo, dijeron, que segun derecho canónico y concilios, estaba determinado, que los espolios de lo que los prelados adquieren por respeto de la Iglesia, son de las iglesias y prelados sucesores en ellas, para proveer las necesidades de las mismas iglesias, y de los pobres, y que si los nuncios pretendian que habia alguna posesion, ó costumbre en contrario, la tal se comenzó á introducir, pidiendo al principio, y contentándose con poca cosa, y por esto no se advertia en ello: y porque no hubo quien procurase por las iglesias, y despues con opresion de las censuras y temor de ellas ninguno salió á la defensa que convenia, y que asi

iba creciendo cada dia de tal manera, que el daño era muy notable para estos reinos, y que no se contentaban con querer tomar todos los espolios, si no que se querian entremeter á ocupar los bienes adquiridos por intuito de las personas, queriendo y pretendiendo ser testamentarios de los obispos que mueren, no pudiéndolo, ni debiendo hacer de derecho, y haciendo otras molestias y vejaciones á los naturales de estos reinos: y que por tanto les parecia, que S. M, como cosa que tanto importa al servicio de Dios, y bien de las iglesias, hospitales, y de los pobres y huérfanos, y por el beneficio que estos reinos recibian, en que la moneda no se saque de ellos, no debia permitir que estas vejaciones se hiciesen de hecho como las intentaban, pues los colectores no habian mostrado otra razon, ni la tenian para hacerlas, mas en estos reinos, que en otros de la cristiandad, y que para efectuar esto debia mandar que se determinase por justicia en consejo, para que Su Santidad se le diese lo que era suyo, y á las iglesias y pobres, y naturales del reino no se les hiciese agravio ni vejacion de hecho contra lo que estaba determinado por derecho, y por la misma Sede Apostólica, y concilios generales. Lo cual se habia pedido muchas veces por el reino.

Esto dice el consejo al emperador, y he visto otras consultas y pareceres del mismo consejo cerca de este punto y de las pensiones que se cargan sobre los beneficios, canongias y dignidades en Roma, y sobre el dar de los beneficios a estrangeros, que no cesaba el reino de quejarse por los daños que con evidencia recibe. Lo que yo puedo decir es, que he visto casi todos los papeles de

las iglesias y monasterios de los reinos de Castilla. Desde don Pelayo hasta estos dias no se hallará pension cargada, sino que como Dios daba los frutos, y los prelados y prebendados los llevaban, se gastaba en las mismas iglesias, y feligreses de ellas como en sus hijos naturales, y asi se enriquecian y edificaban los templos. Cuando moria un obispo los bienes que dejaba se partian en tres suertes, una para la sacristia y fábrica de la iglesia, otra para el obispo que sucedia en ella, y la tercera para el rey que la llevaba por razon del patronazgo, y para los gastos de la guerra contra los enemigos de la fe.

Sé muy bien que en estos dias los prelados ya no edifican capillas, hospitales, ni monasterios, como solian, y ví una iglesia catedral de las principales del reino, donde hay ochenta prebendados, que para salir á recibir al rey no hubo entre ellos ocho mulas, y tan pobres que no se podian sustentar no bastándoles sus prebendas para pagar las pensiones que tenian cargadas, lo cual debe ser general y asi se ha quejado y queja el reino. Si Su Santidad fuese de ello bien informado, lo remediaria como padre piadoso.

FIN DEL TOMO VII.

ÍNDICE

de las materias contenidas en este sétimo tomo

LIBRO XXIV.

AÑO 1538.

AÑO 1539.

AÑO 1540.

LIBRO XXV.

AÑO 1541.

AÑO 1541.

AÑO 1542.

AÑO 1543.

Pág.

LIBRO XXVI.

LIBRO XXVII.

AÑO 1545.

FIN DEL INDICE.

